Lorena Pronsky



No Amarás

Lorena
Pronsky

No Amarás



VERGARA

A mi hijo, Pedro.
Sin vos, nada.

Dime, mi amor, que nada de esto ha sucedido.

ELVIRA SASTRE

Nota de la autora

¡Soy la herida y el cuchillo!
CHARLES BAUDELAIRE

Cuando me decidí a escribir este libro estaba muy entusiasmada. Si hay algo que me interesó en mi formación como psicóloga, fueron los conflictos vinculares. Las relaciones insalubres. Patológicas. Pero, sobre todo, los motivos que hacían que una persona permaneciera allí, donde podía hacer cualquier cosa menos amar o ser amado. Esperando eternamente a que crezca una flor, plantando una semilla en medio del asfalto.

Me refiero a todos los vínculos que constituyen nuestra vida de relación, incluso y fundamentalmente, al que mantenemos con nosotros mismos. Y digo fundamentalmente porque entiendo que cada vez que nos relacionamos lo hacemos con todo lo que somos.

Nuestros miedos, nuestras heridas, nuestros duelos, nuestros nudos irresueltos, nuestras vivencias pasadas, nuestro presente, nuestra proyección de cara al futuro.

Entonces, cada vez que abrazamos a una persona o a un árbol, toda nuestra identidad se pone de manifiesto. De esta manera, uno descubre aspectos de sí mismo que, hasta que no son desplegados, le resultan desconocidos.

Esa ignorancia es la que muchas veces nos empuja a cruzarnos con el otro, sin haber peleado nuestras propias guerras, convirtiendo el escenario en una batalla, creyendo de manera errónea que son exactamente lo mismo. Lo primero que hacemos es intentar arreglar la batalla, sin saber los motivos reales que la desencadenaron. Y cuando uno desconoce el nombre de la enfermedad, lo más probable es que todos los remedios resulten inútiles.

Si alguien me preguntara cuánto tiempo me llevó escribir estas páginas, diría que toda mi vida.

La modalidad que recorre este libro se basó en una premisa fundamental: la libertad. Me refiero a que no quise encorsetar mis ideas usando una sola herramienta literaria. Es que yo no quiero contar una historia. Yo quiero dejar un mensaje a través de varias historias.

El lenguaje, tanto como mi formación en la psicología, incluye instrumentos que decidí tocar como quiera, como sienta, y darme el permiso para formar melodías. O lo que no es menor, dejar las notas preparadas para que sean ustedes quienes elijan su canción.

Prosa, poesía, ensayo, cuentos, narrativa, lo que sea. El lenguaje a mi disposición y no yo a

disposición del lenguaje. Palabras que guíen, que orienten, que sumen, que interpelen y, sobre todo, que dejen enseñanza.

Palabras.

Palabras.

Mi forma de conectarme con las cosas siempre fue mediante el silencio. Nada en la vida me ayudó tanto, y lo sigue haciendo, como las charlas rutinarias que mantengo en estado de quietud, en soledad, conmigo misma.

El silencio es mi patria. Lo defiendo de todos aquellos que no logran entenderlo y, por eso, no pueden respetarlo. No creo que haya nada más invasivo y perturbador en mi vida que aquel que intenta sacarme de mi tierra. El lugar donde reposo. Donde piso y germino. Donde vibro con la paz y la fascinación por la vida. El silencio, para que quede bien claro, es el único lugar que no voy a abandonar por nadie ni por nada del mundo.

Cuando el otro no lo acepta, lo cuestiona, se enoja o me demanda, siento rechazo. No lo quiero ver más. Así de determinante es la cuestión.

Sin embargo, y atentando contra mis propias certezas, hubo algo que me sacudió de manera inédita. Realmente me atormentó tanto que ir a mi paraíso encontrado me resultaba perturbador. Ahí, donde todo era hermoso, de repente se había transformado en un lugar del que quería huir a cada rato.

Por primera vez, en toda mi vida, el silencio me estaba incomodando.

¿Qué fue lo que me expulsó de mi propia tierra? Este libro.

Todas las palabras acá escritas son auténticas, provienen de experiencias y relatos de la vida real. Modificadas un poco, cuando el texto lo pedía, para preservar la identidad de los protagonistas.

Puedo decir con absoluta honestidad que ninguno de estos relatos me pertenece y, sin embargo, todos ellos también son míos.

Después de cada punto final, cerraba la computadora y aparecía una coma en mi cabeza. Me costó mucho separarme de los relatos y continuar con mi vida cotidiana.

Cada palabra, cada historia que no me pertenecía, me confrontaba con mis propias carencias. O lo que es probable, las había olvidado. Mi propia mano no solo redactaba, sino también me delataba.

Es que sí.

Yo también silencié, acepté, no escuché, di, me ofrecí, insistí, permití, me tapé los ojos, me tapé los oídos, minimicé, me mentí, me engañé, me vendí, me apagué, me dormí, me abandoné, me ridiculicé.

Yo también actué de buena, de divertida, graciosa, generosa, solidaria, inocente, incondicional, de abierta, de comprensiva, de amiga, de amante, de secretaria, de psicóloga. De boluda.

Yo también lloré en silencio, grité en silencio, rogué en silencio, y escribí millones de cartas que tenían un remitente de carne y hueso, pero un destinatario que no sabía dónde vivía.

Yo también aluciné, inventé, edité, estrangulé, acomodé, desacomodé, deseé, me ilusioné. Mendigué. Me humillé. Descorché mi dignidad más de una vez, mientras el champagne se lo tomaba otro.

Yo también me victimicé, engañé, mentí, inventé. Me fui. Me escapé.

Y podría estar escribiendo miles de "yo también". Pero, sobre todo, lo que más me importa dejar asentado frente a mis propios ojos es que todo eso que hice fue por lo mismo que hacemos lo que hacemos: para que el otro no nos abandone. No nos deje. No nos lastime. Nos valide.

Finalmente, para que el otro nos quiera.

Tenemos hambre de amor y, en esa voracidad, comemos lo que sea. Nos volvemos poco selectivos. Animales que intentan llenar el estómago con lo que haya. Confundiendo amor con necesidad. Gratuidad con utilitarismo. Dar para recibir.

De eso se trata este libro.

De todos los espacios donde pretendemos amar y ser amados y, sin embargo, eso no sucede. Y no porque el problema lo tenga el amor, sino porque hay algo recurremente fallido, que se encuentra en *dónde* y en *cómo* lo estamos buscando.

De los vínculos patológicos.

De nuestros propios síntomas arrojados y puestos en evidencia en el encuentro con el otro.

De nuestros mecanismos defensivos que intentan defendernos de un mal mayor.

De nuestra tolerancia construida sobre el miedo de que el otro se marche.

De esos lugares en los que uno se esconde para no confrontarse con la verdadera historia, con el verdadero iceberg que hay que derrotar.

Lo que no sabemos es que ese iceberg, durante mucho tiempo, fue solo agua. Y que el agua se transforma en hielo cuando la llenamos de inviernos.

La buena noticia es que, con un poquito de fuego, podemos empezar a derretir el edificio que fuimos construyendo con nuestras miserias, intentando así regresar al estado originario. Donde lo único que teníamos que resolver eran nuestras cruces, para poder vivir en el mundo y con el mundo en verdadera armonía.

Les pido que se entreguen a la lectura. Es imposible transformarse, cambiar, si no escuchamos otra versión, otras historias.

Estén dispuestos a ese proceso. Receptivos. Porque, para dar paso al cambio interior, hay que ser capaz de ver, de mirar, de oler, de recordar, de escuchar, de leer, de sentir. De entrar.

Recién después podremos subirnos al lomo del silencio y, lejos de juzgarnos, volvernos observadores, contempladores de nuestra propia existencia, para entonces dedicarnos a resolver nuestras heridas.

¿Para qué?

Ya veremos para qué.

LORENA PRONSKY

1
Sara

Y necesito verte, pero no te veo,
y necesito escucharte, pero no te escucho,
y necesito pensarte, y es lo único que hago.

CHARLES BUKOWSKI

Soy Sara. Y mi historia es muy sencilla.

Me enamoré de nadie.

Tengo todo lo que necesito, pero no bailo hace rato. La música me perturba. Cada arreglo que le da confort a mi casa me quita, de manera inexplicable, la sonrisa. No me suelto. No puedo. Cada vez estoy más cómoda y menos viva.

La naturaleza me queda lejos, a pesar de que mi casa está en medio del campo. No piso el pasto. Si quiero ver el color del cielo, hago memoria. Mataría el ruido de los pajaritos que rompen el silencio cada dos por tres. Tengo una pileta muy linda y grande que mis hijas miran desde la ventana. Ellas tampoco ven el afuera cuando están conmigo. Mis gritos, en forma de suplicio, de *por favor, salgan y disfruten*, tirada desde la cama, no son creíbles. Es un ruego que esconde la esperanza de poder darme un chapuzón a través de los cuerpos, todavía enteros, de ellas. Pero no me llevan el apunte. No creen en mis sugerencias. Desestiman mi pedido y lo retrucan cruelmente, con un *¡¿Y por qué no salís vos?!*

Cría cuervos y te sacarán los ojos me repetía mi mamá durante la infancia. Y tenía razón.

Mis hijas me hacen frente. Me dejan mal parada. Me devuelven una pelota que no puedo atajar. Juegan sucio. Y lo cierto es que no me creen, porque me ven la vida. Claramente, ¿qué tanto puedo saber yo del disfrute, si es un lugar en el que, siendo generosa conmigo misma, me deben haber visto tres o cuatro veces?

Tampoco me creo yo, cada vez que mi llanto hace un eco contra las paredes de mi cuarto, y me doy cuenta de que hay en mi reclamo un exceso afectivo que no es normal. El ADN de mis lágrimas es de cansancio y de indignación, cada vez que compruebo que mi esfuerzo para que ellas estén contentas no alcanza. No es valorado. Es exactamente en ese viaje, donde les cuelgo

la mochila de alcanzar una felicidad que yo no pude, donde las vuelvo mis verdugos: la causa de todos mis males. La razón de vivir la vida que no quiero, pero que les refriego, que estoy cumpliendo como una condena, por el bien y la felicidad de ellas.

Si fuera por mí, saben dónde estaría, ¿no?, suelo cuchichear frente a sus narices lo suficientemente alto como para que comprendan el sacrificio que me impone la maternidad.

Sé que está mal. Lo sé, pero necesito descargar. Que lo sepan. Que se den cuenta y me habiliten a una alegría que nunca me quitaron. Pero no se dan por aludidas. No sienten culpas. No se les ocurre ni siquiera agradecerme. Quizá esté siendo demasiado dramática o exagere un poco, pero la realidad es que últimamente todo me sobra.

Duermo de más.

Como de más.

Me aíslo de más.

Lloro de más.

Diferentes profesionales de la salud mental me han querido convencer de que necesito un *empujoncito*. Tomar unas pastillitas, solamente por un tiempo, y probar si así cede mi depresión. Depresión, ja. Pero ¡por favor! Ellos no entienden. Yo no tengo depresión. Yo sufro de exceso de lucidez mental. Mi inconsciente no funciona. No tengo papelera de reciclaje donde mandar toda la información que mucha gente tiene el don de reprimir, de negar o, incluso, de no ver. Yo no nací con esa suerte. Yo soy consciente de todo. No vine con un colador emocional. La realidad para mí es diáfana. Clarita como el agua. Veo todo tal cual es. No hay velos entre la porquería y yo.

En cambio, mientras duermo, no hay caos. No hay frustración. No hay angustia, No hay dolor. Pero, sobre todo, no hay vida. Y no quiero sonar apocalíptica, porque no estoy haciendo apología del suicidio. No tengo nada en contra de la vida.

Amo la vida. Pero no esta.

La otra, la de mi fantasía, la de mi deseo, no quiero que se termine nunca. Es un sueño recurrente al cual acudo mientras estoy despierta, como acto defensivo para correrme de la tristeza. No necesito antidepresivos. Con imaginar lo opuesto a lo que soy, ya estoy mejor. Mucho mejor. El problema es que no logro habitarla. No sé cómo llegar, porque no sé dónde queda. Hace tiempo que le perdí el rastro a mi deseo, y cada vez que cumplo con una pequeña meta me doy cuenta de que no tenía que ver con el deseo original. Muy por el contrario, era uno de reemplazo. Un camino alternativo que me llevó a un destino equivocado.

Soy de esa especie humana que fracasa cuando le va bien. Entiendo que mi angustia puede resultar inoportuna, pero es en ese mismo momento (cuando toco la campana) donde viene alguien, que no logro ver de dónde salió, y me corre la zanahoria de lugar, dejando de señuelo un nuevo vacío en el pecho que dice: *siga participando.*

Hago memoria y no puedo entender cómo, o más bien cuándo, me confundí tanto en el camino

que armé. ¿Por qué nadie estuvo frente a mí para decirme que estaba tomando la ruta que me llevaba para el lado contrario al que pretendía?

Mamá, papá… ¿dónde estaban mientras me veían hacer todo lo que no debería haber hecho? Vamos, ustedes me conocían más que nadie. ¿Qué pasó con sus roles en ese tiempo? ¿Cómo permitieron que abusara de la libertad que me dieron y la utilizara para construirme jaulas?

Mi vida fue bien lineal: universidad, un novio, un casamiento, un marido, dos hermosas niñas, un buen empleo, una linda casa. Una separación, otra linda casa, otro buen empleo, las mismas niñas. Sola, apática, bastante más arrugada y, lamentablemente, bien lúcida.

***

Hace cuatro años que me separé de Javier. Desde ese entonces no volví a sentarme ni en la mesa de un bar con otro hombre. La separación fue en buenos términos, los mismos términos que tuvimos cuando convivíamos. Decidimos divorciarnos porque habíamos dejado de querernos. En realidad, nunca tuve la certeza de habernos amado tanto como para sobrellevar semejante compromiso. Estimo que él tampoco. Pero uno, a veces, se hace la pregunta cuando ya no le interesa la respuesta. La cuestión es que pudimos ser honestos con nosotros mismos, y la historia se resolvió sin inconvenientes. En cuatro meses tomé la decisión de irme de mi antigua casa porque me parecía un acto de coraje para iniciar un proceso de cambio que me mantenía muy entusiasmada.

Lógico que pude.

No me quise llevar ni un tenedor. Entendía que empezar de cero también tenía que ser literal. Nada. Pero nada de antes se vino conmigo. O eso creía.

Ahí estaba yo: con el paisaje cambiado, con mis días de intimidad, con el certificado de la valentía en la mano, haciéndome cargo y responsable de tres vidas, que no sabía cuándo había elegido.

Jaulas.

Todas jaulas.

No sé cómo recuperar la libertad. No sé cómo romper las cadenas. A veces quisiera arrancarme la piel. Cambiarme el nombre. Tirar esta casa a la basura, poner esta cantidad innecesaria de ropa en un bolso, dársela a gente que la necesite de verdad, cortarme el pelo, desintoxicarme de pastillas para dormir, de comida para apagar la ansiedad, de personas que me golpean la puerta de la demanda y que ya no tengo ganas de atender, de la responsabilidad de mi trabajo, de tareas que padezco, de alarmas de despertadores, de los grupos de WhatsApp de mamis, de los grupos de amigas, de los grupos del secundario, de la primaria, del jardín. De las compras, de las cenas, de las cuentas a pagar. Basta por favor. ¿Qué es todo este circo que me cuesta horrores mantener, y la mayoría de las veces para tenerlo cerrado?

A veces, la lucidez se caga en mi conciencia moral y me susurra al oído que deje a las chicas con Javier, que venda todo y que me mande a mudar. *Andate, Sarita, andate*.

Irme… Vender mantas en una playa del Caribe. Qué sé yo. A una plaza. A la calle. Me da igual. Y en el mismo momento en que siento que una sonrisa se esboza en mi boca, viene corriendo la cordura con un sentimiento de culpa en la espalda y me la muerde.

Creer o reventar. Pero la lucidez está muy cerca de la locura: nadie que vea cómo son las cosas puede resistirlas sin enfermarse por mucho tiempo.

La cuestión es que mi corazón no hace pogo hace rato. Estoy aburrida. Cansada. Agobiada. Con muchas ganas de volver a sonreír. De ser feliz. De vibrar. La fiesta tiene que estar en algún lugar. Como irme y abandonar a mis hijas, junto con mi vida, no es una opción recomendable según mi conciencia moral, debería tener algún que otro plan en la lista.

Conocer a alguien, por ejemplo, sería una buena opción. Un hombre.

Enamorarme. Eso quiero decir. Enamorarme.

***

Necesitaba presentarme antes de contar mi historia con Manuel. A veces, uno tiene que explicar la antesala emocional de los últimos años para comprender en qué terreno una semilla puede hacerse fértil. Sacado de la nada, no se puede entender cómo una mujer inteligente, avispada, analítica, como yo, puede conformarse con unas migajas de porquería. Pero, para no volvernos cómplices de nuestra propia desgracia y, sobre todo, para evitar repetirla, es necesario abrir la boca y decir todo lo que se sabe. *Aunque duela, Sarita. Aunque duela, hay que decirlo todo. Porque lo otro siempre duele más.*

Detesto las redes sociales. Me parece un lugar promiscuo de soledades. La gente se junta en ese purgatorio para, en líneas generales, quitar penas, distraerse de su vida miserable, dejarse engañar por la falsa felicidad de las vidas ajenas, que a nadie le importan en sí mismas, sino y solo para regocijarse en la angustia de no entender por qué ellos sí y uno no. Nunca me atrajeron realmente y, cuando no tengo qué leer o qué mirar, solo entro, revoleo los ojos de forma panorámica, constato lo que ya sabía hacía rato y me retiro.

Mentirosos. Todos mentirosos.

Lo cierto es que siempre me llamaron la atención de manera negativa las aplicaciones de citas. Es algo que no logro descifrar. ¿Cómo es posible que gente normal se exponga a semejante estupidez? ¿Cómo alguien, en su sano juicio, puede considerar que ese es un espacio posible para conocer al amor de su vida? ¿Qué es lo que pasa con el amor propio de estas personas?

Siempre las consideré la guardería de los indigentes emocionales, un reservorio, donde van a parar aquellos que, junto con las esperanzas, perdieron su dignidad.

Realmente su existencia me sorprendía. Es ahí donde veía claramente la diferencia entre

progreso y evolución emocional. Quiero decir, sin resultar demasiado teórica, que muchas veces uno entiende que la tecnología avance, pero esto no deja de ser un claro retroceso para las habilidades sociales que, cada vez y producto de tanta virtualidad, terminan por verse atrofiadas.

¿Me explico? No me quedan dudas de que estas personas deben tener problemas sociales.

Según estaba al tanto, la gente utiliza el dedo para pasar imágenes de personas que están disponibles en el mercado para tener una cita o, al menos, un primer diálogo. Es una especie de autoservicio, donde van *dedeando*, como si pasaran las hojas del diario, y en tanto ven una imagen que se adecúa a sus preferencias o necesidades, le ponen un corazón para hacerle saber que ya tiene el privilegio de haber sido seleccionada. Si tenemos suerte y del otro lado sucede lo mismo, se ha producido un *match*.

Tal como su palabra lo indica, la gente tiene su primer *partido* adentro. Hizo gol.

Un verdadero horror.

Pero era domingo a la noche, llovía y hacía mucho frío. Las chicas estaban con Javier, razón por la cual saltearme la cena era uno de los lujos que me daba la soltería y que no quería dejar pasar.

Puestos el pijama, las medias de abrigo y un deshabillé que conservaba el olor a mi abuela muerta hacía ocho años, decidí bajar a la cocina y poner la pava.

Me preparé un café con leche y dos tostadas con un pedazo de queso derretido. Manoteé un chocolate Shot como postre y me metí en la cama. En ese momento alternaba entre el pronóstico del tiempo y el reloj, porque en menos de tres horas estaría cumpliendo mis cuarenta años.

Que alguien me dé un cachetazo ya mismo si mi angustia no tenía razón de ser.

Cuarenta años.

Pero hay gente poco empática que considera que la realidad se llama *depresión.* Por favor. ¡Lucidez, se llama lucidez!

En un momento dado, el tictac del despertador, que me taladraba la sien, empezó a caminar con mayor velocidad. El fin de la década se aproximaba, y yo no podía permitirme vivir esa escena en mi día festivo.

Cerré los ojos, viajé un poco con la cabeza hacia el pasado, mis cumpleaños anteriores, la gente que ya no estaba presente en mi vida, el recuerdo de mis viejos, mi matrimonio frustrado. Las chicas. La imagen que me quedó grabada de mi cara amargada que se reflejaba en el espejo cuando subía con mi comida gourmet… En fin. Un bajón que tenía que revertir de manera inmediata si quería empezar mi fiesta rompiendo el karma de mi asquerosa rutina.

Miré para los costados, agarré el celular, lo apoyé sobre el pecho, sonreí tragándome la boca, me levanté apurada, bajé la *black out* y apagué el televisor. Los latidos galopaban como locos, lo que era un indicador de que todavía tenía el corazón en funcionamiento. Buen dato. Acomodé bien las almohadas, me senté en la cama con la espalda bien derechita. Respiré tres veces. Y ahí fui.

***

OK, Tinder. Acá estamos. Soy Sara y no estoy bien. Sé que vos tenés tus reglas, pero yo tengo las mías. Espero que sepas entender. Pero hay cosas que no estoy dispuesta a entregar en el currículum de mi presentación.

Es decir, no voy a poner una foto mostrando mi cara, de ninguna manera. Tengo la dignidad en modo reserva, es cierto, pero me alcanza para saber que no puedo cruzar ese límite. La cuestión es que, si algún conocido me llega a ver en exposición, me emplumo.

Soy una profesional reconocida en el ambiente, tengo hijas y mañana tengo que salir a la calle. Comprenderás mi situación. Foto mía: no. Nombre real: tampoco. Domicilio: estamos todos locos. Edad: y bueno. Ahí puedo adaptarme un poco.

Por otro lado, yo solo quería chusmear, ver con las manos apoyadas contra la ventana de un restaurante cómo comían los demás. Quería divertirme a través de los otros. Nada más. Una travesura.

El reloj corría. Y la calabaza estaba por aparecer.

Foto de Campanita. Sí, señor. Campanita, el hada madrina de Peter Pan. Me identifico bastante con el personaje, adoro ese cuento, y no veía razón alguna para no poner una imagen tan dulce como esa. Al fin y al cabo, no me sirve alguien que me ponga un dedo por mi apariencia física. Yo quiero que me conozcan el alma. Lo superficial no me convoca.

Me llamé Soledad. Tenía 38 años y la foto a disposición ya estaba subida.

Uf. La panza me hacía cortocircuitos. Me temblaba la respiración. Sentía que estaba haciendo algo muy malo para mi reputación, a pesar de que solo yo lo sabía. Bueno, yo y Tinder. Toda una comunidad.

La cuestión es que ya estaba dentro de la guardería y no tenía la menor idea, en caso de arrepentimiento, de cómo escapar.

Manuel. Su nombre era Manuel.

Esa fue la primera foto que vi y el dedo fue más rápido que la cabeza. Si digo que era hermoso me quedo corta. En realidad, parecía ajeno a esa comunidad; algo me hacía pensar que Manuel estaba de paso como yo, y eso también me atrajo. Él no era una persona que necesitaría, en ninguna circunstancia, acudir a estos lugares para conocer a nadie. Por favor, si era lo más fachero que había visto en mis últimos años.

Se lo veía alto, con algunas canas incipientes, una sonrisa que dejaba ver un piano entero y lustrado (para mí, el estado de los dientes siempre fue un tema a no negociar), un físico privilegiado, no sé. Era precioso. La verdad es que estar con el torso al descubierto no era

necesario, *pero con ese lomo, Sarita*… pensaba, se podía llegar a comprender su lógica exhibicionista. Como quien no quiere la cosa, ya estaba pensando en términos de *lomo*, para referirme a su imagen, lo que hizo que me diera cuenta de que, recién ingresada a la comunidad, ya había perdido los estribos.

Corazón. Mi dedo marcó corazón. Y acto seguido me tapé la boca con las dos manos, en un intento de cerrarla. En ese mismo instante el celular festejó conmigo. No sé quién está ahí detrás, pero lo cierto es que el aparato te devuelve un par de guirnaldas para darte el saludo de felicitaciones. Sí, señores: Manuel se había fijado en Campanita.

¡Bravo! Sarita, por favor, me hablaba alguien al oído. *Callate. Dejame festejar. No me interesa*. Despabilé a mi otra yo, como si fuera una mosca. La cuestión es que, en un instante, tenía mi primer y último *match*. Nadie coincide tan rápido, ¿no es verdad? Esta vez no necesitaba seguir participando. Tenía el deseo bailando en la garganta.

Gol, Sarita. Gol.

***

Alguna que otra vez iba con Javier, durante nuestro noviazgo, al bingo. Mientras él se divertía con esos cartones, yo me entretenía con las maquinitas tragamonedas. Si bien invertía centavos, cada vez que hacía línea recuerdo sentir lo que era tener suerte. En ese instante sonreía por dentro con un poco de timidez, para no enrostrarle al resto mi momento de felicidad. Era una cuestión de respeto. Me daban ganas de aplaudir cortito, me sentaba con mayor convicción y me adueñaba del asiento. La ansiedad me hacía sonreír sin querer y, mientras juntaba las fichas que iban cayendo, miraba para todos los costados, me aferraba a esa bendita máquina como si fuera un hijo al que todos querían secuestrar y esperaba que se acercara Javier para compartir mi alegría con algún conocido.

Así, idénticamente así, me sentía yo con mi *match*. Tenía suerte de principiante y no la iba a dejar pasar.

Esperé allí un segundo, a ver que sucedía, aferrada no a la máquina, pero sí a la esperanza de haberme salvado la vida en ese encuentro fortuito con Manuel.

Segundo dos, tres, y no aguanté más.

> Hola, ¿cómo estás? Te quiero adelantar algo muy importante, antes de comenzar la charla, porque creo que nobleza obliga. Mentí, pero mentí por una razón válida. Estaba protegiendo mi identidad. Espero que lo puedas comprender. Pero yo no soy Campanita. Tampoco tengo 38 años, tengo 39, y mañana piso los 40. Y soy Sara. No soy Soledad. Esta es mi primera vez en Tinder y me siento muy incómoda. Vos me dirás cómo funciona esto, si nos podemos retirar a otro lugar donde ya no tenga que seguir en exposición y corra el peligro de que alguien me descubra. O si hay que permanecer acá por alguna cantidad de días, no lo sé. Te escucho. En fin, te leo, quise

decir.

Hola, Campanita. Tranquila. Yo no estoy acá para juzgarte. Entiendo todo lo que me decís, porque yo me siento igual que vos. También es mi primera vez. Y yo tampoco tengo 41 años, tengo 42. Y en breve me llegan los 43. ¿Te parece que nos contactemos por Instagram?

Sí, claro. Cualquier colectivo me deja bien. Necesito que, antes de huir, si no te molesta, me expliques cómo salir de acá. Quiero cerrar esto, no me parece necesario dejar rastros.

No creo que sea necesario decir todo lo que me gustó mi *match*. No solo su aspecto físico, sino su empatía, su calma para explicarme cómo salir de ese espacio, paso a paso, su forma tan simple de tratarme, su corazón, puesto en alguien sin saber cómo luciría, incluso, esa voz que aún no había escuchado, pero que ya estaba imaginando, me enloquecieron.

No tenía faltas de ortografía, era arquitecto, según manifestaba en su presentación, y su apertura y confianza al darme su Instagram personal me parecieron dignas de destacar.

Odié haber perdido tanto tiempo por prejuzgar con semejante ignorancia ese sitio. Tenía la cabeza del Antiguo Testamento. ¿Cuándo me había convertido en un dinosaurio afectivo? Es algo que desconozco. *Los vínculos cambian, Sara*, me decía a mí misma, mientras buscaba desesperada, como si alguien fuera a quitarme el lugar, el nombre de Manuel en Instagram: @manuelfernandez

La primera foto, y ahí estaba él: *Seguir.*

Manuel Fernández aceptó su solicitud de amistad.

¡Mierda, Sara! ¡Vamos! Gracias, vida, por esto. Balbuceaba mirando al techo, empinando el café con leche ya congelado. *Gracias*, de verdad. Una hora para mi cumpleaños, y empezarlo así no podía ser mejor.

Me lo merecía. Por supuesto que me lo merecía.

***

Manuel vivía en Chascomús. En realidad era una estadía temporal, que se ajustaba solamente a unas obras que estaba haciendo en ese lugar. Mientras tanto, vivía en una cabaña que los dueños del proyecto le daban como parte de su trabajo. Me llamó la atención que, cuando le pregunté en qué consistía la obra, no pareciera capaz de dar precisiones. *Una obra, atrás de la laguna, unos departamentos, para un gremio, que ahora no recuerdo el nombre,* dijo vagamente.

No seguí indagando porque realmente de arquitectura no sabía nada y la información detallada tampoco me iba a servir para mucho. Por otro lado, recién nos estábamos conociendo, ya iba a haber tiempo para esas conversaciones más impersonales.

Guille, su hijo de 17 años, vivía con la madre en Capital Federal. Inmediatamente me mostró

dos fotos de él, posando, supongo yo, en el departamento de su padre o de su madre, o de vaya a saber quién. *No se te parece en nada*, reí. *No, es igual a la madre*, me dijo con un dejo de desprecio.

¿Todo bien con la separación? —pregunté.

Más o menos. La verdad es que prefiero no hablar de ella, por respeto a mi hijo. Me separé porque me fue infiel. Me enteré y me fui. Eso fue todo. Hace cinco años que solo le hablo para coordinar, si es que hace falta, cosas de Guille. Pero ya está grande, se maneja solo.

Entiendo. Me parece muy bien.

¿Y vos, Campanita? Contame de vos, pero no boludeces. Contame de vos. De cómo estás. Cómo te sentís. Qué estabas haciendo en Tinder, porque claramente no es tu palo. ¿Tenés niños? En fin. Quiero saberlo todo.

Ja. Qué lindo. Pero ¿no te parece que nos pasemos los teléfonos? Por acá es eterno y encima escucho que te suena un timbre de notificación cada dos segundos, te están volviendo loco. Soy periodista, como verás en mi muro. Me la paso escribiendo. Es agotador.

Te entiendo, pero creeme que, si por acá me vuelven loco, por el celular no puedo ni estar en línea. Me queman los empleados, los gremios, son insoportables. Solo uso el celular para mi familia, mis amigos, mi hijo y cuestiones de laburo.

No te entiendo. ¿En qué rubro entraría esta conversación? ¿En entretenimiento?

Pensá lo que quieras, Campanita. Vos sos grande. Yo te soy honesto. Nos estamos conociendo. No sé quién sos como para darte el teléfono. No estoy casado, no tengo pareja, no nada. Solo intento preservarme un poco: hoy día no sabés con quién hablás.

No, está bien. Qué sé yo. Realmente me choca un poco el freno que me pusiste, pero simplemente porque me parece lo más normal del mundo hablar por celular. Pero bueno, la verdad es que estoy fuera de pista hace un par de años y quizá tengas razón. ¿Te parece que nos mandemos audios para agilizar la charla?

Me parece excelente.

Por supuesto que no creía en esa estupidez del celular que me acababa de decir. ¿A quién se le ocurre que un cliente puede llamarlo a las once de la noche para recordarle que cambie la grifería del baño? A nadie. Pero no dije nada. Le estaba dando tiempo a que me fuera conociendo, como

él decía, y ganara la confianza que seguramente había perdido con la infidelidad de su exmujer.

Sumado a ese episodio para nada feliz, su infancia había sido bastante golpeada por un padre abandónico, al cual nunca conoció. Dos hermanas, a las que veía poco porque, según me comentó, eran bastante molestas, y una madre muerta.

Guille viviendo en Capital. Pocos amigos, un pasado sumergido en drogas, y las 12 am…

¡¡Feliz cumpleaños, Campanita!!, qué lindo, hermosa, empezarlo hablando juntos. Si querés, te canto el cumpleaños feliz, pero soy malísimo entonando, jajaja.

Unos emojis de florcitas, tortas y guirnaldas cerraban mi primer saludo de cumpleaños.

¡Por favor! ¿De dónde salió este chico? ¿Como hizo para cronometrar en el segundo exacto y saludarme de manera tan natural, tan simple, tan…

¡Gracias, Peter! La verdad que sí. Nunca me imaginé estar empezándolo así. Con mi Peter Pan del otro lado. Parece que te conozco de toda la vida.

Es que no hay dos lados, Campanita. Te das cuenta, ¿no? No hay dos lados.

Sí, lo sé.

Copié y pegué un par de *gracias*, *gracias*, *mañana hablamos*, a gente que me saludaba al teléfono por mis incipientes 40 años. Listo, chau. Hoy la fiesta es mía. No jodan.

Me lo merecía, carajo. *A quien me venga a cuestionar le doy vuelta la cara. Me lo merezco. Gracias, vida. Gracias, mami, por mandarme una señal. Gracias, universo. Estoy muy feliz. No lo puedo creer. Quién iba a decir encontrarlo ahí. Dios mío. Estoy feliz.*

Cortamos la conversación a las cinco de la mañana. Supo de mi vida más que la gente me conoce hace décadas. No quería resúmenes. Quería detalles. Le gustaba escucharme, me decía que tenía voz de nena y eso le gustaba. Que era muy dulce. Mi risa, destacaba mi risa, como lo mejor de los últimos tiempos. Y todo. Quería saber todo. Mi pasado, mi presente y, sobre todo, mis sueños.

No sé qué es el limbo, pero yo estuve ahí.

Mañana te escribo, Campanita, disfrutá tu día y, si tenés un ratito, contame cómo la venís pasando. Te mando un beso enorme, me encantó conocerte. Que descanses.

Sí, claro que voy a tener un momento para vos. Mañana hablamos. Gracias por esto. Estoy

contenta. Quiero que lo sepas. Que también descanses.

***

Los días pasaban y la magia iba aumentando. El sentido de mi vida volvió a encontrar donde poder cobijarse, y ese lugar estaba dentro de mí. Ya no quería morirme, ni tampoco dormir, quería agotar los momentos que vivía minuto a minuto. El amor había llegado de la manera menos sospechada. Pero llegado al fin.

Con el tiempo, mi café con leche fue dando lugar a una ensalada en la mesa, las zapatillas fueron reemplazadas por botas, el pelo, ahogado en un desprolijo rodete, fue dejado en libertad.

Nuestros encuentros se hicieron cotidianos. Infaltables. Incuestionables. Nuestra hora de contactarnos era a la noche, alrededor de las 23, horario en que ya quedaba claro que los dos habíamos finalizado con la parte dura del día. Trabajo y responsabilidades se terminaban antes de nuestro encuentro.

Con Manuel me pasaba algo hermoso. Me atraía muchísimo el hecho de que se dedicara exclusivamente a mí. Él quería saber desde mis gustos preferidos de helado hasta si ese día había extrañado a mi mamá, que había fallecido hacía menos de un año, y más de una vez tuve la necesidad de llorar en su hombro virtual.

No estás sola, Campanita. Estoy acá y no me voy nunca más.

Mis platos poco artesanales le causaban gracia y no pasaba noche sin que me preguntara por la cena.

¿Y, Campanita? ¿Le metiste algo más a la ensalada?

No seas malo. Hoy le metí un huevo, para que sepas.

Y así, todo. No había noche que no me preguntara por mis hijas. Él quería saber cómo estaban. *¿Maru y Pía, bien? ¿Hicieron todo lo que tenían que hacer?*

Manuel me escuchaba con atención. Me daba devoluciones. Me daba su opinión. Me contenía. Decía lo que yo necesitaba escuchar. Y cuando la tristeza se hacía presente, él estaba ahí para acompañar. Enlaces de canciones, chistes, mensajes, mucho amor.

Si yo le decía que estaba hablando con él en un sillón, él me pedía saber el color del sillón, la medida del sillón, la ubicación del sillón: la foto del sillón.

Qué linda que sos, Campanita. Te imagino ahí, toda chiquita, en silencio, abrazada a mí…

En cinco horas, Manuel se ocupaba de mí. Y como soy periodista, era la primera vez que me sentía estar pisando el lugar de una persona importante. Alguien me hacía las preguntas a mí. Los flashes iban hacia mí. Esa es la pura verdad. Yo era el centro de la conversación en todo ese tiempo. Realmente era importante para él. Y Manuel se encargaba de hacérmelo saber.

Sé perfectamente que los hombres de hoy te piden fotos de retazos de tu cuerpo, antes de saber cómo te llamás. Bueno, no era mi caso. A él nunca le importó llevar la conversación a ese plano y, si algo se ponía un poco acaramelado, era desde el punto de vista del amor y no desde la sexualidad. Siempre había quedado claro que nuestro encuentro iba a ser perfecto, tal como lo merecíamos. Y, dentro de esa perfección, nos permitíamos imaginarnos en una cama abrazados, como dos personas que se desean, se quieren, se extrañan y, sobre todo, se cuidan.

Manuel me cuidaba. Y respetarme era parte de esa tarea.

De a poco se fue transformando más que en una persona. Era un lugar donde quería vivir todos los días de mi vida. No estuve mal cuando me detuve en su primera foto, allá lejos, en Tinder, y me refugié en sus brazos. Era ahí donde había proyectado transcurrir mi vida. Eran enormes. Y eso me daba seguridad, protección, sensación de estar a salvo.

Las noches pasaban junto con las horas. Los temas musicales adornaban nuestros encuentros y nos dábamos cuenta de que, de chiquitos, escuchábamos las mismas canciones, tanto como ahora, de adultos. Nos reíamos de las coincidencias. No solo musicales. Bastaba que yo le comentara que esa tarde había comprado dulce de leche Gándara, para que, del otro lado, me manifestara su emoción de saber que otra vez estaban en el mercado.

> Guardame un poco, Campanita. No hay como ese dulce de leche. No puedo creer que hayas conseguido esa reliquia en el supermercado. Sos una genia.

> No te guardo nada, porque compré dos. Acá está el tuyo, y bien guardado está.

De a poco, y no tanto, nos íbamos conociendo. Ya sabíamos demasiadas cosas el uno del otro. Cosas fundamentales, no mundanas. No terrenales. Espirituales.

Con el correr de los días, yo me daba cuenta de que él iba ganando un poco más mi confianza y entonces podía abrirse algo más, mencionarme cosas más personales, algunas heridas irresueltas, sueños postergados, metas frustradas, vínculos fundamentales para su vida, como el que tenía con su perro Fido (del cual me había prohibido enamorarme) y sus difuntos abuelos maternos, sus verdaderos padres de crianza.

Ciertamente, yo me había entregado muchísimo más que él, pero era algo que también estaba

disfrutando.

Los días pasaban y ya las ganas eran imperantes. En lo personal, no iba a mantener un vínculo de ese tipo por mucho tiempo. De ninguna manera. Y en esto siempre fui muy clara y honesta con él. Por eso no le cabía alguna duda de que era lo que yo quería.

Estábamos en la orilla de nuestro primer mes, desde aquel primer gol, y decidimos o, mejor dicho, él consintió mi deseo de encontrarnos de una vez por todas.

Sin embargo, si bien yo tiré la piedra, él se mostraba muy entusiasmado con el encuentro. Lo coordinamos juntos. Decidimos qué comer. Él se postuló como el cocinero de la ocasión. Cena, postre y bebidas corrían por su cuenta.

Ñoquis con salsa mixta, helado. Gaseosa para mí. Cerveza para él.

¿Viernes a las 22, entonces?

Sip. Viernes a las 22.

¿Local o visitante?

Prefiero local, pero deberíamos cambiar los roles de quién cocina y demás.

Vos no te preocupes por nada, que yo cargo todo en la camioneta y llevo todo. No quiero que hagas nada. Solo te quiero ver disfrutar.

Un amor de persona. Pero la verdad, elegí “local” porque, con las cosas que suceden hoy en día, es preferible gritar en casa, rodeada de vecinos conocidos, y no en casa ajena.

No es que desconfiara de él, pero la verdad es que había cosas que no me cerraban y que, por temor a que se arruinara el idilio, eran temas que prefería no tocar.

No soy estúpida. Tengo muchísimo sentido común, que suelo esconder como un as bajo la manga. Soy mujer, lo cual, desde el comienzo de la historia, me planta en un lugar de superioridad emocional, capaz de observar cosas, traducidas en información acerca de él, sin que me las haya contado jamás.

Él omitía, yo no preguntaba. Pero ese no es ningún motivo para pensar que alguien no está al tanto de las cosas del otro. Con estar atentos alcanza para saber. El problema es que, si bien yo estaba atenta, no tenía la certeza para hacerle un cuestionamiento.

Su perfil de Instagram era raro. No sé bien qué, pero había algo que no era del todo transparente.

Para empezar, sus fotos eran extrañas. Exhibían poca naturalidad, sonrisa forzada, mirada perdida. Más que fotos, parecían cuadros. Siempre se mostraba solo, en lugares y espacios indefinidos, imposible descifrar en dónde quedaban geográficamente.

Pasto. Cielo. La rueda de un auto. La cola de un gato. Una bicicleta en medio de un asfalto, yo qué sé.

No aparecía un solo amigo. Mucho menos, familiares. Tampoco estaba Guille, aunque ya había constatado que tenía su propio muro, abierto por suerte, y las fotos que allí aparecían eran las mismas que me pasó Manuel la primera vez. Es decir, el único ser vivo que aparecía en esas fotos, además de él, que tampoco, con su falta de expresión y emotividad, podía convencerme de que realmente estuviera con vida, era su perro Fido. Pero nunca aparecían juntos.

Fido era una especie de decorado. Tirado allí, por lo lejos, en algún lugar del mundo.

¿Y los contactos que tenía? Hoy es sumamente fácil acceder a esa información. Basta con teclear la palabra *seguidores* o *seguidos*, y en un momento te enterás de los bueyes con los que ara cualquier ser humano.

La franja etaria de sus contactos era llamativa. En su mayoría, por no decir casi todos, eran de sexo femenino, rondaban entre los 18 y los 30 años. Casi todas tenían sus muros abiertos, lo cual facilitaba la investigación.

Los perfiles de estas chicas estaban bombardeados de fotos despojadas de ropa. Pechos fuera de las remeras, culos al aire en HD, los contenidos no eran profundos en absoluto, a decir verdad, no había contenido alguno. Eran personajes poco finos, para nada elegantes, bastante limitados en el lenguaje, en fin, lo opuesto a lo que compartía conmigo.

Alguna que otra vez, una de estas mujeres subía una foto posando con algún niño al lado, dando a entender que era su hijo o algún sobrino que andaba cerca y, claramente, a falta de perro, gato o conejo, lo utilizaba para tener una razón que explicara la subida de una foto haciendo nada.

Debajo de la imagen aparecían, casi de forma reiterada en los distintos muros, frases bastantes conocidas y que hacían jueguito con la publicación.

> mi héroe en este lío
> por vos: la vida
> sos lo mejor que me pasó

Y otros alpistes coronaban la escultura. Pero, yendo a lo importante, abajo, ahí abajo nomás, estaba el corazón de Peter. Sí, sí. De Manuel.

Se ve que algo de todo eso le gustaba.

Todo parece más que sencillo cuando lo cuento, pero la verdad es que a mí me confundía bastante. No lograba entender qué cosa podía convocar a Manuel de estas chicas, cuando hacía más de treinta días que manteníamos conversaciones con la ropa puesta y con un nivel de profundidad *nivel* filosofía existencial.

No podía enojarme tampoco, ni hacer ningún planteo o cuestionamiento. En principio porque

no podía explicar de manera sensata qué hacía yo revisando la vida de personas que no conocía, verificando la propiedad intelectual de los corazones, conducta totalmente tóxica e inapropiada para alguien a quien apenas estaba conociendo y todavía no había visto nunca en mi vida. Incoherencia total, si pienso que le contaba los dolores de mi vida y no podía manifestarle mi inquietud sobre sus contactos tan particulares. Pero, por otro lado, observaba que esos corazones solo aparecían cuando había un niño o un perro mediante, razón por la cual tenía mis dudas acerca de si ese *like* no iba destinado para el sujeto, convertido en objeto, en cuestión. Por eso también me callaba la boca. No por sometida, sino porque no quería quedar expuesta sin estar segura de los motivos de mi desconfianza.

Fuera de eso, y remitiéndome a nuestros diálogos, había algo que me llamaba la atención. Y era el tiempo que cada tanto se demoraba en responder. Eso sí se lo había podido manifestar, pero Manuel me decía que no. Que estaba equivocada. Que sacara la cuenta, porque él tardaba cinco minutos literales en responder.

> Campanita, mi amor, me llega y respondo. Te juro, no sé qué decirte, no existe ese *delay*. Probemos otra vez, así te quedás tranquila.

A treinta días de nuestro *match*, Manuel seguía sin darme su celular, pero, al tener fecha de encuentro, ya no me preocupaba demasiado. Al fin y al cabo, estaba obligado a pedírmelo y a pasarme el suyo, al menos para ir hablando durante el viaje y asegurarnos de que estaba en el camino correcto. Había esperado tanto que cinco días no marcaban la diferencia.

***

Empecé la semana con una alegría inmensa. Divina. Realmente me sentía divina. Con una energía hermosa que me sobraba y repartía por todos lados. Saludaba a mis vecinos, al panadero, al limpiavidrios, como si fuera la reina de la primavera. Brazo levantado, sonrisa imperante y un andar firme y seguro que hacía temblar el asfalto de cualquier vereda.

Mi cuerpo, en poco tiempo, pasó de ser un fósil mezclado entre las sábanas a tener movimientos nuevos, seductores, potentes. Ingresaba a mi trabajo con anteojos de sol, tacos, pantalones ajustados, cartera nueva y una camisa distinta cada día. Había decidido reemplazar el auto por los pies, por eso, una vez llegada a la ciudad, lo dejaba estacionado de manera intencional a tres kilómetros de la puerta de la empresa donde trabajaba.

Treinta cuadras de ida, treinta de vuelta.

Mantenía las uñas arregladas, la tintura de las raíces estaba al día, comida saludable y rímel. La piel estaba llamativamente más brillante.

El amor se manifestaba en toda mi fachada. No había la menor duda, ni nadie que no lo notara.

¿En qué andás, Sarita?, habían empezado a preguntar mis compañeras de oficina y también algunas madres chusmas del colegio de las nenas.

Es que es así: el amor motoriza. Te eleva. Te levanta el ánimo. Te da expectativas que habías dado por perdidas. Tenés más ganas de compartir con gente, con tu familia, hasta los momentos con tu expareja resultan agradables. Diría yo que el amor te droga. Es como si de repente nos volviéramos ajenos a nosotros mismos, y eso era justamente lo que yo necesitaba hacía muchos años. Salir de mí. Un recreo, un aire de esperanza, una tregua con la vida.

El amor te salva, te rescata, te cura. Y no es algo que lo diga yo, por supuesto. Cualquiera que se ponga a investigar sobre los efectos químicos del enamoramiento va a comprobar que esto que digo tiene bases científicamente comprobadas.

***

Jueves y ya casi tocaba el cielo con las manos. Toda la semana imaginando el encuentro, hablando del encuentro, soñando con el encuentro, nos retroalimentábamos las ganas mutuamente.

Feliz, yo estaba feliz.

Nueve de la mañana, abro la puerta de la empresa y saludo a todos con la mano levantada y con besos tirados por el aire. Escuché el teléfono vibrando en mi cartera. Una notificación me avisaba que tenía un mensaje en Instagram. Chequeé inmediatamente y me sorprendió ver que era un audio de Manuel. Raro, porque nunca le había escuchado la voz a la luz del día. Para mí, Manuel solo existía después de las once de la noche. Pero quizá, pensé, fuera producto de la intensidad que iba en aumento.

> Campanita… buen día. Bueno. No tanto. Malas noticias.

Mi corazón y yo frenamos la marcha. Un nudo en el pecho me anunciaba lo que, por supuesto, siempre supe que iba a suceder.

> Guille está con apendicitis. Lo van a operar en un rato. Estoy saliendo para Capital y decidí quedarme allá hasta que se recupere. Una verdadera cagada, pero bueno. Tenemos que suspender la cena, perdón. Te quiero, Campanita, hablamos más tarde. ¿Sí?

> OK, lo lamento mucho. Después nos hablamos y me contás cómo salió todo. Saludos.

Tiré el teléfono en la cartera, con un dejo de desilusión, sintiendo cómo la energía vital que recorría mi cuerpo durante los últimos días se consumía. Me sentía como una muñeca a la que se

le van gastando las pilas de manera repentina. Todo mi mundo se enlenteció y, de golpe, me vi tragándome mis propias lágrimas, sin haber sido testigo del momento exacto en que mis ojos comenzaron a llorar sin mi consentimiento.

De repente, en un solo segundo, sin ningún episodio que lo justificara, estaba regresando, con mucho miedo, a mi vida anterior.

Miedo. Eso es exactamente lo que sentía.

***

Sé perfectamente que lo que digo no tiene asidero. Parece descabellado, y quizá lo sea, el hecho de que el estado anímico de una persona sea tan endeble como para florecer y marchitarse en cuestión de un chasquido, por un motivo que no responde a lógica alguna.

Por supuesto que lo sé. Creo haber dicho antes que no soy estúpida. Me considero, por el contrario, una persona muy inteligente. De hecho, me gradué en menos de lo que canta un gallo y con promedios que merecieron una distinción especial. Gracias a Dios, no dependo económicamente de nadie y el puesto laboral que tengo se lo debo a mis méritos.

Tengo mi propia casa, amigas por doquier, un cuerpo y una cara que, teniendo en cuenta la edad que padezco, y en comparación con mis pares, hacen que me considere una privilegiada como pocas.

De ninguna manera soy una más del montón.

Soy una persona noble, responsable, emprendedora y generosa. Soy honesta, compasiva, empática y divertida. Y podría enumerar un montón de valores más que me definen, pero que entiendo que no me corresponde a mí hacerlo. A lo que voy con todo esto es que, sumando lo superficial y lo profundo, me considero un buen producto final, que cualquiera, pero cualquiera, podría amar.

Si Manuel tenía lo suyo, yo no me quedaba atrás.

Soy una mujer hecha y derecha, que sabe perfectamente la pena y la felicidad que vale. Tengo la mayor parte de la vida resuelta, a los ojos de la gente que no me conoce. Soy simpática, agradable y muchas veces hasta graciosa. Lo cual hace que parezca una persona feliz.

No hay ningún problema con mi vida.

Pero debo admitir que desde que mamá murió, desde que mi matrimonio murió, desde que muchos sueños que tenía en la lista de los pendientes también murieron, desde que mi vida se transformó en un conjunto de malabares para llegar a la cama agotada, habiendo vivido para los demás, desde que mis proyectos se dinamitaron, desde que tenía que pasarle la franela a cada jaula que había construido con el tiempo, sin darme cuenta de lo que estaba haciendo, yo también había muerto hacía rato.

No todo el mundo se muere cuando deja de respirar. Hay muchas formas de dejar de vivir.

Algunos se drogan; otros se vuelven anoréxicos; alguno que otro remata su vida en una ruleta; otros se pasan la vida corriendo sin saber adónde están yendo; alcohol, ansiolíticos, comida, vínculos tóxicos, dormir mucho, trabajar mucho, qué sé yo; cada uno elige la manera de volarse la cabeza y de huir, cada tanto, de su vida.

Yo hacía un tiempo estaba en ese proceso de abandono parcial.

La cuestión era que una parte de mí se había puesto vieja, insulsa, apagada, se había podrido. Al fin y al cabo, no era más que un mamífero necesitado de alguien que le diera la teta, lo cuidara y protegiera. Me había vuelto emocionalmente mucho más primitiva que antes.

Y, como todo mamífero, mi problema es el olor.

Yo huelo a dolor.

Huelo a angustia. A necesidad. A desesperación. A intensidad. A búsqueda. A herida. A llanto. A vacío. A vulnerabilidad. A ganas. A desolación. A soledad. A tristeza. A herida.

Y ese es el mayor problema que tengo: mi olor.

Mi esencia oscura se filtra en mi mirada, en el sonido empastado y suave de mi voz, en mi letargo, en mi atrofia ante el enojo. En el miedo que subyace a todo lo que no pregunto para no tener que retirarme, de una cucha provisoria, justo en el momento en que estoy recibiendo calor. En los límites que no dibujo de manera clara y concisa, lo que habilita a todo el universo de seres humanos a entrar en mí, como un fantasma, apoderarse de mi tiempo y mi vida, y convertirme en un hogar con la puerta abierta, para que puedan entrar y salir sin permiso. En mi predisposición exagerada a querer darlo todo, en intentar curar heridas ajenas, en buscar soluciones que nadie me pidió. En querer agradar. En ponerme al pie de un cañón, en el momento justo que está por disparar. En ofrecerme como un regalo, bello, atractivo y, sobre todo, completo, en búsqueda de un comprador. En fin, un listado enorme que pone de manifiesto que toda la ropa que llevo puesta es de vidrio.

Yo soy de vidrio. Mi piel es de vidrio. De vidrio finito. Casi una lámina. Siempre a punto de estallar.

Y la gente no es zonza. Nadie se apoya sobre un vidrio y mucho menos tiene ganas de abrazar uno, si ya sabe que después tiene que ponerse a juntar.

Yo me rompo fácil. Y eso también se huele. No hay mucha más ciencia que la que cuento.

Huelo feo. Y la macana con esto es que todo se puede disimular menos el olor. El olor es de esas pocas cosas que dejan una huella en la memoria del otro y que no se puede borrar.

Olor a perfume, a comida casera, a mar, a playa, a verano, a lluvia, a piel, a bebé, a anciano, a pasto, a tierra, a paz, a mamá, a papá, a flores, a primavera, a otoño, a viento, a enfermedad, olor a *depresión.*

***

La cuestión es que, en ese momento, yo ya tendría que haber tomado la decisión de desaparecer del escenario. No necesitaba nada más para constatar que verlo a Manuel era algo que nunca iba a suceder. Y aunque parezca una contradicción en sí misma, de alguna manera siento que, en vez de huir de la situación, hui hacia él.

Sin duda, él parecía ser el más fuerte de los dos, y yo sentía la necesidad de todo eso que a mí me faltaba: sus brazos. Sus brazos que no eran más que la promesa de un cuerpo fortaleciendo el mío. Alimentando el mío. Completando el mío. Devolviéndole el alma al mío.

Manuel representaba la luz al final del túnel. Un atisbo de esperanza. Me hacía ilusión, como dicen los españoles, el hecho de pensar que el recorrido de mi vida podía cambiar de dirección. Lo cual era imposible, si siempre tomaba el mismo camino, las mismas calles, las mismas piedras. Uno es reincidente de su propia historia fallida. Y para reincidir hacen falta algunas estrategias que yo cumplía a rajatabla.

Uno siempre conoce la película, simplemente, porque ya la vio. No solo la vio, sino que fue el protagonista. El famoso *déjà vu*, para nada inocente, por cierto. Uno no repite sin sentido, para nada. Uno conoce la historia de memoria, regresa compulsivamente al inicio. Y lejos de patear la roca, se abraza, se enamora, la venera, cree, con todo su cuerpo, que la vida le da una nueva oportunidad de cambiar el final, entonces intenta modificar algo, lo que sea, una postura, un gesto, la actitud, un llamado, un no llamado, para que eso suceda. Y, en esa locura, es capaz de desafiar a la propia naturaleza, sí, señor: uno, antes que abandonar, es capaz de desafiar a la mismísima piedra.

Entonces miente, se miente, mira para el costado, edita la realidad, colando lo que no sirve para que todo funcione, se hace el boludo, se reprime, se contiene, deja de ser natural, negocia, acepta lo inaceptable, se esfuerza y hace todo lo que vea favorable a los fines buscados. Sí, sí. Toda esa energía al servicio de no resignar la promesa de un momento futuro de alegría.

En esa aventura estaba sumergida yo. Lo único que quería era que me diera la posibilidad de conocerme. Y entonces, quizá, se diera cuenta de todo lo que nos estábamos perdiendo por procrastinar nuestro amor. No podía asumir la derrota sin haber dado batalla. Nadie abandona antes de jugar. Fuimos *match*, es cierto, pero eso fue trampa. Ganamos un partido sin haber jugado a nada. Yo quería que las cosas sucedieran. Vivirlas. Tocarlas. Para ser más directa, yo necesitaba que me salvara. Necesitaba que Manuel me salvara de mi vida. Y para eso, tenía que atraparlo.

***

Cinco de la tarde. Me senté en la computadora. Puse la espalda derechita y comencé a mover los dedos. Preparé mi escrito. Lo revisé y lo corregí alrededor de treinta y siete veces. Lo guardé en un archivo de Word, listo para copiar y pegar.

Soltalo, Sarita, soltá el monólogo de una vez. Vos podés. Me golpeaba la espalda a mí misma de manera imaginaria. Como todo lo que hacía en mi vida últimamente.

El objetivo era mostrar una dignidad que no tenía, con el único motivo de darle a Manuel la posibilidad de revertir la situación. Para eso, necesitaba victimizarme de manera muy sutil y dar lugar a que él pudiera manipularme con un par de mentiras, necesarias, por cierto, para regresar a nuestra relación. Tenía que dejarle las cartas preparadas arriba de la mesa, simulando mi intención de retirarme del juego, pero a la expectativa, con todo servido, de que su voz muda pidiera revancha.

Nuestros encuentros sucedían a las once de la noche, poco más, poco menos. Pero esta vez adelanté un poco las agujas de mi reloj, porque mi ansiedad, mi angustia, o las dos cosas tenían sed y hambre.

> Hola, Peter. ¿Como estás? Te escribo y no te grabo porque estoy un poco angustiada y no quiero que te quedes con ese recuerdo de mi voz. Pero, bueno, lo cierto es que, después de lo de hoy, me parece que no tenemos mucho más que hablar. Es que no te creo, disculpame. Pero me parece inverosímil que, un día antes de nuestro encuentro, Guille haya tenido esta dificultad con su apéndice. Realmente me pone muy mal, porque creo que teníamos la confianza suficiente para que me dijeras que no me querías ver.
>
> Quiero que quede claro que todas las dudas que tengo no son acerca de mí. Quiero que sepas que todas las inseguridades de las que te hablo y hacen que de repente levante el freno de mano no tienen que ver conmigo. Yo sé quién soy. Los valores que me definen. Conozco cada uno de los compromisos que tiene el peso de mi palabra. Sé que lo que valgo no tiene precio. Que mi abrazo siempre es genuino y mi mirada honesta. Que si me dejás pisar tu vida, lo voy a hacer sabiendo que estoy pisando un templo. Y así y por eso te cuido. Como si fueras de oro. Porque sé cuidar lo que no quiero perder. No tengo miedo de no poder. De no alcanzar. De no colmar expectativas ajenas. Sé que, si hoy me frustro, me limpio las rodillas y en unos días me levanto otra vez. No soy yo. Mi autoestima no está dañada. Me quisieron tanto de cachorrita que me dieron las bases para aprender a quererme de adulta. No tengo miedo de todo lo que me falta. Conozco donde hago agua y me la tomo. No me siento menos. No se trata de mí. Desconfío de vos. Desconfío cuando el peso de tu palabra se hace líquido en medio de la nada. Cuando tu amor hace contraste con la incapacidad de hacérmelo sentir. Cuando la mañana de hoy es inesperadamente opuesta a la noche de ayer. Cuando lamentás ponerme en un lugar del cual no intentás sacarme nunca más. Cuando vas y nunca venís. Cuando todo siempre es confuso, raro, nublado, manchado por la tinta de la mentira que solo vos podés pensar que es transparente. Se ve. Toco el trazo de cada letra que conforma tus palabras. No se trata de mí. Se trata de vos. Y de no saber de qué lado del mundo estás caminando. Yo sé lo que vas a perder cuando me pierdas, el día que la realidad le coma la boca a tu ficción. Yo sí que lo sé. Pero dudo. Todavía dudo de equivocarme. Temo que sean mis heridas, ya conocidas por vos, las que te ubiquen del lado de los malos, y que, en realidad, estés del lado de los buenos. Tengo miedo de pisar en falso. Esa es mi causa. Dudo. Y la duda ata. Y esa atadura es la que se resiste a soltarte del todo. Creo que creamos un lazo hermoso. Donde al menos yo, ya había empezado a quererte. Vos no sos alguien

más para mí. No te voy a decir que sos el primero, porque eso sería totalmente falso, y yo no miento. Pero sí que, hoy por hoy, sos el único.
Te mando un fuerte abrazo, que sepas que me hiciste muy feliz. Te voy a extrañar mucho.
Campanita

Copiado. Pegado. Enter.

La mentira llegó a destino. Sentía que jugaba a la batalla naval. Mi jugada fue sublime. Pasara lo que pasara, sé que no lo había hundido, pero lo había tocado de una manera tan suave y profunda que le había tambaleado el barco y, como si fuera poco, yo había quedado en un lugar admirable, por cierto.

Nadie se enoja con amor y en eso estamos de acuerdo. Pero no quería perderlo. Solo necesitaba que me tuviera respeto. Lucirme. Pasar por al lado revoleando la cola sin sacarle los ojos de encima. No sé. Algo que impidiera que me oliera. No quería que me oliera. Y la verdad es que no existe un solo mártir que no deje la puerta abierta para que el otro, con un mínimo de interés, entre a hacer su función. Y creo haber logrado todo eso. Mi dignidad intacta y el portón abierto.

Visto, anunciaba mi computadora. Y continuó poniéndome al día: *Manuel está escribiendo.*

Mi cuerpo, mis ojos, mi corazón y mi respiración estaban en formol.

Hola, mi amor, Campanita hermosa. Te entiendo perfectamente. No quiero que estés mal, antes de eso me muero. Sabía que no me ibas a creer, lo sabía, pero es la verdad. Imaginate que no voy a jugar con la salud de mi hijo de esa forma. No estoy rompiendo lo que armamos, solo estoy dilatando las cosas hasta asegurarme de que Guille esté bien. Llegar hasta acá y arruinarlo no tiene sentido. Conozco tus miedos, sé de tus heridas, sería incapaz de lastimarte. Pero respeto tu decisión. Lo que menos quiero es hacerte mal. Justamente a vos, que me devolviste la magia, la sonrisa, la adolescencia y las ganas de creer en el amor. Me vuelvo loco si te hago mal. No me lo perdonaría. Creeme que los dos queremos lo mismo. Pero si mi manera de transitar las cosas te hace mal, me retiro. Por vos me retiro.
También te voy a extrañar.
Peter

Momentito, momentito, que acá no se tiene que retirar nadie. La misión estaba cumplida. Ahí estaban Peter y su magia. Sentí cómo mi corazón aplaudía con las manos que no tenía. De repente me vi escupiendo el agua que yo misma me había tragado, cuando caí al mar de mi propia novela. Es verdaderamente increíble cómo el alma regresa al cuerpo en un segundo. Un solo segundo alcanza y sobra cuando lo único que uno desea es volver a disfrutar de la vida, una vez que le había tomado el gustito. Yo quería agotar estos momentos de felicidad, aunque fueran inventados. Y si para eso tenía que retribuir a la vida, abusando fingir adultez, comprensión, tranquilidad e incondicionalidad, aceptaba el trueque.

Sin el teléfono en mano, silenciando mi incógnita frente a su perfil claramente sucio de Instagram, frente a un perro al que nunca había escuchado ladrar, frente a un hijo enfermo que, hasta ese momento, nunca había interrumpido ni para decir *hola, papá*, frente a amigos sin nombre, frente a una casa que no decoraba ningún paisaje y frente a la anulación de nuestra primera y tan ansiada primera cita, retomamos el vínculo en ese mismo momento.

Sus palabras lo ameritaban. No tenía por qué no creerle. En definitiva, qué clase de enfermedad podía tener alguien para sostener una relación tan hermosa sin necesidad de vivirla en el plano de lo real.

Imposible pensar en algo así. Somos adultos, me recordé.

Al fin y al cabo, en menos de diez días nos veríamos *otra vez.* Tampoco era tan grave. El problema soy yo, sin ninguna duda, que siempre, siempre, convierto todo en un drama.

Sos tan exagerada, mamá, solía decirme Pía cada vez que me ponía a llorar, cuando no se lavaba los dientes.

Exagerada no. Exceso de lucidez… Exceso de lucidez.

***

Entiendo correctamente las cosas. Sé que la cabeza no suele ser el mejor lugar para vivir una historia de amor. Todos necesitamos de la materia, lo corpóreo, lo palpable. Es hermoso tener una relación con alguien al que se pueda tocar, oler, acariciar, mirar, qué sé yo, revolver el agua de una cacerola mientras el otro pone los fideos. Pero tampoco estoy del todo de acuerdo con la definición de la palabra *virtualidad*, que acabo de buscar en el diccionario. Según la RAE, *virtual* es todo aquello que existe solo de forma aparente. Suena extremadamente fuerte y no me parece adecuado generalizar.

Tal es el caso con Manuel. Claramente existíamos y de ninguna manera de forma aparente. Nadie siente aparentemente un arsenal de mariposas en el estómago hacia alguien que aparentemente es real. Me parece que la definición no es justa, teniendo en cuenta el tiempo que nos dedicábamos, el respeto que nos teníamos, los temas que abordábamos, la confianza que íbamos desarrollando el uno en el otro. El afecto no es aparente, señores de la RAE. Yo lo siento. Él lo siente. Motivo suficiente para tener razones que nos digan que somos reales.

El problema con nosotros no éramos nosotros. *Los dos queremos lo mismo*, había dicho Peter, y yo apoyo sin duda alguna esa moción. Pero, a veces, la vida se mete delante, y contra eso teníamos que lidiar. Los trabajos, los hijos, las actividades de nuestros niños, las nuestras y, no quiero dejar de mencionarlo, la distancia geográfica que, por supuesto, complicaba todo aún más.

Nos queríamos. Y eso lo demostrábamos cada noche, incluidas las del fin de semana, cuando nos dedicábamos más de cinco horas de corrido. Por otro lado, había una frase que Manuel tenía como muletilla, con la que empezaba todas nuestras conversaciones. Una sutileza, pero que mi

carencia afectiva decodificaba como algo épico.

Comenzaba la conversación diciendo: *Acá estoy, Campanita.* Y no solo ubicaba esa presencia al comienzo de cada encuentro, sino que la ponía cada vez que yo flaqueaba emocionalmente y necesitaba un poco de contención. Era como si su ausencia se borrara cada vez que me recordaba que ahí estaba. *Acá estoy*, era una especie de chupete que me ponía en la boca cada vez que mi niñez extrañaba a mi mamá.

Me calmaba. Me daba paz. Sentía su empatía. Y lo volvía cierto. Real. Todo lo que lo alejara de aquella palabra tan mal aplicada: aparente. Manuel no era aparente. Manuel existía. Y yo existía junto con él.

No había razón alguna para que me mintiera. Nadie lo obligaba a estar en comunicación conmigo cinco horas por día. O por noche. Por otro lado, era imposible pensar que estuviera en pareja o alternando con otra persona porque, repito y quiero ser bien clara con el asunto, todas las santas noches, incluidos los fines de semana, él estaba ahí para mí.

La cuestión es que, con todas las dudas que intentaba menospreciar para vivir mi historia de amor, seguí.

Seguimos.

Todo iba bien. Cada vez lograba más apertura hacia él. Lo hacía parte de mi vida laboral, de mis decisiones cotidianas, sabía a la perfección los días que las chicas estaban conmigo y entonces esperaba, en esos días, que fuera yo la que comenzara el diálogo para no interrumpir nuestra rutina familiar. Nos reíamos mucho. Nos divertíamos cada que vez que fantaseábamos con nuestro próximo encuentro, perdón, con el primer encuentro. Todas las noches contestaba a su inquietud acerca de si había cenado algo más que caramelos. En cuanto a mí, como Manuel me había contado que tenía intenciones de ir a recorrer el sur de la Argentina junto con Guille, yo, que lo había recorrido entero, me dedicaba a buscarle lugares a los que, inevitablemente y con justo criterio, consideraba que tenían que ir. Entonces, como un modo de participar de su viaje, convocada por él, por supuesto, le mandaba fotos, presupuestos, rutas, todos los detalles que adoraba dedicarme a buscar. *Sos un amor, Campanita. Sos increíble*, agradecía Manuel.

De a poco me iba comentando algo acerca de sus hermanas, a quienes les había dicho que tenía una relación conmigo. Al igual que a Guille.

Realmente nos llevábamos bien. En un principio, Peter demostraba tener un carácter bastante duro: de vez en cuando se enojaba frente a algo que para mí resultaba gracioso. No lo sé, algún chiste mío, alguna respuesta disparatada, pero que lo desconcertaba. Cosas banales. Pero con el tiempo, y cada vez más rápido, lograba salir del enojo con una risa cómplice e intempestiva que se filtraba en un audio.

Manuel se reía y yo sentía que ganaba puntos. *Es que, con esa voz tan dulce, calmás leones, Campanita*, repetía. Y yo moría.

Y así, de a poquito, algo raro iba sucediendo: profundizábamos sin avanzar.

Lo sentía tan cerca… Tan compañero. Tan al tanto, preocupado y ocupado por mí, tan presente que la idea de *virtualidad* se iba desdibujando en mi cabeza. Realmente no sentía que teníamos algo aparente. Insisto con esta idea porque me quedó como una basurita en medio del ojo desde aquella vez que la leí.

De hecho, sabía de mi vida, de mis sueños, de mis dolores, de mis inquietudes, de mis errores, más que mi exmarido, con quien estuve casada ocho años.

No miento si digo que nunca nadie antes me había querido tanto como él. Porque no era cuestión de que solo me lo decía, sino que me lo demostraba.

En cuanto a todas mis inquietudes, que de a poco le contaba, Peter siempre me respondía lo mismo: *Cuando te vea, me vas a preguntar todo lo que quieras saber de mí y yo te lo voy a contestar, Campanita. Pero mirándote a los ojos, como vos te merecés.*

Nada mal, como mecanismo de persuasión. Nada mal. Él prometía y yo esperaba.

Era lunes, empezaba el segundo mes de nuestra relación y entonces me puse firme. No quería ejercer presión, realmente me moría de ganas de estar con él. Tan simple como eso. Y, por otro lado, lejos estaba París, no Chascomús. ¿No es verdad? Ambos teníamos auto. Noches disponibles y deseo de vernos. No hacía falta más nada.

OK, mi amor, no sé vos, pero yo no aguanto más, quiero verte.

Yo también, Campanita, yo también quiero. Pongamos un día y listo.

¿Tan fácil era esto y yo aguardando como una estúpida a que Manuel tirara la piedra? ¿Tan infantil, compleja, vueltera, tímida, cautelosa puede ser una persona, ya consagrada hace tiempo como adulta, cuando tiene terror a ser rechazada?

Evidentemente, con el miedo latiendo en cada paso, uno es capaz de atentar contra su propia esencia. Contra su propia búsqueda. Contra su propia palabra. Contra su propio deseo.

***

Nos pusimos de acuerdo como en todo: de manera inmediata. Ninguno de los dos estaba en condiciones de desperdiciar más tiempo en ponerse a cocinar y esas nimiedades.

Pedimos algo ni bien llegue a tu casa, Campanita. Lo único que quiero ahora es abrazarte.

Estoy de acuerdo con vos, mi amor. Te espero.

Y así, de forma tan simple y sencilla, quedamos: viernes a las 22 en mi casa.

Feliz: yo estaba feliz. Cuando alguien es feliz de manera patológica, necesita descargar la felicidad en algún lugar, fuera del cuerpo. Me refiero a que estaba poseída por un pico adrenalínico imposible de domesticar. La ansiedad se colaba en cada una de las actividades más sencillas de la diaria y, juro por la santa virgen, hasta cuando iba al baño hacía pis apurada. Comía apurada, me reía apurada, hablaba apurada, dormía apurada.

Realmente creo que tenía intenciones de adelantar las agujas de alguna manera y apurarme era parte de una estrategia inconsciente que no podía detener.

Ya tenía la ropa preparada, la casa limpia, las sábanas nuevas, que había guardado hacía unos meses para estrenar cuando la vida me diera un momento glorioso.

Todo listo.

Esa misma noche nos comunicamos como de costumbre. Hablamos de cosas profundas, como de costumbre, nos dijimos cosas hermosas, como de costumbre, parte diario, como de costumbre, intercambiamos canciones, como de costumbre… Hasta que Manuel manifestó tener un poco de sueño, tres horas antes que de costumbre.

> Estoy muerto, Campanita. Mañana hablamos, ¿dale? Hoy me levanté supertemprano, te juro que no doy más.

> Pero si sufrís del mismo insomnio que yo, Peter, ¿qué decís?

Y un *jaja* acompañaba el final de la frase, por miedo a que mi pregunta sonara a reproche.

> Hoy te abandono en el insomnio. Te dije que estoy cansado, nada más. No te comas la cabeza, que todo está igual que ayer. OK? Beso enorme, Campanita.

Te quiero, me apuré a contestar. Pero Manuel ya no estaba en línea.

El martes a la noche volví a escribirle, adelantándome a que él lo hiciera. Intuía, sin ningún tipo de prueba más que una noche de cansancio, que algo pasaba.

Recibí una respuesta con horario de registro: 1:30 am. Por eso la pude leer a la mañana siguiente.

> ¡Perdón, Campanita, perdón! Ya sé que te tengo abandonada. Pero estoy teniendo unos días de locos. Mañana te escribo. ¡Un beso!

Pero *mañana* nunca existió.

Esa noche hice un nuevo intento, pero al día siguiente ni siquiera tenía el tilde de *mensaje leído.*

El jueves Manuel había desaparecido oficialmente del mundo.

***

Su foto, su nombre, su perfil, mi historial de conversación, mis últimos dos meses se habían esfumado como un fantasma. Googleé su nombre y nada.

Nada.

Me tomé el atrevimiento de escribirle a su hijo, ya que, por supuesto, había corroborado su nombre y apellido en su Instagram, tiempo atrás, pero luego de decirme que no conocía a ningún Manuel, el niño, intuyo que un poco asustado como lógicamente era de esperarse, me bloqueó y nunca más supe de él. En realidad, nunca supe nada. Solo que alguien que portaba el mismo apellido de Manuel tenía un Instagram, donde pude divisar las dos fotos que Manuel me había mandado para que yo pudiera conocer a su hijo. Recién el día del rastreo de la identidad de Peter pude observar con detenimiento que ni Guille seguía a su padre, ni su padre seguía a su hijo. Que las fotos eran todas fotos de chicos jugando al fútbol, que era un chico muy querido por todos y que le gustaba viajar. ¿Qué dato tenía yo para corroborar el lazo entre los dos? Ninguno. Absolutamente ninguno.

Nada más que un apellido tan corriente como Fernández era lo que tenían en común dos perfectos desconocidos.

Me sentía confundida, perdida, desorientada, ultrajada, estafada. Una imbécil.

Pero, a su vez, sentía el dolor por la pérdida de alguien de quien no sabía si había muerto, si le habido pasado algo, si tan solo era un mitómano, si mañana volvería a decirme que había tenido un problema con internet o si simplemente no existía.

Con su desaparición se fueron todas mis preguntas, pero, sobre todo, todas mis respuestas.

¿Sería ese su verdadero nombre? ¿Su voz era la misma que la que salía de la boca de la foto? ¿Dónde viviría realmente? ¿Estaría casado? ¿Era arquitecto, médico o mecánico de autos? ¿Tenía casa o acaso le daba vergüenza porque vivía en un sitio prestado? ¿Estaría preso? ¿Su padre lo había abandonado de verdad? ¿Quién mierda era? ¿Con quién estuve ventilando mi vida? ¿A quién le dije te quiero? ¿A quién le mostré la foto de mis hijas? ¿A quién le había manifestado todos mis pecados, buscando ser absuelta por unas palabras que tampoco sabía si salían de esa cara? ¿En los brazos de quién imaginé dormir, buscando consuelo de mi vida vacía y opaca? ¿Realmente eran sus brazos? Y el dulce de leche Gándara, ¿le gustaba realmente? ¿Y las canciones que me mandaba eran gustos propios o tan solo el reflejo de lo que él intuía que a una estúpida como yo le gustaba?

¿Y para qué sostener una relación sin acaso pedirme una foto mostrándole el culo?

¿Ni siquiera tenía las expectativas puestas ahí? Y lo peor de todo, ¿por qué, por qué mierda,

haya pasado lo que haya pasado, no me lo dijo? ¿Por qué? Sabía que podía hacerlo. Sabía que podía entender cualquier cosa. Pero ¿por qué me había cortado la vida que venía viviendo sin darme un mísero aviso. ¿Por qué, Manuel? ¿Por qué semejante crueldad?

La otra opción era que la culpa fuese mía.

Tal vez algo mal dicho o fuera de lugar, o quizá sintió presión antes de tiempo, o no sé, realmente no se me ocurre qué pensar. En el fondo, y también en lo superficial, sabía que ese golpe no había sido inesperado. Solamente hubiera querido ser feliz un poco más de tiempo. Ese era mi verdadero lamento. Me arrancaron el juguete antes de que pudiera abrirlo. Qué injusticia. Qué estafa a mi buena fe, por favor. ¿Y ahora? Y ahora me tocaba volver a mi vida anterior, sumándole un dolor que antes no tenía.

Quien me había salvado en un minuto usó ese mismo minuto para derrumbarme.

Lo único que me calmaba la angustia era tratar de entender qué había pasado. Mi cabeza se convirtió en un buscador de posibilidades, de recuerdos, de frases de autoayuda, de libros leídos, de videos de YouTube, donde alguien pudiera darme alguna pista que me explicara qué se hace cuando una de las partes de la relación desaparece sin aviso. En esa búsqueda recordé que una vez, en un programa de radio, el locutor había introducido un término que, hasta ese entonces, yo desconocía.

¿Qué puede conducir a una persona a seguir buscando luego de haber sido traicionada de tal forma en su confianza, de haber sido víctima de lo que hoy día se reconoce como *ghosting* (y con esto me refiero a que una persona se convierte en un fantasma en un mísero chasquido, dejando a la otra parte con una opresión en el pecho incapaz de tramitar)? ¿Qué buscaba yo al buscarlo a él, luego de toda esa miseria, falta de contemplación, de empatía, de amorosidad, lo que sea, que portaba este sujeto?

Buscaba ser indemnizada. Cobrar mi tiempo invertido.

Es ridículo cuando habla la razón y lo sé. Pero emocionalmente no quería ni podía retirarme vacía después de todo lo que había puesto. Yo quería un vuelto, una oportunidad, una esperanza barata, algo. Pero ¿irme con las manos vacías después de todo lo trabajado? No. No podía. No quería resignar mi parte tan fácilmente.

***

Cuatro meses después, ya estaba un poco más entera. Respiraba distinto y, a pesar de que la incógnita nunca se fue, debo decir que con los días fui regresando de a poco a mi vida de antes, con un dolor devenido en aprendizaje. Ya no estaba tan vacía. Había adquirido un montón de lecciones de mí misma que, evidentemente, desconocía: el sentimiento de soledad, y el miedo a

que permaneciera en mí como una piedra pegada a mi zapato, me hizo perder el norte. Hay gente que intenta llenar esos agujeros con cosas o actividades. En cuanto a mí, claramente, había querido llenarlos con gente. Con un hombre. Con una ilusión. Con un espejismo. Con alguien disfrazado de lo que yo necesitaba para cubrir todas mis faltas.

Idealizar. Así le dicen al primer peldaño necesario en la escalera del amor. Porque sí, realmente me había enamorado. Lo juro. El problema era que del otro lado no había nadie a quien tocar, a quien mirar, a quien escuchar, a quien mimar, a quien cuidar, a quien reclamar, con quien pelear, a quien esperar, a quien duelar.

Me había enamorado de nadie.

Soy una periodista bastante reconocida, lo cual me lleva a tener que dejar mi muro abierto al público en general para promocionar mi trabajo, mis publicaciones, mis aportes en la televisión y demás.

Esto, en el mundo de la virtualidad, hace que seas una especie de figura admirada por un séquito de gente bastante importante. Cientos de miles, por cierto. Y pocas veces tengo el registro de este hecho, porque, como dije y a favor de la contradicción que me poseyó entera durante los últimos meses de mi vida, odio las redes sociales.

Tan así es que delegué esta tarea a mi productora. Es ella quien sube los posteos, lee los mensajes y, en todo caso, me reporta, con todo el buen criterio del mundo, lo que ella considera necesario. En verdad, debería hacer toda esta explicación en tiempo pasado porque, desde que Manuel llegó a mi vida, tuve que tomar la sartén por el mango (por cuestiones obvias) y, luego de cambiar la clave y de darle la explicación que se me había ocurrido en ese momento, me hice cargo de esta área de mi vida. No podía volver a entregarle el trabajo a ella, porque eso implicaba descuidar el regreso del hombre invisible. Y si eso pasaba, yo tenía que estar ahí para atajar la situación y recibir mi retribución por los daños y perjuicios.

Ya no dolía, es cierto. Pero ¿olvidar? Nadie se olvida de un desaparecido. De alguna manera, yo seguía esperando.

Ya estaba comenzando el verano, estaba sin las chicas, en la galería del fondo de casa tomando unos mates, oliendo el pasto recién cortado, bastante más animada, por cierto, que el verano anterior. Dejé la revista que tenía en la mano y, algo que nunca hago de buen grado, decidí abrir la computadora.

Mientras hacía *zapping* en páginas de ningún interés personal, con el único propósito de seguir ociando en mi día permitido, de repente me salta, como un sapo a la cara, una notificación que decía:

Manuel Fernández te ha comenzado a seguir.

Sentí el peso de una bomba dentro de mi cuerpo. Pero no dejé que explotara.

Es imposible que, con la cantidad de gente que me sigue en esta página, pueda divisar cuando alguien nuevo aparece. Y, sin embargo, acabo de leer tu nombre y se me paralizó el corazón. Qué increíble, ¿no? En realidad, no sé quién sos, ni cómo te llamás, si existís, si sos un perro, un conejo, un hombre, un robot, no sé nada. Pero, seas lo que fueras, no puedo creer que hayas resucitado y me hayas venido a buscar como si nada hubiera pasado.

Hola, Campanita. Perdón. Es lo único que te puedo decir. Le estuve buscando explicaciones a lo que hice y realmente no tengo respuestas. Solo te pido, si podés, que me perdones. Y si eso no fuera posible, te voy a entender.

Pero ¿te llamás Manuel? ¿Vivís en Chascomús?

Campanita…

¿Y la voz era tuya? ¿Las fotos? ¿Tenés un hijo? ¿Estás separado? El perro, tu perro, Fido, ¿existía?

Campanita…

No, no. ¡Campanita las pelotas! Pero es que necesito entender. No te quiero molestar, si es lo que sentís, pero…

No me molestás, querés respuestas que no tengo. En algún punto pienso que los dos sabíamos lo que estaba pasando y dejamos que así sucediera. Cuando me quise dar cuenta, lo que empezó como un juego terminó atravesándome todo el cuerpo. En lo terrenal, no te mentí en nada. Estoy solo. Mi infancia es una mierda. Guille existe. Mi papá me abandonó. Y un par de cosas que no tiene sentido ponerme a detallar. No pasaba por ahí. Es mi voz, es mi cara, sí. Pensé que iba a poder y no pude, lo lamento. Tuve dos experiencias de mierda y no pude abrirme con vos como vos lo hiciste conmigo. Y lo lamento mucho. Porque vos no te lo merecías. Cuando pensé en hablar, las cartas ya estaban echadas. No pude. Te pido perdón por eso. Te pido que no te quedes con esta porquería en el corazón. Que sepas distinguir entre el amor y yo. Vos te merecés lo más hermoso del mundo. Yo elegí el camino del cobarde. Es verdad. No supe cómo hacer.

Aparecí porque quería saber de vos, sin que te dieras cuenta. No sé. Hacer como si fuese un fantasma. No pretendo una oportunidad. No quiero retomar donde dejamos. No estoy en condiciones de pedirte una tregua. Solo vine a pedir perdón y a agradecer por devolverme la esperanza, por haberme regalado un cuento, por esa sonrisa interior, y sé, nunca estuve tan

seguro en mi vida, que te voy a cruzar alguna vez. Y ya no como una novela, ese día seremos reales. No tengo dudas. En cuanto a mí, me quedo con el arrepentimiento y la culpa de propina. De la cual no me pienso quejar, porque es el castigo que me corresponde.

Sí, claro, te perdono. No tengo intenciones de quedarme pegada con rencor y resentimiento a nada ni a nadie. Cada vez que vuelvo con mi cabeza a esos meses, sonrío. Y no lo puedo evitar por más que lo intente. A veces se me dificulta, la verdad. Extraño sentir lo que sentía. Te extraño o me extraño a mí por aquellos días, no tengo por qué negarlo.

¡Está muy bien extrañar! Yo te extraño todos los días. Por eso sé que te voy a encontrar.

Pero creí que ya me habías encontrado….

Pero no estoy preparado. Perdoname. Sin embargo, si alguna noche necesitás que te entretenga, que sepas que no me voy a ir a ningún lugar. Un beso, Campanita. Cuidate.

Entretener… Lo leí dos veces porque no podía comprender del todo esa última palabra. ¿Entretener? Eso fue todo lo que pasó. Lo estuve entreteniendo. Mientras él se divertía y pasaba su insomnio acompañado, a mí no se me había ocurrido otra cosa más linda que enamorarme.

Al fin y al cabo, cada uno fue en busca de su necesidad.

Los días siguientes continuaron con su silencio, interrumpido por algunos corazones que ponía, como un perro que, al pasar, hace pis en su territorio. No iba a permitir de ninguna manera que mi perdón se confundiera con una nueva partida de cartas, tal cual lo había llamado en su conclusión tan cortita y al pie, sin derecho a réplica. Si pensaba que ahora tenía derecho de orbitar como una mosca a mi alrededor, estaba muy equivocado.

Yo no había estaba jugando a nada. No es mi *métier* jugar con la gente. Y, tiempo después de su desaparición con vida, tuve que encargarme de cicatrizar una herida sin saber, acaso, dónde, cómo y quién me había golpeado. Su dificultad emocional para hablar en el momento que debería hacerlo no me devolvía el aire. Era una respuesta que mi cabeza comprendía, pero mi corazón no sabía qué hacer con esa información.

No creo en la teoría del cobarde. *No te creo, Peter*. De hecho, no solo había regresado en búsqueda de un perdón, sino que su muro estaba nuevamente abierto y a disposición de las nuevas víctimas que, tal cual hice yo, iban a caer en el pozo de su falsa empatía.

Peter era todo lo que necesitabas que fuera. Él se encargaba de saberlo, sabía cómo entrarte, no tengo dudas de eso. A mí no me entra cualquiera. Pero él sabía dónde estaba rota y se presentó

con un botiquín de primeros auxilios imposible de rechazar.

Por supuesto que había sido cómplice de su rol de salvador. Cuando uno está herido, quiere que lo curen y lo único que ve es a una persona que tiene el poder de quitarle el dolor. Eso era él para mí.

Mi anestesia.

Mi remedio.

Mi consuelo.

Mi promesa de una vida diferente.

Si para eso tenía que editar lo que veía, silenciarlo y tirarlo debajo de la cama, entonces y evidentemente, más allá de mi moral, estaba dispuesta a ceder.

Tiempo después, y con la magia que tiene la angustia cuando hace su metamorfosis en aprendizaje, tenía una fortaleza que antes me faltaba. Es que la reconstrucción tiene eso. Te da los materiales para una nueva creación mucho más consciente. Consciente e inevitablemente más sana. Más acorde a tu verdadero deseo, ese que yace desconocido en el fondo.

Otra Sara estaba frente a la computadora. Pero, sobre todo, frente a la vida. Frente al deseo. Frente a sí misma.

Al tercer corazón, mi resiliencia le tomó la mano a mi dignidad, ya bastante más recuperada, y mis dedos empezaron a moverse. De ninguna manera iba a quedarme con toda esta mierda adentro.

> Me dijiste que viniste a darle un cierre a esta historia que nunca se llamó de esta manera. Que probablemente sea cierto que elegiste el camino más fácil: el camino del cobarde. Que no querés arrastrarme a una cabeza indecisa y entonces solo volviste a decirme adiós, pero no tanto. Que quizá, cuando resuelvas la incompetencia de hacerte cargo de ser quien sos y puedas, en ese momento hipotético, contarme todo lo que te pasa, entonces sí. Volverás con la bandera del arrepentimiento. Un gladiador recuperado y preparado para amar de verdad. Volver... Como vuelven los que tienen el derecho a cerrar la puerta y comerse los dedos de quien queda del otro lado del abismo.
>
> No te dije nada.
>
> En otro momento de mi vida hubiera asaltado tu discurso con millones de preguntas que dieran un poco de calma a la duda que compone mi ansiedad.
>
> Pero ya está. El tiempo es el mejor de los maestros. A veces hay que dar lo que el otro pide.
>
> Un final.
>
> Puse el cuerpo para recibir tu pedido. Pero no me digas que tenés la certeza de volver a encontrarme en el momento oportuno. Porque si yo te doy lo que me pedís, a boca cerrada y con plena determinación, sería digno de tu parte que seas vos el que cumpla con tu propia demanda.
>
> Hay que tener mucha valentía para despedirse. Pero hay que tener mucho coraje para escuchar

un “sí, quiero” sin ningún tipo de objeción.

¿Querías un final?

Acá lo tenés.

Eso es una buena despedida. Y lo sé. Por eso acepto tu agradecimiento a mi madurez emocional. Pero no pidas un final abierto, porque te estoy viendo las cartas y me da vergüenza avisarte que estás jugando mal.

Cuidado. Ojo con lo que pedís, porque existe la posibilidad de que ese deseo se te cumpla.

Y a sueño cumplido, ya no se puede cambiar la jugada.

Sara

Envié el mensaje, eliminé a *nadie* y cerré la computadora.

Me gustaría terminar la historia diciendo que nunca más supe de Manuel. O de quien fuera. Pero la realidad es que lo único que sabía de él, además de su vida aparente, tal como había anticipado la RAE, era todo lo que me faltaba a mí.

Y eso era mucho más de lo que había ido a buscar.

En definitiva, así es la vida también. Muchas veces, uno hace cosas para salvarse y termina por perderse. En esa búsqueda del camino de regreso no le queda otra que encontrarse.

Ya sé. Exceso de lucidez. Exceso de lucidez.

***

En cuanto a vos, Peter… Te hice cuento.

2
Vida

Dicen que mis flores me perdonan por todos los pétalos
que les arranque en tu nombre.

GABRIELA SALGUERO

Siempre volvés a mi memoria.

No importa mi estado anímico.

No te busca mi tristeza ni tampoco un suspiro de felicidad.

Nada tiene que ver cómo estoy ahora. Ni quién seré dentro de dos semanas.

La cuestión con las historias que nunca empiezan en el plano de lo real es que tampoco terminan por idéntica razón.

No existen. Solo se imaginan. Y es en ese espacio donde la vida se vuelve eterna.

Uno puede volver ahí y retomar desde el mismo lugar en el que dejó porque el tiempo no es quien manda.

La intensidad está intacta.

El deseo tiene la misma sed de antes.

Y el amor, ese que nunca pudo ser tocado, brilla igual que siempre.

Entonces ¿cómo querés que haga para seguir, *mi amor*?

Si el problema es que no te olvido más.

Seguís igual.

La misma risa.

Tu modo de hablar no se modificó en nada.

Tus gestos.

La manera singular de caminar.

Tu mirada.

Todo, *mi amor*, todo está congelado ahí atrás.

Tus heridas que no sanan.

Tu incapacidad de quererte un poco, para poder querer a los demás, tiñe todas las imágenes

que toco y abro.

Tus palabras tienen las mismas letras.

Oraciones repletas que me siguen diciendo que nada es lo que tenés para darme mientras sigas en esa condición.

No evolucionaste.

No creciste.

Tu desconsuelo te sigue atormentando igual que siempre. Supongo que mucho más a mí que a vos.

Porque es en ese hueco donde entiendo que, de haber mejorado un poquito, lo que sea, quizá lo imposible pudiera verle la cara a la esperanza de intentarlo alguna vez.

Pero eso no pasa.

Nunca pasa.

Todo está igual.

Y a pesar de la razón, regreso a vos porque uno siempre se queda deslumbrado con lo que le falta.

Y a mí, *mi amor*, a mí, me faltaba todo lo que a vos te sobraba.

Luz.

Alegría.

Desastre.

Eras un desastre.

Y eso me movía todas las estructuras, que tengo agarradas con una soga de metal a esta piel cansada

Repetida

Aburrida

Agobiada

Vida, *mi amor*.

Me dabas vida.

Tu desorden me daba vida.

Por eso vuelvo a vos.

A buscar vida.

A inhalar vida.

A exhalar vida.

A mirar vida.

A pesar de tus noches de calvario

Porque a pesar de que las conozco y sé lo que te duelen,

Pido perdón, pero tu infierno en mi mundo se llama vida.

Por eso vuelvo a vos.

Cada vez que no la encuentro.
Cada vez que no la siento.
Cada vez que la pierdo.
Y eso es más seguido de lo que quisiera, *creeme.*
Es que por acá tampoco manda el tiempo
Y yo también sigo igual.
Será por eso, *mi amor*, será por eso
Que mientras vos tengas la vida
Que a mí me falta
No te olvido más.

3
Envidia

¿Envidia de qué?

La envidia no tiene que ver con querer lo que el otro tiene.

El envidioso sabe que no podrá tenerlo y entonces quiere destruirlo.

Uno mira para los cuatro costados, levanta la cabeza por encima de su propio hombro y pone cara de desconcierto.

¿Qué es lo que quiere destruir si no tengo nada?

Tu nada es el todo para aquel que nació, pero olvidaron traerlo al mundo.

Entonces tu todo es a veces el amor que te tienen.

La sonrisa que te asalta la cara.

El poder que te da la libertad de tomar tus propias decisiones.

Tu mirada relajada, tierna y amorosa.

Tu silencio vacío de ansiedad.

El amor que tenés para dar.

La forma en que vibrás.

Los vínculos que construiste.

Tu empatía.

Tus logros chiquitos que no necesitan venir en la tarima de una carroza anunciando que tocaste la campana.

Tu energía.

La capacidad de disfrute y de goce.

Tu bondad y tus virtudes.

Tu capacidad de seguir adelante a pesar de las balas.

Eso: un montón de pequeñas grandes cosas que te habitan la vida.

Eso es digno de envidia para quien no puede construir lo más simple y supone que la palabra que destruye tiene la magia de poder aliviar su propia frustración.

Por eso cuidado.

Porque antes de recibir una crítica en la que sobrevuela la intención de crear un malestar: mirales la vida.

No lo que tienen.

Porque tener, porque tener, tiene el que puede con una pincelada de esfuerzo, suerte y buena voluntad.

Pero la vida que son capaces de acobijar
Ese cúmulo de cosas que paradójicamente no son cosas
Es arena de otro costal.

Nadie puede hacer una crítica constructiva atravesado por la aguja de la envidia.
Esas críticas no son críticas.
Son bocanadas de veneno.

Huir es cuidarse.
No los escuches.
No los mires.
No los comprendas.
No dudes de vos.

Mirales la vida.
No lo que tienen.
No lo que hacen.
No lo que dicen.
Mirales lo que generan.

La vida.
Mirales la vida y, si es necesario, cerrales la tuya.

4
Intento

Todavía no puedo avisarte que estoy contenta, pa.

Tengo miedo de que todo este mundo nuevo que me habita

Se desarme en un segundo.

Así. Tal cual.

De la misma manera que desapareció el nuestro.

Intento. Ya ves que lo intento.

Y es en ese intento donde a veces me embarro como cuando era chiquita, sin tener consciencia de lo que me iba a pasar después.

Otras, en cambio, me lavo las manos de forma obsesiva, mucho antes de ponerme a jugar.

Estoy asustada.

Hago y deshago todo de manera compulsiva demasiados cuentos.

Todos con demasiados finales.

Todos muertos.

Y me angustio. Me angustio porque siento apuro.

Apuro, no por mí. Apuro por vos.

Es que quisiera cumplir con la última promesa que salió de mi boca y te llevaste al cielo.

Creeme que es lo que más quiero: cumplir con vos.

Pero yo sé que me ves temblar en cada paso.

Tiemblo.

Me muero de frio.

Pero tiemblo porque me gusta.

Lo siento un nido.

Su lenguaje me abraza.

Sus ojos me contienen.

Su complejidad me hace creer que también transita por los barrios que fui pisando yo.

Entonces y de repente, me siento feliz.

Feliz.

Dios mío. Dije feliz.

Yo usando lo que me cuesta pronunciar como si estuviera cometiendo un delito…

Pero así es como me siento.

Feliz.

Y me doy cuenta porque mi alma se expande.

Me olvido de las fronteras.

Traspaso los límites de la buena educación.

Me dejo latir.

Y lo veo

Lo encuentro

Y no tengo dudas ni certezas de que me vino a buscar

Pero qué me importa,

Nada me importa.

Yo quiero saltar.

Quiero ir.

Quiero que me digas que voy a estar bien.

Pero al segundo de mi intento caigo sin siquiera haber hecho el vuelo.

Me angustio. Mucho me angustio. Tengo terror de que sea mentira la verdad.

Pero él no se corre. Me ataja sin tocarme.

Me besa sin besarme.

Me acaricia con su propia caricia.

Te extraño cuando todo está mal.

Pero cuando sale el sol, te extraño todavía más.

Vos eras la presencia en cada lío que hacía. La mano que me levantaba la mirada para que, en tus ojos, pudiera descansar.

No lo quiero arruinar.

No sé si es él.

No sé si habrá alguien.

No sé si vaya a poder.

No sé si me pueda esperar.

No sé.

Pero quiero llamar y decir que estoy contenta, pa.

Mi despiste me jugó una mala pasada. O buena.

No lo sé.

Había dejado una ventana mal cerrada.

Escondida.

Y él la vio.

La abrió.

Entonces vi otro rayo que se asomaba desde lejos

Y no eras vos, pa.
Por fin no eras vos.
Te tengo que soltar. Tengo que hacer el intento.
No sé si pueda. Pero de a poquito siento aflojar un poco.
Y con restos de terror en la garganta, por lo menos quisiera poder decirte
Que también hay otro sol.
Y está acá, pa.
Está acá.

Que el final de esta historia,
enésima autobiografía de un fracaso…

LUIS EDUARDO AUTE

5
Golpe

No dejé de quererte
dejé de creerte y eso es mucho peor.

No fue la decrepitud inevitable del camino del afecto.
Fue una piedra en el estómago lanzada por vos.

La diferencia es que el desamor me hubiera causado tristeza,
un dejo de nostalgia, un pico de melancolía, qué sé yo.
En cambio, la traición, me está doliendo en todo el cuerpo,
me duelen la cabeza, los ojos,
la mirada.

Me duele el golpe.

No
no el del disparo
me duele el golpe de saber
que hayas sido vos.

6
La lógica del desamor

No es histeria
Te voy dejando de querer
Sé lo que estás pensando pero es así como funciona
De a poquito
De a retazos
Un tanto confuso
Con intentos de reparación

Haciendo esmero para no caer
Fuerza para no soltar
Magia para evitar dolor
Idas y vueltas
Entradas y salidas para dilatar
Para no lastimar
Para procrastinar el final

No es histeria
No es locura
No es terquedad
Ni capricho

Es la forma en la que camina el desamor
Lenta
Dudosa
Triste
Injusta
Violenta
Miserable
Ambivalente

Confusa
Irreversible.

7
Recordar para poder olvidar

Recordarlo todo
Deshojarlo
Arrancar pétalo por pétalo
Contar hasta el cansancio
En voz alta
Hacia adentro
En un papel
En todas las lágrimas que sean necesarias.

Nombrarlo todo
Lo bueno y lo malo
La risa y la angustia
La culpa y el castigo
La mentira y el arrepentimiento
El fracaso y la victoria
La herida y la cicatriz
Los proyectos vividos
Y aquellos que van a morir latiendo.

Pronunciar su nombre hasta que raspe la garganta
Pensarlo
Soñarlo
Gastarlo
Vaciarlo
Hacer memoria.

Recordar todos los instantes
Los encuentros y las despedidas
El amor y la guerra

La compañía presente y la presencia ausente.

Vomitarlo todo
Hasta llegar al fondo del pozo
Y tocar sangre
Tu sangre
Su sangre
Morirte
Matarlo.

No hay olvido posible
Que antes no haya pagado el peaje del recuerdo
Aunque duela
Aunque pique
Aunque arda
Aunque nos seque.

Primero habrá que recordarlo todo
Para después y con la carta del tiempo en la palma de la mano
Empezar el camino del duelo.

8

Encontrar

Asumirme frágil
Fue la manera más hermosa que encontré
De aprender a cuidarme.

Ya no tengo miedo de mí.

9
Quién pudiera

Tu herida junto a la mía fue nuestro lugar de encuentro
El punto de partida
La vulnerabilidad rompiendo las puertas de nuestras almas
Destruyéndolo todo
Reconstruyéndolo todo
Transformándolo todo.

¿Quién pudiera lamentarlas, mi amor?
Porque yo no me animo a ser tan ingrata.
¿No es acaso a todas ellas a las que
les debemos el templo que armamos para refugiarnos del mundo?

Entonces quién pudiera tener nuestra dicha de poder haber tejido
Con cada gota de dolor una manta que nos cubra
Que nos abrigue
Que nos proteja
Que nos salve
De vos
De mí
De todos ellos.

Quién pudiera reprochar a nuestra tristeza
A nuestros fracasos
Y a nuestras miserias
Si es que fue esa antesala cubierta de sangre, *mi amor*
el motivo de las paredes irrompibles de nuestro nido.

Quién pudiera lamentar todas esas guerras que vivimos
Decime quién, mi amor

porque yo no me animo.

10
Narcisismo

Siento fuego en el estómago cuando me decís que te vas porque me querés cuidar.

¿Cuidar?

¿Una vez que ya abriste los cajones de mis emociones, las desacomodaste todas y te metiste de souvenir un par de trapos en el bolsillo?

Eso no es cuidar. Eso se llama romper y desaparecer.

Salir por la ventana del cuartito de abajo.

Huir.

Escapar.

Pero vos le llamás cuidar.

Cuidar…

Uno cuida para que algo no se rompa. Lo que hace después de que ya lo rompió es lamentarse y querer repararlo.

Pero te entiendo.

Sé que mentir es más fácil que escuchar las consecuencias de la verdad.

Que al asumir el lugar de compasión es muy difícil que alguien te quiera criticar.

Pero es mi deber como ciudadana empática decirte que también hay esperanza en esto de aprender de las propias manipulaciones fallidas.

Te lo juro.

Quedás muy mal.

Sos como un chiste mal contado.

Una oración incompleta.

Un piojo que se te cayó en el medio de la ceja.

Un horror.

En lo personal, creo que sería un buen indicador emocional si te dedicaras a perfeccionar tus

estrategias con mayor atención. Ya está a la vista la histeria que corre en nuestros tiempos.

Sabemos la receta. Ya no causa sorpresa. Es la receta de todos. Es como una receta.

Entonces uno ya ni siquiera duda.

Tiene tanta estadística apilada que asume que el final es un truco cantado y que lo que se pone en juego no es la intencionalidad de amar.

De construir.

De pasar de la palabra *juntos* a la palabra *unidos*.

Nada que ver.

Ya todos saben que lo que hoy impera es la profecía del deseo.

Del saberse y confirmarse que uno sigue en carrera, aunque más no sea a través de una pantalla.

Besitos a uno mismo.

La lengua al propio ego.

Abrazo al narcisismo.

Una película pornográfica donde el único placer que se satisface es el propio mientras los otros, los de este lado, somos un adorno innecesario.

No importa estar con el otro.

Lo que importa, lo que realmente te importa, es confirmar que podés estar.

11
El enojo

Sé que pongo la angustia donde cabe el enojo.
Comprendo que tiene que ser la ira manifestándose en los ojos
La que deje el espacio a la tristeza
Y ojalá pudiera
Ojalá pudiera.
Desde afuera supongo que me percibís débil
Con la vulnerabilidad incapacitándome frente a cada batalla
Sé que lo sentís así, porque así lo sienten todos.
Será por eso que lo volvés a hacer una y otra vez.
Entiendo que si no hay bronca, veneno, ni sangre burbujeando en la punta de mi lengua
Simulo ser un hueso bastante fácil de roer
Estúpida
Con capacidades celestiales de volverme ajena al mundo miserable
Que se supone tendría que ponerme a repeler.
No me enojo
Y creeme que quisiera
Y no porque me sienta manca a la hora de tener que defender mi tajada
No se trata de eso
No veo tajadas
Y entonces ahí, donde un grito bien puesto me acercaría a la normalidad
De cualquier suceso que necesite una sacudida
Mi angustia me expulsa de nuevo
Me mantiene alejada
Afuera
Extranjera
Como si me hubieran arrancado de la tierra donde estuve plantada sin ningún consentimiento.

Desarraigo.
Desarraigo es lo que siento.

Desarraigo de vos.
Y eso es terrible.

Que el universo entero crea que el enojo te da poder
Y sea eso lo que te haga pisar firme y fuerte
Demostrando así cuánto vale tu autoestima
Pero yo sé perfectamente que lo que estoy perdiendo
No se llama amor propio
Eso nunca estuvo en juego
La tristeza me la da el desgaste frente a cada nueva guerra
Que no me alisté para participar
Y ese desgaste es el que se me come el deseo y las ganas de quererte.

Ojalá pudiera, mi amor, gritar en vez de llorar
Y entonces estoy segura que el fuego de la explosión
Apagaría el agua que me cae de los ojos como tormenta.
Creeme.
Todo sería más fácil
La violencia es un acto de descarga y yo, la verdad, preferiría descargarme
y no gastarme como se gasta la punta de un lápiz de tanto usarlo
Porque eso es lo que me está pasando
Me gasto
No tengo más punta
Estoy pintando con lo poco que me queda
Y mientras vos pensás que mi silencio es garantía de permanencia
Yo sé que me estás perdiendo.

Me pierdo
Te pierdo
Nos pierdo
Ya no pinto más tu nombre hace rato
Y de ahí ya no hay tren que me traiga de vuelta.

No sabés cómo me está doliendo eso, mi amor.
Ojalá pudiera poner el enojo donde pongo la angustia.

12

Ya no duele

Me preocupa que ya no me duela
Juntar las cenizas donde alguna vez aluciné
Un hermoso fogón.

Esa línea tan fina que no me deja saber
Si es evolución afectiva
O indiferencia emocional.

13
Dueña

Apenas abiertos los ojos
Un bombardeo interno de voces que no eran mías
Me reventaban en la cabeza

Qué te hiciste
Qué hiciste
Por qué lo hiciste
Para qué lo hiciste

Yo que vos
Yo que él
Yo que el mundo

Te escribí
Te llamé
Te esperé

Fui
No viniste
No llamaste
No me contaste

Decime
Avisame
¿Estás?
Voy

No te conviene
Te conviene

No es así
No te entiendo
No me entendés

¿Podés?
¿Tenés?
¿Otra vez te pasó lo mismo?

¿Ya pensaste?
¿Ya resolviste?
¿Ya decidiste?

Cuidate
Fijate
Mirate

Disfrutá
Valorá
Decile lo que sentís
Ponete firme
No le digas nada

Cortale
Andate
No te vayas

Basta.
Por Dios basta,
Apaguen esas voces
Hagan silencio
Son invitados en mi fiesta
Pero la fiesta es mía.
Soy invitada de tu fiesta
Pero la fiesta es tuya.

Cállense la boca
Imiten al silencio que no pide nada

Que no espera nada
Que no presiona
Que no juzga
Que no mira.

Contemplen
Acompañen en el baile
Disfruten de lo que yo disfruto
Aplaudan lo que yo aplaudo
Dejame aplaudir lo que vos aplaudís.

Mi vida es mía
Decido yo
Cómo
Cuándo
De qué forma
Y si me equivoco, confiá en mí.
Como lo estoy haciendo
Dejame caer
No sabés lo bien que se siente poder levantarse.

Bajá el dedo
Solo abrí una hendija para que tu amor y el mío puedan entrar y salir
Pero lo confundís con una casa abierta de par en par
Y de repente tengo tu vida encima de la mía
Quiero respirar y así no puedo.

Entonces como defensa silencio el teléfono
Pongo una traba en todas las puertas
Me escondo atrás de las ventanas
Me voy sin avisar.
Vivir
Quiero vivir

Llorar
Dormir
Reír

Bailar

No me mires porque no hay preguntas que tengas que responder
Te hago parte
No te pido opinión, permiso ni consejo.

Dejá ser
Dejá ser quien es el otro
Dejá vivir

Esta es mi fiesta
Todo lo que ves lo puse yo
Porque es mi vida
Y mi vida es mía
Y necesito disfrutar de todo lo que planeé
Y eso solo sucede a mi manera
Con la vara de mis expectativas
Elijo
Estoy eligiendo
Y esas consecuencias las pago yo.

Tranquilo
Tranquila
Es mi fiesta
Que cuando sea la tuya, te toca a vos.
Y ahí.
Yo voy a estar ahí
Disfrutando de tu diversión.
Huésped.
Soy huésped en tu vida
Y sé perfectamente adónde voy.

Huésped
Sos huésped en la mía
La dueña soy yo.

14
Errores

Me preocupa le gente que confunde dignidad con orgullo
Después los ves por ahí
Perdiendo lo que tanto deseaban
Por un acto de soberbia disfrazado de empoderamiento.

15
Miedo

A veces no dejamos caer lo que no soportamos más
Por miedo a que venga otro, lo levante y se lo lleve.

El deseo de uno es el deseo del otro.

16
Menos la vida

Me pedís perdón por todo el dolor que me causaste.
Y fue mi cuota de cordura y no de inocencia la que te contestó que sí.
Que te libera de tus culpas.
De todos tus engaños.
De la traición permanente.
De las mentiras encadenadas sin principio ni final.
De tu incapacidad para dejarme ir.

Te perdono tu cobardía.
Tu falta de empatía.
Tu egoísmo.
Tu crueldad.

Por supuesto que te perdono.

Te quito el peso que no podés cargar.
El látigo a tu espalda cada vez que me mirás cómo me cae agua de los ojos sin intenciones de frenar.
Mi llanto por inercia.
Mi necesidad de recurrir a la cama.
Mi pedido al aire de explicaciones.
Todas las respuestas que no me podés dar.

Te perdono mi amor.
Claro que te perdono.

Y me arrodillé al pie de la escalera, ahí donde yacía tu vergüenza haciendo presión en tu cuello, para que no te animes, ni siquiera, a levantar tu cabeza.

Mirame. Mi amor. Mirame.

Te perdono todo.

Atravesé peores tormentas.
Yo voy a seguir como sea.
Apoyada en las luces que me encienden.
En las historias que me esperan.
En el refugio de los sueños pendientes.
En la mirada de mis hijos.
En los abrazos reales.
En los amores reales.
En los viajes pendientes.
En las manos que aún no conozco.
En las camas que aún no descansé.
En la contención de las risas de mis amigas.
En mi capacidad de contemplar la vida sin tocarla.
Sin arruinarla.
Sin lastimarla.
En mi deseo incansable de ser cada vez más yo.
Más real.
Más honesta.
Más libre.

Todo te perdono.

Pero no me pidas que te mantenga vivo.
Porque el trabajo que me espera a la orilla de mi angustia es matarte adentro mío.
El duelo de vos.
El duelo de nosotros.
El duelo de lo que nunca fuiste.
El duelo del dolor.
Te perdono todo mi amor.

Menos la vida.

17
Ayuda

Nadie necesita un empujón para quererse
Aunque lo acepte, lo acepta por otra cosa que no se llama amor.

No necesitamos ayuda para querer
No necesitamos ayuda para hacer que nos quieran
No necesitamos aprender a hacer malabares
Necesitamos ser.
Porque solamente en el ser dos corazones desnudos y abiertos
Sin miedo a ser manipulados
Es donde es posible el encuentro del amor genuino.
Ese, el que genera paz.
No el de la dependencia.
No el de la necesidad.
No el que nos pone sal a nuestra herida.
No el que damos como moneda de cambio.
Porque la ayuda que busca el amor como recompensa
Es ayuda que no ayuda
Es ayuda que ata
Que encierra
Que corta la respiración
Ayuda tóxica
Que un día pretende ser cobrada
A pesar de que nadie nunca pidió.

Ayuda que invade
Que ahoga
Que asfixia
Que se parece mucho a la palabra *control*.

Falsa ayuda que se entrega por temor al abandono
Ayuda en forma de soga
Ayuda en forma de manipulación.

Es aquel que ayuda, para ver si con su ayuda,
Lo pueden llegar a querer.

18
Obsesión

A veces siento que te entregué mi cuerpo y nunca me lo devolviste.

IRENE X

Me desperté muy temprano. Hace días me viene pasando lo mismo. Desde que que te metiste dentro de mi cuerpo. Me cuesta discernir si estoy pensando o si me estoy escuchando.

Es torturante.

Un goteo permanente en la cabeza que, lejos de resolver el desastre que estoy padeciendo, parece que quiere atrapar el desastre como quien la atrapa a una. La mente cuando se ensaña es dañina.

Así trabaja. Quiere revivirlo. Alimentarlo. Envenenarme cada vez que lo traigo a mi memoria.

Por momentos creo que esto que me pasa también es un trozo de tu maldad. Que hacer todo lo que hiciste incluye como parte del goce de mi sufrimiento la resaca del día después.

Supongo que dejarme la vida llena de síntomas era parte del plan. Todo me duele. Me duele todo.

Me destruiste la nuca.

Las cervicales.

Me torciste la espalda.

Me cansaste el cuerpo hasta que ya no pude levantarme de la cama.

Me entrecortaste la respiración.

Me cerraste el estómago.

Me robaste la inspiración.

Me volviste incapaz de conectarme con mis afectos.

Mi mirada quedó atrofiada.

Asesinaste mi deseo de cualquier cosa.

Un desecho. Me convertí en flecos de lo que era.

Todo lo que intento hacer para no enfermarme gira en torno a lo que me hiciste, y lejos de soltar la impotencia que siento, la intensifica aún más.

Idea obsesiva. Te volviste mi idea obsesiva. La rumiación permanente se volvió mi jaula. No puedo dejar de pensar el daño que generaste. Se me estalla la cabeza. Mi memoria está agotada de trabajar. Ninguna distracción tiene el peso de tu recuerdo. En lo único que pienso es en vos. Por supuesto que no con amor. Me das asco. Rechazo.

Te veo ahí, sentado en un bar, masturbándote con tu propia barba, conquistando al mozo, agarrando el celular y revisando a quién vas a mentirle hoy.

Mentiroso. Sé que estás tramando algo porque te imagino sonriendo, con la boca ligeramente torcida, los ojos fijos en la nada, levantando la taza de un pobre café que te llevás a la boca festejando de antemano el aplauso de tu nueva victoria.

Siento pena por ese café.

Todo lo que toca tu boca lo enfría. Lo cambia de estado. Lo arruina.

Odio tu boca. Tu aliento es veneno.

No me alcanza con no verte. De vez en cuando quiero que te mueras. Otras veces creo que esto es más profundo y que nada te va a exterminar porque vos sos la plaga.

La única lucha que se gana es la que se hace en conjunto, me dijeron ayer y después desaparecieron. Nadie quiere estar cerca de uno en estos casos. *No te enojes con tu amiga, lo que pasa es que uno siempre tiene cosas que perder. Por eso uno nunca milita sola. Pero contá conmigo*, me dijo antes de no responderme nunca más.

Humanos.

Todos te compadecen, pero nadie se anima a meterse con semejante demonio. No quieren quedar pegados. Tienen terror a tus coletazos. Y yo los entiendo. ¿Cómo no los voy a entender si ahora que te veo de lejos quiero llenar el mundo de vallas?

Lo mío no es miedo. Es asco. Es impotencia. Arrepentimiento. Odio. Mucho odio. Tengo deseos de faltarte todo el respeto que alguna vez te tuve.

Que me lo devuelvas.

Hago intentos. Pruebo de todo. No puedo. No sé qué pasa que no puedo.

Ayer a la noche me puse una aplicación de meditación para poder conectar con mis guías espirituales y pedirles un gran favor. Pero por tu culpa todavía no puedo saber quiénes son.

Puse toda mi buena voluntad. Acondicioné la habitación con velas y sahumerios. Me coloqué uno de esos antifaces que te dan en los aviones para taparte los ojos y no ver la luz del sol. En mi caso no lo necesitaba para eso, porque gracias a vos no veo la luz hace rato. Solo pretendía agudizar la concentración.

Me estiré arriba de la cama. Dejé caer mi cuerpo agobiado. Apoyé las manos en mi panza. Me puse los auriculares y apreté play.

Estaba sirviendo. Venía bien. Inhalaba aire contaminado. Exhalaba mierda. Venía bien. Hasta la tercera respiración.

Antes de poder emprender el viaje hasta el más allá, volví a recordar todo lo que me hiciste y sin darme cuenta tenía otra vez lo que me pertenecía en las lágrimas que se me caían de los ojos. Me senté en la cama, apagué las velas. Mojé la punta del sahumerio con mi saliva. Metí los auriculares en mi mesita de luz y apagué el celular.

Lloré otra vez. Lloré mucho. Lloré.

Decidí vaciar el contenido de mi angustia entre las sábanas. Necesitaba limpiarla lo suficiente para detectar qué parte de este dolor obsesivo me esclaviza, mientras que vos festejás.

Separé, deconstruí, reconstruí y le vi la cara.

El poder. Se trata del poder que ejercés sobre mí. Ese poder te da la llave para que puedas controlarme. No soy libre de actuar porque el modo en el que decidiste resolver lo que pasó entre nosotros fue darle un final tramposo.

Un final sin aviso. Cruel. Frío. Asqueroso. Impotente.

Partiste las cosas. Las partiste con tu maltrato pasivo. Con tu silencio dañino. Con tu indiferencia soberbia y con tu aparente falta de acción.

Tenés poder.

Y para que tu poder sea eficaz la única forma que tuviste fue quitarme el mío. Los poderes no conviven. Luchan. Uno siempre se come al otro. Y vos me comiste a mí.

Ahí quedé.

Muerta adentro tuyo. Gritando sin voz adentro mío.

Nada lo distingue de una violación. Excepto que no dejaste una sola secuela a la vista de nadie.

Esperaste a que me diera vuelta para preparar el café de la conciliación y tiraste tu puñal por la espalda sin avisar.

Cobarde.

Cobarde.

Me congelaste.

Me quitaste el vínculo.

Me volviste invisible.

Ignorada.

Te llevaste toda mi energía y me diste por muerta.

Pisás mi cuerpo transformado en un cadáver como se te da la gana.

Pero me llamás rencorosa cada vez que transformás el relato de la historia a los ojos de tus otras víctimas. No es rencor. Es un alarido. Un pedido de ayuda. Es que me duele. Estoy acá. Me duele.

Y entonces, como no me ves, tampoco me escuchás.

Cada vez grito más fuerte. Y cuando la voz ya no me alcanza, entonces intento multiplicarla en todos los lugares que veo disponibles.

Es eso: el eco de mi grito rebotando en todos lados. Adentro y afuera. Me persigue como un nene agarrado a la pierna de una madre que aunque lo quisiera revolear por el aire no puede. Y como no puede, lo arrastra.

Te arrastro. Encima de todo, te arrastro.

Mi eco. El grito de mi eco aparece mientras leo. Mientras escribo. Mientras camino. Mientras ando en bicicleta. Mientras cocino. Mientras me ducho. Mientras extraño a mi papá. Mientras me tomo un té. Mientras duermo.

Cuánto te detesto.

Poné el foco en otro lado.

Tratá de olvidar.

Que espere.

No le des el gusto

Bajá la ansiedad

Pero no me entienden. Yo te quiero ver. Te quiero ir a buscar. Necesito con urgencia que atiendas el teléfono. Constatar que te asustaste cuando leíste mis últimos veinte mails, después de que me bloqueaste en el teléfono.

Me usaste hasta descartarme.

Caradura.

Borrarte la sonrisa de la cara. Poner carteles en todas las calles advirtiéndole al resto de los mortales que andás suelto disfrazado de buena persona.

Vendiendo sueños que salen carísimos.

Que no frenen si ven que te caés tropezando con una piedra enorme y te chorrea sangre de la rodilla. Que sepan que esa roca la llevás en el auto cada vez que salís a pasear.

Que esa sangre no es tuya. La trajiste de otro lado. Todavía tenés los labios mojados.

Que no frenen. Por favor. Que ni se les ocurra mirarte a los ojos. Que no se compadezcan ni te tengan piedad.

Miente. Quiero gritar que sos irreal.

Miente.

Mentiroso.

Que la serpiente no era serpiente hasta que vos agarraste la flauta y la hiciste arrastrar.

Que la peor parte del encantamiento de la música que te gusta tocar es cuando aprovechás la entrega del otro para inocularle el veneno del cual vos después te quejás.

Y ahora son las seis y treinta de la mañana. Debés estar durmiendo tranquilo. Con la pancita llena. Con la paz propia del perverso.

Invento.

Es un gran invento ese que dice que los pecadores no duermen bien. La gente como vos duerme sin culpa, porque no la tiene. No sabe lo que es el arrepentimiento. No conoce la palabra *culpa*. Y sin culpa no hay angustia. Naciste privado de la palabra *vida*. Por eso vas probando la de los demás.

No sentís. Ni el bien ni el mal. No sentís. Tus papás te trajeron a este mundo sin corazón.

En cambio, yo estoy traumada. Mirá la hora que es. Apoyo la cabeza en la pared de mi cocina. Los ojos desencajados. Vacíos. Huecos.

Veo caer el frío en el pasto. Inclino la cabeza y escucho el fuego que se agita en cada una de las hornallas.

Inhalo el aire que tu paso por mi vida contaminó.

Exhalo esperanza. Tal vez la ilusión de otro paisaje. Y lloro.

Lloro.

Lloro.

Me tomo una pastilla para el dolor de cabeza, o de cuello, o de todo el cuerpo. No interesa. Me importa que algo menos me duela.

Respiro.

Me levanto y voy hacia la ventana que da al parque de casa.

Corro la cortina y sonrío tristemente.

Me acuerdo de que ayer a la noche Facundo me pidió que le diera un consejo que le durara para toda la vida.

¿Y eso a qué viene?

Por si te morís, ma.

Ah, perfecto. Hermoso comentario —ironicé mientras lo subía arriba de la mesa.

Mirame bien, gordito, y escuchame mejor.

El problema está en saber en quién confiar, pero… eso es muy difícil. Porque las personas son un enigma, difícil de develar.

¿Qué es un enigma?

Un misterio.

Y si es difícil ¿cómo hago?

El secreto está en esperar. No te apures en darlo todo. Podés pasarla lindo y disfrutar momentos de la vida. Por supuesto. Pero date tiempo para entregar tus cosas más valiosas. El tesoro, eso que es bien nuestro, se comparte con muy pocos.

Si me hacés caso, no va a hacer falta que cambies nada de tu esencia.

No vas a vivir con ganas de estar todo el tiempo en otro lado.

No vas a perder tu alegría.

No vas a estar buscando la forma de que te devuelvan tu dignidad.

Ni vas a estar buscando la forma de descargar una ansiedad que te maneja.

Y mucho menos te vas a enfermar de tanto pensar.

¿Me escuchaste?

No, fue re largo —sonrió mientras me agarraba la cara con las dos manos chiquitas pero mucho más grandes que las mías. Se puso a estirarme los labios hacia arriba y hacia abajo como si fueran de plastilina.

Bueno. Y si me muero ¿a quién le vas a preguntar? Los grandes siempre sabemos un poco más.

No. Porque eso yo ya lo sabía.

¿Ah, síiii?

¿Y cómo se hace?, a ver hijito, ¡iluminame!

Yo en el colegio miro a los amiguitos que tiene. ¿Viste que la gente mala no tiene amigos, o a veces sí, pero los va cambiando a cada rato? Bueno, ese es mi secreto. Miro a su "rededor".

Abrí la puerta del living. Me puse una manta encima que había en un canasto de la galería. Caminé hasta el centro del parque mientras iba mirando el cielo y los rayos de sol achinaban mis ojos.

Me mordí los labios y volví a inspirar.

Hice silencio y, sin hacer mucha memoria, me acordé de los tuyos.

Tu familia. Tus seres queridos. Las fotos de tus cumpleaños. Tus anécdotas. Tus viajes.

Qué ironía madurar y convertirse en un estúpido. En alguien que lo primero que deja en la habitación de la infancia es el sentido común. La intuición. Conclusiones elementales. Respuestas cortas y sencillas.

La amistad es un lugar donde habitan respuestas.

Donde se conoce al otro.

Donde se encuentra información leal.

El recuerdo me duró poco.

No los tenías.

19
Callate la boca, mamá

Se fue, pero qué forma de quedarse.

MIGUEL D'ORS

No me gusta la palabra *recuerdo*. Es cruel. Una migaja que intentan tirar arriba de tu muerte para decirme cómo hacer para seguir manteniéndote en pie.

Ayer fue tu cumpleaños. Y vos no estabas. Te moriste hace más de tres años y desde ese día, para mí, todos los días son igual de especiales.

Cualquiera de esos mil doscientos ochenta días era adecuado prender una vela en tu honor.

Dije "honor" y no "recuerdo".

Es que ayer, cuando subí una foto nuestra en todos los lugares posibles, para que te sea fácil ubicarla, mamá escribió algo que me pareció equivocado.

"Siempre estarás en nuestro recuerdo, Jorge".

¿Qué pavada decís, mamá?
Hablá por vos. Estará en el tuyo. No digas esas cosas con las que yo no estoy de acuerdo.

Yo no necesito evocarte, ni arrastrarte al presente con la memoria porque para mí no estás en ningún lugar recóndito del pasado.

¿Qué clase de amor es ese que supone que, porque te moriste, uno tiene que buscarte girando la cabeza hacia atrás?

Estás equivocada, mamá. Vos y todos los que intentan calmar mi dolor con frases que no me contienen.

Yo te extraño porque es lo normal.

Mi vivencia de dolor en el pecho está dentro de las estadísticas de gente sana que pierde padres de un día para el otro.

Yo no preciso ningún consuelo, simplemente, porque no me sirve para nada. Y si lo necesito, *gracias, mamá*, pero yo misma sé que cosas decirme acorde a las circunstancias.

Que me vengan a decir que estás acá, allá, que me estás mirando, acompañando y guiando desde arriba, me resulta totalmente infértil.

Pavadas. Frases de supermercado que calman al que las dice y no le tocan la piel al que las recibe.

En primer lugar, no es algo que tenga constatación empírica y, por otro lado, no me interesa en lo más mínimo.

Yo no te recuerdo porque no me hace falta.

Yo no hablo de vos porque hablo con vos.

Yo no pienso en el pasado porque me ilusiono con el reencuentro futuro.

Yo no hago cosas para mantenerte presente, porque estás presente en todas mis cosas.

Yo no lloro porque vos te fuiste. Yo lloro porque no te quedaste.

Entonces cuando me hablan de vos como un recuerdo a mí me parece un comentario que oscila entre la ignorancia y la falta de respeto.

Uno recuerda lo que queda en otro lado que no es ahora.

En las anécdotas.

En los genes que clavaste en nuestra sangre.

En la nostalgia de las vivencias que no van a regresar.

En la melancolía de los álbumes de fotos.

En la esquina donde te crucé aquella vez y nos abrazamos como si nos hubiéramos ganado un premio.

En la casa donde vivías.

En las vacaciones que vivimos.

En los consejos que me diste.

En tu mirada triste y complaciente.

En el amor que me dabas sin saber que me lo estabas dejando para siempre.

Pero nada de esto es lo que me pasa a mí.

Me niego a amarte como un recuerdo con olor a naftalina y un par de polillas revoloteando por encima de tu nombre.

Yo te amo en mi presente.

En el olor de tu perfume que le pongo a mí muñeca.

En tu mirada que sale a través de mis ojos cada vez que me veo de refilón por el espejo.

En las vistitas que hago a la puerta del hospital donde tuviste tu última cama.

En los momentos de soledad donde los espero para sentarme junto a tu ausencia para contarte lo que me pasa.

Lo que siento.

Lo que necesito.

La gente dice que mientras haya recuerdo no hay muerte posible. Es lo que circula en el ambiente de la literatura, y uno se abandona en el criterio ajeno porque es más fácil que detenerse a pensar algo distinto.

La humanidad está perezosa. No se dan cuenta porque están apurados.

Pero están todos equivocados.

¿Qué les voy a decir yo? Por supuesto que nada. Va a caer en saco roto.

¿Además debería acaso pelearme con todo el mundo?

Pero no, papá. ¿Qué sentido tiene a esta altura del partido? Ninguno. Yo me callo la boca. Digo a todo que sí con una sonrisita mentirosa y, después, el asunto lo arreglo con vos.

Los contradigo con una altura soberbia, pero donde tiene que ser. En mi más profundo silencio, que es donde suelo encontrarte.

La muerte existe cuando hay recuerdo que garantice que ya no hay presente ni futuro.

Y yo tengo planes para el día que te vea.

Y tengo mariposas que sobrevuelan en la puerta de mi casa.

Y el sonido de tu voz, que ningún fuego pudo hacerlo parte de ese jarrón lleno de cenizas.

Yo tengo tu amor dentro de mí.

Pero no como recuerdo.

Callate la boca, mamá. No te lo dije en público para no hacerte pasar vergüenza.

Pero la próxima vez hablá por vos si es posible.

Porque estás bastante equivocada.

Te digo que no es recuerdo. Es papá, mamá. Sigue siendo papá.

Que yo no necesito cerrar los ojos para hacerlo presente.

Date cuenta, mamá.
Yo necesito abrirlos.

20
Loca

Nadie ve todo lo que aguantaste
Solo ven tu última reacción
Tan excesiva
Tan violenta
Tan fuera de lugar
Ajena a vos
Irracional.

Una bola llena de emociones y sentimientos
Explotando en algo muy distinto a su esencia original
Y lo que queda ya no se llama más
Angustia
Ni dolor
Ni miedo
Ni ansiedad
Ni desasosiego
Ni tristeza
Ni humillación
Ni cansancio
Ni agotamiento

De repente
En un solo instante
Y sin ninguna nueva explicación
Uno queda preso
Atrapado
Atado
Secuestrado
Por sus propias emociones

y entonces:
Un gesto mal puesto
Una sonrisa en el momento equivocado
Un nuevo pedido
Un último favor
Un llamado a deshora
Un chiste que dejó de serlo
Una palabra fuera de la oración
Lo que sea
Lo que sea
Se transforma en un dedo en el enchufe
Empapado de agua podrida
Producto de un goteo permanente
Diario
Constante
Intenso
Que se siente como abuso
Se toca como abuso
Se huele como abuso
Se mira como abuso
Se escucha como abuso
De los límites
De la bondad
De la empatía
De la autoestima
Hasta que un día
Uno deja de tolerar lo que hace un minuto toleraba
Y sin sentirse descompuesto
Vomita
Vomita vidrio
Energía acumulada
Sacude todo lo que toca
Vomita
Y vomita
Nadie entiende qué está pasando
Qué fue lo que comió
Es que nunca nadie vio el proceso

Simplemente porque ese nadie nunca la vio.

Entonces ahora
Todos ven una exposición
Desmedida
Cruel
Irrumptiva
Inesperada
Salvaje.

Vidrios
Vidrios por todos lados
Cortes por todos lados
Tajos por todos lados
Un desastre sin reparación.

Loca
la llaman loca
Y la juzgan
Y la condenan
Y no la perdonan
Y le piden sutilmente que regrese al lugar de antes
Y la quieren calmar con chupetines
Con caramelos de colores
Pero la loca no quiere
La loca no puede volver al lugar de donde ya salió
La loca festeja
No quiere perdón
No busca perdón
No necesita perdón
¿Por qué?
Porque lo que siente no se llama culpa
Se llama aire
Aire puro
Limpio
Bendito
Aire.

La loca repasa y no entiende
Cómo y por qué aguantó
Por eso llora
Por eso grita
No por culpa
Llora de hartazgo
De felicidad
Porque recién ahora respira
Recién ahora baila
La loca está bailando
La loca está brillando
Se está abrazando
Se está festejando
Y esa llama que logró encender
Después de semejante calvario
No se apaga más
Esa llama se vuelve antorcha
Luz
Faro
Paz
Fuego
Incendio.

La loca sabe
Que eso que tocó es la campana de la cordura
De la libertad.
Que por fin pudo
Por fin pudo
Pudo
Aunque nadie la entienda
Ella sabe
Que eso que explotó
Fue lo más sano que hizo hasta ahora
Fue un logro
El final de la meta
El final de un camino

Y se ríe
Como se ríe la loca
Se aplaude
Se celebra
Se quiere.
Por eso no vuelve
No va a regresar
Qué va a regresar…

La próxima vez no habrá proceso
La próxima vez no habrá próxima vez
Porque si hay algo que aprendió la loca
Es a decir que no
Gritar que no
Que no
No
No

Y qué alivio, por Dios
Qué alivio, ¿no es cierto?
Qué alivio…

21

Ruinas

Cada paso que das intentando traerte a vos mismo de regreso
recuerdo y me duele la memoria.
Qué fue todo esto que pasó
Ruinas
Ruinas en un segundo
Un desastre
No se entiende dónde quedó el hilo que nos unía
Las risas donde anidaban las certezas de sabernos que siempre lo fuimos todo
El milagro que agradecíamos a la vida por habernos encontrado
La complicidad… ¿te acordás de que ese era nuestro nombre?
Es que todo permanecía intacto
En cualquier momento
A cualquier hora
De cualquier año
En un cuarto
En el mar
En la ciudad
En un abrazo
En las palabras
En los ojos
El tiempo, *mi amor*, el tiempo siempre se mantuvo en un eterno presente
Era nuestro…
Me duele la memoria, *mi amor*.
No puedo entender que nada de nosotros haya sido cierto.

22
Consuelo

Lo nuestro solo era mío. Así de simple.

IRENE X

Para colmo me llamo Consuelo. Sé que parece un dato menor, pero yo lo siento como un karma. Una ironía de mis viejos. Una prepotencia del destino. La paradoja de mi vida.

El problema que tuve con Francisco es muy sencillo y complejo a la vez.

Quise entender y no pude. Entender que todo lo que hizo tenía una lógica capaz de darme el alivio que necesitaba para despegar de sus fauces. Mientras eso no sucedía, me costaba mucho dormir. Comer. Relajarme. Jugar con mi hija. Vivir.

Quince años invertidos en una relación con una persona que, de un día para el otro, como me enteré después, es *otra*, perdón, *otras*, y no es fácil de asimilar. Mucho menos de digerir.

Ojo con subestimarme, porque yo también soy de esas que castigan a las ciegas emocionales.

Las que no dudan en gritar, con megáfono en mano, que es poco probable no darse cuenta de lo evidente.

Las que sentencian que solo sabe la verdad quien está dispuesta a conocerla.

Esas que cuestionan la inocencia ficticia del engañado en lugar de condenar la intencionalidad perversa del engañador.

La regla de que los hechos son la única verdad, con la que siempre me manejé como un pez en el agua, entra en conflicto con el concepto de confianza.

Cuando uno confía, cree.

Creer supone un acto de fe. Y la fe es incuestionable. No resiste análisis. Nadie que cree en Dios necesita verlo para dejar constancia de su existencia. Pretender esto refutaría el contenido de dicho axioma.

Creer o reventar, dice el dicho. Y bien cierto es. Porque no hay nada en el medio. No se puede creer a medias. Ni tampoco reventar un poco. Sin embargo, eso mismo me pasó y cada tanto me sigue pasando con Francisco.

Creo y reviento.

Creo y reviento.

Creo y reviento.

Confiaba en él, más allá de no tener evidencia empírica. Peor aún, la que tenía me decía que lo último que debía hacer era darle un voto de confianza. Pero volvía a la idea de Dios y me preguntaba: ¿cuántas veces uno siente que el Señor se olvida de nosotros? ¿O que toma medidas injustas, innecesarias, hasta crueles? Y, sin embargo, conozco gente que, en esos casos, se aferra más caprichosamente a la idea de su existencia.

La fe es ciega. Supone una defensa contra viento y marea. Y en esa búsqueda, uno siempre encuentra la vuelta para dar con la respuesta que necesita para defender lo incomprensible.

Estaba buscando eso.

Un consuelo. Un paliativo. Un descanso de todo este disparate para seguir aferrándome a la idea de que Francisco y el hombre que yo amaba eran la misma persona. Algo que me dijera que, así como Dios existe, Francisco también.

***

Cuando nos conocimos, los dos estábamos casados. Mal casados. Ninguno era feliz en su matrimonio y, en ese estado de vulnerabilidad afectiva, uno se vuelve permeable a cualquier cosa, persona o idea que le dé una pequeña promesa de felicidad.

Nosotros empezamos así. Fuimos lo primero que tuvimos a mano para evadirnos de la realidad que vivíamos.

Un coqueteo chiquito. Una mirada fuera de lugar. Una mano que roza a la otra. Un respiro. Dos chistes y un café.

Al poco tiempo, el recreo se hizo largo, y terminamos enamorándonos perdidamente. Tan fuerte fue la conexión que ninguno de los dos pudo sostener la situación en su casa.

Francisco se separó. Pero yo no pude.

No era un no definitivo. Tardé un poco más de lo previsto, por varias razones. Tenía una nena chiquita. Sentía culpa por dejar a un marido que no sentía culpa por no darme ni cinco de bola y, sobre todo, tenía una sensación de incertidumbre, de cómo iba a arreglármelas sola, con un trabajo y con Valentina, que para ese entonces tenía poco más de tres años.

El tiempo que me llevó tomar el coraje para romper mi vida anterior fue de casi dos años. Los mismos años en que no supe nada de Francisco. Y no porque no haya querido, sino porque la demora en mi decisión lo llevó a alejarse de mí de manera tajante.

Cuando vio que mis tiempos eran diferentes a los suyos, me puso en el freezer.

Tenía dignidad, autoestima, pero, sobre todo, lo que yo valoraba dentro de tanta angustia era asumir que, en su decisión tan dolorosa, estaba implícita la idea de no pretenderme como algo pasajero. Francisco me quería de verdad. Y nadie que te quiere de esa forma está dispuesto a

compartirte.

O mi mujer o nada.

Tenía razón. Respetamos el nada a rajatabla.

Durante los años que no nos vimos, según me lo hacía saber por todos los medios posibles, por mi culpa se enfermó de dolor. De tristeza. De desconfianza. De duelo. De ataques de pánico. De resistencia a volver a verme y de mutismo severo.

De un día para el otro me eliminó de su vida.

Hasta que no me separara, no iba a contar con su presencia. Ese era su pensamiento y así lo sostuvo.

Tres meses después de separarme de Walter, con los veladores en cada mesita de luz, lo llamé y antes de que me cortara, como solía hacerlo después de su pregunta obligada *¿Y?*, le dije las palabras que tanto esperaba de mí:

—Y sí. Yo también pude, Francisco. Me separé.

Después de escuchar su alegría evidente y felicitarme de manera inmediata, quedamos en vernos a los pocos días.

Bastó un solo momento para recuperar la relación que siempre tuvimos.

Una relación mágica. Única. Especial. Creo que ningún nombre hacía justicia al vínculo que nos unía.

Con Francisco estuvimos en todos los lugares donde se puede estar.

Fuimos amigos, amantes, novios.

Estábamos a la altura de todo; si hay algo nos distinguía era la complicidad. Nos divertíamos barato. Nos acompañábamos en los momentos más difíciles de nuestras vidas. Dialogábamos mucho. Muy empáticos el uno con el otro. Si bien teníamos una sexualidad impregnada por la ternura, nunca nos faltó pasión.

Nos gustábamos mucho. Teníamos muy buen *timing*. En fin, nada de qué quejarse. Nos unían algunos proyectos. Sus dos hijos se llevaban de maravilla con la mía. Éramos muy compañeros. Nos conocíamos en profundidad.

Las discusiones eran pocas y las resolvíamos en un segundo. Nos reíamos de nosotros mismos al vernos con cara de enojados y, sin saber cómo, ni de qué manera, volvíamos al estado de paz anterior. No podíamos estar peleados más de un rato. Antes de ir a dormir, siempre resolvíamos cualquier conflicto.

Ninguno de los dos coartaba la libertad del otro: no había celos, ni nada por el estilo. Nos apoyábamos en nuestros emprendimientos individuales, nos aconsejábamos y nos

acompañábamos de la forma que el otro necesitaba.

Amor. Había amor del bueno.

Habremos estado unos cuantos años, entre idas y venidas, porque él solía mostrar un estado emocional bastante inestable. Oscilaba entre picos de ansiedad y angustia.

Después de la separación, Luján, su ex, tomó la peor decisión para él: regresar a San Pedro, su pueblo, con sus dos hijos.

Francisco los extrañaba horrores, pero los extrañaba con el peso de la culpa de haber sido el que generó la situación. La distancia lo volvía literalmente loco. Vivía con dolores de cabeza, con picos de presión y, cada tanto, con ganas de aislarse del mundo y dormir un poco más de la cuenta.

Sin embargo, era un padre muy presente. Se iba los viernes y volvía los lunes. Entre semana le hacía doce millones de llamadas a cada uno para tolerar mejor la ausencia.

La sensibilidad siempre fue su talón de Aquiles, y lo primero que me enamoró de él. Su dulzura. Su simpleza. Su transparencia. Y sus bromas. Era muy ocurrente. Gracioso. Los dos éramos así, y eso facilitaba las cosas, porque nos entendíamos a la perfección.

Siempre fue muy familiero. Con Valentina se adoraban. Fantaseaba con comprarse un auto más grande y así trasladarnos todos a recorrer el país de punta a punta. Su familia estaba en San Pedro, junto con sus amigos de toda la vida, a quienes prácticamente yo no conocía, ni puse ningún empeño para hacerlo.

Nuestra relación siempre fue muy estrecha, pero cerrada. Él conocía a mi familia tan poco como yo a la suya. En cuanto a mis amistades, pasaba lo mismo. Estábamos bien así. Él, yo y nuestros hijos. De vez en cuando, algún encuentro ocasional o muy esporádico que compartíamos con los nuestros en forma conjunta.

Tampoco vivíamos juntos, pero la culpa de todo esto era mía.

Desde que me separé del papá de Valentina, siempre tuve una certeza.

Nunca más viviría con nadie.

Yo no resisto la convivencia. Compartir para mí es un terreno difícil de transitar. Me ahogo. Me cambia el estado anímico. Me irrita. Me siento invadida. Me dan ganas de encerrarme en el baño y ponerme a llorar. Me molesta la estructura. Los horarios marcados. La mesa y las cuatro sillas. Juntar toallas que no me pertenecen y también juntar las mías para no molestar al otro.

Me daba terror volver a perder la intimidad que había ganado con la separación. De hecho, fue lo único que me llevé de mi matrimonio. Él se quedó con todo lo demás.

Diez años de convivencia con Walter, diez años de preparar cenas que yo no comía, de tolerar el volumen ensordecedor de los partidos de fútbol, de soportar los comentarios constantes de que ganaba más que yo y que su puesto era mucho más importante. Diez años de olor a mandarina, de compartir tiempo con una familia con la que yo no tenía nada que ver, de sexo sin ganas, en fin… Por todo eso y algunas “cositas” más, al separarme decidí que nunca más iba a convivir,

nunca más “bajo un mismo techo”. Suficiente. Eso no se negociaba. Jamás.

Francisco aceptó mis normas sin problema. De hecho, las apoyaba. Estábamos bastante tiempo juntos, la mayoría de las veces se quedaba a dormir en casa, pero el cepillo de dientes lo sacaba de su mochila, no de mi baño.

Nunca se duchaba en casa, y la ropa que se ponía era la que se había sacado la noche anterior. No había sillas asignadas en la mesa, porque comíamos en la mesita ratona del living y, lejos de preparar platos elaborados, pedíamos delivery o íbamos a comer algo por ahí.

No soy amante de dormir en casas ajenas. Nunca lo hice. Estaba cómoda con el hecho de que fuera él quien viniera, después de terminar con las actividades diarias.

No conocí su casa. Se mudó tantas veces que ni siquiera recuerdo las direcciones. Hablaba de esos lugares con desprecio. No eran hogares para él. Decía que tenía solo una cama, un par de sillas y un sillón. Su verdadero hogar estaba con sus hijos y conmigo, todo lo demás era provisorio, el espacio donde descansaba su cuerpo.

Pero, más allá de la cuestión de la casa, yo me levanto de una manera muy diferente a la que me acuesto. Una cosa es que tu marido te vea en estado inhumano y otra que lo haga la persona a quien amás. No quería descuidar esos detalles tan personales. Por otro lado, Francisco es muy obsesivo de la limpieza, de la prolijidad, de la estética. Siempre sostuve que, si veía la cara que realmente tenía, iba a ser el final.

Supongo que él pensaba como yo, por eso, solía levantarse siempre apurado porque llegaba tarde al trabajo y, con un simple beso en el cachete y un abrazo de oso, nos despedíamos hasta el próximo encuentro con un *más tarde hablamos.*

Trabajábamos en la misma empresa, pero en dos sectores diferentes y con horarios distintos. Mejor, para mi gusto. Pero hablábamos por teléfono varias veces al día.

Durante las vacaciones teníamos los mismos hábitos. Las veces que me iba con Valentina a San Pedro, yo paraba en un hotel o en casa de Mabel, su mamá.

Esto funcionaba muy bien por una simple razón: teníamos mucha confianza como para decir lo que queríamos y, sobre todo, había confianza entre nosotros.

En el fondo, con este modo de vida, lo único que pretendía era proteger mis espacios: hacer pis con la puerta abierta, hacerme un baño de crema mientras me depilaba haciendo la vertical en la cocina, escuchar música, cantar como una desquiciada y juntarme a cenar con mis amigas, sin tener que mandar a nadie a dormir.

Libertad. Quería libertad.

Si bien mi deseo era cuestionable para el común de la gente, nunca pensé que Francisco iba a juzgarme, ni a dudar, ni a dejarme, ni mucho menos que iba a hacer uso de la libertad que circulaba entre nosotros para engañarme con otra persona. El amor era algo que estaba dado, dicho y hecho.

Nadie se separa y deja su vida a un costado de un día para el otro si no es por amor de verdad.

Y siempre tuve eso muy presente.

Hasta ese momento, nunca había engañado a Walter, por más que se lo mereciera. Pero con Francisco fue distinto. Transgredir esa regla era símbolo inequívoco de que el nuevo vínculo valía la pena. La relación entre él y Luján, su exmujer, era mucho más endeble que la mía. Por eso, no dudó mucho más de un mes en tomar las acciones indicadas. No digo que ella fuera mala persona, para nada. Ni que lo maltratara, ni que lo subestimara, como Walter a mí. Francisco la quería. Nunca lo escuché hablar mal de ella. De hecho, siempre me recalcó que era la mejor madre que podría haber elegido para sus hijos. Pero, cumplido ese rol, no pudo verla en ningún otro.

La quería, sí. Pero dejó de desearla después de parir.

Es horrible lo que digo. Tan horrible como lo sentía Francisco al terminar la oración. Pero doy fe de que el que deja la pasa tan mal como el dejado. Uno quiere retener el amor, hace lo que sea para que se quede allí, por eso, cuando se desvanece es tan doloroso como una puñalada en el estómago.

Ojalá nunca hubiera dejado de amar a Walter. No tengo dudas de que Francisco desearía lo mismo con respecto a Luján. Pero, cuando te pasa, no hay nada que se pueda hacer para revivir a un muerto. Uno sabe lo que va a perder, lo que va a sufrir, lo que va a pasar y cuánto va a herir a su pareja y a sus hijos. Pero saberlo no cambia las cosas.

Desenamorarse es tristísimo, pero, cuando pasa, solo queda aceptarlo y tomar cartas en el asunto. Cada uno da su portazo como puede. Algunos lo hacen puertas adentro y, a mi entender, son los procesos más indignos, dolorosos y crueles para toda la familia. Estar sin querer con alguien te puede llevar al extremo de odiar a esa persona. De proyectarle tu incapacidad de abrir las puertas, decir adiós y seguir avanzando.

No hay nada que hacer cuando se muere el deseo, excepto velarlo. Los chispazos anteriores a la defunción suelen darnos esperanzas, y uno, contento, procrastina la decisión. Pero es un engaño. Un destello de esperanza. La mejoría de la muerte. Después de ese tiempito que cae de regalo, la parca te viene a buscar y no hay dónde escapar.

El otro, el dejado, intenta retener como modo de resarcir el amor que dejaste de sentir y hace malabares que la mayoría de las veces son pérdidas de tiempo, cargadas de mucha angustia en el lomo.

Tirar maderas a un fuego que ya se apagó es irracional. Cosa de necios. Un espectáculo muy feo de mirar.

En mi caso, todo el tiempo que tardé fue todo el tiempo que padecí. Por supuesto que Walter lo sabía, porque él lo sufría desde su lugar. Pero no decir nada, callar era su manera de retener la ilusión de que todavía, mientras yo siguiera ahí, algo era posible.

***

Con Francisco teníamos todos los condimentos que una relación necesita y, por otro lado, era tanto lo que nos unía que traicionarnos, en este caso, era traicionar la relación. ¿Se entiende la diferencia?

No se trataba de nosotros dos. Se trataba de nosotros tres. Él, la relación y yo.

En ese marco de libertad nos manejábamos.

No nos pedíamos nada.

No nos exigíamos nada.

No había reclamos ni pases de factura.

Después de lo que había vivido cada uno, el fantasma de la infidelidad no volaba por nuestras cabezas. No solo era innecesario, sino que de ese lugar ninguno de los dos salió ileso, y esa experiencia había sido suficiente para convencernos de que ahí no queríamos volver a estar.

Nos dábamos alas, y cada uno volaba en su cielo. Después, y de manera inevitable, nos juntábamos, con muchas ganas, en el nuestro.

Nuestra proyección a futuro quedaba muy lejos: dos ancianos sentados en cómodos sillones, que, mientras se hamacaban y se sostenían la mirada con la mano, mirarían jugar a sus nietos.

La imposibilidad de imaginarnos separados alguna vez era, creo yo, la garantía de no faltarnos nunca el respeto.

Éramos novios, es cierto, pero antes éramos mejores amigos.

Este verano, a principios de enero, pasamos unos días en San Pedro. Cuando ya estábamos por volver a la Capital, recibí un mensaje privado en mi Instagram de una chica a la que había escuchado nombrar dos veces en mi vida.

> Hola, Consuelo, mi nombre es Agustina. Yo trabajo en el mismo lugar que vos. En realidad, en la misma empresa, pero en el mismo sector que Francisco. Me interesaría hablar con vos un momento. Este es mi celular. Perdoname la molestia y te pido por favor que no le digas nada de este mensaje a él.
> Un abrazo.

Fue la primera vez que le mentí a Francisco. O, mejor dicho, que le ocultaba información. Solo le pregunté, disimuladamente, qué había pasado con la secretaria de su jefe, Agustina, a lo que respondió, sin girar siquiera la cabeza, que no tenía la menor idea.

—La vi dos veces en mi vida. Creo que no trabaja más ahí. ¿Por?

—No sé, me acordé. Recuerdo que cuando ingresó a la empresa y la mandaron para tu sector, me puse un poco celosa. Es muy linda. Y vos estabas enojado conmigo… se me cruzó lo peor —

sonreí, mientras le besaba el cuello.

—Mirá con lo que salís, Consuelo. Salí —me corrió con el codo—. Eso fue hace ocho años. Y si hay un lugar al que no me gusta volver es a ese pasado. Sabés mejor que nadie lo mal que la pasé. No sé nada de esa piba. Punto, y no quiero hablar más.

Era verdad. Francisco evitaba hablar del tiempo que estuvimos separados. Cada vez que yo intentaba regresar ahí, se enojaba. Le cambiaba la mirada. La forma de tratarme y también lo que sentía por mí.

—Vos no entendés que la pasé como el culo, ¿no? ¿Y sin embargo insistís en ir ahí? Te recuerdo que me separé por vos. Luján se llevó a los nenes y, de un día para el otro, me vi en mi casa en medio de la tormenta, solo como un pelotudo, mientras vos estabas en Pinamar tomando sol con Walter.

—Sabés que las cosas no fueron así. Pero ya lo hablamos mil veces. Tenés razón, dejemos el tema acá.

Mientras Francisco jugaba con los nenes, me metí en el baño y le mandé un mensaje al teléfono de Agustina.

> Hola, Agustina. Soy Consuelo, este es mi WhatsApp. Estoy de vacaciones, pero regreso en dos días. Si te parece, te llamo cuando esté en casa. Quedate tranquila que Francisco no va a saber nada por ahora. ¿Todo bien?

> Hola, Consuelo. Sí, quedate tranquila que todo bien. Solamente quería saber hace cuántos años dejaste de frecuentar a Francisco, Francisco Estévez… y ¡cómo hiciste! Nada más. Pero hablamos a tu regreso. No te quiero interrumpir en tus vacaciones con estas cosas ya viejas para vos.

> Esperá, Agustina. No entiendo la pregunta. ¿Que cuándo lo dejé de ver? Lo dejé de ver hace dos segundos. Estoy con él. Yo en el baño y él en el parque con los nenes. ¿Qué pasa? ¿Cómo hice qué cosa? Soy la mujer.

Dos intentos frustrados de audios que llegaron vacíos y un mensaje escrito quince minutos después, que decía:

> Yo también.

***

Agustina empezó una relación con Francisco pocos meses después de que él se separara. Con lágrimas que le salían de todo el cuerpo, me contó que los primeros dos años fueron soñados. De hecho, no solo compartían las cosas cotidianas de cualquier relación, sino que, en muy poco

tiempo, compraron juntos un departamento donde vivieron su historia de amor.

Tiempo después, Agustina empezó a percibir cambios muy repentinos en la relación, que la llevaron a sentirse insegura y a desconfiar de ciertas conductas. Intempestivamente, el vínculo inicial se volvió, según sus propias palabras, tóxico, pero ninguno de los dos podía cortar.

En una de sus grandes peleas, que coincidió con la fecha de inicio de mi relación con él, decidieron vender el departamento y volver a intentarlo, pero cada uno desde su propia casa.

Las cosas iban y venían porque, inexplicablemente, el que iba y venía era él. Sin embargo, y como pudieron, siguieron adelante con la relación porque, según reafirmaba Agustina, *Yo lo amo. Y él me decía que también.*

Tenía su celular lleno de chats donde se declaraban su amor de forma intermitente pero constante, donde se veía con lujo de detalles las promesas que Francisco solía hacerle y los consiguientes reclamos de Agustina porque nunca se cumplían.

Iban y venían, es cierto, pero hacía ocho años.

Los celos de Agustina empezaron cuando descubrió en el celular de Francisco, de pura casualidad, un mensaje de otra mujer. Mensaje que él desmintió con la evidencia en la mano, diciéndole que era una amiga y nada más.

Ella, a pesar de esa explicación, no le creyó, pero lo perdonó, simplemente para evitar esas discusiones que minaban la relación.

Después de varias horas de una charla en la que reinaron el respeto, la empatía y, sobre todo, el mismo dolor, las dos decidimos ir un paso más adelante.

Yo no compartía con él la vida social, ese era el territorio de Agustina. Por eso, ella conocía más y mejor algunos datos que para mí eran de menor importancia. Por ejemplo, el nombre y algunos teléfonos de las mujeres de sus amigos.

Sin perder un segundo, Agustina levantó el teléfono.

Se presentaba, frente a mis propios ojos, como la novia de Francisco, y del otro lado, no recibía más que un *Hola, Agus, ¿cómo estás?*

Pistas, datos, información, teléfonos, nombres que al final del día nos llevaron a contabilizar cinco mujeres, además de nosotras dos. Si bien con ninguna tuvo una relación estable ni duradera, a todas les dejó una cicatriz que aún intentaban cerrar.

El discurso de cada una de ellas era exactamente el mismo.

Mentiras, promesas, inconsistencias, relaciones sexuales truncadas, dolor, mucho dolor. Todas, sin excepción, terminaban diciendo: *con terapia y la contención de mis amigos, estoy saliendo adelante.*

Agustina sentía mucha angustia. No paraba de gritar. De mostrarme evidencias. De pedirme las mías. De manifestar su bronca y su enojo. Caminaba alrededor de mi casa. Entraba y salía del baño.

En cambio, yo recuerdo estar muy tranquila, incluso, y sobre todo, intercalar algunos chistes

totalmente desubicados en medio de semejante oscuridad. De preparar un termo para tomarnos unos mates, intentando cambiar de tema. Me sentía flotar. Como si estuviese drogada. No tenía los ojos nublados de tanto llorar, como Agustina. Estaba obnubilada. En estado de shock. De negación. De incredulidad. De no entendimiento. Fría. Ida. Muda. Escindida. No lo sé.

Desde ese día hasta hace un rato lo único que quería era entender. Necesitaba entender.

Por qué lo hizo.

Cómo lo hizo.

Qué hizo.

A quién se lo hizo.

Para qué lo hizo.

Cómo se llamaba eso que hizo.

Pero, sobre todo, necesitaba escuchar de su boca que efectivamente lo había hecho. Yo le creía a Agustina. Y también a cada una de esas mujeres que contaban su historia como alguien que intenta liberarse de un trauma.

Por supuesto que les creía. Lo que no podía creer era que esa persona de la que estaban hablando fuera Francisco.

Las dos ideas no podían convivir en mi mente. Una expulsaba a la otra de manera inevitable. No solo me resultaba inverosímil que alguien como él tuviera una agenda oscura y encubierta, sino que no me daba la cabeza para comprender cómo podía gestionar tantas relaciones paralelas. No solo moralmente hablando. Me desesperaba esa logística para sostener más vidas que un gato sin sufrir un colapso.

¿Cómo hizo? ¿Tenía asistentes? ¿Colaboradores? ¿Sponsors que le habilitaban dinero para pagar cinco cafés por semana a cinco cuerpos diferentes? ¿Qué pasaba con su familia? ¿Sabían? ¿Eran cómplices? ¿Sus hijos? ¡Por Dios, sus hijos!

Todas conocíamos a sus hijos. Todas queríamos a sus hijos. Todas alguna vez dormimos en su casa, con sus hijos en la pieza de al lado. Todas alguna vez alojamos a sus hijos en la nuestra.

¿Cómo silenciaban a esos nenes? ¿Cómo no se confundían de nombre? ¿Cómo lo querían?

Entender. Yo necesitaba entender, que me explicara, que me contara, que razonara junto conmigo, que se arrepintiera, que pidiera perdón, que solicitara internación en un psiquiátrico. Algo, lo que fuera, que me permitiera ponerle un nombre diferente al que le ponían todas ellas.

—Es un hijo de puta. Eso es lo que hay que entender —repetía Agustina—. Es un sinvergüenza. Una mala persona. Una mierda de tipo.

Y mientras yo asentía con la cabeza, en mi interior, el dolor reprimido me susurraba que no.

Algo le tuvo que a haber pasado. Ese no es Francisco. No lo es.

Ese mismo día esperé a que Francisco llegara a mi casa y, una vez cerrada la puerta, Agustina

salió de mi habitación.

Se dio vuelta, la miró, se sentó en la punta de la escalera y se puso a llorar.

Mientras Agustina le pedía explicaciones, yo le pasaba las toallitas para que se limpiara los mocos que se le caían en la remera.

Observaba la situación como una espectadora y lo primero que me llamó la atención fue que Francisco la conociera. Es decir, sabía quién era. La llamaba por el nombre. La miraba a los ojos. Respondía al apodo que salía de la boca de Agustina y que todavía no soy capaz de pronunciar.

Efectivamente tenían un vínculo.

Yo permanecía fuera de la escena como si toda esa locura no me correspondiera. Lo miraba llorar y pensaba, para mí, que, si no hubiera estado ella metida en el medio de los dos, habría corrido a abrazarlo.

No soportaba verlo sufrir, desesperado por querer explicar algo imposible. No podía permitir que Agustina lo lastimara con las palabras que, no me cabía duda, recibía como balas en el medio del ojo.

Cuando Agustina se daba vuelta o bajaba la mirada, sentía los ojos de Francisco pidiéndome defensa. Movía la cabeza para un lado y para el otro, como diciendo que las cosas no eran como ella aseguraba.

Yo no pronunciaba palabra, porque me intimidaba la presencia de Agustina. Eso no podía estar pasando. Esa no era mi historia. No tenía que ver conmigo. Esos insultos que salían de la boca de Agustina no eran para el Francisco que yo conocía.

Nadie lo conocía mejor que yo. Nadie. ¿Cómo era posible que la persona que más me amaba en el mundo fuera la misma que me estaba arruinando la vida? De ninguna manera.

Él, que me había acompañado en los peores momentos de mi vida.

Que levantaba las cortinas de mi cuarto cuando la depresión me golpeaba la ventana.

Que sostenía a Valentina cuando yo sola no podía.

Que me contaba lo indecible y escuchaba desde lo más profundo de mi historia hasta lo más banal que me pasaba en la verdulería.

Él, que se había separado por mí y que me pidió que me separara por él.

Que me esperó dos años enteros sufriendo y, sin embargo, pudo perdonarme el tiempo que se demoró mi cobardía.

Él. La persona con la que tenía un pasado que contar, un presente que disfrutar y un futuro que construir, no podía ser el hombre que estaba sentado llorando en la punta de esa maldita escalera.

No podía ser. No podía.

***

Las conversaciones entre los tres siguieron durante algunos días.

Todo ese tiempo, Francisco se volvió (huyó) a San Pedro, porque decía necesitar a sus hijos. A su familia.

Lo único que hizo con todas las evidencias que le íbamos mostrando, de manera desesperada, fue desmentirlas una por una. Negó absolutamente todo. Mezclaba fechas, meses, años. Decía, se desdecía. Llamaba a una, llamaba a la otra y también a las otras.

Nos pedía que no dijéramos nada. Pretendía convencernos de que todo había sido un malentendido. Que probablemente él no había sabido explicarse. Pisaba las relaciones en las que había estado transformando los romances en amistades. Intentaba confundirme a mí y a Agustina diciéndonos que había errores en las fechas. Que, si no nos había mencionado nunca a la otra, era para cuidarnos. Nos decía, con total convencimiento, mientras se metía una sublingual de Rivotril en la boca, que era por esto, *porque no quería generar justamente lo que estaba pasando*. Se excusaba diciendo que si había mentido era solo para no lastimar a nadie.

Mientras hablaba conmigo, me decía que no le creyera nada a Agustina, que estaba loca. Y, cuando hablaba con ella, le decía que la loca era yo.

Mientras llamaba a cada una del resto del cuento, les decía lo mismo que me decía a mí y lo mismo que le decía a Agustina.

Mentiras. Mentiras. Mentiras. Una cantidad de mentiras que no tenían ni principio ni final. No había respuestas. No había pedidos de disculpas. No había arrepentimiento. Porque no había normalidad. No había explicaciones. No había coherencia. No había una sola verdad.

No había Francisco.

Los amigos, la familia, incluso la madre, solo podían decir una sola cosa: *aléjense de él. No está bien.*

Todos parecían guardar un secreto, y nadie sabía de qué se trataba. Nos alertaban. Nos pedían disculpas. Nos daban la razón. Nos ratificaban que las dos, las tres, las cuatro existíamos en su vida. Que también los confundía a ellos. Que era un pibe que no hablaba de su vida privada, solo caía con alguna y ya. Y eso era todo.

Me costó muchísimo tiempo dejar de hacerme preguntas. Buscarle un diagnóstico. Diferenciar la maldad de la locura.

Por un lado, su psiquiatra decía que era un cuadro de histeria severa, y el psicólogo, que probablemente era un narcisista encubierto. Agustina sostenía que era un mitómano desgraciado. El resto de las víctimas decía que era un perverso. Mis amigas, que era un loco de mierda.

Había de todo en la lista de posibilidades. Pero ninguna me devolvía la respuesta, el consuelo que yo buscaba.

¿Por qué? ¿Por qué a mí? ¿Por qué destruyó nuestra historia de amor?

Después de unos meses, en que recién había empezado a tomar conciencia de la realidad, revisando los mensajes y las conversaciones con el resto de las chicas, releí varias veces la misma frase que tanto me había llamado la atención:

> Con terapia y la contención de mis amigos, estoy saliendo adelante.

Llamé a Ricardo, mi analista, y en dos días ya era parte del club.

***

—Consuelo, ¿qué importa el nombre de lo que hizo? ¿Qué importa el apellido de lo que le pasa? ¿Qué cambia de la historia un diagnóstico arriba de la mesa? Elegí el paliativo que mejor te haga. El placebo que más te guste. El consuelo que te salve. ¿Y? ¿Lo elegiste? ¿Ese es el amor que querés vivir? ¿Esta es la relación por la que vas a pelear? ¿Quién es Francisco? Supongamos que, en el mejor de los casos, está chiflado. Que necesita medicación intravenosa y una internación eterna que justifique su accionar. ¿Esa opción te queda bien?

—Supongo. Es la que menos responsabilidad le da.

—¿Y? ¿En qué cambia de la situación? ¿Querés ponerle el suero o querés tener una historia de amor? Mentiroso. Perverso. Psicópata. Histérico. Tóxico. Un hijo de puta. O un pelotudo importante. Lo que sea. Después de hacer lo que tengas que hacer, lo verás por la calle y lo saludarás desde lejos, deseándole la mejor de las suertes. Pero que, lastimosamente para él, no coincide con la tuya.

—Pero no puede ser, Ricardo.

—Pero es.

—Pero cómo pudo hacerme esto.

—Es un problema de él.

—Pero yo confiaba. Creí.

—Está muy bien, pero eso habla de vos, no de Francisco.

—Pero teníamos todo.

—Menos la verdad.

—Pero, Ricardo, me hizo mierda. Si tomo conciencia de todo, no salgo de la cama.

—Ahí me gustó más. Ahí tenemos que entrar.

—¿Es joda?

—No. Es lo único que podés hacer. Él hará su parte. Y vos estás acá para hacer la tuya.

—¿Hacer? ¿Qué tengo que hacer yo? Lo tengo que matar. Me tengo que morir. ¿Vos entendés lo que es Francisco para mí? ¿Vos entendés lo que fue esa persona en mi vida?

—Consuelo, lo que tenés que hacer es un duelo. Un duelo de algo que solo existió para vos. Y como todo duelo, tenés que empezar por aceptar que eso que perdiste no va a regresar más. Un duelo implica asumir la muerte de lo que sea que hayas perdido. Una muerte adentro tuyo. Tenés que matar la idea de Francisco que tenés en tu cabeza. Porque ahí es donde existe. En ningún otro lugar. Se trata de aceptar. Después, y si tenemos suerte, vas a entender. Pero no es lo que me interesa resolver.

—Pero si no entiendo, no puedo aceptar. Ese es mi problema.

—Consuelo, ¿vos entendés por qué hay padres que violan a sus hijos?

—Pero, Ricardo, qué tiene que ver ese ejemplo. Por favor.

—Pero, Consuelo, ¿entendés o no?

—¿Cómo voy a entender eso? No se puede entender esa locura.

—Perfecto. Pero sabés que existen, ¿no?

—Sí, claro que lo sé. Pero me estás hablando de enfermos mentales. De hijos de puta. De locos de mierda. Qué sé yo. Un asco.

—Es decir que, sin entender, sabés. Saber quiere decir que aceptás la realidad. Que la ves. No entendés, y está muy bien. No tenés por qué hacerlo. Sos contadora, no psiquiatra. No entendés si son malos o enfermos, de acuerdo. Quizá sean hasta las dos cosas. Pero ¿qué importa? Acá pasa lo mismo. Saber es motivo suficiente para aceptar los hechos. Quizá conocer el motivo te podría llevar a sobrellevarlo mejor, a perdonarlo, a vivir sin dudas. No sé. A resolver tu problema de matemáticas. Pero, una vez que conozcas el modo en que hizo las cosas, ¿lo elegís? Y no solamente me refiero a él. Me refiero al amor que puede dar. A su manera de vincularse. A su modo de ser con el otro. ¿Lo elegís?

—No. Claro que no. Lo quiero. Pero no lo elijo. En realidad, quiero al Francisco que era conmigo.

—Que no es el Francisco de la realidad. ¿Comerías un asado con el tipo macanudo que te vende una gaseosa en el kiosco, pero que a la noche viola a su hija?

—No, Ricardo. Qué asco. Ni de cerca.

—Esto lo mismo, pero con diferente carga moral. Francisco es todo lo que hizo. Todo lo que te contaron. Todo lo que sabés. Todo lo que es capaz de generar. Un duelo. Tenés que hacer tu duelo. Tenés que aceptar. Tenés que largar toda la bronca, la ira, el enojo. Después te vas a angustiar muchísimo, es cierto. Le vas a ver la cara a la tristeza. Vas a sentir arrepentimiento, culpa. Y al final del camino vas a poder integrar todo esto que te pasó. Y vas a seguir. Con la herida adentro, cerrada, pero elaborada.

—¿Qué quiere decir eso?

—Que te va a doler por un buen rato. Hasta que coagule el dolor. Y después será un recuerdo, que al traerlo a tu cabeza, de la forma que haya sido elaborado, llorarás o te reirás. Pero será eso: un recuerdo. Y los recuerdos no duelen. Lo que duele es la herida abierta. Eso es lo que hay que

cerrar. Eso es lo único que podemos hacer acá. El resto es un problema que no te pertenece. Y lo tendrá que resolver él, si es que quiere. Acá se trata de vos y de tu duelo. ¿Triste? Peor que eso. Tristísimo. Como dice el maestro Sabina, “no hay nostalgia peor que añorar lo que nunca jamás sucedió”. Eso hay que aniquilar. ¿Entendés?

—¿Lo que no existió?

—No, Consuelo. Eso nació muerto. Hay que matar la nostalgia. La pena. El dolor.

—¿Y cómo hago?

—Tenés que soltar las muletas. Morderte la negación de las manos. Mirarlo de frente y dejarlo pasar.

—Qué angustia, Ricardo. Toda mi vida creí que había tenido suerte en cruzarme con Francisco. Sentía que era la mejor flecha de Cupido. Te juro.

—Seguramente fue así. Fijate que no te pasó a vos sola. A veces, Cupido tira la flecha con veneno, querida Consuelo. Y acierta.

A veces acierta…

Creer o reventar.

23
Manipulación

No me pude sentar más en la mesa de la desconfianza
Hacía tiempo la duda de tu palabra me invadía los pensamientos
Pero tal era la convicción con la que decías lo que no hacías
Que el resultado que llegaba a mi cabeza se llamaba confusión.
Sin embargo, te olía.
Te miraba la mirada escurridiza
La risa tiesa, fuera de lugar y de contexto
Las maniobras de la promesa cuando la evidencia de quedaba corta
Chica
Vencida
Las mentiras construyendo enormes torres que desplomaban con un simple soplido
De cualquier boca extranjera
El peso del relato de la gente que ya había estado sentada en la misma silla
Y la caída era lo único que recordaban

Las personas que te conocen te recuerdan y no sonríen: se lamentan.
Como lo lamento yo y entonces la tristeza se interpone entre vos y el portazo
Por eso uno se demora, solo por eso.
El cariño que das guarda un secreto:
No es afecto
Se dice manipulación
El canto de las sirenas chillando en los oídos
Nadie cena gratis cada vez que vos pagás la cuenta
Pero lo más triste
Lo más oscuro
La prueba más inquebrantable de lo que digo
Es que nadie, absolutamente nadie, te llama por tu nombre cada vez hablan de vos.
Y no digo algunos
Estoy diciendo todos.

Nadie pronuncia tu nombre
Todos muestran tu marca.

24
Autoengaño

Me quedo pensando si amar sin ser amada debería ser un impedimento para que siga venerando tu presencia.

Te miro y sonrío.

En el fondo sé que todo lo que hago son intentos de llamarte la atención.

No esa. No. No es tu amistad lo que me convoca, a pesar de que la agradezco cada vez que te veo sentado en nuestro sillón blanco.

Lo que pasa es que, para ser honesta, me queda chica. Siento que el nombre que nos define no hace justicia al vínculo que nos une. Todo eso que somos. Y hablo en plural porque muchas veces sostengo este secreto, esperando que un día te des cuenta por tus propios medios de que a vos te pasa lo mismo que a mí.

Creo firmemente que uno a veces niega lo que le pasa. O muchas veces, incluso lo desconoce. Y ahí me ubico yo. O al menos hace nido mi esperanza. En tu posible temor a tus sentimientos. En tener que enfrentarme y decirme que todo fue un error.

Entonces, te miro y sonrío mientras espero.

La ilusión no se come pero alimenta.

Y si bien reconozco que son calorías que gasto sin haberlas consumido nunca, me alcanzan para mantenerme en pie.

Claro que sé que no se nota en la balanza de mi amor propio, pero me hace tener chispazos de una felicidad que por ahora no existe más que en mi cabeza.

Por ahora, escuchaste bien. Por ahora.

Y la verdad es que no me importa dónde quedes mientras sepa cómo hacer para llegar al lugar donde te encuentro.

Mientras me ilusiono, todo se vuelve posible.

Entonces desconozco la patada de la angustia.

El tirón de pelos de la tristeza.

La trompada de la verdad en el centro de la cara.

El insomnio permanente que me llenaría el insomnio de pesadillas.

Las mariposas que se mueren antes de nacer en este estómago vacío.

El dolor de un duelo inevitable.

Dicen que la esperanza ata, y entonces compruebo que ese es el motivo por el cual la sostengo fuerte como un bebito que cierra el puño de su mano.

A veces pienso que toda la fuerza de los musculosos se choca con la imposibilidad de abrir esa manito. Tan chiquita. Tan inocente. Pero tan caprichosa.

Sí. El capricho tiene fuerza y resistencia. Y así estoy yo con este caramelo que me guardo y que todavía no tuve la posibilidad de llevarme a la boca.

Caprichosa
Invencible
Ilusionada.

Déjenme, por favor. Quisiera que me dejen. Que no me persigan con palabras.
Que nadie intente abrirme los dedos.
Sacarme el caramelo.
Por favor. Si no siento que esté molestando a nadie.
Nadie está saliendo lastimado.
Por favor.
Déjenme sujetar la palabra quizá por el tiempo que me sea necesario.
Salgan de acá.
No voy a abrir la mano.

Me niego
Me resisto
Me condeno…
Por supuesto que lo sé.
Sé todo lo que tengo que saber para poder negarlo.

Bendita ilusión que me oxigena este amor no consumado para poder seguir viviendo de a ratos.

Déjenme con mi mano cerrada.
Que todo está bien así.
A pesar de que sigas diciendo la palabra amiga
Y deposites tu amor en otro lado.

Yo estoy bien así
Mientras tenga la ilusión estoy bien así.

No me estoy mintiendo.
No.
Solo estoy esperando…

25
Marchar

No se puede comprender la locura.

Y cuando digo locura, digo lo que no tiene lógica.

Lo que no tiene respuesta.

Lo que no tiene explicación.

Me refiero a todas las veces que la crueldad se pone de manifiesto.

La incoherencia de los argumentos que ponen arriba de la mesa y la necesidad de defenderse para sostener lo que no es.

La mentira que se lanza como flecha al centro de la confianza para obtener lo que se busca a costa de lo que sea.

Las manos que dicen querer cuando en realidad quitan.

Y quitan.

Y quitan.

El daño intencional.

La negación de lo evidente.

La utilización del afecto como medio de conquista para obtener lo que el otro necesita.

La violencia de la palabra para hacerse escuchar más fuerte.

La humillación como escalera para poder bajarte un escalón, como única posibilidad que encuentra el otro para poder subir.

La locura del desamor que grita que amar.

De la retención egoísta.

De la falsedad emocional para ganar una batalla que solo se juega de a uno.

El dolor generado que puede ser evitado.

Las manos que atan

Que presionan

Que insisten

Que ruegan que te quedes

Solo para no sentir que alguien se les está yendo de su control.

El engaño y la traición calculada.

La imposición de un deseo que nos pisa la integridad de aquel que dice cuidarnos.

No se puede comprender la locura.
Justificarla.
Racionalizarla.
Intentar comprender los motivos de la angustia de quien la provoca a pleno saber
Los pies que pisan los límites que nos separan.
No está bien entenderlo todo
No se puede utilizar la mirada sana y empática para querer abrazar otra lógica
La lógica del daño
De lo incomprensible
De lo miserable
De un mundo inhabitable por un cuerpo como el nuestro
No se puede
Ver. Hay que ver. Solo poder ver.
Y para poder ver, hay que asumir que estar adentro nos vuelve miopes emocionales.
Que para ver mejor es necesario alejarse.
Irse.
Y quizá para salir se vuelva urgente tender un puente
Pedir la palabra de quien nos quiere realmente
De quien puede oler realmente
De quien incluso, y por qué no, sentir realmente.
No se puede entender la locura sin retirarse de ella.
Quizá solo se trate de aceptar un modo de latir diferente
Agarrar el bolso y partir.

26

Algo sano

No se trata de que el deseo coma cualquier cosa.
No se trata de llenar la falta con mugre, tierra y polvo.
No se trata de ir cubriendo los huecos de la soledad con presencias que contaminan el agua.
No es así. No da lo mismo cualquier cosa.
Cualquier mirada.
Cualquier presencia.
No siempre se trata de qué somos o de qué seremos.
Se trata de cómo vibra eso dentro nuestro.
Comer basura, el tiempo, nos deja inapetentes.
Al principio, y con hambre, uno no distingue.
Se atraca.
Se mete todo junto y termina, tiempo después, vomitando en el baño
Pedazos de cosas que nunca eligió.
Y es así, como con el tiempo, nos volvemos anoréxicos emocionales
Con miedo y rechazo a que eso que está servido en bandeja y dice
Plato principal
Nos vuelva a doler en todo el cuerpo.

Dolores hartos
Que nos apagan la sonrisa como vuelto
Dolores que pueden dejar de doler si saboreamos nuestra propia compañía
Descorchamos un vino y nos abrazamos a todo eso que nos falta.

No se trata de tener algo serio
Se trata de tener algo sano
Y cuando eso pasa, cuando ese milagro pasa,
No necesariamente exige que seamos dos.

27
Vulnerabilidad

Se ama a la intemperie.

JOSÉ LUIS GEREZ

No se trata de tener vínculos
que intenten rescatarte de tu vulnerabilidad
Se trata de tener vínculos
que no te la pisen.

28

Abuso

Me preguntaste por qué.

No entiendo por qué, dijo tu sarcasmo.

Necesitabas el detalle de las causas que motivaban mi renuncia.

Hice un listado mental y minucioso de todas las veces que el fastidio le ganó la batalla al afecto que un día creí que nos unía.

Es que no te creo, te dije en la primera oración.

No confío en vos, agendé en la segunda.

Porque no me gusta lo que veo

Porque más de una vez me faltaste el respeto

Porque la gente que se sienta en la mesa de tu casa me mira mal

Porque no das puntada sin saber cuál es la herida ajena que hay que descoser para garantizar tu triunfo.

Tu trampa.

Porque tardé tiempo

en ver con mis propios ojos que sos capaz de estafar a tus propios amigos.

De engañar a quien te abrió la puerta del velorio de su padre.

Quien te dio una silla en la casa de su madre.

Que mentís con la impunidad de aquel que no les teme a las balas porque tiene la habilidad de tragárselas y escupirlas en la cara del que sigue, confiado, en la fila.

Que me manipulaste de manera tal que vi un cielo donde hoy no me acerco ni loca porque sé que si toco me derrito.

Que en el nombre de Dios vas creando guerras por cada alma que querés colonizar.

Que los valores que circulan en tu mundo se llevan de patada con los que habitan en el mío.

Que la palabra *moral* no existe en tu lenguaje.

Que te faltan letras puras en el abecedario de tu vida.

Que las únicas cuentas que te salen bien son donde ves restando a los demás.

Que a lo que vos llamás tener calle la gente normal le dice mala persona.

Que la única arma con la que no se juega se llama inocencia.

Pero a vos te dio la crueldad de tocar ahí. Justo ahí, mi querido. En ese lugar donde todavía

seguimos siendo niños indefensos.

Donde hay bebitos agarrados a sus mantas.

Mirando por una ventana de cristal cómo funciona el mundo

Esperando que regrese su mamá para acobijarse en su olor.

Ahí.

Donde ni siquiera un loco sería capaz de atreverse a hurgar.

Entonces, un poco asqueada por la repugnancia de saberte abusador de niños tan niños, tan sanos, tan limpios, recordé a quién le estaba por contestar.

Sacudí la cabeza y escribí.

Me quiero ir

Porque no me quiero quedar más.

Como si querer irte no fuera razón suficiente para no tener que quedarte.

29

Saña

Quien decide salirse del rebaño la está pasando mal.

Yo entiendo que el ego de toda la manada se infla creyendo que, si alguien no entró, fue porque ellos decidieron expulsarlo de la tierra prometida.

Pero no es así. Todo lo contrario.

Quien se sale de la foto grupal es porque considera que su cara se le pierde en medio de tantas sonrisas igualitas.

Chiquititas.

Mediocrecitas.

Lejos de querer pasar desapercibida, la oveja negra sabe que la potencia de su identidad la eleva por arriba de los techos de la repetición del vacío de lo mismo que, en definitiva, no porta nada.

Quien que se va de donde no se siente parte fracasa.

Lejos de eso, quien se atreve a chocarle la cara a la comodidad festeja la confianza de saber que no necesita de discursos prestados para hacerle gala y homenaje a su propia vida.

Los distintos ganan siempre porque deciden de antemano no pelear una batalla que no les interesa.

Que no los nutre.

Que les queda insulsa.

Nadie se acuerda del rebaño.

Sin embargo, mientras todos andan cuchicheando la vida de la pobre oveja negra, ella ni siquiera pretende salir a defenderse.

Digan lo que digan, al fin y al cabo, siempre la oveja negra es la reina de todos los cuentos.

Y eso es algo que el rebaño no perdona.

Por eso la bronca.

Por eso la crítica.

Por eso la violencia.

Por eso el desprecio.

No es la ovejita la que frunce el ceño. Es el rebaño el que patalea porque se siente abandonado.

Y tiene razón.
Fue dejado y rechazado para poder evolucionar y trascender.
Ni más ni menos que para ser libre.
La oveja negra es libre.

Por eso la saña.
Por eso la envidia.

30

La duda

Que sepas que todas las inseguridades de las que te hablo, y me apoyan el pie en el freno, no tienen que ver conmigo.

Yo sé quién soy.

Yo sé qué valores me definen.

Conozco cada uno de los compromisos que tiene el peso de mi palabra.

Sé perfectamente que lo que valgo no tiene precio.

Que mi abrazo es genuino y mi mirada honesta.

Que si piso tu vida lo hago sabiendo que estoy dentro de un templo.

Y así te cuido.

Como si fueras de oro.

Porque sé cuidar lo que quiero.

Que no tengo miedo de no poder.

De no alcanzar.

De no colmar expectativas ajenas.

Que si hoy me frustro, me limpio las rodillas y en unos días me levanto otra vez.

No soy yo.

Mi autoestima no está dañada.

Me quisieron mucho de cachorrita y así aprendí a quererme de adulta.

No tengo miedo de todo lo que me falta ni de cada una de mis imperfecciones.

Conozco donde hago agua, y me la tomo.

No me siento menos.

No entendés.

No se trata de mí.

Desconfío de vos.

Cuando el peso de tu palabra se hace líquido en medio de la nada.

Cuando tanto amor hace contraste con la incapacidad de hacérmelo sentir.

Cuando la noche de ayer es inesperadamente opuesta a la de hoy.

Cuando lamentás ponerme en un lugar del cual no intentás sacarme nunca.

Cuando vas y no venís.
Cuando todo siempre es confuso.
Raro.
Nublado.
Manchado por la tinta de la mentira que solo vos podés pensar que es transparente.
Se ve.
Toco el trazo en cada letra que conforman tus palabras.
No se trata de mí.
Se trata de vos
Y no saber de qué lado del mundo estás caminando.
Sé lo que vas a perder cuando me pierdas el día que la realidad le muerda la boca a tu ficción.
Yo sí que lo sé.
Pero dudo.

Todavía dudo de equivocarme.
De pensarte del lado de los malos y que estés del lado de los buenos.
¿Y si piso en falso?
Esa es mi causa.
Esa es mi duda.
Y la duda
Ata.

31

Escudo

Me elevás.

Me subís a un pedestal solamente para poder decir que es imposible que puedas alcanzarme.

Me ponés arriba. Bien arriba. Donde todos tus motivos encuentran la cueva para volverse tu falsa certeza.

Tu escudo.

Me contás el cuento que te gusta contarte, donde aparezco rodeada de flores y coronas arriba de una cabeza que te resulta imposible destronar.

Soy poca cosa para vos es el título de la serie que intentás hacerme ver, cada vez que tu amor no alcanza para explicarte las razones.

Esta historia no funciona simplemente porque no logramos calibrar en cuestiones elementales.

No me subas para tirarme piedras.

No me pongas en un altar porque no necesito que tu veneración reemplace el plano terrenal.

Yo quiero amor.

No aplausos.

Por eso, necesito que te guardes el valor supremo que me das de ser tan excepcional porque, paradójicamente y no tanto, termina siendo la culpa de tu no correspondencia.

Hay respuestas que son tan humanas que no necesitan profundizarse demasiado.

No hay conflicto si pudieras pronunciar las palabras “no te quiero”.

No lo hay.

En cambio, en tu te quiero pero no, me instalás un mundo arriba de mi plato, que me toca remover.

Y eso molesta.

Genera ansiedad.

Falta de entendimiento.

Tristeza.

Agotamiento.

Pérdida de tiempo

Y, sobre todo, frustración.

No me eleves para poder tirarme piedras.
Porque me hundo intentándome bajar.

32
Con los dedos muertos

Si pudiera llamarte amor
o si pudiera tal vez solo llamarte.

ELVIRA SASTRE

Si pudiera sortear el obstáculo de saberme no querida
Te escribiría para pedirte que te quedes
De la forma en que puedas
Del otro lado de mi pulso
Con la mezquindad que brindan los que se ofrecen
En un acto humanitario carente de emoción.
De la imposibilidad de aquel que pone la voz y saca el cuerpo
Que pone los ojos y esquiva la mirada
Pero a mi qué me importa tu desamor en este momento
En el que mi cama está llena de lluvia, oscuridad y viento
Nada me importa
Nada
Si no distingo el poco del todo
Si eso que a vos te sobra a mí me alcanza para darme abrigo
Y reconozco que quizá suene a pedido de migajas
Quizá no
Es así. No hay atajo para la duda
Pido sobras
Pero es en ese saberlo todo que mi silencio se hace presente
Y me duele en el pecho más que la tristeza originaria
Y entonces me deja quieta
Tiesa
Seca.

Y es por eso que paso de largo un mensaje donde tu respuesta
Sería solo un espejismo en medio de mi angustia
Comprendo que a lo que podés darme otros lo llamen nada
Y como mi soledad me ciega un poco los sentidos
Elijo guiarme por esa vara ajena que me indica la verdad.

Si te importara abrazar mi dolor estarías al lado mío.
No hay motivos que se interpongan en tu ausencia más que un amor que no logra florecer.
Y es así que sin poder acariciarme con el cuerpo te ofrecés para sostenerme una vela a la distancia
Por supuesto que lo sé
Y es por eso que no marco el número equivocado.
El dolor de saber que deseo y realidad no son la misma cosa
Es lo que me salva y no me deja expuesta.
Hago silencio.
Pero pienso
Que, quizá, tu presencia ausente me sostendría la mano un poco
Un instante
Un segundo
Lo que sea
Pero mi cordura que habla al oído para decirme que no
Que no estás
Que solo podés entretener mi dolor hasta que te venga el cansancio y me ofrezcas un final elegante.
Una huida triunfal.
Dale, hermosa, durmamos
En camas separadas
En vidas separadas
En mundos separados.
Y, sin embargo, ¿cómo puede ser, Dios mío, que hoy esa miseria sea todo lo que necesito?
¿Cómo puede ser esto verdad?

Pero comprendo, todavía comprendo que no me querés
Y entonces me escribo a mí, para no escribirte a vos
Y me lloro a mí, para no llorarte a vos
Y me busco a mí, para no buscarte a vos.

Cómo quisiera que me extrañes, mi amor…
Que me cuides
Que me ames
Que me mientas.

Imaginarlo me salva
Me protege
Me rescata
Me alivia
Pero lo sé.
Todo eso lo sé.
Por eso me quedo inmóvil

Con ganas
Con deseos
Con anhelos
Con latidos
Con mi vida en la palma de mis manos

Pero lo sé, mi amor, lo sé.
Tranquilo, ya lo sé.

Es por eso que estoy acá
Pensando en vos
Soñando con vos
Alucinando con vos
Con mi amor anudando mi garganta

Quieta
Tiesa
Seca
Con los dedos muertos…

33
Frustración

Intentamos transformar relaciones que no nos nutren en algo diferente para que no se pierdan.

A veces uno quiere, a veces ama y, en el afán de sostener ese afecto que tiene historia, intenta retenerlo en la forma que sea.

Transformar y transmutar son modos de reciclar. Pero con el afecto no se puede. Es distinto.

Es un autoengaño.

Es cambiar de traje para acomodarnos a lo que el vínculo puede dar.

Resignar.

Ceder nuestro amor, todo ese que querríamos dar, para que el otro no se vaya.

Y entonces, quizá, logremos que se quede.

Pero de forma mentirosa.

Ocupando un lugar que no nos satisface y que vamos a terminar reclamando lo que asumimos que no nos corresponde.

Actuando una relación ficcionada con la única intención de postergar el duelo.

Porque el duelo duele.

El duelo de aceptar la no reciprocidad.

Es perder el tiempo.

Dando menos, siendo menos nosotros mismos, para estar en igualdad de condiciones con la medida del amor que el otro puede dar.

Es postergar.

Procrastinar la angustia.

Intentar agarrarla por la espalda antes que se manifieste.

Los vínculos solo pueden transformarse cuando primero se transformó el tipo de amor que los alimentaba.

No se puede cambiarle la cara al novio y ponerle la cara de amigo. Salvo que primero se haya transformado en amigo y entonces solo, solito, se saliera de la silla que ocupaba.

Pero eso sucede.

No se lo fuerza.

No se lo inventa.

Es rebajar lo que deseamos con tres litros de agua, para no perder el objeto de deseo.

Es matar la esencia de nuestra búsqueda.

Clara. Concreta. Que a puertas cerradas sabemos de lo que se trata.

El final de todo este injerto se llama frustración.

Frustración que tira piedras y piedras a nuestra endeble autoestima.

Frustración que nos recuerda que no nos corresponde nada más que lo que asumimos que el otro tiene para dar.

Frustración de un día chocarse con la realidad que nos dice que el otro no nos puede corresponder, hagamos lo que hagamos.

Frustración de saber que uno se conforma con lo que hay porque no tiene fuerza para soltar lo que ya está suelto hace rato.

Frustración de tener un gato, con la ilusión de que algún día y de alguna extraña manera se le ocurra ponerse a ladrar.

Frustración por un miedo no levantado.

Frustración.

Y no tarda mucho en llegar.

34
Revictimización

Hay una situación que veo que se repite constantemente.

Una idea que promulga que si alguien es agredido, violentado o injuriado, se supone que algo habrá hecho para terminar en ese lugar. Casi una teoría conspirativa hacia la víctima de cualquier situación de la cual forma parte de manera pasiva, padeciendo y no gozando de dicha vivencia.

Una cosa es ser responsable de la permanencia en el suceso, y otra es preguntarle a la víctima qué hizo para que el otro la agrediera así. Que alguien se tome esas atribuciones con quien está golpeado, dolido.

¿No?

Cuestionar esto es desconocer el accionar primitivo y violento propio de la especie humana, sin acaso más fundamento que las propias emociones destructivas y primarias que tiene el hombre. Es ignorar la constitución psicológica del ser humano.

Hay gente que agrede al otro sin más.

Gente mala.

Mal socializada.

Rencorosa.

Enferma.

Que se alimenta del daño hacia otros.

La intención de revictimizar a la víctima es un acto psicopático, disfrazado de una espiritualidad que pretende demostrar su rol en la parte necesaria del evento.

No es así.

La teoría proyectiva, que supone que lo que sucede afuera no es más que producto de mi accionar interno, desconoce al otro como otro y además culpabiliza por segunda vez a la persona damnificada.

Si te pasa es porque te lo merecés
Revisá tu parte
Es tu espejo
Tu maestro

No es conveniente generalizar.

No se le puede tirar un balde de basura a quien está tratando de ver cómo la esquiva.

Seguramente (y acá me postulo como abanderada de la cuestión) se aprenderá de todo esto, pero ¿cuestionar qué parte le corresponde a la víctima frente a la maldad del otro?

A veces y simplemente habérselo cruzado, señores.

Tan corto como eso.

Quien sufre violencia, en cualquiera de sus manifestaciones, está intentando ver cómo sale. No intenten volver a meterlo en un pozo en el que cayó de manera inocente.

Porque si la maldad existe, la buena fe también.

Cuestionar qué hizo uno para que el otro lo tomara de punto de descarga es preguntarle a la mujer violada qué ropa tenía puesta ese día.

El portador del daño intencionado es independiente de la vulnerabilidad de aquel que lo reciba.

Nadie es robado porque se dejó robar.

El que roba lo hace porque es un ladrón.

Siempre. Siempre. Siempre.

35

Jazmín

Solo se siente culpable quien cedió en su deseo.

JACQUES LACAN

—¿Estás loco? ¿Qué hacés? Salí, salí.

—¿Qué te pasó?

—No entiendo, Lucas, ¿me acabaste adentro?

—Era una posibilidad. Qué sé yo, se me fue.

—¿Me estás jodiendo? ¿Posibilidad para quién? Me hubieras preguntado si estaba de acuerdo con la posibilidad.

—Bueno, Jazmín, me imagino que, si me ves sin el forro puesto, asumís que es una posibilidad. No sos una nena. Y, al fin y al cabo, soy tu novio… Tampoco es tan grave.

—Pero ¿qué decís? Si siempre nos cuidamos, nunca nada adentro. Estaba hablado.

—Bueno, ya fue. Relajá que no pasa nada. Se me escapó un poco. Nada más. No rompas las pelotas que no va a pasar nada. Tengo 43 años, no soy boludo.

—Pero yo tengo 25, te imaginarás que tengo otros planes, ¿no?

—Tranquila, ya está, te dije. Me voy a duchar, después te metés vos y vamos a dar una vuelta en moto para ver el terreno que quiero que compremos.

—Apurate por favor que me quiero sacar esta cosa de encima.

—¡Sos tremenda, ¿eh?!

—¿Tremenda? Andá, andá. No quiero discutir. Y no quiero dar ninguna vuelta en nada. Me cagaste el día. Ya fue. Andate solo, prefiero quedarme hasta que se me pase la mala onda.

***

Conocí a Lucas hace nueve meses. Era el cumpleaños de Flor, una de mis mejores amigas. Un par de días antes de la fiesta me había adelantado que iban a venir los amigos de Martín, su hermano mayor.

—Che, Jaz… Hay uno que me gusta para vos. Le tengo fe.

—¿Sí? Pero ¿cuántos años tiene?

—Y, como Martín, 43, supongo. Pero está diez puntos. Además es un fenómeno. Ya vas a ver. Soltero. Vive solo. Tiene una agencia de autos. Está bien parado. Es piola. Te va a gustar. Además es tu onda. Tiene facha Luquita. Lucas, Lucas se llama. Un personaje.

—Bueh, veremos. No me hagas presentación ni nada. Dejame ver si me gusta sin que me condicionen tus ganas. Medio jovato, me parece… ¿No?

—¿Para qué querés un pibe de 25? No saben ni hablar, nena. No, a mí dejame con estos de 30 para arriba. No serán la gran cosa, pero ya por lo menos están curtidos. Algo para compartir, qué sé yo. Pero me parece bien. Prometo no decir nada. Si se gustan, genial. Si no, nadie se enteró de nada.

Florencia había hecho toda la carrera conmigo. Siempre jodemos que lo nuestro fue amor a primera vista, porque lo único que vi cuando entré en el salón fue a ella. Estaba sentada en el banco de adelante, vestida para un casamiento, y mientras hablaba por teléfono, se escuchaban las risas desde la puerta del aula.

Mientras yo, un poco más tímida y silenciosa, buscaba un buen lugar donde ubicarme, ella levantó la mirada, me hizo señas con la mano y corrió la mochila que había puesto en el asiento de al lado. Tapó el celular con la mano y me dijo casi cuchicheando: *Vení, vení, sentate acá*. *Soy Flor*. *Y yo Jazmín*, le devolví el susurro.

—Bueno, somos del mismo reino —sonrió.

—Ay, perdón. No entendí el chiste —le respondí con cara de vergüenza.

—Después te llamo —le dijo a quien tenía del otro lado de la línea. Se dio vuelta orientando la mitad de su cuerpo para mi lado y se rio más fuerte—. Nada, nada, una boludez mía. Yo Flor, vos Jazmín… Eso. Las dos del reino vegetal.

—Ah, perdón, perdón. Estoy nerviosa. Ya sabés, primer día, no conocés a nadie…

—No te hagas problema. Yo nací sin vergüenza. Tengo mate para preparar en la mochi. Mi amiga, que está en segundo año, me dijo que acá se puede. Hasta los profesores se copan. ¿Hacemos?

—Dale, me prendo.

Y así quedamos, prendidas como un prendedor a la remera. Cinco años de vernos todos los días. De compartir la facultad, los exámenes, los secretos, las salidas, las vacaciones, desayunos, meriendas, cenas.

Nos volvimos hermanas de la vida. Como a ella le gustaba decirme: *hermanita de mi alma.*

Flor fue lo mejor de la facultad. Junto con el título, que por supuesto recibimos en la misma ceremonia, su amistad fue la otra medalla que me llevé colgada. Nuestra amistad hizo que

estudiar se volviera algo divertido, alegre, estimulante, un motivo más para compartir.

Una mina simpática, extrovertida, superagradable. Esas personas que saben ser amigas, genéticamente hablando. Nuestra amistad era como estar en casa. Un ambiente cómodo, donde cada una tenía un lugar asignado y ninguna de las dos quería ocupar la silla de la otra. Nos llevábamos bien. Nos contábamos todo y, si bien éramos muy diferentes, nuestras personalidades hacían un encastre perfecto.

Sus amigas se hicieron amigas de la mías y, como un diagrama de Venn, construimos un espacio intermedio donde había un lugar único y para todas. Formamos un grupo de ocho.

Llegó la noche de su cumple. Recuerdo que me había puesto un vestido plateado, ajustado, bien pegadito al cuerpo. Las curvas de mis 25 años se marcaban de manera impecable. No tenía un gramo fuera de lugar. Mi cara nada sabía de las palabras *arrugas* y *cansancio.* Mi mirada estaba abierta, chispeante, preparada para explorar el mundo como lo hace un infante, pero sin necesidad de nadie que le indicara el camino.

La siesta era vista como un pecado capital y el mundo era un lugar que se disfrutaba en vivo y en directo. Nadie sufría de recuerdos. Nadie sufría de frustraciones. Y los principales dolores por los que pasábamos se disipaban con un par de chocolates, charlas que terminaban cuando se nos apagaban los ojos, mucho tiempo después que la luz, y un continuado de salidas que garantizaban un mañana donde volver a divertirnos.

A esa edad vivíamos. No tomábamos decisiones determinantes, solo decisiones cotidianas, pero que podían deshacerse en cualquier momento.

Nada era para siempre, porque a los 25 años, todavía todo puede ser cierto. De la misma manera que podía dejar de serlo.

Mientras me veneraba a mí misma en el espejo, apareció Simón, mi hermanito.

—Parecés un alfajor Havanna de dulce de leche. ¿Vas a salir así?

Digo “hermanito” por costumbre o por vergüenza. Simón tiene dos años más que yo, pero es un pelotudo. No se puede mantener una conversación con ese chico. Parece un nene. Tiene la edad del pavo hace un montón de tiempo. No entiendo a la novia, lo juro. Pero está disculpada cada vez que recuerdo que tiene 18 años, hace tres que sigue yendo a cuarto año del Normal Nacional Nº 2, tratando de no dormirse para no quedar libre otra vez.

—Correte, tarado. ¿No te das cuenta de que estoy en el baño? ¿Es necesario que te laves los dientes arriba mío?

—Qué histérica, por favor. Dos segundos, nada más.

—Pedile el auto a papá y llevame, así de paso hacés algo productivo en el día.

***

Diez en punto estaba tocando timbre en la casa de Flor. Llegué temprano para darle una mano

con los últimos detalles. Me olvidé por completo de la existencia de Lucas. De hecho, ninguna de las dos lo mencionó. Ella cumplía con su promesa, y yo me estaba divirtiendo.

Para mí, la mejor hora del baile es cuando ponen a Gilda y a Rodrigo. Me descontrolo. Pierdo el eje. Me explota el cuerpo, yo qué sé. No me pasa a mí sola, es más, sé que, llegado ese momento, nos juntamos las ocho en el centro de la pista y armamos pogo. Simulamos tener un micrófono y, cada tanto, una le canta a los gritos a la que se le ponga enfrente todas las penas y las historias erradas de su vida, y que, por suerte, alguien con un don particular convirtió en canción.

Esa edad es para tener amigas y punto. Una aventura de vez en cuando, pero nada de invertir tiempo en cosas que no valen la pena. Todas éramos solteras y felices. O, mirándolo en retrospectiva, quizá éramos felices porque estábamos solteras.

Me estaba derritiendo, pero no quería parar de bailar. Sabía que después venía el carnaval carioca, cosa que detesto, y eso anunciaba el final de la fiesta. Pero en un momento bajé dos segundos la euforia, porque quería tomar algo.

Era verano, el calor terrible y la humedad perjudicaban mi peinado.

Me senté en una silla, me saqué los tacos un momento y, mientras me masajeaba los pies, lo vi venir.

No sabía que era Lucas. Pero, al mismo tiempo, no me cabía la menor duda de que era él.

Nos miramos desde lejos, sonreímos y se me acercó.

—¿Te ayudo con eso?

—Ja, no. Está bien. Gracias, es que estaba muerta. Qué papelón.

—¿Papelón? No diría eso, justamente. A mí también me divierte la cumbia y, si tuviera tacos, me los hubiera sacado hace rato.

Nos reímos, tomamos un poco de cerveza. Me invitó a bailar y, cuando nos acercamos a la pista, se presentó:

—Hola, Jazmín, soy Lucas.

—Sí, ya sé.

—¿Ah, sí? ¿Sos adivina?

—Sip. Igual que vos.

Nunca más dejamos de hablar.

***

Me dejó en casa de mi mamá, nos pasamos los teléfonos, las direcciones, y me preguntó si al día siguiente quería ir a su casa un rato a tomar unos mates.

—¿Te parece tipo seis de la tarde?

—Me parece excelente.

—¿Te vas a acordar de mi nombre?

—No creo que me lo olvide nunca más.

Todo fluía de manera natural. Pegamos química de manera inmediata. Si me preguntaran cuándo nos pusimos oficialmente de novios, diría que fue ese mismo día. Realmente. Después de ese sábado en lo de Flor, no nos separamos nunca más.

Enseguida nos presentamos a las familias y a los amigos respectivos.

Lucas era muy divertido y me gustaba que me doblara la edad. Yo lo veía con superpoderes. Me llamaba la atención la libertad con la que se manejaba sin tener que dar explicaciones a nadie. Era muy individualista. Medio creído, qué sé yo. Pero yo lo miraba desde abajo. Y no solo lo digo por la edad. Él ya estaba hecho, yo me sentía un pimpollo que empezaba a florecer y eso me atraía. Me gustaba. Lo veía importante simplemente por ser mayor que yo.

Estábamos en dos momentos totalmente diferentes de la vida. Yo recién me había recibido de abogada y estaba por comenzar un posgrado en Derecho Comercial en la UBA, lo que me tenía muy entusiasmada. Mientras tanto, trabajaba en el estudio jurídico de mi tío, como para ir agarrándole la mano, y de paso me llevaba unos pesos, que me hacían falta.

Lucas tenía un buen trabajo. Ganaba mucho dinero y estaba en un momento de total expansión. Tenía una agencia de autos de alta gama en pleno Olivos y su idea era abrir dos más.

Su vida transcurría en su trabajo que, por cierto, le demandaba todo el día, y después compartía el resto del tiempo conmigo.

Nos fuimos a vivir juntos a su departamento de Olivos. La zona me encantaba, pero no había medios de transporte cerca y eso hacía que dependiera mucho de él.

A la mañana me dejaba en el estudio de mi tío, que quedaba del otro lado de la ciudad, pero él insistía en que le gustaba manejar. A la vuelta, si podía, me pasaba a buscar.

Cenábamos, compartíamos una peli y después nos íbamos a la cama.

La diferencia de edad solo resultaba un problema cuando nos poníamos a proyectar a largo plazo, porque él ya había vivido lo que yo quería vivir y en eso era bastante egoísta: no quería repetir.

Desde muy chica tuve bien en claro que, después de recibirme, iba a ir a Estados Unidos a estudiar inglés y perfeccionarme en mi carrera. Mi sueño era trabajar un tiempo allá.

Lucas, por lo pronto, pensaba en producir. Quería difundir y expandir su trabajo, al que también adoraba y le dedicaba todo el tiempo y el esfuerzo del mundo. A veces me daba la

sensación de que confundía vivir con trabajar, pero insistía en que ese esfuerzo le permitía darse los gustos que deseaba. Y, por otro lado, siempre me repetía que quería tener una vejez cómoda y digna, y para eso tenía que invertir en el presente.

Aunque le gustaba Olivos, su proyecto era vivir en Nordelta, en un barrio privado. Allí quería construir su casa y disfrutar de la paz, los deportes, el jardín, la pileta.

En ese momento lo acompañaba en su proyecto, que de repente pasó a ser el nuestro, pero yo no había renunciado a la idea de irme a Estados Unidos, solo la postergaba.

Empezaba la semana y Lucas se despertó con fiebre y temblando de frío.

—Te llamo a un médico, mi amor. Estás hecho mierda. Te vi cambiarte la remera tres veces en la noche.

—Sí, sí. Dormí remal. No, qué médico. Tengo gripe, olvidate. Ayer en el río te dije que me dolían los oídos. Ya la estaría incubando. Se me parte la cabeza. Me tomo algo, me doy una ducha caliente, me acuesto un rato y se me pasa.

—Bueno, decime. ¿Necesitás algo?

—Y sí. La verdad que sí. ¿Podrás hablar con tu tío y decirle que tenés que ir a la agencia? No puedo no ir, justo hoy tenía reunión con dos clientes. Lo dejo a cargo al gerente de ventas, desde ya, pero necesito que estés ahí y veas que está todo bien. De paso, chusmeá el contrato de venta y cualquier cosa me llamás. ¿Puede ser? Jazmín, necesito que seas mis ojos.

—Sí, no hay problema, ahora le aviso. Pero yo en la camioneta no me animo a ir. Nunca la manejé. Horario pico, menos.

—OK, gordita, tomate un taxi. Hay plata en el jarrón. Si me siento mejor, te busco y si no, pegás la vuelta en taxi también. No hay problema.

Eran las cuatro de la tarde y empecé a sentirme mal. Me dieron ganas de vomitar. Me dolía mucho la cabeza y me sentía afiebrada. Los clientes ya se habían ido, y llamé a Lucas para decirle que estaba todo bien.

—Los contratos ya están firmados, Lu. Pero me vuelvo. La verdad no me siento nada bien.

—Uh, seguro que te contagié, gordita. La puta madre.

—No te hagas problema. Cierro algunas cosas acá, llamo un taxi y voy.

Pero no pedí un taxi. Honestamente, no sé, no puedo explicar por qué, pero en lugar de un taxi la llamé a mi mamá.

—Ma, estoy en la agencia de Lucas, necesito que me vengas a buscar. Él no se sentía bien y vine a reemplazarlo. Pero ahora me siento mal yo.

—Sí, Jazmín, ahí voy. Tené en cuenta que voy a tardar un poco, pero ya salgo.

—Vení vos, por favor, no lo mandes a Simón.

—Sí, sí. Voy yo, pero ¿pasó algo?

—No, nada. No estoy para que me taladre el cerebro todo el viaje, nada más. Si no podés, la llamo a Flor.

—No, querida. Ya tengo la llave del auto en la mano. Ahora salgo para allá.

Cinco en punto la bocina de mamá sonaba en la puerta de la agencia.

Saludé al personal con la mano y con una sonrisa falsa. De repente me sentí invadida por una vulnerabilidad extraña. Sola, chiquita, desprotegida, angustiada… No sé. Agarré la cartera y, una vez en la calle, fui caminando lento, medio mareada, errática. Ni bien me subí al auto, la abracé fuerte y me puse a llorar como una tarada.

—Jazmín, ¿qué te pasa?

—Nada, nada. Me siento mal. Me duele el cuerpo, la cabeza, estoy asqueada.

—Pero ¿comiste algo?

—No, un café diminuto que encima me cayó mal.

—¿Y por qué llorás, Jazmín? Te llevo al hospital.

—No, ma. No. Llevame a casa. A tu casa. Me quiero quedar allá. ¿Puede ser?

—¿Te peleaste con Lucas?

—No, no. Después le aviso. No va a tener problema. Necesito descansar.

Con el auto en marcha, me secó las lágrimas, me acarició la mejilla y, después de asentir con la cabeza y morderse los labios, me preguntó sin esperar una respuesta:

—Nena, ¿no estarás embarazada vos?

***

Diez días después, salí del baño y me paré al costado de la cama donde Lucas estaba mirando un partido de fútbol del Real Madrid.

—¿Y?

Le mostré el test: *positivo*, dije. Se empezó a reír, me tiró en la cama, me hizo cosquillas, me dio un par de besos que no devolví y sacó una selfie con el test entre las dos caras. Apagó la cámara y se levantó cantando.

Así fue el festejo: unilateral.

Lucas se fue al living y, mientras esperaba el segundo tiempo, puso la pava, y yo fui al cajón de mi mesita de luz. Mientras lo escuchaba cantar, aplaudir y reírse solo, agarré mi diario íntimo: el número 15 de mi vida.

Lo abrí. Releí los días anteriores de manera salteada. Busqué la página correspondiente a ese,

puse un punto final, crucé una raya que atravesaba la hoja entera y vi cómo una gota redonda y enorme borroneaba la tinta de la lapicera.

Ya está. No tengo nada más para escribir.

Cerré el diario, fui a la cocina, lo aparté a Lucas con un brazo como si fuera un muñeco y tiré el diario a la basura.

—¿Qué te pasa, mi amor?

Sentí un profundo rechazo hacia él. Odio en el centro del pecho. Asco. Bronca. Dolor.

Y mientras volvía a mi cuarto, frené mi marcha, agobiada. Me limpié los ojos, la nariz, la boca, giré la cabeza sin mover un músculo y otra Jazmín contestó por mí.

—Me cagaste la vida, hijo de puta.

***

El posgrado que estaba por empezar en dos meses duraba dos años y medio y debía cumplir con una asistencia al ochenta por ciento de las clases.

Las pasantías iban a realizarse dentro y fuera de la provincia de Buenos Aires, según la suerte que tocara en el sorteo. Y el costo era exactamente el valor de lo que cobraba en el estudio de mi tío. Ni más ni menos.

Escribiendo todas estas variables en un anotador, coloqué al costado, separadas con una línea imaginaria, dos palabras: EL BEBÉ.

No era ni mi bebé ni nuestro bebé, ni siquiera era bebé. Era *un* bebé que todavía no era de nadie. Pero, a pesar de eso, iba a requerir cuidados, tiempo y dinero que iban a salir de nuestro bolsillo.

Duración del embarazo	EL BEBÉ
Curso de preparto	
Preparación del cuarto	
Meses de licencia por maternidad	
División de horarios de cuidado	
Horas sin dormir	
Horas durmiendo	
Obra social	
Buscar médicos de cabecera	
Guardería	

—¿Qué hacés, gorda?

—Estoy intentando organizar las cosas para saber cómo voy a hacer con el posgrado, con las horas de estudio, cuando empiece a viajar, en fin. La plata que necesitamos. Qué horario te

correspondería cuidarlo a vos, qué horario me correspondería a mí. ¿Qué más?

Le pasé el listado a Lucas para que agregara algún ítem que se me hubiese pasado. Lo leyó, corrió la silla de la mesa y se sentó frente a mí. Abrió un poco las piernas. Agarró cada una de mis rodillas con las manos, me miró bien dentro de los ojos y, con una sonrisa picarona, me dijo sin dudar:

—Mirá, Jazmín, me parece que hay cosas en las que estás equivocada. Primero, con todos esos gastos, me parece que no es momento para hacer el posgrado. Yo estoy invirtiendo todo lo que tengo en nuestra casa, en las agencias de auto que, en un año, si Dios quiere, salen al mercado, estoy pagando el viaje a México que quería que hiciéramos antes de que nazca el *baby*, así nos mandamos una luna de miel copada. Y, bueno, todo lo que necesitamos comprar para el bebé. No pretendo que banques la casa, pero por lo menos que te hagas cargo de algunas cosas. ¿No te parece?

—Lucas, yo me recibí hace menos de un año. Me vine a vivir acá porque vos insististe, yo te dije cómo era mi situación. Es imposible para mí subir a donde estás vos ahora, acordate de tus 25, acordate. Mis viejos no tienen para bancarme. Y si yo no puedo subir, vas a tener que bajar vos. No hay otra manera de encontrarnos. Yo estoy formándome para tener buenos ingresos el día de mañana. Te lo dije el día uno. Y vos decidiste que viniera igual. Eso, por un lado. Pero, por el otro, me parece perfecto todo lo que decís y la decisión de invertir tu plata ahí, pero, aunque lleve el título “nosotros”, todo eso es tuyo, Lucas. No solamente la plata, también los proyectos. Las ideas. Los deseos.

—Sí, es mío, pero lo voy a compartir con vos. Con vos y el nene. Me parece lo más lógico. Estamos formando una familia. Con dos meses de embarazo, plantearte que vas a empezar un posgrado, parir en el medio y con todo lo que se viene después, me parece que no estás entendiendo el contexto Y, por otro lado, no cuentes conmigo para ese organigrama. Si yo no laburo, la guita no entra. Y si no entra, magia no puedo hacer. Yo estoy en plena edad productiva. No puedo parar ahora para cuidar cuatro horas por día al nene. No sé, Jazmín. Lo veremos llegado el momento. Irá a una guardería o con tu vieja, o una mina, si vos no lo querés cuidar. Te compraré un autito como para que te muevas y yo no tenga que ir y venir desde la otra punta. Así buscamos una guardería cerca de donde estemos viviendo para esa época y te manejas sola. ¿Te parece?

—La verdad es que no me parece una mierda. Primero no entiendo por qué le decís *el nene*, si todavía no sabemos el sexo. Segundo, no puedo creer que con la guita que tenés me digas que no es momento de pagar un posgrado.

—Dije que no ahora. Si tenés, pagátelo vos. ¿Por qué te lo tengo que pagar yo?

—¿Hace un rato éramos una familia y ahora soy yo? Tercero, ¿se supone que tengo que frenar mi vida porque vos estás produciendo?

—Me encantaría quedarme en casa y cuidar al bebé, pero la teta la tenés vos, no yo.

—¿Y quién te dijo que yo quiero darle teta?

—Ah, listo. Todo con vos es un quilombo. Flaca, lo hubieras decidido antes de quedar embarazada.

—¿Perdón? Lo hubieras decidido antes de acabar adentro sin avisarme, sorete.

—Mirá, Jazmín, si esta es la historia, sacátelo y listo. Hacé lo que quieras, pero no me rompas las pelotas. Yo tengo 43 años, desde que te conocí sabés que quiero sentar cabeza. Con vos me puse las pilas porque sos la mujer con la que quiero formar una familia. De tu lista de deseos pendientes, yo cumplí a todos. No estoy para irme de hippie a recorrer el mundo con una mochila. Si querés otra cosa, me parece perfecto. Sacátelo y listo. Pero avisame ahora porque, si bien no soy el que arma los quilombos en esta relación, sabés perfectamente que no tengo problema en cerrarlos. Decidite y me avisás. Total, tenés tiempo. Pensalo bien, porque después no quiero escuchar ningún reproche. Yo ya elegí, no tengo dudas de lo que quiero. Ahora te toca a vos.

—Pero ¿todo tiene que ser con tus reglas?

—No. No te estoy encerrando bajo llave. No te estoy omitiendo ni manipulando información. Estoy siendo muy claro y honesto. Te pongo todas las cartas arriba de la mesa antes de que te arrepientas. Vos decidís si te quedás o si te vas.

—Pero, por eso, Lucas. Si es bajo las mías, ¿se terminó la relación?

—¿Y a vos qué te parece?

—Que podemos negociar.

—¿Cómo se negocia con un hijo? Se lo tiene o no se lo tiene.

—Sí, pero si vos te hicieras cargo, entonces yo no tendría que…

—Yo no estoy diciendo que no me voy a hacer cargo. Al contrario. Por supuesto que me voy a hacer cargo. Pero no pretendas que ocupe los lugares que vos pretendés, porque no va a ser así. Pondré a disposición todo lo que se necesite para que tengamos la vida que queremos. Si tiene que venir una mina a vivir a casa, lo hacemos.

—Yo te amo, Lucas. Pero no quiero vivir con otra persona.

—Yo también te amo. Pero quiero tener una familia.

—Lo somos.

—Hijos, Jaz. Quiero tener hijos. Quiero ser papá. Decidite. A la noche hablamos.

Me dio un beso sin apoyarme los labios, dio un portazo y se fue.

***

No lo pensé. Lo único que hice fue tocarme la panza y ponerme a llorar. La cagada estaba hecha y me tenía que hacer cargo de la situación. Es cierto que yo no quería tener un bebé, pero tampoco hice nada para no tenerlo. Podría haber tomado anticonceptivos o, después de saber que

había acabado adentro, podría haber tomado la pastilla del día después. Ya sabiendo que me había dado positivo, y con la angustia hecha un nudo en la garganta, le había contado a mi familia, a mis amigos. Los dos habíamos concurrido a diferentes cenas para brindar por una noticia que a él lo ponía contento y a mí me había cortado la vida. Demasiado tarde para pensar en un aborto.

De hecho, ni se me ocurrió. Estaba bloqueada. Asumiendo las consecuencias de una decisión que, si bien yo no había tomado, tampoco había decidido lo contrario.

¿Se puede no tomar ninguna decisión que tenga que ver con una elección personal? Y en todo caso, si esa decisión había sido inconsciente, el inconsciente era mío. ¿A quién iba a trasladarle la culpa?

Todo indicaba que mi vida no se había muerto. Se había puesto en pausa y eso era lo que la gente me quería hacer entender. Esperar. Solo esperar un poco. Ese era el mantra que recitaba Gabriela, mi psiquiatra, después de recetarme los antidepresivos y hacer el mismo corolario de todas las cuestiones hormonales que interferían en mi personalidad.

—No te digo que no lo hagas. Te digo que postergues. Todavía sos joven, ya lo vas a poder hacer. Paciencia. Hay que ejercitar la paciencia.

—¿Postergar cuánto, Gabi? ¿Vos decís que cuando tenga diez años ya lo voy a poder abandonar para cumplir mis verdaderos deseos?

—Pero por algo no decidiste abortar, Jazmín.

—Sí, por él. No me quiero pelear con Lucas. Yo lo quiero. Estoy bien con él. ¿Quién puede seguir eligiendo a una persona que mata al hijo que tiene en la panza? Tuve que elegir entre la vida del bebé o mi vida con él.

—No, Jazmín. Estás equivocada. Acá vos eras la espada y él era la pared. Elegiste entre vos y él. Y te quedaste con él.

—Pero, si no, lo iba a perder a él, ¿entendés?

—Sí, claro que entiendo. Elegiste entre dos deseos: el deseo de seguir con Lucas y el deseo de seguir con la vida que habías diseñado desde muy chiquita. Las dos cosas no eran compatibles. Esa es la vida. Esa es la esencia humana. Perder algo cada vez que estamos diciendo que sí a otra cosa. Bienvenida al mundo. Él también tomó su propia decisión: si vos no podías darle una familia como él quería, entonces no tenía problema en retirarse. Eso no quiere decir que no te amara. Pero, claramente, hizo prevalecer su deseo de formar una familia antes del deseo de estar con vos sin tenerla.

***

Recuerdo desplomarme arriba del escritorio de Gabriela. No podía levantar la cabeza. Me daba

vergüenza mirarme a los ojos en los ojos de ella.

—Tranquila, Jazmín. No estás sola. Ahora sentís que se te viene el mundo encima. Pero es normal. Estás con un cuadro de depresión. Plena revolución hormonal. Medio en cortocircuito con Lucas. Acordate de que, cuando le veas la cara a Benjamín, el mundo se te va a iluminar. Confiá. Confiá en vos. Confiá en tu decisión.

***

Gabriela mintió.

Benjamín ya había nacido y mi mundo estaba cada vez más apagado. Casi nada de mí quedaba en mi cara.

En mi cuerpo.

En mi vida.

Salvo los antidepresivos y el arrepentimiento.

Mi cabeza no paraba de fabricar recuerdos. El verbo *hubiera* se volvió soberano de mis pensamientos.

Si hubiera sabido, si me hubieran avisado, si hubiera tenido valor, si no lo hubiera conocido, si me hubiera animado, si hubiera faltado a ese cumpleaños, si no hubiera estudiado abogacía. Si no me hubiera enamorado…

Una tortura, un sufrimiento que estaba pagando demasiado alto por una culpa que no lograba saldar.

Si algo supe, durante los nueve meses de embarazo, era que no deseaba ser madre. Pero, sin embargo, tenía puestas todas las expectativas en que, una vez que lo fuera, iba a querer a ese hijo. Pero no sucedió.

No solo no deseaba ser madre. Tampoco deseaba tener un hijo.

Y aunque me estaba haciendo cargo de la situación de manera adulta y responsable, lo cierto es que la responsabilidad que estaba ahí no era la afectiva. Era solo la responsabilidad civil del cuidado de ese nene.

Lo llevaba al médico, le preparaba la comida acorde a cada momento evolutivo de su desarrollo, lo llevaba a la plaza para que tomara aire fresco, le hacía cumplir los horarios del sueño como correspondía. Lo bañaba. Lo hacía dormir. Le compraba la ropa. Se la planchaba bien planchadita y se la acomodaba en el placard. Le compraba juguetes. Lo llevaba y lo iba a buscar a la guardería. Todo. Todo lo que hace una buena madre.

Lo único que no podía hacer era darle la teta y mirarlo con amor.

El pediatra me explicó muy claramente, y me lo repetía en cada turno, que darle la teta no era una opción. Era una obligación de mi parte.

—Las leches de fórmula son una porquería, mamá. Necesita los anticuerpos que tiene la leche

materna. Pero, sobre todo, necesita vincularse con usted desde ese lugar. Tiene que comprender que el acto de dar la teta no es un acto meramente de supervivencia. Es un acto afectivo. ¿Me entiende?

Yo le decía que sí, que entendía perfectamente, pero que había veces que estaba cansada y necesitaba que el padre colaborara, al menos a la noche.

—Use el sacaleche, mami. Guarde mamaderas de repuesto en la heladera. Y, solo en casos excepcionales, que su marido las utilice.

—Sí, doctor.

Sonreía por fuera y por dentro pensaba ¿por qué no lo usás vos, viejo de mierda?

Lo único que me importaba era el peso que me marcaba la balanza. Y la balanza estaba de mi lado. El nene subía de peso y para mí esa era la única misión que tenía que cumplir. Con el tiempo, ya ni le discutía. Me parecía más fácil mentirle y mandarme a mudar. Ya bastante tenía con mis culpas, para que viniera este tipo, que ni sabe cómo me llamo, a educarme en la moral.

Las cosas con Lucas estaban horribles. Me daba muchísima bronca que el transcurso de sus días no se modificara en nada. En absolutamente nada. Finalmente, hizo respetar sus reglas a rajatabla y ahí estábamos los dos cumpliéndolas sin chistar.

En cambio, mis días dejaron de tener el pronombre *mi* adelante. Ya nada me pertenecía. La poca libertad que tiene un ser humano termina por rifarla cuando trae un hijo a este mundo. Cuando la vida del otro depende de uno, no queda otra cosa que ponerse de manera permanente en segundo lugar.

No solo no había empezado el posgrado, sino que no había dado todavía con una persona que se dignara a cumplir su trabajo con regularidad, tal como lo hace cualquier sujeto que necesita trabajar. Bueno, el rubro de las niñeras no funciona así.

Te plantan, se enferman, se esfuman, se mueren. No lo sé.

Mi tío me hizo el aguante todo lo que pudo, hasta que un día me habló con toda la empatía del mundo y me sugirió que no regresara hasta que no tuviera las cosas más organizadas.

—Yo te voy a seguir pagando, Jazmín. Pero este sacrificio que estás haciendo, y que a mí me despista un poco, tampoco nos resuelve demasiado. Cuando Benja tenga una rutina más acomodada, ahí te volvés y seguimos como antes. ¿Te parece?

No, no me parece. Sí, tío. Entiendo. En breve nos volvemos a hablar. Gracias, besos a todos.

Los meses seguían pasando y la angustia no se me iba. Empecé a trasladarle la culpa a Lucas y lo convertí en el depósito de todas mis frustraciones. Necesitaba destruirlo. Cada palabra que le disparaba tenía la intención de generarle el mismo dolor que sentía yo.

Me parecía totalmente injusto que él fuera feliz, que su vida no hubiera perdido continuidad y que Benjamín fuera el refugio al que volvía para descansar del estrés de su trabajo, mientras que

para mí era el motivo de mi muerte subjetiva.

Iba perdiendo todo, hasta mi propio nombre.

Solo era Jazmín para mis amigas, a quienes no veía hacía más de dos meses.

Mamá y papá me decían “hijita”, como si yo fuera la recién nacida. Y el pelotudo de Simón empezó a hablar de sí mismo en tercera persona.

Hola… habla el tío. ¿Cómo anda mi sobrino hermoso?

Todos muy interesados en Benjamín, pero atrás de un teléfono. Lo de vivir lejos les servía de excusa para dejarme sola con el chico.

Intenté llevarlo a un par de juntadas que las chicas hicieron en una casa para que yo pudiera ir, pero la pasé para la mierda. Lo único que quería era que no se durmiera, porque, si lo hacía, significaba que a la noche la que no iba a dormir era yo. Pero el hecho de estar despierto hacía que mi participación en la reunión no tuviera ningún sentido.

Con un sonajero en la mano y un peluche en la otra, me la pasaba dentro del cochecito para que se entretuviera un poco y quisiera dejar de salir por debajo de la sillita que lo contenía.

Yo no lo alzaba. Y tampoco quería que lo tuvieran a upa y lo batieran como un huevo, tal como lo dejaba bien de manifiesto el libro *Duérmete niño*, que si bien era algo así como el servicio militar para los recién nacidos, era un manual pensado para los padres, para hacerles la vida más llevadera.

—¡No lo levanten! Después se acostumbra y me lo tengo que fumar yo todo el día a upa.

Cuando Lucas volvía a casa, que, dicho sea de paso, lo hacía cada vez era más tarde, me preguntaba sonriendo:

—Che, gordita, ¿quién se murió?

No decía nada, de la boca para afuera.

Yo. Me morí yo, decía de la boca para adentro.

Mi ropa había sido reemplazada por pijamas. Mis tacos, por pantuflas. Y mi comida, por las sobras que dejaba Benjamín.

El tiempo que él dormía, yo lloraba. Y el tiempo que estaba despierto también lloraba.

Mi futuro y mi pasado empezaron a comerse mi presente y lo único que hacía era sufrir de recuerdos y ponerme ansiosa por buscar la forma de cumplir con mi sueño que nunca había dejado de latir.

Abandonar era una idea recurrente en mí. Era algo menos escandaloso que pensar en quitarme la vida que ya no tenía, pero creo que menos probable.

Cuando fantaseaba con abandonar todo, no tenía miedo de que me buscaran. Sabía que eso era exactamente lo que iba a suceder. De ninguna manera Lucas me iba a dejar en libertad tan fácilmente. Por eso, yo no tenía miedo de eso, sino de que me encontraran. Y me trajeran de una

oreja a cumplir con mi función.

En cambio, cuando fantaseaba con morirme me ponía más empática, y el miedo se remitía a la vida de Benjamín y no a la mía.

¿Qué pasaría si, justo ese día, Lucas llegara tarde? ¿Y el nene solo tanto tiempo? ¿Qué pasaría con la vida de un hijo cuya madre se suicida? ¿Qué iba a pensar la gente que me quería antes de que me hubiera vuelto un monstruo?

Abandonar y morirme eran las posibilidades que me sacaban de un presente que no quería padecer más. Me hacían más efecto que los antidepresivos, porque era una zona donde yo me iba a vacacionar de forma inmediata.

Los antidepresivos te levantan el ánimo, sí. Pero no te cumplen deseos. La fantasía sí. Y yo no quería ánimo, quería que alguien me trajera de vuelta mi vida tal como estaba antes de conocer a Lucas.

Entonces viajaba, con la cabeza, pero viajaba al fin.

No había una sola terapia con mi psiquiatra en que Gabriela no me hiciera exactamente la misma pregunta, que yo respondía exactamente de la misma manera:

—Jazmín, ¿alguna vez pensaste en hacerle algo malo al nene?

—No. Te dije que al nene no. No odio al nene. Al que odio es a Lucas. Y lo tengo muy en claro. Si él no hubiera existido, yo hoy no estaría acá y, por ende, Benjamín tampoco.

***

Lucas siempre fue negador. Por supuesto que esto le traía beneficios de todo tipo. Lo más importante que se lleva aquel que niega la realidad es no hacerse cargo. Y en este caso, si se hubiera hecho cargo, tendría que internarme, ocuparse del nene y, en tal caso, resignar las reglas que había dejado bien en claro desde un primer momento. O bien asumir que estaba al lado de una mujer que no era la indicada para cumplir su sueño de familia y que separarse hubiera sido lo más lógico.

Pero nada de eso iba a pasar mientras él no abriera los ojos. Tenía sus mecanismos de evitación, por ejemplo, estar cada vez menos tiempo en casa, dedicarse a construir nuestra casa, pero sin recurrir a mí para nada, porque la plata la ponía él. Traer la comida preparada, así se ahorraba irse a dormir sin comer y demás.

Los fines de semana eran lo peor del mundo.

Lucas solía hacer planes divertidísimos para alguien que tiene un hijo y una persona que lo cuide. Pero esa persona, en algún momento del día, terminaba siendo yo, mientras él paseaba en lancha con sus amigos. O preparaba un asado, deliberadamente, para tener las manos ocupadas. O tomaba un par de tragos de más, los suficientes como para que ni se me ocurriera dejar a

Benjamín a su cargo.

En el viaje de vuelta me preguntaba por qué tenía cara de culo y, luego de abrir el formulario con todos los ítems que recordaba a la perfección desde que llegamos hasta que nos fuimos, lo que dejaba en evidencia que el único que la había pasado bien era él, siempre me respondía lo mismo.

—Pero, mi amor, me hubieras dicho que querías ir a dar una vuelta o lo que sea… Si no me decís, yo no me entero, Jazmín. No soy adivino.

—¿Y por qué te tengo que decir y vos simplemente das por sentado que te voy a bancar? ¿No me ves cagada de frío, con tu hijo en brazos, intentando que no se ahogue en el río, charlando con las mujeres de tus amigos en un lugar que te dije más de diez veces que no me gusta?

—La verdad es que no, Jazmín. ¿Por qué mierda con vos todo es un quilombo, flaca? Tenés un hijo, qué querés hacer. La próxima vez la traemos a tu vieja o a mi hermana, así podés hacer lo que quieras.

—Perdón, tu hermana no sabe ni que tuvimos un hijo. Hace seis meses que no lo ve. Mi mamá tiene una vida y no me la imagino tomando birra con tus amigos, con un nene encima para que yo vaya a hacerme la diva por la playita. Y sí, claro que me doy cuenta de que tengo un hijo, el que no se da cuenta sos vos. Me encantaría pedirle una mano a cualquier señor, pero resulta que el padre sos vos. Y por lo pronto, no te vi resignando nada. En cambio, no sé si te diste cuenta de que de mí ya solo quedan las fotos de lo que era. No aguanto más, Lucas. Por favor. No aguanto más. Necesito salir. Trabajar. Estudiar. Dormir. Bañarme. Vivir mis 26 años, por favor. Estás todo el día laburando, después estás con el tema de la casa, que, todo bien, te va a quedar divina, pero me importa tres pelotas esa casa. Yo quiero mi vida. Por favor. Quiero volver a reírme como antes. Ya ni hacemos el amor. No me tocás. No me mirás. No me preguntás ni siquiera cómo me va con la psiquiatra.

—No vengo temprano para no verte la cara de culo, Jazmín. Y lo del sexo… Me decís que te duele, que estás cansada. que tenés sueño. Generá algo vos también. No me gusta sentirme rechazado día por medio. Me siento un boludo, ¿lo podés entender? Y lo de la psiquiatra, perdón. Mala mía. ¿Seguís yendo? Pensé que habías terminado.

—Nunca dejé de ir, Lucas. Tengo depresión posparto. Te lo dije cien veces. ¿No me ves tomando medicación?

Lloré. Y lloré. Y lloré, de manera intermitente hasta que me quedé dormida en el pecho de Lucas. Al otro día, el llanto de Benjamín nos despertó a los dos. Lucas me dio un beso en la cabeza, me abrazó fuerte y se levantó.

Se bañó junto con él. Desayunaron juntos. Los escuchaba reír y, lejos de darme placer, intensificaba mi angustia. El sentimiento de culpa. La condena de tener que vivir de una manera tan injusta. Tan dolorosa. Tan dañina para todos, pero sobre todo para Benjamín.

Sabía lo que pasaba, pero no podía revertirlo. Nada, hiciera lo que hiciera, me iba a quitar la

maternidad de encima.

Lucas se fue con el nene a su trabajo. De ahí lo llevó hasta la obra y yo, después de ducharme más de cuarenta minutos, me fui a caminar por los bosques de Palermo. Me llevé el termo, el mate y un libro. Pero no pude hacer otra cosa que seguir llorando. Nada, pero con otro paisaje.

Ese momento se iba a terminar y la normalidad me estaba esperando a cuenta reloj. Las ideas de muerte y abandono no me dejaban en paz. Mi vida afectiva con Lucas estaba terminada desde el día en que leí "positivo" en ese maldito test.

El amor había mudado en odio, y nada podía revertir eso. Lo detestaba. Y no solo lo hacía dentro de mi cabeza, sino que se lo hacía saber y sentir cada vez que tenía la oportunidad.

Gozaba cada vez que sentía que le había pegado en el ojo con una bala.

No quería separarme. Lo necesitaba ahí, al menos para destruirlo como él había hecho conmigo.

Los días pasaban, los meses pasaban y todo evolucionaba afuera, pero nada cambiaba adentro. Cada vez que Benjamín cumplía un mes, yo perdía más independencia. Más y mejor caminaba él, peor me ponía yo.

El mundo se había vuelto peligroso y yo tenía que estar ahí para cuidarlo, sin poder cuidarme a mí.

Lucas empezó a engañarme con una exnovia. En realidad, supongo que le vi el mensaje antes del encuentro, pero nada me garantizaba que no lo hubiera consumado de todas formas. Recuerdo cuando lo leí: me volví literalmente loca. Pero no de celos. Loca de leerlo feliz. De leerlo con proyectos. Con deseos de coger. De vivir.

Gabriela me subía la medicación, me la cambiaba, me la mezclaba con otra. Pero nada hacía efecto.

Nos mudamos a la casa nueva, enorme para mi gusto. Lucas contrató a una niñera para que me diera una mano y para ver si la cara de culo se me iba un poco. Pero lo único que hacía desde que Matilde estaba en casa era aprovechar para dormir y bañarme. Nada más.

A las chicas había dejado de verlas hacía rato. Realmente no tenía ganas de pisar sus encuentros. Me sentía afuera. Ida. Perdida. Con ganas de irme antes de haber llegado.

Tenía cien mensajes de Flor en el celular, que no quería ni leer. El timbre de mi casa estaba de decorado. No es que no sonara. Claro que sonaba. Pero a mí no me importaba. Ponía la música un poco más fuerte y se terminaba la historia.

Una tortura imparable de la que solo Gabriela y yo estábamos al tanto. Y supongo, no supongo, lo sé, también Benjamín. Pobre bebito, que todavía no conocía su mirada ni él la mía. Que todavía no sabía decir mamá, pero sí papá. Que todavía no había escuchado la palabra "hijo" de mi boca.

No podía. No podía.

No me perdonaba haber cometido semejante error. No podía perdonarme haber regalado lo más preciado que tenía, mi vida, para no perder a Lucas.

Quería morirme.

Quería dejarlos.

Quería que me devolvieran mi vida.

—Nadie te va a devolver tu vida anterior, Jazmín. Esa vida ya no existe. Esto es crecer. Ahora tenés una vida hermosa con un bebé que te está esperando. Un marido. Una linda casa… —me repitió Gabriela en nuestra última sesión.

—Ya te entendí —la interrumpí—. Dejá de repetir las cosas, Gabriela, por favor. Vos tampoco me entendés. Esta vida no-la-quiero. ¿Queda claro?

Me levanté de la silla y le di la espalda.

—Hasta el viernes que viene, Jazmín —saludó sola, dando por terminada la sesión.

***

Yendo a buscar a Benjamín a la casa de mamá, recordé la primera frase que me dijo Gabriela cuando me senté en su escritorio y, ahogada en llanto, le conté mi historia.

—Te voy a repetir una frase que decía Lacan, un gran referente del psicoanálisis: *Solo se siente culpable quien cedió en su deseo*, Jazmín. Esa es tu condena. Ese es el dolor, la responsabilidad de la cual no podés liberarte. Porque en el fondo sabés que la responsabilidad te pertenece a vos cuando asumiste la decisión que tomaste. Hasta que no desates ese nudo no vas a poder estar tranquila en ningún lado.

Eso fue lo que hice. Frené el auto. Me quedé pensando un rato con la mirada perdida. Repetí parte de la frase en voz alta como un mantra:

Cedí mi deseo.

Cedí mi deseo.

Cedí mi deseo.

Cedí mi deseo.

Lloré. Lloré contra el volante. Lloré mirándome al espejo. Lloré arriba de mi pasado. Lloré arriba de mi presente. Y mientras seguía llorando, gritando, aullando, busqué el celular en mi cartera.

Le mandé un mensaje a mamá y a papá. Otro a Flor y, por último, a Lucas.

Tiré el teléfono por la ventana y ahí fui: a desatar el nudo de la única forma que pude.

36
Dormir

No meterse en un conflicto no es esconderse atrás de un árbol.

Hay que poder distinguir el conflicto que conduce a una etapa posterior de evolución de una pelea tóxica.

Quiero decir, dónde hay un producto nuevo. Distinto. Nutritivo.

Y dónde, por el contrario, hay solo ganas de descargar.

A pesar de que en muchos casos eso distinto que se logra sea a raíz y en razón de una pérdida.

Claro está que hay ganancias que necesitan inevitablemente de algunos duelos.

No me cabe la menor duda de que ahí vale la pena entrar.

La forma se la da la silueta de nuestro modo de ser en el mundo. Nadie dice que una discusión tiene que venir con golpes bajos, gritos o murga en la puerta.

Aprender a ser parte de una situación que necesita resolución es un desafío. Y sobre todo la aceptación y el entendimiento de que el otro también tiene que tener el mismo interés que nosotros y viceversa.

Si no quiero, no tengo por qué ingresar.

Pero del otro lado de la vereda está el caos.

Armar bardo por el bardo mismo.

La necesidad de una de las partes de descargar violencia y obtener un beneficio sin la pretensión de querer crecer emocionalmente.

Ya está.

Uno crece y tiene sueño. Y aunque parece un chiste es verdad.

Como toda película que aburre, uno bosteza para defenderse. Se quiere ir.

Dejar de mirar.

Me pasó.

Me pasa.

Hay conflictos que me dan sueño.

Me cansan.

No tengo ganas de vivenciar.

Quiero apagar el televisor, porque eso no me aporta absolutamente nada y encima me tiene presa de ser espectadora de una función que no tengo ganas de mirar.

Ahí sí.

Se apaga.

Nos vamos.

Se sale.

Las discusiones que son inconducentes, cuando uno quiere y está en el camino de la evolución personal, dan ganas de apagar la luz y acostarse a dormir.

Y está bien.

Cuando el otro cansa, agobia, cuando sus planteos son narcisistas, incongruentes, desajustados a la realidad, no hay nada que hacer.

Salvo dormir.

Acostarse a dormir está muy bien.

37

Despertar

La no traición empieza por los ojos de nuestra propia casa.

Siempre y en el fondo sabemos la verdad.

Dudas que apagamos de un soplido, realidades que no miramos a la cara, fondos a los que preferimos no llegar.

Un día, la potencia de la verdad nos saca la ropa y a pesar de nuestra propia voluntad nos quita el velo de protección que teníamos en el cuerpo entero.

La verdad no es descubierta.

La verdad es revelada.

Se hace presente.

Pisa con los dos pies y no nos baja la mirada.

Las excusas y las justificaciones se mueren. No tienen dónde habitar. Tan solo pierden su espacio en la palabra y se esfuman.

Así.

Se esfuman.

Todo siempre estuvo ahí.

No hubo cambios.

Uno mira para atrás y los cabos que ata ni siquiera estaban sueltos.

Estaban escondidos.

Apañados por el temblor de nuestras propias manos.

Nada nuevo pasó.

Nadie movió nada.

Es uno mismo que se quedó sin más opciones para sostener la ilusión que quería vivir.

Construimos y defendemos a cuchillo lo que deseamos. Y en esa defensa vemos lo que no existe.

La fantasía nos come la boca.

Enterramos a consciencia el sentido común.

Por supuesto que lo sabemos.

El pozo lo hicimos nosotros con nuestra propia pala. No hay cómplices. No hay testigos.

Lo hicimos nosotros.

No por estúpidos. Por miedo.

Porque cuando el objetivo es no doler, la negación toma la palabra.

Se vuelve soberana.

Por eso la importancia de abrirle la puerta al dolor de la frustración.

De la certeza de que existen cosas que no van a suceder.

De despedir deseos que nunca van a suceder fuera de nuestra expectativa.

De atrevernos a entender que no hay estrategias en el plano del amor.

El que sea. Del amor que sea. Hacia quien sea. De la forma que sea.

Mentirnos es un intento de forzar.

De retener.

De creernos magos capaces de sacar conejos de galeras de un afecto no correspondido.

La no traición es puertas adentro.

Y en general las primeras luces aparecen junto con la salida del sol.

Es cierto que suele encandilar y uno no puede hacer otra cosa que bajar los párpados.

Y cuando los baja, niega lo insoportable.

Vive en una oscuridad que lo salva de un par de rayos que no puede tolerar.

Hasta que un día quiere vivir en la luz.

Intenta volver a su lugar de protección, pero ya no puede.

Una vez que uno despierta a lo real, ya no puede volver hacia atrás. Ni aunque quiera.

No se puede.

No se debe.

La no traición empieza por uno.

No se le puede pedir a nadie la verdad que no queremos saber.

Abrir los ojos.

Tan solo abrir los ojos.

Para poder elegir dónde vivir.

Embarrados y jugando en los charquitos de agua o con la mirada fija y atenta en espejismos que nunca vamos a alcanzar.

Dónde y cómo vivir.

En la mentira o en la verdad.

38
Perdón

Tanta gente con la mochila de la culpa preguntando cómo se hace para perdonar lo imperdonable.

Simple: no se hace.

Existen muchas formas de soltar lo que nos queda entre un suceso y el efecto que nos provoca una situación generada por otro que nos hizo daño.

Inducir al acto del perdón en casos impensados es un mito que profesa la psicología de la castidad que nada tiene que ver con la realidad interior.

La decisión de perdonar (o de no hacerlo) no tiene que ver ni con una cuestión de elevación espiritual ni con una iluminación divina ni con un instinto de superación personal.

De hecho, para poder redimir al otro del daño intencional que nos causó, primero tenemos que entender que ahí hubo una falta y que esa falta es condenable. Después de la condena vendrá el paso siguiente, que tiene que ver justamente con poder decidir o, incluso, actuar espontáneamente sin la intervención de la voluntad ni de la razón, el bendito perdón.

Es importante saberlo, porque entender que no representa una obligación moral, ni una cuestión de inteligencia emocional, es una de las mejores formas de ganar salud mental. De descomprimir y liberar el sentimiento de la culpa por no haber cumplido, y por lo tanto de lograr la paz interior.

Siempre pongo el mismo ejemplo, porque me parece que aclara la situación.

Supongamos que en uno de mis trabajos fui abusada psicológicamente.

Imaginemos que fui humillada, hostigada y obligada a continuar ligada a esa empresa porque, como parte del hostigamiento, no me quieren rescindir el contrato.

En este caso, no siento que la situación me esté golpeando la puerta del perdón. Realmente, y digo esa palabra porque este ejemplo es bien real, tengo el foco puesto en otro lado.

Y ese foco está en tratar de resolver la situación.

No es que esté intentando perdonar el abuso y no lo consiga.

No es que me sienta encorsetada por la culpa.

No es que el resentimiento se me haya adherido a las paredes del estómago.

No los odio.

Sé perfectamente que lo que tengo se llama dolor.

Y entonces entiendo que mi trabajo acá está parado en otra cuestión mucho más relevante y profunda.

Mi energía está puesta en pensar de qué manera puedo salir fortalecida.

En mis mecanismos de reparación interior.

En la recuperación de mi bienestar emocional.

En pensar que parte de mí tuvo su cuota de responsabilidad en el asunto, y no para torturarme, saberlo para ganar atención en mi próxima decisión y entonces cuidarme mucho más.

¿Me liberaría perdonar estos actos mal intencionados?

No, sería como chocar de cara contra el piso. Destrozaría mi autoestima.

¿Estaría perdonando para liberarme a mí misma?

Yo no estoy atrapada ahí. Si siento bronca, si tengo insomnio, o padezco estrés, no es porque estoy sentada en la cocina de mi casa prendiendo velas para que esta gente se muera.

¿Qué es lo que me ata entonces? ¿Por qué no puedo alcanzar la paz?

Estar ahí.

¿Qué es lo que realmente me liberaría?

Irme.

Esa es la piedra que tengo que remover.

Qué perdón ni perdón.

39
Entender

A veces hay que retirarse sin recibir indemnización.

Uno se desespera para que el otro entienda el daño que generó.

Y el otro escucha, pero no da el brazo a torcer.

Uno sigue explicando un poco más, y el otro desvía nuestro dolor con cien motivos pretendiendo que la responsabilidad nos caiga de regreso.

Y uno se confunde.

Piensa que no se explicó bien y la sábana de ejemplos es cada vez más extensa y pide, desesperado, un poco de compasión.

Queremos hacernos entender.

Pero el otro entiende.

Claro que entiende.

Pero no le importa.

Entender e importar son dos verbos distintos y dejan secuelas diferentes.

Cuando no me entiende, me pongo ansiosa pero tengo la carta de la esperanza en la mano.

Cuando no le importa, me genera dolor y ahí se anuncia el final del juego.

Vemos el desenlace despacito.

Frente a nuestro reclamo, el otro se corre y nuestra angustia no tiene dónde posarse.

La razón empieza una guerra interminable con el afecto.

Uno sabe la veracidad de lo que dice, pero la emoción le hace la guerra. ¿Por qué? Porque la verdad molesta en todo el cuerpo, no le importa.

Y va y viene.

Y sube y baja.

Y el relato del otro entorpece nuestra percepción.

Y la bola en el pecho se enreda más.

Y entonces el sentimiento de culpa se hace una fiesta con nuestra duda.

Fui yo.

Fue él.

Fue ella.

Pensé mal.

Pensé bien.
¿Me equivoqué?
Paren el mundo.
No se puede sacar nada en limpio de un contexto donde todos meten las manos.
Hay barro.
No se toca.
No se hace nada.
Tan solo se mira lo que pasó.
Ni la razón.
Ni la emoción.
Ni nadie gana la batalla.
Los hechos tienen su propia voz.
Y para escuchar hay que mirar.
Y para mirar, a veces, no basta con abrir los ojos.
De vez en cuando, hay que girar la cabeza.
Allá atrás, muchas veces, estaban las respuestas que en ese momento no tenían su pregunta.
Quizá sea momento de volver a buscarlas para completar la ecuación.

40

La soga

Te explico, agotada, el motivo de mi angustia para que comprendas mi incapacidad de dar lo que vos esperás recibir.

Y no puedo, te repito.

No puedo.

Seguís insistiendo en que no puede ser.

Que tengo mala voluntad.

Que me importa poco.

Que estás pidiendo casi nada.

“Una miga de pan”, frente a toda la harina que vos estás dejando en el camino.

Y quizá tengas razón.

Te pido disculpas que no te alcanzan.

Porque mi imposibilidad te enoja.

Te perturba.

Te hace pensar que no exigirme quiere decir que me aprovecho de vos.

Que lo hago a propósito.

Y el reclamo sigue cabalgando por debajo de cada frase que sigue pidiéndome agua que no tengo.

Son palabras que me pesan.

Pero te lo vuelvo a decir.

Por si acaso no lo hice bien.

Y veo que es imposible hacer que comprendas que no todo se trata de vos.

Que solo cuando digo no puedo, estoy pidiendo respeto.

Aire.

Que me dejes en la paz de mi silencio donde intento encontrar lo que necesito tener, para dar la simpleza que me impone lo cotidiano.

Pero ahora no puedo.

Y no es por vos.

Ni con vos.

Ni para vos.

Necesito fortalecerme a mi tiempo.

A mi modo.

Pero seguís tirando de una soga que ya está rota y que no quiero pegar más.

No todo se puede arreglar pegando, ¿sabés?

A veces hay que tirar.

Y no me das respiro.

Ni espacio.

Y me presionás como un padre que reta a su hija pensando que tu grito me alcanza para que dé.

Vos querés que pegue la soga.

Rápido.

Que te dé lo que necesitás para calmar tus necesidades.

Que me plante responsable ante mis problemas.

“Porque problemas tenemos todos”.

Y mi ausencia temporal se ve que te complica la existencia.

Lo lamento.

No puedo.

Ni escucharte puedo.

Ni escucharte...

No voy a pegar la soga.

Voy a ahorrar para comprarme una nueva.

¿Qué cuánto me falta?

Dejame en paz.

Dejame en paz.

41
Cambiar

Me gusta pensar que ningún pasado es destino.

Me encanta.

De hecho no lo pienso: lo sé.

Las heridas del pasado dejan su huella en forma de cicatriz, que de vez en cuando vale la pena volver a visitar.

Y no como impulso masoquista, sino como la receta de un recuerdo que nos grita “no repetir”.

No todo trauma es un suceso plantado en un día, una hora, un año, que queremos olvidar.

A veces las heridas son las cosas que no sucedieron nunca.

Las consecuencias de nuestras elecciones mal tomadas.

O incluso de las bien tomadas, pero que no sabíamos lo que significaba tener eso que queríamos tener.

Pero qué importa.

No somos estáticos.

El ambiente que todos los días volvemos a elegir es nuestro consuelo.

Nuestro infinito reparo.

Es ahí donde se anida la esperanza de saber que todo cambio es posible.

El amor, las caricias, el cuidado y la ternura de un mundo construido ladrillo a ladrillo modifican todo.

Y cuando digo todo, también digo pasado.

Porque lo que allá sucedió, por exceso o carencia, ahora y acá puede buscar su compensación y entonces deja de ser condena para ser liberado en un ritual de sanación interior.

Hay gente que sigue con la única parte de su corazón que quedó indemne a los golpes de la vida.

No solo siguen.

Son portadores de cambio.

Plantan la semilla de un “se puede” que germina en su propio camino.

Y así, uno los ve cambiando su historia y, también y muchas veces, la del mundo entero.

Se puede abrir la jaula sin tener la intención mágica de destrozar las rejas.

Cada reja es una herida que no va a borrarse. Nada se deshace.

Solo se puede pretender que esos golpes sean recuerdos y no destino.

¿Cómo?

Una pequeña esperanza.

Recobrar el amor propio, muchas veces perdido y dejado de lado.

Y sobre todo, por qué no, revisar el equipo que fuimos armando y darnos el permiso de cuestionarnos si los suplentes no merecen desplazar a los titulares.

Muchas veces, debemos cambiar las prioridades y poner a jugar con nosotros a quienes sentamos en el banco equivocado.

Cambiar.

Siempre se puede cambiar.

42
Vampiro

Por esta herida no sale sangre.

Sangro yo.

El problema del vampiro emocional es su negación a soltarte.

Seducción, desvalorización y manipulación: una sola cara de la moneda.

Del otro lado, simulando ser opuestas y contradictorias, aparecen la retención y el miedo al abandono.

No lo son.

Una cara no vive sin la otra.

Es el ying y el yang de las relaciones tóxicas.

Necesita tenerte para consumirte y entonces poder construir lo que le falta: a sí mismo.

Por eso, no te va a soltar tan fácil.

Y cuando intentes huir, el lobito empezará a rugir como un tierno y pobre corderito arrepentido.

La víctima, que hasta hace media hora era el agresor, corre la cortina y empieza una nueva función.

No es amor.

Claro que no es amor.

Es terror.

Eso que se le viene encima es un duelo imposible.

Está a punto de perder lo único que tiene. Pero no. No se llama como vos.

Es su propia autoestima construida vaciando la tuya.

Por eso tu ausencia representa su propia muerte.

Dejarte ir sería un suicidio.

43
Histeria

No es fácil comprender la cantidad de veces que alguien convoca tu deseo solo para poder castrarlo.

Frustrarlo.

Dejarlo insatisfecho.

Creadores de promesas llenas de mariposas de colores que te atan a un futuro que pretende ser un ancla y no un destino.

La seducción no como vehículo sino como fin. Fin que aparece una vez que el pez mordió el anzuelo de la necesidad de ratificación de su propia autoestima rota.

Vacía

Quebrada.

Por eso necesitan aplausos.

Se visten para los aplausos.

Hablan para los aplausos.

Dan para los aplausos.

Se ponen la máscara que sea para los aplausos.

Es la cacería eterna de la mirada ajena que suponen que les agrega lo que les falta. Mirada que necesita venir de diferentes ojos cada dos por tres.

La histeria de a dos no es histeria.

Son dos. Tres. Cuatro. Cinco.

Juegan con todas las puntas que encuentren disponibles en una habitación.

No van a parar.

Goce puesto en un lugar que el otro paga carísimo: mantenerlo insatisfecho.

La conquista es la única misión.

Es con el trofeo en la mano donde se hacen fuertes. Trofeo que una vez levantado ya pierde su valor.

Ilusión y desilusión son las dos caras de la misma moneda que nunca tiran al azar.

Buscan.

Buscadores eternos de mitades que vengan a suplir su vacío.

Histeria.

Olvidar el propio deseo para ir en búsqueda del deseo del otro como un animal sediento en medio del desierto.

Entretenidos en la falta del otro se olvidan de la suya.

La saltean.

La evaden.

La olvidan.

Reclaman afecto y contención que ellos no pueden llegar a dar.

Discapacitados emocionales.

Jugadores compulsivos de hacerle pagar el precio de la humillación a aquel que ama el caramelo que ellos mismos pusieron en su boca solo para arrancarlo antes de que pudiera probar su sabor.

Se lo quitan sin piedad.

Van y vienen con ese caramelo como señuelo dentro de un cofre del que solo ellos tienen la llave.

Trampa.

La victimización es su arma de manipulación.

Soledad demoledora que no pueden tolerar. Y ahí van. Pidiendo la cura a quien acaban de lastimar.

Prometen lo que no tienen.

Piden lo que les falta.

Mentiras.

Mentiras.

Mentiras.

Histeria.

Necesidad constante de ser deseados.

Mirados.

Halagados.

Objetivo cumplido.

Y eso fue todo por acá.

No pueden amar. Y esa es su condena.

No pueden amar. Y esa es la tuya.

44
Resignación

Asumo que no me puedas perdonar lo que tu interpretación decodifica como daño y no como expectativas que no pude cumplir.

No puedo revertir eso. Soy consciente de intentar sumar puntos en un examen que quien está corrigiendo empieza a calificar con un desaprobado.

Los resultados están a la vista.

Haga lo que haga, no conozco a ningún profesor que asuma su equivocación y revise su propia corrección.

En cuanto a mí, y con la resignación de aquel que sabe que la maestra no lo quiere, quizá sea momento de dejar de intentar.

Repetir en ese curso y tratar de anotarme otra vez en la carrera de la vida donde quien me vea no solo mire mi mancha y pueda focalizarse en el resto de mis potencialidades.

No soy mancha.

Soy todo lo otro también.

Y casi superando más de tres cuartos de lo que tus ojos miran.

Pedir un perdón sentido y no recibir la abolición de quien te juzga es construir una casa de cartón.

Y ya la vi desmoronarse varias veces.

No soy apegada a lo material.

Pero yo estaba adentro en cada demolición.

Ya no tengo resto.

En cuanto a vos, veo que a cada nueva frustración que sentís, al mismo tiempo que creás tus expectativas, se le agrega un episodio antiguo, viejo, caducado, pero eterno y permanente en tu cabeza.

Un gran bolsa de residuos cargada de eso. De basura.

En cuanto a mí, el dolor eterno de saber que me estás tomando una prueba todos los días de mi vida para volver a confirmar que resulta más fácil no levantar tu condena que entender que quizá, y solo quizá, el daño que sentiste caer sobre tu cuerpo no haya sido más que un acto de mi propia humanidad.

Me equivoco.

Tengo reacciones inapropiadas.

A veces digo cosas que no recuerdo porque estaba atravesada por ese momento.

Y a todos los cargos que se me imputan digo que sí antes de saber el nombre de cada uno.

Soy humana.

Errar es humano.

Perdonar también.

Salvo que hayas creído el cuento que nos enseñaron hace años donde dice que perdonar es un acto divino.

De Dios.

De otro plano.

Y si así fuera, respeto todo lo que caiga de tu dedo acusador sobre mi cuerpo.

Acepto.

Soy culpable.

Podés relajar.

Y entonces dejar de remar para quererme.

Descansá.

Al fin y al cabo, yo tampoco puedo más.

Es imposible armar algo sobre un alma que determinaste que es insalvable.

Y sí. Perder el vínculo es el costo que tu incapacidad o decisión de no perdonar arrastra.

En cuanto al mío, es el mismo que el tuyo.

Solo que, a mí, me rompe toda.

Porque yo sí te quiero.

Y la demostración que pedís, cuando tu voz se levanta pidiendo hechos y no palabras, no está en no haber cumplido las expectativas que vos tenías dentro de los bolsillos.

Está en todos los exámenes a los que me sometí para que sintieras que estaba dispuesta a exponerme a reprobar una y otra vez hasta que un día bajaras la guardia y prevaleciera el amor sobre el rencor.

Pero nunca pasó.

Y no va a pasar.

Quizá yo también deba descansar.

Cuando hay amor, no hay balas.

Hay sanación.

Y no hay relación que se salve cuando una de las partes no la quiere salvar.

Parece algo evidente.

Pero a veces las conclusiones llegan cuando tienen que llegar.

No puedo rendir más.

Creeme.

No puedo.
Más.

45
Negación

A veces hay que aguantarse y no perdonar tan rápido. Según desde la perspectiva que se lo mire, cuando no nos damos el permiso de expulsar el dolor por la herida que nos generaron, algo huele a negación.

Cortázar decía que la esperanza era la vida defendiéndose a sí misma. Y la verdad es que cuando me veo tan ligera de perdones y flameando la bandera de los rencores ausentes, siento que yo también me estoy defendiendo.

No de la vida. Del dolor.

Del duelo que se me avecina.

Primero hay que animarse a expulsar el veneno que nos dejaron cuando olvidaron sacar el aguijón. Después, y con mucho cuidado, intentar reconstruirse de la angustia y del vacío que inevitablemente nos queda cuando pudimos ver el dardo.

Una vez que uno empieza a apropiarse de su propia identidad devenida a menos: ahí, sí.

Será hora de apelar a la compasión para poder comprender y desde ese lugar verdadero, honesto, y a tiempo, empezar el camino del perdón.

Camino largo y lleno de altibajos, por cierto.

Pero necesario para dar inicio a un verdadero luto.

De lo que sea.

De un muerto.

De un deseo castrado.

De una ilusión baleada sin piedad.

De una ausencia inesperada.

De un engaño.

Incluso, y por qué no, de nosotros mismos.

Hay que dudar un poco de los perdones inmediatos.

¿Es que cómo puede uno perdonar, realmente, sin antes haber comprendido?

¿Cómo se puede arrancar las hojas de nuestro propio libro sin haberlas leído con atención?

Perdonar lleva tiempo y mucho dolor.

Y quizá sí, a sabiendas de esto, estemos perdonando apurados como una forma de defendernos de la vida.

Y no justamente de la mejor versión.

Perdonar es hermoso.

Sano.

Y liberador.

Cuando es honesto.

Lo otro se llama miedo.

Y pocos se animan a hacerle frente.

Perdonemos.

Tranquilos.

Con mucha paciencia.

Revisando.

Repasando.

Preguntando.

Así mañana no sacamos facturas con intereses impagables que ni siquiera seamos capaces de recordar de qué deuda son.

46
Callar

Dicen que el que calla otorga.

Imagino que se refieren a que, en ese mutismo estoico, uno entrega la razón a aquel que planta la bandera de la verdad.

Sin embargo, o al menos para mí, el silencio es el refugio de los evolucionados emocionales.

De todos aquellos que deciden guardar su certeza y no detenerse a darle de comer a alguien que intenta quitarnos energía, sacándonos pedazos de reacción negativa.

Hay personas que saben que el otro está equivocado, sobre todo, cuando nos depositan responsabilidades que no nos pertenecen y, con una claridad inmaculada, deciden cerrar la boca y seguir su camino.

No todas las historietas que el otro lee, con su subjetividad sesgada por emociones que necesita vomitarnos en la cara, merecen nuestro tiempo.

Claro que no.

Hay vínculos muertos, desgastados, devenidos en nada que pretenden retenernos de la forma que sea.

Y el conflicto es una de esas maneras.

Conflicto.

Nos buscan para pequeñas guerras que solo viven en la cabeza de quien las necesita para tener algo de qué vivir.

La gente que calla no otorga: se quiere.

Mira hacia adentro, revolea los ojos, suelta un suspiro purificador de pulmones y sabe que acá no vale la pena detenerse a hacer absolutamente nada.

Por eso cierra el bolso y se va.

No aclara. No contesta. No mira. No escucha.

No otorga.

Simplemente respira, sonríe y se va.

¿Adónde?

A veces, a sentarse con ese silencio imponente en el pecho, a la vera de un río, a mirar al cielo con calma y asentir con la cabeza.

Me callo porque me quiero.
Me cuido porque me quiero.
Me guardo porque me quiero.
Me doy a mí porque me quiero.

La no reacción es materia de los que superaron la necesidad de pelear con quien elige que no sea su rival.
No todos merecen nuestra voz.
El que calla no otorga.
El que calla, la mayoría de las veces, decide vivir sin inhalar toxidades ajenas.

No subestimen el silencio.
Quien llegó ahí seguramente habrá hecho un camino muy profundo, que el otro intenta derribar.
Por algo.
Será por algo...

47
Alucinamos

Tantísimas veces nos comportamos con los demás como si tuviéramos un lugar que no solo no tenemos, sino que desearíamos tener.

Es desde ese lugar mal percibido que damos todo.

Que cuidamos.

Que amamos.

Que esperamos.

Que pedimos.

Que reclamamos.

Que nos enojamos.

Que nos sentimos frustrados y engañados.

Desde ese mismo lugar solemos guardar una fidelidad que el vínculo no pide, básicamente, porque no hay un otro que lo espere.

Pero nos creemos que somos lo que soñamos ser en el corazón ajeno.

Y a veces pensamos que si nos enamoramos aún más y mejor, esa será razón suficiente para que el otro se enamore de nosotros.

Y entonces todo eso multiplicado por la vida propia que me queda.

Bancamos intermitencias afectivas que revientan nuestro propio control emocional: hoy sí, pero mañana no.

Y entonces ansiedad.

Angustia.

Duda.

Intentos de entender lo que no tiene explicación, simplemente, porque la única razón es que no ocupamos el lugar desde el cual estamos pataleando.

No siempre somos lo que deseamos ser en la vida de quien queremos.

Es doloroso. Pero bien simple.

Nadie nos confunde.

Es nuestro deseo el que habla por encima de la realidad y es ahí donde hay que operar.

Cuando ese camino de regreso sucede, dejamos de ser inconsistentes y vulnerables frente a nuestras propias decisiones.

A veces estamos teniendo un vínculo con alguien que no lo sabe.
Suponemos que está herido.
Que tiene problemas infantiles irresueltos.
Que no se anima.
Que tiene miedo.
Incluso, que no se da cuenta de todo lo que nos quiere.
Pero la verdad muchas veces resulta ser un poco peor.
Estamos teniendo un vínculo con alguien que no existe afuera: pues sí.
Estamos teniendo una historia con nuestras propias ganas.
Alucinamos. Y esperamos correspondencia desde nuestro propio delirio.
Quien mira hacia afuera sueña.
Quien mira hacia adentro despierta.
Decían por ahí…

48

Cerco

Construir un cerco imaginario
que nos separe por un rato del mundo
obligándonos a darnos lo que damos
a cuidarnos lo que cuidamos
a amarnos lo que amamos.
Un cerco que nos una a nuestro interior abandonado
que nos reconcilie con espacios cedidos.
Regalados.
Vendidos.
Levantar una pared a los ojos de otros
impidiendo que se entrometan a la fuerza en la propiedad privada
pisando nuestros límites
llenándola de valijas ajenas convirtiéndose en dueños del viaje
de nuestras propias vidas.
Aprender a decir que no
que no quiero
que no puedo
que no siento
atravesando las paredes de la habitación del abandono
Del miedo a ser dejado
No querido.
Volver a uno
como la única manera posible de recuperar el cuidado que nos dieron de bebitos nuestros padres.
Y aquellos, que no tuvieron esa suerte,
que aprovechen
una vez construido el cerco
y aprendan a maternarse a sí mismos.
Y así, todos, absolutamente todos, podamos recuperar a los padres que hayamos perdido.

Un beso propio antes de dormir
Un olor que nos contenga
Una vela encendida
Una mantita para el frío
Un abrazo a nuestras heridas
Una canción
Un libro

Y un lápiz, un bendito lápiz, que nos deje escribir para conectarnos con todos nuestros muertos.

En todos y en cada uno de los sentidos.

49
Madera

El otro día leí, no recuerdo dónde, que a la bondad se le pide perfección. En tanto que, en la maldad, las imperfecciones se vuelven más tolerables. Algo así como permitidos permanentes que el malintencionado tiene porque se comprende que son parte de su forma de actuar.

Leído de un tirón parece un disparate.

Una contradicción existencial.

Pero en la cancha, la realidad es tal cual la describen las palabras que acabo de escribir.

Cuando uno pisa en falso, o se le sale la cadena que tenía bien enlazada a la rueda de su propia conducta, de repente todo resulta cuestionable. En vez de ver una mano que levanta, uno lo que levanta son los propios ojos y empieza a ver dedos que señalan y muestran la falta como si fuera tatuaje en el medio de la cara imposible de remediar.

La gente piola, la que no busca conflictos, la que no violenta ni se come las heridas ajenas, merece caramelos. Premios.

Abrazos.

Aplausos.

Una mano que levante y una palabra que contenga cuando de repente se tomó el atrevimiento de explotar, cuando el cansancio de la humanidad gotea de forma constante.

La buena madera tiene imperfecciones. Es buena. Sí. Pero es madera.

Y como buena madera se puede romper. Se puede rayar.

Se puede quebrar.

¿Por qué?

Porque está en su naturaleza.

Pero si esa madera resulta inmaculada, inquebrantable, y simula perfección, desconfiá.

Porque será cualquier cosa menos madera.

Sería lindo cambiar el peso de las costumbres e inclinar la balanza hacia el otro lado.

No tolerar actos jodidos porque la gente es jodida.

Y aguantar, con todo el amor del mundo, actos jodidos de gente de buena madera que un santo día no pudo más.

50
Mienten

Construir una vida
Que no necesite ser escondida
Frente a los ojos de nadie
Es la garantía irrefutable
De saber que estamos eligiendo bien.

Quien miente en nombre del amor
Te mentí para cuidarte
Tiene una suma que le da con decimales: no cierra.

Mienten para cuidarse a sí mismos
De las consecuencias de sus propias elecciones.

La romantización de la mentira.

51
Deuda

Muchas veces la deuda de las promesas incumplidas
Son los motivos que nos encadenan a quedarnos.

El peligroso poder que tiene todo aquello que no se nos da.
“Por ahora”.

La promesa como señuelo.
La deuda como garantía del lazo.

52
Mentías

Me senté en la vereda como cuando era una adolescente y todavía se podía ser libre al silencio de la madrugada.

Miré un rato a la nada mientras me agarraba las rodillas con las manos: quería unirlas.

Si fuera psicóloga, pensaría que era un símbolo de lo que había intentado hacer durante toda la tarde.

Unir.

Unir toda la historia desde el minuto cero hasta recién: el último.

Pero no podía.

Me faltaban piezas.

Las rodillas se resistían a volver al centro de mi pecho, como si ese lugar no les fuera digno de habitar.

También me resistía a volver a vos.

Y casi como un acto recordatorio que me explique por qué tanto dolor dando vueltas, abrí nuestro historial de conversaciones.

Qué desastre, por favor.

Qué cosas decías. Qué respondía. Qué te confesaba. Qué te mostraba.

Qué es todo eso que te fui dando mientras vos estabas con la piel en otro lado y la verdad escondida.

Mentías y, ahora, mientras nos leo, no puedo asegurar que no lo sabía.

Repaso los audios y siento vergüenza del contraste que hay entre tu voz jocosa y la melancolía de mi afecto.

Leo tus respuestas que de ninguna manera coincidían con la intensidad de mis palabras y no entiendo por qué seguían pasando las horas donde yo sostenía tu vida y vos quemabas tu aburrimiento.

Usar se dice. Usar. Ahora tengo claridad en las palabras. Ahora.

Tantos “yo también” me nublaron la vista.

También un carajo.

Pero me lo digo ahora que decidí matarte.

No te voy a dormir.

Te voy a matar.
Tengo que ingresar a mi duelo.
Disculpame si soy violenta.
Seguí.
Necesito en esta especie de desintoxicación ver con mis propios ojos la realidad.
La realidad.
Me pregunto para qué.
Por qué.
La ganancia.
Qué ganabas vos. Qué ganaba yo.
Me doy pena. Pero no esa pena que todos critican.
Pena bien puesta.
Merecida.
Me querías enamorar y yo tirando para el otro lado para que no suceda.
Claro que lo sabía.

Mentías.
Releo. Escucho. Miro. Hasta el hartazgo. Y la certeza que me deja a un segundo de borrarlo todo.
De borrarte todo.
De no verme en ese lugar de mierda que nadie me obligó a ocupar.
Te borro.
Nos borro.
Bloqueado.
Contacto cero le dicen.
Contacto cero.

Dormime, no me mates. Cuando llego, te explico. Por favor.

No te voy a dormir.
Te tengo que matar.
Yo tengo que ingresar a mi duelo, y para que eso suceda, alguien tiene que morir.
Demás está decirte que ese alguien no voy a ser yo.

53

Nada

No hay mejor estrategia que el amor verdadero.

Limpio del velo de las especulaciones.

Ese que no necesita hacer de la trampa su manera de manifestarse.

Ya sé que en este mundo oscuro seduce la posibilidad inminente y activa de pensar que podés perderme todo el tiempo.

Pero esa carta no la juego y no porque soy pura ni bendita.

No la juego porque es tan inocente que creas en eso, que me llamo a silencio y dejo que respires una seguridad que alucinás que te estoy dando.

Te quiero hoy.

Te pienso hoy.

Te siento hoy.

Y cuando digo hoy, te digo que estoy sujeta a los cambios que me ponga la vida en la orilla de mi deseo frente a lo livianito que pesa el tuyo.

Tu deseo me queda corto.

Chico.

No me alcanza para nada.

Y no puedo prometer lo que no manejo.

Y lo que siento por vos mucho menos.

Entonces podrás dejarme en pausa mientras aprovechás tus momentos pico de certeza que nadie te da.

Vivilo y disfrutalo.

Conozco los finales de las historias que son contadas, pero no se chocaron piel con piel.

A mí la duda me perturba y me saca las ganas.

Son semillas que, aunque quisiera verlas crecer, no me vas a ver jamás ponerme a regar.

Me conozco.

Esto yo ya lo viví.

Nunca fui de festejar la cara de asombro de aquel que me supuso atada a las cuatro esquinas de una cama que nunca probamos.

Yo me voy y no reparo en avisar.

Por eso la transparencia que tengo no me pesa.
No quiero disimularla.
No es algo que me inquiete en absoluto.
Conozco mis límites y le estoy viendo la cara al mío asomando por la ventana.
No me hiciste nada.
No te asustes.
No te estoy reprochando un daño que no me generaste.
Vos no hiciste nada.
Lo que pasa es que, a veces, el problema es justamente ese:
que no estés haciendo nada.

54
Ana

Te dolerá solo al principio. De cada día.

IRENE X

Siempre tuve una vida simple.

Vivía con mis viejos y uno de mis hermanos en la casa familiar. Hice la carrera de Bellas Artes y trabajaba en casa.

Una vida simple y tranquila. Trabajo, casa, familia, amigas, salidas, algún que otro intento de noviazgo y nada más. Tenía mis pretendientes (como decía mi nona), mi tiempo para hacer cursos, tomar solcito y ya está.

Familia de italianos. Pero de los tanos, tanos. Mi papá, si bien vivió hasta los tres años allá, conservaba el acento como si hubiera llegado ayer.

Con ellos, todo era exagerado. Las risas eran carcajadas; las opiniones eran discusiones; una palmada en la espalda era un empujón, y al que faltaba un domingo, por la razón que fuera, se le quitaba la palabra por lo menos tres meses.

La gente de afuera, los extranjeros a mi familia, cada vez que venían a algún evento se quedaban como refugiados en un rincón de la casa, y cuando quería integrarlos, me respondían con una sonrisa tímida que, en el fondo, escondía mucho miedo: "¡No te preocupes! Estamos bien acá. Después vamos".

Después, siempre era otro día.

Esa era mi vida, mi casa, mi esencia y mi plan para mañana: almorzar en familia y después ponerme a trabajar.

***

Si bien estaba en la flor de la edad, la noche nunca fue lo mío. No es mi estilo.

Pero ese sábado, mi hermano y Fernanda, su novia, me pidieron que los acompañara a Paravento, un bar que estaba de moda. Como era lógico, mientras Pedro se divertía con sus

amigos de la facultad, a Fernanda la iba a dejar de florero. Ella lo sabía, pero quería ir igual. No es que le gustara el plan. De hecho, odiaba a esos amigos pero sus celos no la dejaban en paz. No tenía muchas ganas de ir, pero acepté porque me cuesta decir que no.

Llegamos al boliche a las diez de la noche, más o menos. Mientras Fernanda discutía en la entrada con mi hermano, me dediqué a mirar a mi alrededor, sin prestar mucha atención, hasta que mi mirada se detuvo en los pibes de seguridad que estaban parados en la puerta.

No hay nada que me resulte menos atractivo que un cuerpo devenido en ropero: saco, corbata y cara de culo. Invisibles. Para mí siempre fueron invisibles.

En una punta estaba ropero uno: rubión, ojos claros, nariz perfecta y boquita bastante delicada. Cero gracia.

En la otra punta estaba ropero dos: morocho, ojos color miel, cara triangular. Nariz más bien ancha. Quiero decir varonil. Adecuada para la cara de un hombre. O de ese hombre. Boca grande. Labios carnosos. Por lo menos un metro noventa y con la misma cara de culo que ropero uno.

Pero ahí me quedé un poco más de la cuenta. En contra de mis preceptos, tuve que reconocer que era muy lindo. Estaba bronceado. Los ojos miel resaltaban, al igual que los dientes blancos, y se percibía una paz en su mirada que me intrigó.

Llegó el momento de entrar en el bar y le di mi ticket sin levantar la mirada. Cuando estaba pasando por esa especie de puente imaginario, sentí que se acercaba a mí y, para mi sorpresa, con una suavidad increíble, apoyó su enorme mano en mi hombro derecho.

—Perdoname, pero ibas tan rápido… —me dijo con voz grave, pausada y dulce al mismo tiempo—. Soy Rafael, te estaba mirando medio perdida entre tus amigos. No sabía si ir a rescatarte o qué —se rio—. ¿Cómo te llamás?

Mientras me ponía derecha, lo miré asombrada y frené la marcha.

—Ja, no, todo bien, son mi hermano y la novia. Estaban discutiendo como siempre. Ya estoy acostumbrada —le contesté con un hilo de voz—. Y… soy Ana. Me llamo Ana.

Sentí que la mano de Fernanda me empujaba hacia el bar, como si fuera mi mamá sacándome de la vidriera de una juguetería. Giré la cabeza y sonreí mientras levantaba los hombros y abría las palmas de las manos.

—Entro —le avisé, como si debiera hacerlo.

—¡OK! Te veo adentro. Cualquier cosa que necesites auxilio, ya sabés.

—Sí. Gracias —volví a sonreír.

***

No pude sacarle los ojos de encima.

Veía cómo se desenvolvía con la gente. Estaba atenta para ver si les decía lo mismo que a mí a

otras. La gente seguía entrando y lo perdía de vista.

Estaba petrificada, mirando una escena que no me devolvía nada más que la imagen de un hombre haciendo su trabajo sin inmutarse en ningún lado.

Se lo veía amable. Cuidadoso. Respetuoso y agradable.

Serio. Eso sí, muy serio.

No hubo palabras al oído para nadie, pero tampoco se dio vuelta una sola vez para buscarme con la mirada.

Entre una cosa y otra se hicieron las dos de la mañana y las luces se iban apagando junto con mis párpados. Estaba aburrida. Quería irme. No le veía mucho futuro a la promesa de encuentro con Rafael: era evidente que no podía dejar la puerta en horario pico. Y en esos lugares, todos los horarios son pico.

Podrida de verle la cara de policía a Fernanda, podrida de esperar a que se desagotara la entrada para que al menos pudiera verle la cara otra vez, me fui al baño, con la decisión tomada de volverme a casa.

Me retoqué un poco para hacer la salida triunfal por esa puerta que ya me conocía de memoria. Mientras me pintaba los labios, con un nudo en el estómago, pensaba qué hacer. *¿Lo saludo? ¿Espero a ver qué hace él? ¿Le toco el hombro? ¿Solo sonrío? ¿Se acordará de mí? En fin. Ya fue.*

Abrí la puerta del baño y, apoyado sobre la punta de una mesa vacía, mirándome fijo, estaba Rafael.

—Hola, ¿qué hacés? —le pregunté sorprendida, mientras me acomodaba el pelo.

—Ana, perdón. Pero no pude parar un momento. Cuando no te vi, empecé a buscarte. Supuse que estabas acá. Por la puerta no habías salido… Así que otra no me quedaba. No me digas que ya se van. Es temprano.

—Yo me voy. Ellos se quedan, supongo.

—¿Por qué te vas?

—Lo que pasa es que mañana tengo que trabajar.

—¡¿Domingo?! ¿Qué hacés?

—Bueno. ¡Y vos sábado! Soy artista plástica. Tengo que pintar.

—Uy, qué genial. Me encanta el arte. Me apasiona. Escuchame, ¿te parece si te doy mi teléfono y mañana me llamás?

Muda. Quieta. Anonadada. Estúpida.

—Bueno —volvió a sonreír—, ya te entendí. Pasame el tuyo y mañana te llamo yo. ¿Así es mejor?

—Así es mejor —asentí.

Sacó el celular del bolsillo trasero y agendó.

—Ana… ¿Cuál es tu apellido?

—Amato.

—Itttaleeanna la rubia. Me encanta Italia.

—¿Cómo sabés? —sonreí.

—Ah, porque yo sé todo. Mentira, solo sé lo que me importa.

Muda. Quieta. Anonadada. Estúpida.

—Mañana te llamo, ¿dale?

—Dale.

Le di un beso y me fui.

Rafael cumplió su promesa. Ni bien abrí los ojos, tenía un mensaje suyo.

> Hola, vos debés estar durmiendo y yo me estoy por ir a acostar. Solo te quería dejar un beso y desearte un lindo día. Más tarde te escribo y hablamos mejor. ¡O por los menos despiertos! PD: soy Rafael

> Hola, Rafael. Dale, yo recién voy a arrancar el día. Tipo siete de la tarde calculo que ya voy a estar liberada. Un beso y que descanses.

Siete en punto de la tarde me estaba llamando.

Conversamos como dos horas. Los temas fluían. Era como si nos conociéramos de toda la vida. Teníamos un montón de cosas en común. A los dos nos gustaban los animales, el cine, la pintura, la familia.

Era carismático, súper entrador, agradable y respetuoso.

Demasiado cierto para ser real.

Y seguimos hablando durante toda la semana.

De manera infaltable tenía un mensajito de los buenos días, de las buenas noches, y dos o tres veces por día me escribía para ver qué estaba haciendo, cómo la estaba pasando, o simplemente para saludarme.

Viernes 10 am.

> Buen día, Ana. Estaba pensando si hoy tenías ganas de hacer algo, al menos un rato. Yo entro a trabajar a las nueve de la noche, pero te puedo pasar a buscar y vamos a tomar unos mates a alguna plaza, por el bosque. ¿Qué te parece? No sé vos, pero tengo ganas de verte.

> Me parece muy bien. También tengo ganas de verte. Preparo el mate y hago algo rico, te espero

tipo cinco. ¿Te queda bien?

Me queda perfecto.

***

Entre Rafael y yo no había estrategias de seducción. Nada de histeriqueo.

Todo se daba de forma natural. Él me hacía saber, sin ningún problema, sus deseos de compartir tiempo conmigo, y yo le pagaba con la misma moneda. Cero complicaciones, cero mambos.

Hacía unos pocos meses se había peleado con su novia. Una relación, según dijo, lo bastante compleja como para salir lo suficientemente lastimado.

Se abrió conmigo rápidamente, con una confianza absoluta, y me fue contando acerca de sus parejas anteriores. Tenía un patrón evidente que repetía y estaba cansado de ese tipo de vínculos tóxicos. Minas muy celosas, problemáticas, incluso agresivas, lo habían apagado bastante. Llegó a mostrarme alguna que otra cicatriz en la espalda, en la oreja, que le había hecho una de estas chicas en medio de una fuerte discusión. La piba estaba tan obsesionada con él que tuvo que ponerle una medida perimetral.

Yo no podía creer lo que escuchaba. Me partía el alma saber que tuvo que pasar por esas cosas. Acostumbrada a escuchar la otra campana, era la primera vez que estaba siendo testigo del otro lado de la historia.

Siempre repudié la violencia, sin detenerme en ningún género en particular. La violencia es violencia en todos lados y en todos los idiomas. Mi bandera para cualquier tipo de vínculo siempre fue la misma: *si me hace mal, me voy*.

Uno siempre suele tropezarse con la misma piedra varias veces. Supongo que la sensibilidad y la empatía, tan evidentes en Rafael, atraían a este tipo de mujeres, que terminaban siendo la roca con la que se tropezaba una y otra vez.

Años de terapia le habían dado las herramientas para estar atento a no reincidir. Y bien claro me lo dejó.

Ya estoy cansado, agotado, con ganas de estar tranquilo y en paz. Tardé, pero les saco la ficha enseguida. A la primera de cambio, tengo asumido que me tengo que ir. Si hay algo que no quiero es volver a sufrir.

Es cierto que su trabajo era bastante particular, y había que ser lo suficientemente estoica para aguantar que un tipo tan atractivo estuviera tres veces por semana en un lugar lleno de mujeres. Pero a mí no me molestaba. Nunca fui celosa. Y, además, era tan bueno, tan simple, tan cariñoso que no me daba para cuestionarle nada.

Los días de semana eran bastante livianos para él. Colaboraba con el cura de la catedral y

hacía desde trabajo comunitario hasta de seguridad. Era muy creyente, ayudar en la iglesia era una forma de ser agradecido con Dios. Aprovechaba su tiempo libre para hacer deporte. Muchas horas de fierros. Se cuidaba bastante en las comidas. Demasiado, para mi gusto. Más de una vez llegué a creer que tenía algún trastorno, que estaba obsesionado por su imagen, por tener un cuerpo musculoso. Alguna que otra vez se lo mencioné, pero no le gustó mi comentario.

El cuerpo es un templo y así lo cuido, Ana. Me gusta verme bien, muy bien y punto.

Mi relación con el deporte era nula, pero tenía la genética a favor. Además de ser alta, era muy delgada. Eso le gustaba mucho. Me miraba como si fuera de porcelana. Siempre me decía que era como una Barbi. Toda hermosita, flaquita, linda.

Yo también estoy algo podrida de los pibes que histeriquean, que basta que les digas que sí para que te digan que no. Nunca terminás de saber qué sienten. Si sienten. Qué quieren. Qué buscan. Lejos de pasarla bien, te suman un problema que antes no tenías.

Inmaduros emocionales que te sacan las ganas antes de generártelas.

Hacía rato que estaba sola. Tenía relaciones casuales, pero de novia, lo que se dice novia, hacía más de tres años que no. Tenía muy en claro que no quería meterme en quilombos.

Yo trabajaba en casa con encargos de clientes y para algunos negocios de muebles infantiles. Los sábados a la tarde tenía un puesto de artesanías en una feria cerca de casa. Rafa solía acompañarme, me ayudaba a armar el puesto, me cebaba unos mates. Se copaba cobrando y también vendiendo. Le encantaba mi trabajo.

Todo se dio muy rápido. Extremadamente rápido.

Cuando afianzamos la relación, Rafael insistió en presentarme a sus padres. Vivían en Córdoba, así que, ni bien viajaron para ver a su hijo, los invitamos a casa. Pasamos el día todos juntos. Su familia era bien diferente a la mía. Mucho más copetudos. Medio fríos. Raros. Me llamaba la atención que él ni siquiera les decía mamá y papá. A los dos los llamaba por el nombre: Elena y Raúl.

Con sus dos hermanos había una tensión evidente que ninguno podía disimular. Latía una especie de competencia para ver quién era el más inteligente, el más alto, el más lindo, el más boludo de los tres.

A diferencia de su familia, él se llevaba superbién con la mía.

Rafael era muy romántico. Estaba en todos los detalles. Me llenaba de regalos. De caramelos. De flores. De cartas. ¡De ropa! Siempre volvía a mí el mismo pensamiento: demasiado perfecto para ser real. Imposible no enamorarse. Sentía que era alma gemela de la que tanto hablaban y de la que tanto me burlaba con mis amigas.

Por supuesto, él decía lo mismo de mí. Estaba tan alucinado y enamorado como yo.

Felices. Éramos realmente felices.

Los encuentros sexuales eran toda una aventura. Mis experiencias anteriores eran muy básicas. Nada fuera de lo esperado ni de lo conocido. Con Rafael todo era muy intenso. Intenso y

extremo. No tenía ningún tipo de pudor y me arengaba permanentemente para quitarme el mío.

Me proponía cosas nuevas, jugadas, osadas. Algunas me daban miedo, otras iban en contra de mis preceptos morales, pero insistía tanto que terminaba por acceder. Solía pasarla bien, pero a veces sentía que estaba en un estado de trance hipnótico. No era un disfrute normal. Había algo en mí, una mezcla de admiración e idealización, que me hacía quedar perpleja. Entregada. Como si estuviera bajo los efectos de una droga que no había consumido, pero que me afectaba igual.

No había besos, miradas, tampoco caricias, ni palabras de amor, ni abrazos. Solo sexo. No teníamos esa clase de intimidad amorosa. Las demostraciones de afecto solo se daban fuera de la cama.

Si bien me llamaba la atención, entendía que de a poco nos íbamos conociendo y suponía que sus relaciones anteriores habían incidido en esta sexualidad tan fría, por decirlo de alguna manera.

Mientras tanto, y para ser sincera, mal no la pasaba, ni un poco. Solo me faltaba el contenido amoroso, pero estaba segura de que con el tiempo iba a llegar.

Si había algo de lo que se encargaba Rafael, era de conocerme. De saber de mis deseos. De mis sueños. De las cosas que me gustaban. Las que no. Jodiendo le decía que parecía que me estaba haciendo una resonancia magnética, pero ciertamente le interesaba saber todo de mí.

Él era mucho más reservado. Casi no hablaba de su familia. De sus amigos. Ni de su pasado. Solía referirse a las cosas de manera muy escueta. Mensajes cortos. Sin mucha información. Tampoco era una persona sociable. Sus amigos habían quedado en Córdoba. Una cagada para él y también para mí, que no los podía conocer.

La única excepción a la regla eran las mujeres. Ahí sí, de sus ex novias le gustaba contarme todo.

Salíamos cada tanto al cine, a cenar, a pasear, a caminar.

Lo simple. Siempre fuimos por lo simple.

Rafael pasaba apuros económicos. Lo que cobraba le alcanzaba para pagarse un monoambiente, que no tenía casi ningún mueble, excepto la cama, una heladera, una tele y un placard chico con lo justo y necesario. Su familia estaba en muy buena posición, pero no lo ayudaba.

No me dejaba comprarle ni un par de medias. A duras penas aceptaba que le pagara la mitad de las salidas que compartíamos. Según me decía, se la pasaba buscando trabajo, pero no era fácil sin un título universitario. Aunque no le gustaba lo que hacía, al menos le permitía vivir.

Todo marchaba perfecto hasta que una noche, inesperadamente, se sentó frente a mí. Con lágrimas en los ojos me dijo que tenía una propuesta laboral en España. Que era solo temporal, no más de seis meses. Su idea era ir, juntar plata y volver.

—Si irme significa que esto se termina, me quedo, Ana.

Lógicamente estaba estupefacta, pero no tardé en responder.

—No. Tenés que hacerlo. Yo te voy a esperar. Nos llamaremos a diario, no sé… Pero tenés que irte.

Lo apoyé sin dudarlo. El trabajo era igual al que tenía: seguridad en un boliche, pero le pagaban tres veces más.

Era un sacrificio, pero lo pensaba como una inversión. Quería irse a vivir conmigo, poder formar una familia, poner un gimnasio, y me parecía muy bien.

Lo charlamos mucho, él muy angustiado e inseguro de perder lo que estábamos viviendo, pero yo le recordaba que estaba más enamorada que lo que alguna vez había llegado a imaginar. No se me ocurría dejarlo pasar. Ni oponer resistencia a sus proyectos. Lo amaba. No había una sola noche que no pensara en cómo, con todas las minas que podía tener, se había fijado en mí. Se lo decía y él sonreía.

Es que sos toda hermosita. Ana, también te amo. Y tu simpleza, eso es lo que más amo. Tu simpleza. Que seas normal.

Normal era una palabra que utilizaba siempre para hablar de mí. Era la virtud que más acentuaba. Mi normalidad, según él, marcaba la diferencia.

Tan simple, tan común, tan poco complicada, tan natural.

En los días siguientes lo ayudé a mudar el departamento. Me dejó las pocas cosas que tenía para que se las guardara. Lo acompañé al aeropuerto y, destruidos los dos, en ese abrazo que nos alejaba tan solo por un tiempo, nos despedimos.

Ana, no se te ocurra dejarme. ¿Escuchaste? No se te ocurra.

***

Una semana sin saber nada de Rafael.

Su silencio me resultaba ensordecedor. Repasé cientos de veces toda la historia desde que nos conocimos hasta el final. La despedida *¿Tenía acaso la culpa de haber generado algo?* No entendía nada. Estaba confundida. Rafael no era de desaparecer. Algo había pasado. Su familia tampoco tenía noticias.

Se había ido sin celular porque iba a conseguir uno allá. Pero su promesa era buscar un cyber y ponerse en contacto conmigo. Mientras tanto, calmaba mi ansiedad, mi angustia, mi abstinencia de él, escribiéndole mails que nunca respondía.

Los días pasaban y mi dolor en el pecho aumentaba. Lloraba día, tarde y noche. Mi mamá intentaba calmarme, pero no podía. No sabía si estaba vivo, muerto, si me había dejado, si iba a volver. No sabía nada. Pero además de los motivos lógicos de mi angustia, sentía que me había quedado sin mi droga. Mi amor cotidiano. Mi suplemento para hacerle frente a cada mañana. Esas mañanas que antes me resultaban tan simples y hermosas y que de un día para el otro, sin

mediar explicación alguna, se habían vuelto deprimentes.

Desesperada, hice algo que nunca hubiese hecho en otro momento de mi vida.

Cuando empezamos la relación, lo había ayudado a armarse un currículum. Como no tenía computadora, me pidió el favor de enviarlo por mail a varias direcciones y estar atenta a las respuestas, de manera que tenía su clave de acceso. Yo no sabía nada acerca de sus movimientos en las redes porque siempre fui muy respetuosa. Y, sobre todo, porque no necesitaba hacerlo. Alguien que te da la clave de su cuenta privada merecía mi confianza absoluta.

Y la tuvo. Y la tenía. Y la seguiría teniendo. Pero, desesperada por saber algo de él, entré a su correo.

Estaba vivo. Estaba trabajando. Vivía en la casa de sus amigos y la estaba pasando muy bien, en un lugar *paradisíaco*, tal como le relataba en esos mensajes extensos a sus últimas dos exnovias.

Quedé anonadada. No podía creerlo. Ese no podía ser Rafael. Mi Rafael.

No me nombraba, no mencionaba mi existencia. Decía imaginar lo lindo que sería compartir ese sueño, que estaba haciendo realidad, con Marisa, pero también con Paula.

Sabía que el día que apareciera tenía que callar esa información, porque si lo que él hacía estaba mal, lo mío era peor. Y, por otro lado, tenía una carta en la manga que no quería perder.

La angustia fue mutando a bronca. Mi cabeza no paraba de hacer contorsiones con los pensamientos y, ya agobiada y sin respuestas de él, di por terminada la relación.

***

Apareció al día siguiente como si hubiera olfateado mi decisión. Me llamó desde un teléfono público, llorando.

—¿Ana? ¡Mi amor! Recién encontré un cyber para llamarte. Me quería morir. No sabés lo que te extraño. Quiero que estés acá. Venite, tenés que venirte. No tengo mucha plata, ya sabés. Conectate al Messenger y hablamos por ahí que es mucho más barato.

—Rafael, me alegra que estés bien. ¿La verdad? No sabía qué pensar. No entendía nada. Todavía no entiendo. De hecho, estaba a punto de dar por terminada la relación.

—¿Qué es lo que no entendés? ¿No me escuchaste? No encontré un cyber, estoy parando en el medio de la nada. ¿Te vas a conectar o no?

—Sí, pero, bueno… Le hubieras pedido el teléfono a alguien… ¿Sabés cómo estuve sin saber nada de vos?

—¿Te podés conectar o vas a seguir discutiendo? No estoy a la vuelta de tu casa, Ana. En estos días me dan el celular provisorio. Conectate, nena, ahora te explico.

—¿Nena? Uf, dame un momento. Acá son las cuatro de la mañana, no sé ni dónde estoy.

—Ya sé. Pero es la hora en que termino de trabajar. ¿Qué te pasa, Ana? ¿Vos me estás

cargando? Te llamo, te digo que estoy mal, desesperado, porque no encontraba un puto cyber, me tratás refría, me decís que pensabas en dejarme, no te querés conectar… Decime lo que pasa, estás en otra, ¿no? Una semana que me fui ¿y se terminó todo lo que teníamos? Una puta semana para darme cuenta de que sos igual a las demás.

A partir de ese momento, Rafael dejó de ser Rafael.

***

Empezó a llamarme todos los días a la misma hora: cuatro de la mañana. Sonaba el teléfono y, antes de decirme hola, me pedía que me conectara al Messenger. Las conversaciones siempre empezaban de manera amorosa y, pasara lo que pasara, la violencia inexplicable aparecía. Era inevitable.

No solo manifestaba enojo a través de diferentes agresiones, sino que, en medio de esos chats que me alteraban el sueño, me hacía una llamada inesperada, donde se ponía a llorar para darme muestras de lo mucho que lo hacía sufrir. Decía estar inseguro de mi amor, que yo estaba rara, que debería estar ahí con él, si tanto lo quería. Lo decía con tanta convicción que me hacía dudar. Muchas veces llegué a despersonalizarme. Me veía desde afuera y me estudiaba a mí misma para ver si algo de lo que él me decía podía llegar a ser cierto.

Los meses pasaron y todo seguía igual.

Una noche, en medio de una discusión telefónica, le dije que me sentía mal. Que me estaba ahogando. Que por favor parara. Pero seguía. No solo seguía, sino que me culpaba por victimizarme. Decía que daba vuelta las cosas.

En medio de sus gritos, tocaron la puerta de la habitación y abrí sin decir una sola palabra. Era mamá.

Pálida, con las manos transpirando, llorando y con el pecho cerrado, me lancé a sus brazos y le dije que me estaba muriendo.

Me muero. Llamá una ambulancia, me estoy muriendo, mamá. El corazón, el corazón no para, mamá.

Mientras ella me calmaba, le pegó un grito a mi papá. En menos de dos minutos, él me cargó en el auto y me llevó a la guardia del hospital.

Me hicieron todo tipo de estudios, pero no encontraron nada. Nada clínico. Así que me derivaron a Mariana, la psiquiatra que estaba de guardia en ese momento y con quien seguí tratándome durante mucho tiempo. Después de una evaluación exhaustiva, diagnosticó un trastorno de ansiedad generalizada con ataques de pánico.

Yo, que no tomaba ni una aspirineta, de buenas a primeras empecé a tomar psicofármacos. Un antidepresivo y un ansiolítico a la mañana y otro ansiolítico antes de ir dormir.

Después de contarle cómo se había producido el episodio, y de asumir, con toda la vergüenza

del mundo, que no era la primera vez que me pasaba, me dio una serie de recomendaciones. Mariana quería que volviera a mi vida normal: dormir era la indicación número uno. Tampoco quería que siguiera discutiendo con Rafael y me sugirió que tratara de alejarme por un tiempo hasta estar mejor.

—Vamos a ir retirando los estímulos estresores, Ana. Tenés que organizar tu vida de otra manera.

Anotaba, mientras miraba a mamá y a papá, y repetía en voz alta para que yo también escuchara.

—Un poco de actividad física diaria. Trabajar no más de seis horas: a las doce se apaga el mundo y se prende a las ocho. Conversá con tu novio, explicale cuál es la indicación médica, porque necesitamos su colaboración y, si logramos mejorar con estos cambios, perfecto. Caso contrario, hacemos interconsulta con una psicóloga. ¿Estamos de acuerdo? Por ahora no es nada grave. Podemos tratarlo, pero necesito acompañamiento familiar.

—Sí, sí. Estoy de acuerdo con vos.

—No estás loca ni te vas a morir. El ataque de pánico empieza de la misma forma que termina. Nunca te olvides de eso. Son solo unos pocos minutos, cinco como máximo, que para tu reloj interno son larguísimos. Te voy a enseñar unas técnicas de respiración para relajarte, en caso de que vuelvas a pasar por uno, así no hiperventilás. Y, con el tiempo, vamos a ir hablando de los síntomas que los preceden, así los reconocés antes de que te agarren desprevenida. En ese momento tomás una pastillita sublingual para evitar todo eso tan feo que viviste. Es una falla en los neurotransmisores. Con medicación podemos controlarlo. Pero el contexto psicológico es fundamental. ¿Alguna duda? —chequeó nuestras caras, uno por uno.

—Ninguna —dijo mi mamá—. No se haga problema que yo voy a hablar con Rafael, así todo queda bien claro. Que hoy ella descanse. Fueron meses muy intensos y desordenados, donde Ana —me miró con indignación— hasta dejó de comer y trabajar.

Ocho horas después nos fuimos del hospital. Hicimos el viaje en silencio. Papá soplaba cada vez que pasaba de cambio, mientras mamá asentía con la cabeza. No sé qué tipo de conversación estaban teniendo sin tenerla, pero quedaba en claro que Rafael estaba en el ojo del huracán.

Paramos en una farmacia para comprar la medicación y seguimos viaje sin decir una palabra. Ni bien llegamos a casa y traspasé la puerta, mamá me indicó que me acostara.

—Pasame el teléfono de este chico y andá a dormir. Te despierto para que te duches y comas algo.

—Se llama Rafael y ojo con cómo le hablas. Es lo único que te pido. Él no tiene nada que ver. Y no entiendo por qué me estás hablando como si hubiera hecho algo malo. Te falta ponerme en penitencia.

—Dormí, Anita. Dormí.

Me dio un beso en la frente y cerró la persiana de un tirón.

***

Una semana entera pidiéndome perdón. Implorándome un perdón que ya le había dado. Mails, mensajes, llamados, todos manifestando arrepentimiento por haberme causado semejante situación, que adjudicaba a los malentendidos que generaba la distancia.

No había forma de hacerle aceptar que no era su culpa. Era un problema biológico que se puso de manifiesto en ese momento en particular. Pero no. Él seguía culpándose. Prometió nunca más discutir, mucho menos a la distancia, y hacer todos los intentos posibles para creer en mí. Se justificó un poco por las relaciones anteriores, donde tan mal la había pasado, y por supuesto que entendí. Aposté una vez más y, con un pequeño esfuerzo de los dos, las cosas empezaron a mejorar.

En vez de llamarme a las cuatro de la mañana, lo hacía antes de entrar a trabajar y después me dejaba un mensaje en el Messenger, antes de acostarse. Si yo estaba despierta, chateábamos un rato y, si no, solo se lo respondía cuando me levantaba.

Pasamos el mes siguiente de esa forma y todo estuvo mejor. Sin embargo, la que empezaba a estar más insegura era yo. Muchas veces lo veía en línea, pero no respondía cuando le hablaba. Cuando se lo hacía saber, él me decía que no, que estaba equivocada, y todo terminaba en una gran confusión para mí. Su negativa frente a algo que para mí era evidente, simplemente porque lo veía con mis ojos —*Rafael está en línea*—, me volvía loca.

Las discusiones volvieron de a poco, pero básicamente porque me molestaba mucho no tener contacto con esos amigos que tanto nombraba o por escuchar a mujeres que le decían que se apurara mientras estaba hablando conmigo. Muchas risitas, muchas palabras que no entendía, muchos *te amo, Anita, mi amor*, mucha confusión.

Pasaron dos semanas y Rafael había desaparecido sin dejar rastros.

En ese tiempo tuve otro ataque de pánico y comencé psicoterapia con Vanina. Trabajamos mucho mi ansiedad, que cada vez estaba peor. Me resultaba imposible controlarla y esta nueva desaparición sin explicaciones me estaba haciendo muy mal.

Mi mamá y mi papá insistían en que me separara. Me decían que ya no era la misma. Que sentían que me estaban perdiendo. Me recalcaban que me había venido abajo.

—Mirá como estás, Ana, hecha pelota. Ese chico no nos gusta. Te la pasás en la cama, ya ni trabajás. Y el tipo allá, haciendo lo que quiere. ¿Eso querés para tu vida? ¿Vivir empastillada? ¿Deprimida, preocupada, a tus 26 años, por un loco de mierda que imagina cosas que no son?

Por supuesto que no me hacían gracia sus comentarios, y trataba de defenderlo lo más que podía. No quería discutir con mi familia. Pero ellos me veían. Y contra la realidad, me quedaba sin palabras.

Decidida otra vez a cortar con esta historia, recibí, por fin, un llamado de Rafael.

—Perdón, mi amor, me quedé sin celular. Me lo robaron. Contame cómo estás vos, hermosita.

—Mal, ¿cómo querés que esté? ¿No podías escribirme? ¿Pedirles un celular a tus amiguitas? ¿A tu amigo? Me estaba volviendo loca. Encima te veía en línea, Rafael, ¿me tomás por tarada?

—Shhh. Tontita, en vez de desconfiar, escuchame lo que te voy a decir. Estaba arreglando cosas. Cosas para vos. Para vos y para mí.

—Ah, ¿sí? ¿Cómo qué?

—Me vuelvo, mi amor. No aguanto más sin verte. En tres días estoy ahí.

Les refregué a mis viejos y a mis amigas el regreso de Rafael para que se dieran cuenta de que estaban equivocados. Nadie vuelve por alguien que no le importa. Dejar un proyecto de vida por amor no lo hace cualquiera.

Su vuelta justo caía un domingo de madrugada y eso nos daba tiempo a preparar una sorpresa para darle la bienvenida junto a toda mi familia. Le propuse a papá esperarlo con un asado.

Como un amigo lo iba a buscar al aeropuerto, tenía toda la mañana para cocinar y colgar cartelitos de bienvenida. Estaba contenta, nerviosa, con ganas de sorprenderlo tanto como él me había sorprendido a mí. Había entrenado a mis viejos, sobre todo a mi mamá, para que cerraran la boca y no le hicieran pasar malos momentos a nadie.

El reencuentro fue hermoso, emocionante. Quedó sorprendido con todo mi trabajo, y yo, con la cantidad exagerada de regalos que me había traído.

Casi no pudimos hablar, porque mi familia lo tenía a preguntas de acá para allá. Se la pasó contando las peripecias del viaje.

De a poco yo sentía que mis viejos se iban aflojando, a medida que volvían a familiarizarse con el Rafael que todos conocíamos antes de que se fuera. Agradable, seductor, conversador. Él hablaba y yo lo espiaba. Volvía a sentir lo mismo que siempre. ¿Cómo puede ser que este tipo me dé bola a mí, cómo puede ser?

—¿Qué?

—¿Qué qué? —sonreí.

—¿Qué pasa que me mirás así?

—Te miro porque estás más lindo que antes, gordito —le dije mientras me arrimaba a su lado y le pasaba la mano por la cintura.

—¿Qué hacés, Ana? —murmuró, juntando los dientes de abajo con los de arriba—. No me agarres de ahí, no me gusta. Y mucho menos que me digas gordo o gordito.

—Pero mi amor, es una manera de decir…

—Bueno, no me lo digas más —me dijo sonriendo—. ¿O acaso yo te digo que estás hecha una piltrafa?

A las siete se fueron los nonnos, últimos. Mis viejos iban a llevarlos a su casa, así que no quedamos solos, por fin, muertos de cansancio, pero con muchas ganas de ponernos al día, en todos los sentidos. De hecho, quería que le pidiera permiso a mi mamá para que lo dejara quedarse en casa a dormir, solo por esa noche. Conocía perfectamente cuál iba a ser la respuesta de mi mamá, porque siempre me lo dejó muy en claro. Sin embargo, Rafael insistía tanto que igualmente le pregunté.

—No —dijo mamá—. Ni siquiera en el sillón —remató antes de darme la espalda.

—Te dije, la conozco. Son tremendos. Mañana organizamos algo. ¿Te preparo un café?

—Hasta luego, Rafael. Nos vemos mañana, espero que la hayas pasado bien —dijo mamá.

—Un lujo todo. Gracias —se tocó el corazón y hasta hizo una reverencia que me hizo reír—. Hasta mañana, Estela, Hasta mañana, Jorge —saludó a mis papás, sin ningún tipo de rencor.

Sin embargo, cuando cerré la puerta, me encontré con la otra cara de Rafael. La cara aterradora. Ojos rojos, abiertos, inyectados en sangre y la boca mordiéndose a sí misma.

—¿Qué te pasa, mi amor?

—Vos y tu familia me toman por pelotudo. No te das cuenta de lo que pasó, ¿no? El boludo se viene de España porque la nena tiene ataques de pánico, deja todo su proyecto de vida allá, llega, diez horas de viaje, desesperado por verte… Y me encuentro con una fiesta de quince. Qué mierda me importaba a mí estar con tus nonnos, a ver, pensá, Anita, pensá. Hace cuatro meses que no nos vemos, lo único que quería era acostarme con vos, estar con vos… ¿Y te ponés a laburar como una sirvienta? Y para cerrar, la frutilla del postre: la poca delicadeza de tu familia de dejarme en la calle.

—Pero, Rafael... —dije con la voz entrecortada.

—Por mí, que se vayan todos a la mierda, Ana. Me molesta que te traten como a una esclava. Que no te den el lugar que te merecés. ¿No te das cuenta de que te subestiman? No tenés doce años, nena. ¿Qué? ¿Les tenés que pedir permiso a tus viejos para que tu pareja se quede acá? ¿Sabés con las minas que salía antes? Solas vivían. Se bancaban solas. Me hubieran esperado con un *baby doll*, en la cama, no con berenjenas al escabeche.

—¿Qué decís? —grité sin darme cuenta—. Me estás humillando al compararme con esas locas. No lo puedo creer. Preparé todo esto para vos. Me rompí el lomo para hacerte todo lo que te gusta. Te vi feliz, contento. ¿Y ahora me salís con esto?

—¿Feliz? Me hice el gil para no armar lío. No quería que te rompieras el lomo para cocinarme, hubiera preferido que me lo guardaras para después…

Mientras lloraba como una condenada, empecé a sentir los síntomas de un ataque de pánico inminente. Fui a buscar la sublingual y empecé a hacer los ejercicios de respiración.

—Vení, Anita, lo único que falta es que te pongas a llorar. Perdón si se me fue la mano, amor, pero quería coger, hermosa. Perdón, no te quise hablar así. Tampoco exageres. Ya fue.

—¿Encima te reís? Parece que disfrutás de los bardos que hacés.

—Vení, Ana, no exageres. Te extrañé mucho. Vení, que te quiero tocar, boluda. Te quiero abrazar. Estás carne y hueso, empezá a comer, que así no me gusta. Parecés un esqueleto. Hay que llenar esta pancita otra vez, ¿estamos? Respiremos juntos. Enseñame —me dijo, mientras me sentaba a upa.

—Pero si te gustaba que fuera flaquita, sencilla, simple, normal… ¿Tampoco eso ahora?

—Flaquita, sí. Pero no tenés nada. Mirate. Ni cola ni lolas. A mí me gusta tener de dónde agarrarme. Mis ex estaban locas, sí, pero eran un fuego. Así te quiero, pulposa.

—¿Perdón? ¡No te parece desubicado que me hables así de tus ex! ¿Compararme con ellas? ¿Qué te pasa? ¿Enloqueciste?

—No te comparo. Tranquilizate que después te hace mal. Te quiero explicar lo que me gusta. Nada más. No es para que hagas una escena, por favor. Vos también, no. Dejá. No digo más nada. Por lo visto, hoy no es tu día. La verdad es que para reencontrarme con vos y arrancar así me dan ganas de llorar. Me siento un imbécil. Dejar todo por vos, para vos, apostando a nuestro futuro y verte llorar. ¿Llorar? Tenés que ser mala, loca. ¿Ponerte a llorar y hacer una escena psiquiátrica porque te tomaste a mal un comentario? Deberías estar feliz. Chocha de la vida. ¿Te pusiste a pensar quién hubiera hecho esto por vos? No te das cuenta de que podría estar con cualquier mina y, sin embargo, estoy acá, al lado tuyo. No lo valorás, ¿no? Mirá, Ana, toda mi vida pisé baldosas y salían minas por donde quisiera sin hacer un mínimo esfuerzo. Preguntale a cualquiera. En la noche me conocen todos. Verte así no me da muchas ganas, ¿sabés? Me hacés sentir un tarado. Es como si no te dieras cuenta de lo que tenés. Siempre pensé que el amor es para los feos. Me tengo que tatuar esa frase. Me la tengo que tatuar…

—Basta, terminala, flaco. Callate de una vez y andate, por favor —grité con una violencia que desconocía en mí—. No te puedo escuchar más. Me quiero acostar. Y, además, ahí llegaron mis papás. No quiero que me vean así. Andate. Andate.

Abrí la puerta, me besó en la mejilla y se fue.

***

La oscilación entre los ninguneos constantes y los pedidos de disculpas posteriores era la moneda corriente de nuestra relación.

Todo, absolutamente todo, era materia de discusión. De conflicto. De malestar.

La gente que me rodeaba empezó a caerle mal, por eso dejó de acompañarme a los eventos a los que nos invitaban. Hasta que un día, ya no recuerdo cuándo ni cómo, dejé de ir yo también.

Mi vida entera giraba en torno a los horarios y a las actividades de Rafael. Y si yo me negaba a hacer algo de lo que él proponía, venía una discusión. Al principio le hacía frente, pero, con el tiempo, la ansiedad empezó a minarme la cabeza, el cuerpo, los días. Sentía que me debilitaba de

a poco; entonces, para no padecer más ataques de pánico, me callaba.

Lo cierto es que rara vez lo lograba.

Rafael se ponía furioso cada vez que me veía comenzar con los síntomas y, lejos de acompañarme en ese momento, me dejaba sola.

Lo hacés para manipularme, hija de puta. No te creo nada. No me querés ver. Decime la verdad.

Las semanas eran todas iguales: nos veíamos de lunes a jueves en su casa, desde las diez de la noche hasta las cuatro de la mañana. Durante el día, Rafael pasaba horas en el gimnasio y dormía. Los viernes venía a cenar a la casa de mis viejos, cuando terminaba su horario en el gimnasio, y a las cuatro de la madrugada pegaba la vuelta a su casa. Había decidido que no nos viéramos los fines de semana, porque él trabajaba. Entre que dormía, iba al gimnasio y después trabajaba en el boliche, no había tiempo. Nunca comprendía por qué dormía durante el día. Ese era mi reproche constante.

—No entiendo por qué dormís tantas horas durante el día. ¿Podemos tener una vida más normal? Porque yo tengo que trabajar. No puedo vivir despierta. Y si no, no sé, no tenemos por qué vernos todos los días. Yo necesito descansar. Hacer mis cosas…

—¿Trabajar? Dejame de joder, Anita, ¿para pintar unos cuadritos tenés que estar lúcida? ¿Todo esto es para no verme? Mirá, nena. No me hagas perder el tiempo. Yo necesito estar en forma porque es parte de mi laburo. Si tengo que estar seis horas en el gimnasio, así será. Nadie me va a venir a cambiar la rutina. En definitiva, también salís beneficiada vos, o no te das cuenta de lo que tenés al lado, Ana… ¿Cuándo te vas a dar cuenta? ¿Sabés las minas que quisieran estar en tu lugar?

El físico, el sexo y las mujeres se volvieron una obsesión y el motivo de todas nuestras discusiones. Eran los únicos temas de los cuales hablaba Rafael. Empezó a atormentarme por mi aspecto. Cada vez que me miraba, me señalaba los defectos. Me llevaba hasta un espejo y me los mostraba uno por uno.

¿Los ves? ¿O ahora también estoy inventando?

Las humillaciones no quedaban ahí. Más de una vez, cuando salíamos a caminar, iba unos cuantos pasos delante de mí. Y si nos cruzábamos con alguien que él conocía, obviaba presentarme. Obviaba mi existencia.

Yo lo increpaba a los gritos en el medio de la calle. Y, con cara de asombro, me decía que estaba equivocada.

Por favor, Anita, hermosa, cómo voy a hacer una cosa así. Estás loca. ¿Por qué lo haría? Disculpame, pero no fue así, mi amor, soy incapaz de hacerte eso.

Después de cada encuentro, me pedía que, por favor, y en nombre del amor que yo decía

tenerle, me operara. Que me pusiera unas buenas tetas, que me agregara carne en los labios, que corrigiera la curva de la nariz y, si no era tan complicado, que me operara el mentón.

No tenés forma, mi amor. Tu cara no tiene forma.

Acostumbrado a salir con minas llamativas, medio *putonas*, yo le resultaba poco atractiva y, según él, eso estaba condicionándolo en la sexualidad.

¿No te das cuenta de que a veces no se me para? Necesito que te arregles. Que te cuides. Nunca estuve con una piba así. Tan normal, tan común, tan nada. Encima, en la cama sos una inútil. Todo con vos es no. Te tengo que estar pidiendo como si fueras una retardada, y la verdad es que esto va a terminar mal, Ana.

La culpa era mía.

—Si me quisieras, lo harías. Lo harías por mí. Como yo hago sacrificios permanentes por vos.

—¿Cómo cuáles, Rafael?

—Como estar con vos. ¿O también te lo tengo que explicar?

Estar con él era sinónimo de coger. Y digo coger porque la única función que tenían los encuentros sexuales era que él se descargara como si fuera un perro alzado. Debía cumplir con sus pedidos desagradables donde muchas veces puse en duda su verdadera sexualidad.

Los regalos que solía hacerme habían cambiado. De caramelos y chocolates pasó a regalarme consoladores de todos los tamaños y todos los colores. Ninguno era para mí, sino para que yo pudiera satisfacerlo a él. Porque todo, absolutamente todo, se trataba de él.

Rafael veía muchas películas pornográficas. Después de cenar un plato de pollo hervido con arroz, tal como su dieta se lo exigía, me hacía ver esos filmes junto con él.

Un día, mientras agarraba una toalla para ir a ducharse, me dijo al oído: *esta te va a gustar más que cualquiera.*

Era él. Era él con su exnovia teniendo relaciones en la misma cama donde me había dejado esperando a que terminara de regocijarse en ese baño inmundo. Cuando pude reaccionar, agarré mi cartera, entré en el baño y le grité como nunca había gritado en toda mi vida.

Perverso. Enfermo. Estás enfermo. Sos un loco de mierda. Dejame en paz. Dejame en paz. Por favor. Dejame en paz. Me estás volviendo loca, sorete. Dejame en paz.

Salí corriendo del departamento y no paré hasta llegar a mi casa. Cerré la puerta y me senté en el primer escalón de la escalera. Me tapé la boca con el pulóver que tenía en la mano para que mis viejos no escucharan y lloré, lloré con alaridos que me tuve que tragar.

Cartas, mails, mensajes de texto, grabaciones en el contestador, llamadas, regalos en la puerta de casa, desayunos.

Me rogaba un perdón.

Me lloraba un perdón.

Arrepentido, con promesas de cambio, promesas de terapia, promesas de dejar ese trabajo que tanto nos dificultaba la vida cotidiana, promesas y muchas promesas.

Amenazas de suicidio, pedidos de ayuda y todo lo que encontrara a mano para demostrarme que era la última vez que iba a suceder algo así.

Podía ser un ángel encantador, luminoso, bueno, contenedor y, dos minutos después, se transformaba en un demonio, oscuro, apagado, capaz de hacer y decir las cosas más atroces del planeta hasta enfermarme y sacar lo peor de mí.

Violencia, me generaba violencia.

Con el tiempo fui descubriendo infidelidades, mentiras, trabajos inventados, peleas familiares, hasta denuncias penales que le llegaban en mi presencia y que desestimaba de manera inmediata, diciendo, mientras tiraba la notificación del juzgado a la basura, que era de la loca de la exnovia, que quería quilombo.

Fotos de mujeres desnudas. Mensajes de mujeres. Llamados de mujeres.

Lo habían echado del trabajo, adonde me decía que seguía yendo, porque lo encontraron teniendo sexo en el baño con la hermana de su compañero. Su familia lo mantenía económicamente, pero él negaba todo.

Era tanta la firmeza con la que desmentía lo que mis sentidos registraban que la mayor parte de las veces lograba que le creyera, me convencía de que yo inventaba cosas que no pasaban. Terminaba calmándome, *perdonando mis ataques de locura* con una paciencia amorosa, me decía que eran mis celos los que estaban arruinando la relación perfecta que habíamos logrado tener.

La mayor parte del día entrenaba, con tanta obsesión que el cuerpo ya se le estaba deformando. Pero no podía parar. Se inyectaba anabólicos. Consumía pastillas proteicas, vitaminas y no sé cuántas cosas más para mejorar, según él, su estado físico. Decía que necesitaba más. Que le faltaba más.

Llegó a colocar dos espejos en la habitación, para mirarse, desde todos los ángulos posibles, mientras tenía relaciones. En las últimas veces que fui a su casa me abría la puerta totalmente desnudo.

Las reglas habían cambiado: primero se cogía, después se hablaba.

Rafael me obligaba a estar impecable. No podía tener un solo pelo fuera de lugar. No podía repetir ropa íntima dos veces en la misma semana e ir sin pintarme era algo que no se me podía ocurrir. Agobiada, cada vez con más ataques de pánico, muerta de miedo, un día cometí el error de ir a la casa sin depilarme.

Cuando me sacó la ropa, me miró… Me levantó del brazo y me tiró contra el suelo, y ahí, en el piso, me pegó una patada en el estómago.

Sos una sucia hija de puta. Todavía no sé qué hago con vos. Tendrías que ver las minas que me buscan. Te voy a llevar un día conmigo para que veas que no te miento. Me arengan cuando me ven venir. Y vos… tomátelas. Salí de acá.

Me quedé llorando en el piso, hasta que me tendió una mano para que me levantara. Me abrazó y me pidió perdón.

—No aguanto más, Rafael, no aguanto más.

—Shh, Anita, mi amor, no pasa nada. Todo va a estar mejor.

—Llevame a casa, por favor —le supliqué—. Esta vez fue la última. Estás enfermo de maldad, por favor. Tenés que internarte. Hacerte ver. Me podrías haber matado.

—Ana, estamos de acuerdo en que fue un accidente, ¿no es cierto? Sería incapaz de levantarle la mano a una mujer. Me puse loco cuando te vi tan dejada, sentí que no te importa gustarme. Que no me querés. Y yo estoy siempre perfecto para vos.

—Rafael, me siento mal. Me va a dar otro ataque de pánico, por favor, llevame.

—Sí, te llevo, tranquila, hago lo que me pidas. Pero antes vamos a bajar un cambio. Respirá. Respiremos juntos. Tomate la pastillita, que yo estoy acá con vos.

Así y de esa forma, la misma persona que me generaba los ataques de ansiedad era la única que lograba calmarlos.

Esperamos abrazados un rato más, los síntomas pasaron y después de una hora, ya acostada, me preparó un té y me hizo unos masajes hasta que me calmé.

Me levanté apoyándome en su hombro y empezamos a caminar hacia la puerta de la habitación. De repente frenó la marcha, me corrió el pelo de la cara, me secó las lágrimas y me susurró: *Te amo, Anita. Te amo*. Me dio vuelta, me apoyó contra la pared y, antes de irnos, hizo lo que tenía que hacer: descargar su veneno dentro de mi cuerpo.

***

Le pedí tiempo. Necesitaba frenar esa locura. Retomar mi terapia, que había dejado hacía más de medio año. Volver a trabajar. Ver a mis amigas. Los domingos familiares. Dormir.

Tiempo.

No aguantaba más. Mi cuerpo no aguantaba más.

Hacía meses que no comía como antes, no dormía como antes, no era la de antes. Sentía literalmente que me chupaba la energía. Como si cada vez que nos veíamos, alguien me hiciera una extracción de sangre y me quitara todas las fuerzas.

Nadie sabía lo que estaba pasando, simplemente porque para mí no pasaba nada que necesitara ser contado. *Esto es una relación*, solía repetirme él. *El problema es que nunca nadie te quiso como yo*.

Cada vez más insegura, odiando la imagen que el espejo me devolvía y con el deseo muerto,

evitaba verlo porque no quería tener relaciones.

Eso lo enfurecía más todavía y todo recaía siempre en mi supuesta falta de amor. En su terror a que lo abandonara y en sus reiteradas infidelidades.

La mayoría de las veces se las descubría, porque él no tenía los cuidados necesarios para mantenerlas en secreto. Finalmente, y cuando se hacía cargo de alguna, se justificaba diciendo que eran una forma infantil de llamarme la atención y demostrarme que encontraba en una noche lo que yo no podía darle en dos años de relación. Le preguntaba por qué no me dejaba en lugar de engañarme. Y me decía, con lágrimas en los ojos, que no podía. Que me amaba y que sin mí no iba a poder vivir.

Después de esa semana en que no lo vi, sentí que empezaba a respirar diferente. Le prometí no hablar con nadie acerca de mi estado anímico ni de los problemas que teníamos en la relación, pero, a cambio, le pedí que no se apareciera en mi casa bajo ningún concepto.

Apagué el celular y no toqué la computadora en todos esos días. Tan bien me sentía que le propuse a mi prima, que vivía en Chivilcoy, ir unos días allá a conectarme con la naturaleza, con la paz y el silencio. Sin decirle nada a Rafael, tomé un micro y me fui.

Sin mucha explicación más que estar en un *stand by* con Rafael, les avisé a mamá y a papá en dónde iba a estar, con la condición de que no le dijeran a nadie y mucho menos a él.

Ante cualquier urgencia, me llaman al teléfono de Agustina.

***

Quince días en que sentí vivir. Quince días de libertad. Quince días sin conflictos, sin mentiras, sin obligaciones, sin miedo, sin ataques de pánico, ni cansancio, ni ansiedad… Solo quince días.

Mientras tomaba sol junto a la pileta, mi prima se acercó con cara de espanto.

—¿Qué pasó, Agustina? ¿Qué pasó?

—Tu vieja me acaba de decir que le tuvo que contar a Rafael en dónde estabas, porque parece que algo grave le pasa, Anita. Algo muy grave. Pero mejor que te lo diga él… Viene para acá.

Les había dicho a mis viejos que su madre había tenido un accidente grave y que estaba en terapia intensiva. El pronóstico era malo.

Pero era mentira. Una mentira piadosa, según sus propias palabras, porque sentía que el que se iba a morir, si no me veía, era él.

Llegó con un ramo de flores, una caja de bombones y un paquetito chiquito que decía: “Es tuya”. Era la llave de su departamento. Y esa era su manera de pedirme que me fuera a vivir con él.

Lo abracé. Le di la mano y fuimos a caminar, mientras me contaba que había retomado terapia. Que lo estaba ayudando a entenderse a sí mismo, sus inseguridades, los motivos que lo

llevaban a mentirme por miedo a perderme, y que en ese poquito tiempo se había dado cuenta de que yo tenía razón. Volvió a pedirme disculpas, me prometió no abandonar terapia y de repente dejó de caminar.

Se puso frente a mí, sonrió y me tomó de las manos.

Tengamos un hijo, mi amor. Formemos una familia, Anita.

Me quedé dura. Helada. Y antes de abrir la boca, me hizo cerrar los ojos.

—Abrilos.

—¿Qué hacés ahí abajo, Rafa? —me reí nerviosa.

—Casate conmigo —dijo mientras ponía una alianza en mi dedo.

***

Me casé embarazada de dos meses.

Las cosas habían cambiado para bien y eso alimentaba mis ilusiones. De a poco sentía que todo había vuelto a ser como antes. Ese principio ideal al que tanto ansiaba volver.

La fiesta de casamiento fue sencilla. Papá no tenía mucho dinero para afrontar los gastos de un gran festejo, lo que disgustó bastante a Rafael. Decía sentirse avergonzado con un evento tan poco glamoroso, pero, sobre todo, le daba pena que, siendo la única hija mujer, no me valoraran. Para demostrar su enojo y defenderme frente a lo que él creía que era una humillación, decidió invitar solo a su familia cercana y a dos amigos que nunca me había mencionado.

Sentía tanto malestar, típico de los primeros meses de embarazo, que preferí no discutir. Al fin y al cabo, para mí lo importante de esa noche era otra cosa y no la plata que gastaban.

La dieta que hacía Rafael no le permitía tomar alcohol, sin embargo, esa noche decidió transgredirla. Borracho, en la mesa de sus dos amigos y sus respectivas parejas, se quedó allí durante toda la comida. Cuando llegó el momento del vals, mi papá lo fue a buscar y, después de un par de cruces entre ambos que podía divisar desde lejos, por fin me sacó a bailar.

—Esto es un papelón, Ana. Tu familia da vergüenza. Y yo siendo parte de este circo. Espero que te acuerdes de esto, para cuando te entren las dudas de si te quiero o no —me dijo al oído y, luego de una reverencia payasesca, me puso la mano en la de mi papá y volvió a sentarse en el fondo del salón.

El vals y el momento de cortar la torta fueron los pocos minutos que compartí con él. Sentía las miradas compasivas de los invitados. Bailé, me reí, atendí a la gente y también me tomé unos segundos para ir a llorar al baño sin que nadie lo notara.

A los quince días, Rafael consiguió un trabajo en Capital Federal, a una hora y cuarto del departamento. Entraba a las seis de la tarde y salía a las seis de la madrugada. El resto del día dormía y reservaba sus dos horas libres para ir al gimnasio.

Yo trabajaba cada vez menos. Como estaba embarazada, Rafael prefería que no hiciera

esfuerzos ni me estresara demasiado, para evitar ataques de pánico.

Entre los dos consideramos que era mejor que volviera a la casa de mis padres por una cuestión de seguridad. Él iría a visitarme el día franco y, una vez que naciera el bebé, volveríamos al departamento.

Durante los meses de embarazo no solo no tuvimos relaciones, sino que casi no nos vimos. Por su trabajo, no había podido acompañarme a las ecografías ni a las visitas médicas. Siempre iba con mi mamá.

Al sexto mes supimos que iba a ser una nena y, si bien Rafael hubiera preferido un varón para que continuara con el apellido paterno, se puso contento. Decidimos llamarla Candelaria.

El nacimiento estaba previsto para el 13 de enero por cesárea. Rafael pidió que así fuera porque no me consideraba capaz de dar a luz. Tenía miedo, tal como le decía al médico, de que en ese momento me diera un ataque de pánico.

No voy a permitir que mi hija nazca con alguna deformidad por culpa de ella. No me pienso arriesgar. Pero, además, yo tengo que avisar en mi trabajo con tiempo. Necesito estar organizado, no puedo ausentarme de un momento para el otro.

El ginecólogo, perplejo, pero viendo que yo no oponía resistencia, no tuvo otra opción que aceptar lo que él decía. Al fin y al cabo, era el padre. Y yo, la madre, no abrí la boca para decir lo contrario.

Fui al hospital con mis viejos, porque Rafael había ido una hora antes para prepararme la habitación. Flores, peluches, una canasta enorme de golosinas y cremas para las estrías eran los regalos que había arriba de la cama.

Mientras él esperaba recostado en la cama del acompañante, yo fui a parir.

—A que te la saquen —había dicho de forma contundente cuando me estaba poniendo la bata —. Parir, lo que se dice parir, es otra cosa.

La cesárea no tuvo complicaciones. Una vez que me dieron a la nena, dejaron entrar a mi mamá que esperaba impaciente en la puerta. Papá y Rafael se habían ido a tomar un café.

Al ratito me llevaron a la habitación. Cuando la partera trajo a la gordita en brazos, ellos llegaron.

Hermosa. Una gordita hermosa. No podíamos creerlo. La mirábamos y llorábamos de felicidad. Era la primera vez que lo veía emocionado a Rafael. Tenía el pecho inflado de orgullo, *es mía* —repetía—, *es mía.*

Rafael se quedó conmigo las dos noches que estuve en el hospital. Me cuidaba como si fuera una nena chiquita y se desvivía por atender a Candelaria. Aprendió rapidísimo, con la ayuda de

las enfermeras, a cambiarle el pañal y a ponerle la boquita en mi teta. Todo el mundo elogiaba la actitud de ese padre primerizo que se daba maña para todo.

Por fin sentía que nuestra hija venía a ordenar las cosas.

Cuando me dieron el alta, partimos hacia el departamento. Ni bien crucé la puerta, me avisó que en dos horas su familia llegaría a almorzar para conocer a la nena.

—Ahí compré todo para que prepares un pollo con papas. Yo me voy a tirar un cachito porque no doy más.

Le expliqué que tenía los puntos de la cesárea y que estaba muy dolorida. Apenas podía mantenerme en pie.

—Ana, tuviste un bebé, no estás enferma. No hiciste ni fuerza ni para traerla al mundo. Dejate de joder. Me tuviste de esclavo dos días… No seas caradura. Te dejé todo a mano. Despertame cuando toquen el timbre.

Hice lo que pude.

Todo ese día hice lo que pude con mi vida y con la de Candelaria. Realmente necesitaba una ayuda que él no estaba dispuesto a darme y, como nunca quiso a mi familia dentro de su departamento, me fui arreglando de manera intuitiva.

Cuando sus padres se fueron, me dijo que bajaría con ellos porque era su horario de gimnasio. *Cualquier cosa me llamás* —dijo, mientras daba un portazo.

Me quedé sola. Sola no, me quedé con una bebé recién nacida y una herida que aún no había empezado a cicatrizar.

Volvió a las once de la noche. Comió lo que había quedado en el horno y, después de una ducha, le dio un beso en la frente a la nena y se acostó a dormir.

Yo estaba rota, en el sentido literal de la palabra, y ni bien apoyé la cabeza en la almohada, me dormí. Alrededor de las dos de la mañana, Candelaria empezó a llorar. No quería molestarlo, pero no me quedaba opción. Lo moví un poco para despertarlo y que me ayudara a levantar a la nena de la cuna. La sacó de la cuna sin mirarla y me la alcanzó sin decir una palabra. Mientras estaba tomando la teta, empezó a vestirse.

—¿Dónde vas a esta hora?

—A dormir al auto. Necesito descansar y no voy a estar como un pelotudo levantando y acostando a una nena que si estirás la mano la podés tocar. No puedo creer que seas tan inútil.

***

No tenía fuerzas para discutir. Cualquiera fuera mi planteo, si contradecía su objetivo, no solo no me llevaba a nada, sino que el resultado era mucho peor. En silencio empecé a contar mentalmente los segundos para que se calmara o para que se fuera de una vez.

Miedo. Vivía con miedo.

Cuando terminé de darle la teta a Candelaria, la dejé junto a mí y me arrastré como pude para apagar el velador de Rafael. Mientras buscaba la tecla del cable, toqué sin querer su celular. Se lo había olvidado.

Fotos, mensajes, conversaciones, relaciones, historias, hasta otro noviazgo estaban en ese celular. Desde siempre, desde antes de aquel maldito sábado cuando lo vi por primera vez. El último *adiós, mi amor* terminaba minutos antes de que yo me fuera a parir.

Dormía durante el día porque durante las noches, después de dejarme en la casa de mis viejos a las cuatro de la mañana, se veía con una o con otra. Ivana se llamaba su novia y con ella vivía en otro departamento, por eso en el nuestro no había muebles ni ropa. Planeaban casarse a principios del año entrante.

No había trabajo en Buenos Aires ni en ningún lado. Pude deducir, a partir de otros mensajes, que todos los meses su madre le seguía enviando dinero.

A todas las mujeres con las que estaba les hablaba de mí: era la loca que no lo dejaba en paz y que le había *hecho* un hijo para quedarme con la fortuna de su familia. Le preguntaban por un supuesto juicio de divorcio, y él explicaba que por eso tenía que ser cuidadoso y prolijo con lo que hacía.

Asqueada, con ganas de vomitar, llamé a mi mamá y le pedí que en una hora fuera a buscarme.

Después te explico, ahora no puedo.

Así como estaba, y como podía, agarré mi ropa, la de la nena, y metí todo en un par de bolsas de consorcio.

Bajé. Le golpeé la ventana del auto, hasta que se despertó y abrió la puerta. Le revoleé el celular en la cabeza. Abrió los ojos, y sin decir una sola palabra, me agarró de los pelos y me tiró contra el capó del auto. Me insultó sin parar. Con la cara dentro de mis ojos y con un puño suspendido arriba de mi panza, me amenazó de muerte.

No sé cuánto tiempo pasó, pero para mí fueron días. Cuando abrí los ojos, había un patrullero en la calle y dos policías se le fueron encima. Lo esposaron. En ese momento llegó papá.

Esa fue la última vez que lo vi.

***

A las 24 horas lo dejaron en libertad.

Comenzó a amenazarme por teléfono. Me juraba que iba a vivir con miedo el resto de mi vida.

Después de mucho tiempo, una noche que me dijo que me iba a sacar a la nena y matar a mi papá, tomé coraje. Acompañada por mi mamá hice la denuncia en la comisaría de la mujer. Ese

día me enteré de que tenía ocho denuncias más por violencia de género.

Los ataques de pánico fueron en aumento y hasta el día de hoy sigo medicada. No puedo salir sola a la calle.

La última vez que supe de él fue por una noticia en el diario, donde salió en una foto ahorcando a su nueva novia en el balcón de su casa.

La causa penal sigue su recorrido y tomé la decisión de seguir hasta el final, no solo por mí, sino por todas las personas que ponen su vida en riesgo como la puse yo. Tiene prohibido ver a la nena. De todos modos, ella, que sabe todo lo que pasó, se niega a vincularse con él.

Diagnosticado como psicópata narcisista, empecé a hacer un tratamiento específico para poder paliar las heridas abiertas del estrés postraumático que hasta el día de hoy me siguen sangrando.

Hace menos de seis meses salió la sentencia de divorcio, que tuve que pedir de manera unilateral porque él se negaba a hacerlo.

No tengo dudas de que me enamoré del diablo. Ninguna duda. Viví en carne propia lo que se siente al estar al lado de alguien que goza de provocar daño en los demás. No hay más explicaciones que esa. La maldad existe.

La maldad por la maldad misma, la ausencia de culpa, la falta de arrepentimiento, de angustia y, por consiguiente, la imposibilidad de cambio, eso es lo que trabajo de manera constante para entender que nunca, pero nunca, va a modificar su comportamiento. Simplemente porque es de lo que él disfruta. Vive como un parásito alimentándose de la autoestima del otro que, a diferencia de lo que muestra, es lo que le falta. Hasta que, una vez vaciado, ya no le sirve para nada. Y lo descarta. Siempre lo descarta.

El diablo. Que siempre regresa, mete su cola solo para saber que no perdió su poder. Y una vez ahí, todo vuelve a comenzar.

El diablo.

El diablo existe.

No puedo ni siquiera pronunciar su nombre. De hecho, para hacer alusión a él me refiero como *el innombrable*, y todos sabemos de quién estoy hablando. Es una suerte de temor a convocar su presencia de alguna manera.

Cada vez que Candelaria tiene alguna actitud que me recuerda a él, pareciera que el pasado se hace presente y reacciono con una fuerza desmesurada. Esa que no pude tener en ese momento.

Voy aprendiendo con el tiempo a controlar mis emociones y a intentar no ver vestigios de él en la mirada de mi hija, lo cual me resulta bien difícil.

Nunca más pude formar pareja. Tardé años y todavía sigo tratando de entender que la única culpa que tuve fue habérmelo cruzado.

Estoy intentando amigarme con la imagen de mi cuerpo y comprender los mecanismos de sumisión, manipulación y abuso que padecí durante años.

De a poco trato de volver a la normalidad, pero me cuesta. El miedo nunca se fue y no estoy

segura de que alguna vez se vaya, mientras él siga caminando por la calle con total impunidad.

Vivo en un estado de hipervigilancia permanente que me impide confiar en la gente. Todavía no retomé mis actividades laborales ni sociales. Sigo viviendo en la casa de mis padres y, cuando me preguntan cómo aguanté todo lo que aguanté, siempre respondo lo mismo.

No lo sé.

Y así vivo. Con preguntas sin respuestas.

Con un dolor permanente en el pecho.

Disociada de mi pasado, como una forma de defenderme de la vida que hoy tengo por delante.

Con tristeza, culpa y mucha vergüenza.

Sin saber lo que siento. Lo que quiero. Ni qué me pasa.

Me dejó sin nada. Como si me hubiera violado el alma.

De él no recuerdo nada, solo la marca que me dejó. A pesar del dolor y de los daños que me causó, es como que no puedo asociarlo a mi historia. En su lugar hay un vacío. El mismo vacío que dejó en mi vida.

Como si todo ese tiempo hubiera estado dormida. Drogada. En otro estado de conciencia.

Hoy, después de tanta información, sé que lo que viví se llama “secuestro emocional”. Presa de ciertas emociones inoculadas estratégicamente por él, como el miedo y la angustia, permanecí bloqueada racionalmente. Respondiendo a cada evento de manera impulsiva y no inteligente.

Como todo lo que aprendí, me sirve para estar atenta para que nunca más me vuelva a pasar. De todas formas, lo dudo. No tengo ningún interés en nadie. A veces me parece tener roto el deseo. Ausente. Como si, en lugar de sentimientos, hubiera un pozo ciego.

Todavía hoy creo que el amor es lo más parecido a la muerte.

Agradezco estar viva por mí, pero, sobre todo, para preservar a mi hija de semejante monstruo. Sin embargo, no pierdo las esperanzas de reparación. Sé que lo voy a lograr con tiempo y ayuda. Tengo muchas ganas de salir adelante: de vivir.

Simplemente, de vivir.

Hace un mes, Candelaria me acompañó a tatuarme una frase en el brazo izquierdo. La elegimos juntas.

Ahora, justo ahora, la estoy mirando.

Hay finales que nos salvan

55

Para qué

Recién te leo. Primero te quiero confesar que cuando cayó tu nombre en el WhatsApp, al verlo, lo primero que hice fue resoplar con fastidio. Hacía rato que no me escribías, y pensé que me había liberado de vos.

Pensé mal otra vez.

Parece que tu amor hacia mí justifica que te manejes de manera egoísta e imprudente, imprudentemente, y me sigas pidiendo algo que ya te demostré que no tengo disponible para vos.

No sé qué más hacer. Somos adultos y pienso que, si alguien me rechazara de la forma en que lo vengo haciendo yo con vos, me borraría del mapa.

Es horrible ver tu falta de dignidad.

Tu poco orgullo.

La falta de sentido común.

Lo que te queda de amor propio.

Creeme que es horrible. Lejos de convocarme, me aleja. Me expulsa. Me tira del otro lado de tu vida. Me molesta.

Perdón por no querer. Pero no quiero. No te quiero. Y contestarte otra vez me genera un trabajo y un esfuerzo que sin darte cuenta no solo refuerza mi falta de amor hacia vos, sino que lo complica.

Te leo y me da bronca.

Vos me das bronca.

Estás en línea, y siento una demanda que no me interesa corresponder.

Tu amor en espera me asfixia. Me resulta insoportable. Una violación a mi privacidad.

No me pasa lo mismo que a vos y ya te lo dije.

Esta relación es asimétrica.

Funciona porque vos regás mientras yo estoy cuidando otras plantitas.

Mis respuestas son excusas.

Mis excusas son monosilábicas.

Mi tiempo para verte es el último en la lista de los deberes.

No tengo ganas.

No siento ganas.

No me pasa nada.

Esta no correspondencia debería ser suficiente para que te vayas. Para que des por frustradas tus intenciones de relacionarte conmigo.

No quiero.

Lo único que quiero es que te vayas.

No haberte conocido.

Me molesta tu presencia.

Tu timbre sin permiso.

Me perturba tu mirada.

Y no, por favor. Otra vez no.

No quiero un cafecito.

No quiero un regalito.

No quiero que me preguntes qué me pasa.

No me interesa saber que es de tu vida.

Dejame por favor, porque yo ya lo hice hace rato.

Dejame de todas las formas posibles.

No me cuentes.

No me pidas.

No me mimes.

No me escribas.

No me hables.

No me ruegues.

No me llores.

No me extrañes.

No me cuides.

No me nombres.

No me defiendas.

No me abraces.

No me invites.

No me ames.

No me quieras.

No me busques.

No me encuentres.

No me persigas.

No me digas nunca más que seguís ahí, para lo que yo necesite.

Porque si necesito, no es a vos a quien convoque mi deseo.

Sé que es muy fuerte lo que digo. Pero no puedo entender que pretendas curarte las heridas con la misma persona que te las genera.

No es acá.

No es conmigo.

Es fuera de mí.

No te quiero consolar.

No te quiero preservar.

No te quiero entender.

No te quiero escuchar.

No que quiero dar una sola cuota de esperanza.

Una cosa es que te responda y otra muy distinta es que te hable.

Lo siento.

Lo siento mucho, de verdad.

Pero para lo único que me sirve esta historia es para estar del otro lado. Saber a la perfección lo que se siente cuando alguien dice que no y del otro lado quieren entender lo contrario.

Recuerdo estar en tu lugar. Por supuesto que lo recuerdo y me agarro la cabeza con las dos manos.

Me da vergüenza ajena haber insistido cuando el otro no quería.

Haber pretendido escuchar lo que necesitaba oír y no lo que me decían.

Mentirme arriba de la verdad que en teoría yo pedía.

Ahora que te veo a vos, sé lo que debería haber hecho cuando el amor se inclinaba solo para un lado de la balanza.

Irme.

Debería haberme ido y llorar, claro que llorar el dolor de no saberme correspondida.

Pero no en el hombro que me están sacando, mi querido.

No te quieras apoyar en mi hombro, porque no está más.

¿Cuánto más abajo te pensás caer?

Y lo que es más importante…

¿para qué?

Preguntate para qué.

56
Trampa

Muchas veces nos quedamos atados a las jaulas que construimos para sentir que el tiempo que dedicamos no fue en vano.

Entonces nos quedamos lustrando barrotes y mirando con tristeza cómo nos metemos la llave en el bolsillo.

Ciertamente, a nadie le gusta volver a guardar el rompecabezas una vez que ya fue armado.

Sentimos pena.

Esfuerzo al divino botón.

Es que llegar, a veces, tiene eso: la paradoja de tener que seguir. Y para seguir, para evolucionar, muchas veces hay que desacomodar.

Pienso en los bebés cuando pasan de la etapa del gateo a la de caminar. Etapa conquistada, etapa superada, etapa agotada.

Es que el deseo siempre está en otro lado y, aunque nos produzca horror, hay que entender que en el mismo momento que tocamos la campana nos sentimos vacíos otra vez. Esa carencia es la que nos constituye como seres humanos.

Sí, claro, esa búsqueda constante y permanente que nos hace movernos de donde estamos.

Esto que digo no tiene nada que ver con la imposibilidad de disfrutar de la contemplación del logro obtenido. Nada que ver. Ni tampoco estoy hablando de éxito o fracaso.

Estoy haciendo referencia a saber que quizá, una vez logrado el objetivo, no se le parezca en nada a aquello que idealizamos.

Dicen que la ilusión no se come, pero alimenta. Y no está mal alimentarse mientras esa sea la energía que nos mueva hacia adelante. Pero la pregunta que le sigue de manera inevitable es la de saber si nos vamos a quedar en los escalones del medio simplemente para que valga la pena la inversión.

Pienso otra vez en él como bebé… ¿querría acaso vivir gateando o disfrutaría de su nueva conquista a pesar de tener que abandonar la cómoda etapa anterior porque ya su vida le pide otra cosa?

Solo hace falta verle la sonrisa iluminando la cara del bebé en cada nuevo intento de pararse con ansias de comerse el mundo. ¿No?

Explorar. El bebé quiere seguir explorando cosas nuevas. No le importa caerse si lo que sigue después está lleno de nuevas ilusiones que otra vez lo alimentan.

Así entiendo la vida: como un viaje. Donde la única conquista definitiva es la libertad interior.

Así lo creo. Así lo entiendo. Así lo quiero. Así lo anhelo.

Sin embargo, a veces cierro los ojos tan solo por un instante y, cuando los abro, me doy cuenta de que otra vez caí en la trampa.

Lejos de ser más libre, cada vez tengo más barrotes para lustrar.

Entonces, a veces, uno debería preguntarse antes de que se le pase la vida franeleando hierro…

¿Nos quedamos donde estamos por amor, por costumbre o por miedo?

57
Roble

No me gustan las frases de autoayuda.

Ni las cargadas con edulcorante.

Ni esas que hablan del valor que tiene el mate caliente a la mañana.

Son mentirosas.

Uno las lee, sonríe, las pega en la heladera y sigue buscando para dónde ir.

Dónde es que está eso que necesitamos para encontrar la paz.

Hoy escuchaba a un amigo que, mientras me abría su corazón, decía “es que a veces no sé para qué lado ir”, y yo, que lo tengo aprendido de memoria, lo que pensé en decirle fue que primero fuera para adentro.

Pero no se lo dije.

Porque no quería que pegara mis palabras en la puerta de la heladera y mi respuesta solo fuera un conjunto de letras que no dicen nada más que sonidos.

Sin embargo, después me tocó a mí.

Un poco angustiada, le robé la frase a él y horas más tarde se la dije a una amiga.

Y me dio mi propia respuesta.

“No te escapes, no huyas. Es adentro. La solución está en hacerte más fuerte vos”.

Esa frase, esas palabras cargadas de sentido y de afecto me salvaron el día y supongo que los que vendrán.

Porque, a veces, uno ya no sabe adónde hay que ir para sentirse mejor.

Para separarse de lo que nos duele.

Para volar lejos de la mierda irresuelta del otro que nos salpica.

Que nos tira el otro.

Que nos destruye del otro.

Y finalmente ella tenía razón.

A ningún lado.

Hacia adentro.

A crear el nido que vivimos buscando en árboles que no encontramos...

Adentro.

Hacernos fuertes.

A volvernos nuestras propias cuevas o quizá no.

Quizá se trate de apostar un poco más. Y no tengamos que conformarnos con tener huequitos donde acostar nuestros dolores, sino apostar a transformarnos en un tremendo árbol que los sostenga.

No más huecos.

No más huidas.

No más búsquedas.

Ser el roble que queremos encontrar.

58
No me buscaste

Decidí perderle el miedo a dejar que me abandones.

A veces uno suelta y recién entonces puede darse cuenta de que el otro se quedaba no porque elegía, sino porque era uno quien forzaba y retenía.

Me daba terror constatar que, si dejaba de poner semillas en el barro, pudiera ver cómo ya nada podía a crecer ahí.

Al principio me costó muchísimo deshacerme de mis hábitos. Tenía tiempo disponible que antes usaba en un “nosotros” inexistente y ahora, que había hecho la retirada, no sabía dónde ponerlo.

Tu ausencia dolía como un fuego prendido en mis dos manos. Sostener la abstinencia de vos me generaba ansiedad en el estómago. Dejar de mirar un teléfono que no sonaba me llevó varios días de meditación. Asumir que no sonaba, porque yo solté y vos te liberaste, dolía todavía más.

Pero tuvo que pasar de esta manera.

Confrontarme con mi miedo dejó en evidencia que no era un miedo zonzo. Era una verdad que quería evitar:

Me corrí, y desapareciste.

Dejé de tirar maderitas, y nadie ocupó mi lugar.

Confrontar mi temor develó una certeza que siempre tuve: no me querías.

“Quien te quiere te busca”.

Creo que fue la primera frase poética y berreta que aprendí en el jardín.

Una frase que hoy me tatuaría en la cara, antes de perder la razón y guiarme por mis emociones que malinterpretan la realidad que galopa fuera de mi deseo.

Quien te quiere te busca.

Pero, para que te busque, tenés que salirte del camino y dejarlo fluir al otro en su propia libertad.

Así lo hice.

Así fue como no me buscaste.

Quien te quiere...

Ya sabemos el final de la oración.

Soltar es darle lugar a la verdad que nuestra herida anticipada quiere evitar.

Pero una vez que el otro se manifiesta bajo su espontaneidad y no bajo nuestra insistencia, los liberados somos dos.

La magia, que me hizo hacer de tu mirada escasa un jardín lleno de flores hermosas, la tengo yo.

No perdí nada más que el miedo, porque *nada* es lo que siempre tuve.

Pero gané algo que no sabía.

Cuando alguien no te quiere, no hay méritos que lo puedan generar.

Amar no va de la mano con intentos y estrategias. Amar va de la mano con la libertad. Y si cuando uno se corre dos instantes se encuentra amando solo, ese dolor es inversión.

Me llevo mi magia.

Mi varita y mis semillas.

El amor y el tiempo dedicado a vos.

Mi insistencia, mi perseverancia, mi decoro y mi romanticismo hermoso.

Es momento de desarmar las valijas.

No. No tengo en vista a nadie a quien ir a cuidarle el jardín.

Tengo uno enorme esperando en mi casa.

Y aunque resulte una locura, estar tanto tiempo afuera hizo que ni siquiera recuerde que lo tenía.

Momento de habitar mi casa.

Momento de habitarme a mí.

59

Pienso

A veces asumimos que estamos pagando el costo de una decisión tomada allá lejos, un día en el pasado.

Asumir quiere decir aceptar.

Darlo por hecho.

Una especie de destino horrible pero inexorable, que viene pegado al lado de la palabra *consecuencia*.

Y yo me quedo pensando...

¿Quién elige esas consecuencias?

¿Quién decidió que este es el costo que tiene lo que compré sin saber cómo iba a funcionar hasta que no lo pusiera en marcha?

Es cierto que a veces uno tiene señales que nos indican que por ahí no es.

Es cierto que muchas veces escuchamos voces internas que silenciamos para no matar el cumplimiento de nuestro deseo.

Es cierto que en verdad lo que estábamos queriendo no era el resultado, sino tener la posibilidad de tenerlo.

Es cierto que la ilusión mete la cola y edita evidencias que uno puede llegar a vislumbrar.

Todo eso y mucho más puede ser cierto.

Pero ¿cúal es el día que uno entiende que la deuda está saldada?

¿Cuál es la fecha de vencimiento del autocastigo?

O lo que es peor...

¿Quién dijo que el castigo es lo que me libera del arrepentimiento?

¿Quién dijo que el castigo tenga que pisarnos la cabeza, el cuerpo y la autoestima?

¿Quién?

¿Quién fue?

¿Quién decidió el color de nuestra culpa?

Lo pienso en la violencia que viene desde afuera y uno la asume porque a ese que la ejerce lo elegimos nosotros.

Lo pienso en los sueños que no se cumplieron y uno los entiende como frustrados y entonces se deprime.

Lo pienso en los dolores que pudimos haberles evitado a nuestros hijos cuando vemos que duelen ahí, en una herida que lleva nuestro nombre.
Lo pienso...

¿Y qué pasa si decidimos que un día se terminó la deuda?
¿Y qué pasa si un día me doy cuenta de que esa deuda no era mía?
¿Y qué pasa si ese día decido dejar de pagar?

A mí me pasa la palabra *libertad*.
Liberación.
Cambio.
Posibilidad.
Futuro.

A mí me pasa despertar.

60
Plastilina

Días pasados, una situación personal me sacó los pies del camino que había elegido.

La vida es imparable y la única cosa que nos queda frente a esa potencia es frenar la marcha, cambiar la dirección de nuestras alas y volar a favor del viento que se dio vuelta en el medio del viaje.

Una de las cosas que frenaron junto con mis pies fue mi cabeza. Podría pensar que se quedó vacía y no estaría pensando de manera equivocada.

Trato de buscar los conceptos que tenía adentro y ya no me sirven.

Las metas que tenía hace una semana ya no quedan en el mismo lugar.

Mis prioridades, y las causas que las sostenían, se cayeron como un mazo de cartas.

Y la palabra *control* dejó de existir en mi diccionario.

Nada queda donde estaba antes porque cuando un hecho inesperado irrumpe no solo ya no hay nada: tampoco hay un antes.

Un día, todo parece empezar otra vez.

Un día, tenemos que empezar otra vez.

No siento angustia.

Ya no.

Siento la posibilidad que me abre la vida de ser consciente de lo que voy a elegir para seguir viviendo con un paisaje diferente.

No me pasa solo a mí.

A cada uno de nosotros le toca un golpe que nos rompe las estructuras y nos demuestra que no estamos hechos de porcelana.

Plastilina.

Mi cuerpo es de plastilina.

Mi piel es de plastilina.

El mundo es de plastilina.

Me toca reinventar un nuevo camino. Arremangarme de una vida que es cualquier cosa menos estable y quieta.

Y no está mal.

La hostilidad del mundo me golpea cada dos por tres y me vuelve a centrar en otro centro: no es así como tenemos que vivir.

No es así como quiero vivir.

No es así como hay que vivir.

De a ratos caigo en la trampa y me veo queriendo cosas que son solo eso: cosas.

Y por suerte, una nueva piedra en la cabeza me recuerda que no necesito nada en forma de objeto para ser feliz.

El mundo viene con paquetes de regalos que nunca abrimos porque nadie nos dijo que eran nuestros.

Tocarnos.

Olernos.

Mirarnos.

Escucharnos.

Probarnos.

Amarnos.

Cuidarnos.

Abrazarnos.

Disfrutarnos.

Elegirnos.

Vivirnos.

61

A verdad

Todas las cosas que me gustan son austeras.

La sonrisa que me sacás cuando me descubrís la jugada, por ejemplo.

No me enoja que me dejes en evidencia.

Lejos de eso, me doy cuenta de que me das la atención que se necesita para descifrar el lenguaje que no hablo por miedo a que te espantes.

Porque yo espanto.

Mi vida es una cosa extraña que no respeta el orden de lo normal.

A mí no me importa cómo queda lo que tiene que quedar. Yo suelo comportarme como un desastre que intenta disimular que lo es para no asustar tan rápido.

Pero el patrón que repito es absurdo.

Cuando el otro me compra la prolijidad que no tengo, me aburro y me voy.

Sé que lo pasé por encima, y todo lo que sigue es un plomo imposible de cargar.

Ahora, sentir que me despintás la fachada y que te divierte verme las paredes a medio revocar me da gracia.

Me descoloca.

Me siento descubierta y eso me da adrenalina.

Y en cuanto a vos, en esos momentos, te siento tan austero como yo.

Porque para tocar la pintura a medio terminar, es saber que estás más cerca del lodo que del asfalto.

Y a mí me gusta el olor a tierra.

A roto.

A pasto.

A río.

A fuego.

A verdad.

62
Siempre juntos

Te idealizo.

Te edito.

Pongo lo que deseo.

Saco lo que no me sirve.

Algo me toca la puerta de la duda y no le abro. Estoy ocupada.

No miro. Interpreto lo que necesito que no sea cierto.

Veo la cola del diablo querer colarse y la niego.

La justifico.

La reprimo.

La acondiciono.

Decoro lo simple.

Pongo flores donde no hay agua para que florezcan.

Las mariposas que aletean vienen de mi fantasía. No son el resultado de las palabras que espero pero nunca salen de tu boca.

Extraño la promesa de lo que va a suceder, todo eso que hasta ahora no tuvo espacio.

No fue tu culpa. Ya lo sé. Tranquilo.

Son cosas que pasan.

Espero el cambio que nadie pronunció.

Te doy un tiempo que nunca pediste.

Me conformo. No tengo problemas en adaptarme.

Hago contorsiones para coincidir cuando a vos te sobra un hueco.

Me cuentan cuentos donde vos sos el protagonista y los tiro a la basura.

Me vuelvo sorda.

Amo todo lo que me imagino que sos.

Amo todo lo que me imagino ser a tu lado.

Juntos mi amor.

Siempre juntos.

En mi corazón.

En mi cabeza.

En mis días y mis noches.
Siempre juntos, amor.

Hasta que la realidad nos separe.

63

A destiempo

El problema de las cosas que llegan a destiempo es que uno siente que no llegaron nunca.

Como tu amor, por ejemplo.

Ese que hoy está tan a deshora que lo único que siento se llama indiferencia.

Me dan lo mismo tu llamado, tus promesas y la explicación de tus miedos.

Tus deseos, tus ganas y el momento perfecto.

La valentía ganada, la madurez alcanzada y el resultado de tu propio encuentro.

Tu abrazo, tu contención a futuro y el camino del recuerdo.

Es que no puedo inventar un afecto que se murió por desnutrición.

No se puede.

No puedo.

La palabra *tarde* existe. Y cuando se hace presente con la potencia de su determinación, no hay nada ni nadie que la pueda transformar en algo posible.

Nadie puede tocar las horas del reloj.

Tampoco del reloj emocional.

Tal es así que ni pena me da.

64
Esto es un desastre

Dicen que uno siempre vuelve a los mismos sitios donde amó la vida.

La certeza del refugio que contiene nos brinda esa magia que nos dio alguna vez.

Uno siempre quiere volver a lo cierto.

A lo seguro.

Al pasado.

Bendita zona de confort.

Sin embargo, hace un tiempo algo me limita volver a vos.

Cuando uno cree que ya lo vio todo, de repente, aparecen sonrisas curativas que dan ganas de vivir, por el solo hecho de existir. Pero también, del otro lado y al mismo tiempo, barro. Siempre aparece el barro.

Podría haber vuelto a vos cómo lo hice siempre desde el día que te mudaste al Cielo.

Arrodillarme frente a tu foto y prenderte una vela. Como esa ofrenda que aprendí de ver a mamá rendirle a su propio padre, esperando que ocurra el milagro y escuche la palabra que necesito oír y no aparece en ninguna otra voz.

Pero no.

Esta vez no.

Saqué la muñeca de la cama y la subí a la mesita de luz.

Está durmiendo arriba. No está en penitencia. Pero tiene que empezar a dormir sola. Al menos de a poquito.

La que está en penitencia soy yo.

Esto es un desastre, pa.

A veces es solo un intento de sobrevivir a las catástrofes generadas por nosotros mismos.

Cuesta un montón.

Pero si vuelvo a vos cada vez que necesito amparo y protección, no voy a evolucionar jamás.

A veces tengo que dejarte ir.

Dejarte descansar y recorrer otros lugares que hagan huella dentro de mí, y entonces la palabra *volver* no me haga dependiente, sino adulta.

Necesito resolverme y demostrarme que estoy pudiendo. Entender que cada pozo es, simplemente, un pozo y no un motivo para pedir auxilio.

Al fin y al cabo, cuando hay paz, soy yo la que busca guerra. Ya nos dimos cuenta todos. Y yo también soy todos.

Lo sé.

Me tengo que hacer cargo de las cagadas que me mando. Y también, y sobre todo, aprender a disfrutarlas.

Aprender a disfrutarlas.

La vida es eso y, entonces, creo que te fuiste para que de una vez por todas crezca.

Aprenda.

Para que vea que puedo sola.

Y estoy haciendo eso.

Creando otros caminos.

Otros afectos.

Otras formas.

Recursos.

Amor propio.

Autocuidado.

Ser mi propio referente.

Para no tener que volver a vos por necesidad.

Para volver a vos solo para festejar.

65
No me diste nada

Recién te fuiste de casa.

No me diste nada más que un puñado de sonrisas que no significan lo que quiero que reflejen.

Pero en ese momento sé que se me iluminan los ojos que todos los otros apagaron.

Intento que la luz no se me note porque estoy acostumbrada a que después de un rayo de felicidad siempre venga la tormenta.

Sospecho que mi transparencia me juega en contra en este mundo donde las cosas que valen son las que se esconden.

Y, de hecho, ahora, y casi como evidencia, está lloviendo.

El cielo oscuro me avisa que el sol que tuve fue solo un instante que terminó cuando te cerré la puerta.

No me diste nada.

No te di nada.

Me da vergüenza mirarte y que veas mis expectativas clavadas en las pupilas.

Pero a veces escuchar mi propia risa me hace pensar que aunque dure solo un segundo es suficiente para devolverte todo lo lindo que me hacés vibrar, sin ánimos de querer hacerlo.

Pero no puedo.

Entonces al rato te mandé un mensaje. Te dije que el martes me iba a poder arreglar sola.

Me hubiera gustado decirte que el lunes y que el resto de los días de mi vida también.

Aunque todo fuera una gran mentira, mi mano escribió lo que mi corazón decía.

Es que quiero.

No quiero acumular momentos.

No puedo.

No puedo.

Porque en el fondo mis heridas saben que ese encuentro es nada.

Aunque mientras sucede, el deseo le dice al oído que eso es todo.

66
No recuerdo

Hay ausencias que crean presencia. Por ejemplo la tuya y ahora que te estoy necesitando y lo único que veo son recuerdos contra las paredes de cada habitación que paso a despedir.

Todos van a decirme que me estás mirando igual. Y que tu forma de acompañarme es desde adentro.

Que probablemente tu sonrisa se venga conmigo en una de las valijas y entonces no debería preocuparme por las palabras que me dirías en este momento.

Ya las conozco.

No se trata de eso.

No necesito consuelo.

Sé al pie de la letra todo lo que me dirías. Y también sé sin ninguna duda que estarías feliz, muy feliz, por este paso que estoy dando.

Por supuesto que lo sé.

Pero a veces uno necesita el cuerpo.

La mirada como apoyo.

El sonido real de tu voz reemplazando el recuerdo fugaz que suena en mi cabeza.

A veces los pasos que damos necesitan espectadores. Pero no me refiero a los aplausos ni a las miradas ajenas a nuestras vidas.

No pido la ovación de gente que no sabe lo que significa esto para mí.

Me importa que estés vos.

Y a veces (y perdón si pido mucho) necesito que estés al lado mío.

El Cielo hoy me queda lejos.

Perdón, papá.

Pero días como hoy donde piso tu ausencia crea una presencia dolorosa imposible de evitar.

Ya sé que estarías feliz.

Pero me falta cuerpo.

Tu beso en la frente.

Y tu boca diciendo que lo disfrute porque me lo merezco.

Y quizás acá me veas.

Ya estoy acostada en la cama.
Levanto la mirada mientras escribo y te recuerdo ahí.
Porque ahí estabas la última vez que viniste. Parado frente a mis ojos.
Vivo.
Hermosamente vivo.
Tiernamente vivo.
Amorosamente vivo.
No recuerdo.
Vivo.

67
Imagina

Dejar el pasado en el pasado, sin la posibilidad de entender qué hizo de la enorme y consistente montaña un cementerio de ruinas, es un desafío personal.

Implica muchas cosas, pero, sobre todo, es un golpe contra la idea de aceptación.

Solemos llenar los huecos de las respuestas que no existen con cuentos que nos contamos a nosotros mismos, porque hay un vacío que el otro no llena y entonces apelar a la imaginación es nuestra única opción.

Pero es peligroso.

El que imagina muchas veces alucina.

Hacemos recortes desparejos de la realidad y ponemos de relevancia elementos que solo le sirven al relato de la historia que estamos construyendo.

Aceptar que no hay nadie para contestar es asumir que hay alguien que perdió el interés, por algún motivo, en estar ahí, para acercarnos algo de tranquilidad con un conocimiento que, cuando no lo tenemos, nos angustia.

Pero ojo. Porque es en esa reflexión donde la falta de respuesta aparece atrás de la pared.

El otro tiene algo que no le interesa entregar porque no le importa reconstruir lo que se rompió.

Seguramente tiene la pieza que nos falta para armar el rompecabezas, pero no la entrega porque no tiene ganas de buscarla dentro del cajón.

Hay gente que deja el pasado en el pasado porque ya lo elaboró. Y la verdad es que no tiene ganas de retornar y revolver para ordenar una vida que no le corresponde.

Gente que sigue sin querer explicar los motivos de la defunción.

Está en nosotros pasarnos toda la vida de velorio, o animarnos a enterrar al muerto, sin saber de qué murió.

68
Lo reprimido

Transformar el vínculo que anhelo con vos en otra cosa distinta no modifica el deseo real que me empuja desde abajo.

Lo reprimido siempre va a intentar volver para satisfacerse.

Me voy a cambiar de traje para no perder lo que nunca tuve.

Y entonces seguiré escuchando tus amoríos mientras me voy sacando los puñales de forma silenciosa.

Y mientras vos me sigas preguntando cómo anda tu amiga, yo te voy responder, que acá está: mintiendo para no bajarse.

Porque arriba el autoengaño mantiene la motivación de las falsas expectativas.

En cambio, abajo la soledad no tiene escapatoria.

Se busca lo que se quiere de forma genuina “yo quiero esto”.

Y si no se puede alcanzar, habrá que retirarse.

El deseo nunca miente.

Por más que uno le ponga una careta.

69
Voló

Por tu culpa.

Le dice un nene de seis años a uno de siete cuando no puede meter la pelota en el arco y ve la habilidad del otro como una pierna atravesada en su camino.

No hay gente poniendo piedras en caminitos para que te vaya mal.

Son tus fantasmas.

Mirá para el costado.

¿No te das cuenta de que no hay nadie?

¿No te das cuenta de que tu enemigo imaginario festeja su propia vida mientras vos se la mirás por la ventana gritando “por tu culpa, por tu culpa, por tu culpa”?

A veces lo que duele se llama indiferencia. Y tu reproche es un berrinche en el piso para que alguien vaya al kiosco a comprarte el chupetín que el otro ya se comió.

Y no por jodido.

No para cambiarte la pisada.

Sino porque fue más piola que vos.

Y mientras vos veías cucos sobrevolando por el aire, el otro se los comió y se hizo enorme.

Fue solito.

Vio piedras, pero las corrió.

Y siguió.

Siguió.

La vida pasa.

Y vos seguís espiando, intentando copiar la habilidad que tuvo el otro.

Porque preferís ser un plagio un poco desfigurado y no tomar la potencia del coraje para ser vos.

Por tu culpa llevo cargando mochilas que no son mías.

Es una triste frase de una persona adulta que nunca creció, gritándole a alguien que ya voló.

Hace rato.

70

Vacío

Dicen que el amor es eso que te hace bien.

Y está bien así.

Está muy bien.

Al menos en el lenguaje de la salud emocional.

A veces, cuando me veo poniendo el ojo donde de regreso hay solo una bala, recuerdo que apenas estoy mirando el reflejo de mi propia carencia. Eso, que a mí me hace falta y que supongo que voy a adquirir de regalo, el día que tenga el afecto de quien estoy imaginando. Y digo imaginando porque solamente está existiendo en un pensamiento que intenta cubrir mi propio vacío.

Un vacío que intento llenar con una presencia que tiene que permanecer ausente como condición indispensable para que yo pueda seguir con mi proceso de idealización.

Idealizamos lo que no está disponible, y para que eso suceda, el otro me tiene que dar escasez, porque escasez es la clave que aumenta el valor en el mercado. ¿No? Si hay poco, entonces más lo quiero. Dios no quiera que se acabe.

Baja la oferta, aumenta la demanda.

Por eso cuando el otro da solo interés intermitente, me tiene atada.

¿Por qué?

Porque mi cabecita reconoce la escasez como medida de lo valioso: si falta debe ser muy importante. Por eso lo quiero. Y lo quiero ya.

Sí. Sí.

Hasta que lo tenga y toque la campana de la desilusión.

No me voy a transformar en lo que admiro del otro por estar con el otro.

Voy a seguir siendo yo al lado de alguien con sus propias carencias que tampoco va a llenar por estar conmigo.

Nadie tiene lo que quiere por contagio.

Nadie llena mi vacío por estar a mi lado.

Le voy a seguir mirando la vida, mientras que la mía quiere latir de forma distinta.

Estoy ausente de mí.

Y ese es el amor que hay que recuperar.

El propio.
¿Cómo?
Alimentándolo.
Dándole de comer.
¿Qué come?
Todo lo que sepa que le hace bien.
Pero para eso necesito estar presente
adentro.
Presencia adentro.
Ese es el amor que hace bien.
El propio.
Después de ese paso inmenso, puedo ir al encuentro de un otro que no necesite como solución.
Que no necesite como nada.
Porque el día que tenga en mí lo que me haga falta, el valor será mío.
Y una vez que sea valiosa por mis propios medios, recién ahí, voy a verle la cara al amor.
Ese es el que tan bien hace.
Porque como suelen terminar la frase: si no hace bien, estamos hablando de otra cosa.
Y otra vez, tienen razón.

71
Triángulo

Te mostrás como Víctima de tu historia.

La vida te engañó. Estás condenado a que nada te salga bien.

Me presento como tu Salvadora.

Vigilo que hagas lo que te sugiero para que tu vida cambie tal como NUNCA me lo pediste. Pero ser capaz de salvarte me empodera: “yo voy a darte lo que a vos te falta”, “valgo un montón”.

Y, de repente, me vuelvo tu Perseguidora.

Vigilo tus actos para ver si cumplís los deberes que te dejé. Mis expectativas me gritan que no los cumpliste.

Y yo te lo grito a vos.

Te molesta que me crea digna de juzgarte. Que te evalúe. Que te rete.

Te asfixio.

Te alejás.

Querés aire.

Me muestro vulnerable y te reprocho todo lo que te di y tu falta de agradecimiento.

Soy la Víctima.

Tu sentimiento de culpa me pide perdón y me venís a salvar de tu propio fastidio.

Dios mío. Ahora mi víctima está plantada como mi Salvador.

Vigilás mi afecto porque no querés perderme después de lo que se supone que me hiciste.

Empujado por miedo a un abandono inminente te visita la ansiedad.

Y sí, claro.

Empezás a perseguir mi afecto creyendo que así lo estás controlando.

Me enojo.

Entonces, cada uno agarra la silla donde sienta su nuevo rol y todo vuelve a empezar.

Víctima

Salvador

Perseguidor

Juegos psicológicos donde nadie gana. Todos pierden.

Desaparecemos de foco como todo aquello que deja de existir cuando pasa por el Triángulo de las Bermudas.

Nadie salva a nadie.

Nadie es víctima de su propia historia.

Nadie tiene el derecho de apropiarse de las acciones del otro.

Se devuelven los roles.

Cada uno en su vida ocupando su único puesto: hacerse cargo de uno mismo.

Porque la única forma de salir de estos triángulos viciosos es no entrar.

Nunca
entrar.

72
Inocencia

Esa gente que se enoja
Porque no entiende desde dónde y hasta cuándo voy a sostener mi inocencia
A pesar de las pruebas que tengo arriba de la mesa
Que dejan en evidencia mi defecto incorregible de seguir creyendo en lo imposible.
Cómo les explico...
Que es justamente mi ingenuidad
La que me despierta cada mañana
Y me da el regalo de sorprenderme de todo lo que veo y escucho.
De todo lo que toco y me toca.
De todo lo que hago y hacen.
De todas las posibilidades que guardan los baúles de las estructuras viejas y caducas.
De todo lo que aprendo y enseño.
Y que entonces todo el reclamo cargado de enojo que sale de sus bocas
Para que comprenda, de una vez por todas, que es mi mirada del mundo en el que habito
La que me deja susceptible de ser
Mentida
Engañada
Dolida
Y que probablemente sea cierto una vez cada tanto.
Sin embargo, cómo les explico
Que prefiero recuperarme de los daños a los que me expongo
A cambio de nunca resignar todo eso de lo que aún me sigo sorprendiendo, como una recién llegada a este planeta extraño
Porque eso que ellos ven como involución y les genera destellos de impotencia
A mí, es lo que me mueve la vida.

73
El día después

El día después fue el día que me di cuenta de todo lo que necesitaba.

Estar con vos fue la forma más evidente que tuve en la palma de mi mano de vislumbrar todas las ausencias que iban a coronar nuestros encuentros.

No me alcanza.

Eso que me diste lo tienen todos.

Lo ofrecen todos.

Los muestra a todos.

A mí me importaba el día después, donde ya pasado el rejunte de las ganas acumuladas se iba a ver la ventana sin la cortina del deseo insatisfecho.

Ahora que ya tenías lo que querías, llegaba a la orilla de mi cama lo que a mí me iba a hacer falta.

Y no estuvo.

Y no estará.

Y entonces recordé la causa de la postergación de ese beso.

Hay que revivir para recordar.

Eso hice.

Acordarme.

A veces pienso que me escudo en lo imposible porque es la forma más sana de no revolcarme en ninguna herida.

Porque cuando hay agua que riega la semilla, la tierra se hace barro y ya es imposible meter pisada.

No voy a caminar en telarañas de ramas que me enredan los pies para nada.

Ya estoy cansada de escuchar los mismos mantras.

No me interesan las causas, los motivos y todo lo linda persona que soy.

Somos un montón con los mismos rasgos que ameritan el afecto.

Pero el tuyo es poco.

Es estanco.

No me nutre.

No me mira.

Solo responde.
Y yo quiero que me lleven a volar.
Las letras del abecedario me las conozco todas.
No me digas.
No me expliques.
No me cuentes.
Porque el problema empieza justo cuando vos querés plantar bandera de la boca para afuera.
Y yo hace rato que no escucho lo que ya me conozco de memoria.
Y mucho menos, pasado el día después.

74

Se huele

Entiendo que me digas que le cuente lo que me pasa.

Estoy a favor de la liberación afectiva a través de la palabra.

Pero ciertas veces no tengo expectativas de darle un golpe en el cuerpo que le movilice las ganas que no demuestra.

Conozco esa teoría que dice que quizás él también estaría pensando lo mismo y entonces seríamos dos jugando al mismo juego de cartas, sin tener un mazo en la mano.

Pero esta es otra historia.

Creo que cuando hay ganas, no hay freno posible.

Que si la represión, el miedo y los pensamientos rumiantes le ganan al mensaje impulsivo, inevitable y arrebatado, algo más fuerte se esconde abajo que la probabilidad de que quiera y no pueda.

Ojo.

Mi caso es distinto.

Yo no hablo y no por especulativa.

Yo no le digo porque si hay algo que no me falla es la voz de la intuición. Y la escucho perfecto diciéndome que no hace falta que lo analice demasiado.

Ese impulso no lo tiene.

No le pasa.

No lo siente.

No lo suficiente como para decirme que vaya.

Que viene.

Que cuándo.

Que si pensé en él.

Que todo lo que pensó en mí.

Eso no existe.

Lo único que hay son palabras huecas que, de tan poco peso que tienen, logran dejar en evidencia lo que hay de su lado: nada.

Es que cuando no hay interés, todo es transparente.

Se puede pasar la mano de lado a lado y no te chocás con nadie.

¿Qué sentido tiene que le diga que lo extraño?

Las emociones se despiertan de adentro hacia afuera.

Explotan.

Que tire leña donde no hay fuego es solo un golpe en el medio de la tranquilidad de su indiferencia.

Aceptar que soy incapaz de prender la mecha de un fuego que no existe es triste.

Pero intentar prender donde no hay mecha es merecer que te cierren la puerta en el medio de la cara por desubicada.

Si hubiese querido, nada lo hubiera frenado.

Acá tampoco hay pared. Soy solamente un cartón y si te detenés un solo segundo me vas a escuchar latir.

Si no lo dijo es porque no frenó.

Si no lo dijo es porque no le pasa.

Que le cueste es una opción. Lo sé.

Pero hasta eso se nota.

La intención avergonzada pidiendo permiso, es un nene haciendo ruido sin poder evitarlo.

Y acá no hay nadie poniéndose colorado.

El miedo es otra cosa.

Se huele.

Y yo acá no huelo nada.

75
Espera

Insistimos como estacas que se atan al pie de una cama que nunca se abrió.
Porque reclamamos el cobro de nuestro tiempo invertido.
Es ridículo cuando habla la razón. Lo sé.
Pero saberlo no alcanza para retirarse vacío después de todo lo que puso.
Uno quiere un vuelto.
Una oportunidad.
Sentir dos o tres mariposas.
Algo.
Una esperanza barata.
Pero ¿irse con las manos sucias y sin nada después de tanto trabajar?
¿Quién es capaz de aflojarle a un ego pidiendo comida?
Queremos propina.
Dos pesos. Cuatro monedas. La palabra *gracias*.
Por supuesto que pusimos. Aunque eso que hayamos puesto haya sido
Expectativas, ilusión y deseo, uno los puso igual.
¿Retirarse, así como así?
¿Sin regalo y encima debiendo?
Debiéndonos a nosotros mismos
A nuestra propia moral
A nuestra consciencia
A nuestra autoestima.
Con menos energía
Menos energía
Menos amor propio
Menos tiempo
Menos…

Uno necesita ser reintegrado
Por eso insiste

Se queda, y redobla la apuesta:
Si pongo más, entonces quizá tenga más chances.
Pretende jugarle fichas a un número nuevo
Distinto
Virgen
Y empieza a armar un alambrado con los de al lado, para ver si al menos, y en menor grado, toca en suerte a los del costadito.
Parapeto.
Se arma un parapeto de nuevas ilusiones
Y vuelve a apostar.

Quedarse con las ganas y la intención en el bolsillo huele a rechazo.
Y rechazo va muy juntito a la palabra *abandono*.
Y el abandonado siente vergüenza
Una culpa extraña
Extranjera
Supone que algo debe haber hecho mal para que el otro no lo quiera
Por eso se queda a cumplir una condena que no le corresponde.
Paga
Paga de más
Paga con su amor desmedido
Con su incondicionalidad a prueba de balas
Con una fidelidad que nadie le pide
Se humilla
Se quita valor
Paga
Y como paga, quiere lo que le corresponde
Y se queda
Porque todo ese dinero que puso le llevo tiempo de ahorro
Y no es justo irse sin su compra.

Un duelo complicado de aquel que siente que le deben algo que nadie pidió
Una espera que duele
Que quema
Que no calma
Que nadie registra
Una espera que asfixia

Una espera de algo que nunca jamás será saldado
No hubo demanda, no hubo pedido, no hubo compra.
No hubo nadie.
Tan solo su ilusión.

Una espera interminable
Una espera eterna.

76
Milagros

Si te acercas, veo tu dolor.
Si te alejas, veo el mío.

DUENDE JOSELE

Soy Milagros Alarcón. Licenciada en filosofía y letras. Ejerzo la docencia desde hace diez años. Me cuesta un poco asumir que también soy escritora. Al no haber un título que lo acredite, uno nunca sabe cuál fue el día exacto ni quién le colgó la medalla de graduación.

Escribo novelas. Novelas románticas. Por suerte o por esmero, tengo publicados siete libros. Todos ellos fueron muy bien recibidos por los lectores, circunstancia que hizo de mí una persona reconocida más allá del ambiente puramente literario.

Desde muy chiquita encontré en mis palabras el privilegio de canalizar mis emociones y, sobre todo, de ir sanando mis heridas de abandono y de desamor.

Nunca me imaginé ni tuve como meta el éxito, sino que encontré en estas novelas una gran riqueza espiritual. Escribir me daba la posibilidad de recrear todas las historias que galopaban en mis pensamientos y que me hacían feliz de solo imaginarlas: como no las vivía, las inventaba.

Hacía menos de cuatro meses había publicado mi último libro. A los fines de publicitarlo, hice las presentaciones en distintos lugares de la Argentina y también en países vecinos.

En diciembre de 2016 fui invitada por el consulado chileno a dar una conferencia. Son pocas las cosas que me gusta hacer sola, y viajar no está entre ellas. Por eso, Marilina, mi amiga y representante, solía acompañarme y este evento no fue la excepción.

No era la única invitada, pero debo decir, aunque resulte antipática mi aclaración, que me habían dado el privilegio de ser la última presentadora. Esto convertía mi discurso en el más esperado. De hecho, los colegas que hablaban antes tenían treinta minutos de exposición, en tanto que el tiempo destinado para mí era de una hora y cuarto.

Más allá del reconocimiento, ese día no fue uno de los mejorcitos.

Me sentía un poco incómoda con mi cuerpo. Hacía tiempo que venía con un brote de ansiedad que intentaba calmar con todo lo que tuviera en la heladera. De a poco fui ganando kilos y

perdiendo la posibilidad de usar la ropa que tenía colgada en el placard. Me sentía fea, pesada, con la piel seca y con más arrugas que la semana anterior a mi presentación. Todo mi yo era un ser humano sin ningún tipo de expresión.

No estaba triste. Estaba amargada.

Hacía dos años que estaba sin pareja y, si bien tenía 35 años, la expectativa de formar una familia era cada vez más lejana. Es inevitable llevar el estado anímico en cada valija. La frustración venía conmigo y se alojaba en mi aspecto físico, fuera donde fuera.

Mi situación amorosa siempre tuvo el poder de arruinar el resto de las áreas de mi vida.

Nada tenía que decir de mis logros profesionales, pero eso no me alcanzaba. Yo necesitaba alguien con quien compartirlos. Alguien que me mirara. Que me cuidara. Que me acompañara. Que me esperara. Una pareja sana que le diera sentido al resto de mis actividades.

Por alguna maldición o algún tipo de gualicho, como decía Estela, mi tarotista de confianza, alguien oscuro se había ensañado conmigo y, debido a tan horrible circunstancia, mis historias de amor no fueron otra cosa que intentos fallidos.

El objeto de mi deseo estaba equivocado. Siempre, y en contra de mi voluntad, me veía atraída por personas con heridas, cicatrices, arrugas, perversiones y, encima, pretensiones. Emocionalmente no disponibles. Tipos casados, personajes infantiles, poco comprometidos, ambivalentes, drogadictos, conflictivos, evitativos, mentirosos, tóxicos y también algún que otro parásito. Esa era la tierra donde tiraba mis semillas.

Ernesto, mi terapeuta, solía repetirme que mi problema era que yo quería salvar a alguien que no tenía interés en ser salvado.

—Vos querés salvarlos, Milagros. Ser la salvadora. Hay algo en ese lugar que te da seguridad y por eso no lo soltás.

—No te contradigo, Ernesto, solo estoy diciendo que no me doy cuenta. Que no tengo la menor idea de los motivos que me llevan a estar ahí. Te lo juro.

En pos de mi sueño, lejos de abandonar las cosas por más complicadas que fueran, siempre hice todo lo posible para que alguna de estas relaciones pudiera prosperar.

Me fui transformando en un plato a la carta. Una especie de rescate de plastilina disponible para calmar cualquier tipo de rotura que había que sanar. Si para eso tenía que ser creativa y dejarme en último lugar, no escatimaba en nada. Desde la cuna aprendí que para ser querida me tenía que esmerar. Y así lo aplicaba en mi vida actual.

Ocupé lugares que no me correspondían, con la intención de cubrir todas las necesidades que el otro pudiera tener. Fui madre, amiga, enfermera, amante, psicóloga, morfina, bombero, cura, tarjeta de crédito, mueble, un objeto sexual.

Sin embargo, nada de eso funcionaba. En mi afán de salvar a quien no quería ser rescatado,

todos terminaban por necesitarme, pero ninguno de ellos pudo amarme. El resultado que me quedaba al final de estas historias era una sensación de haber sido estafada. Usada. Humillada. Pero, sobre todas las cosas, insuficiente.

Resultaba muy difícil entender qué era lo que me faltaba para que alguien me eligiera. Ni siquiera lo peor que había en el mercado lograba valorarme.

Siempre fui una persona atractiva, cuidada, agradable, sobre todo de más jovencita. Tenía una vida laboral ascendente, no necesitaba a nadie que pagara mis cuentas, no tenía hijos que criar. Condescendiente y atrevida en la cama. Una mina dispuesta para todo. Generosa. Solidaria. Compasiva. Una buena chica. Más no podían pedir. Pero lo loco de todo esto es que los que terminaban por dejarme eran ellos. ¡Ellos! Totalmente perdidos y al borde de un abismo permanente, un día se cansaban de mí y me daban una patada en el culo sin dudarlo. Así, tal como lo cuento. No era yo quien me cansaba de la piedra, era la piedra la que se cansaba de que tropezara con ella.

Dolor. Siempre me quedaba el dolor.

Tanto esfuerzo sin recompensa me tenía agotada, y ese agotamiento era lo que se me veía en la mirada, en el cuerpo, en mi andar.

Con algunas sesiones de terapia comprendí que, si quería cumplir mi proyecto de vida, tenía que hacer un giro urgente en mis elecciones amorosas. No tenía más tiempo para perder. Y ese era mi pacto interior: no recaer en ningún vínculo patológico que atentara contra mi felicidad.

—El problema con vos, querida Milagros, es que buscás problemas para entretenerte y olvidarte de los tuyos —repetía mi psicólogo—. No importa si son lo peor del mercado, como decís vos. Importa el poder que les das. El valor no lo tienen ellos, se los ponés vos.

—Entiendo lo que me decís, pero ¿por qué haría una cosa así?

—Se me ocurre pensar que, mientras estás cerca de estos especímenes, te ocupás de dolores ajenos, que sí, duelen, pero por lo visto los tuyos duelen más. No son más que el velo de tus propias heridas. Hasta que no te animes a atravesar tus propios fantasmas, nunca vas a resolver el verdadero conflicto. Estas historias no hacen más que recordarte que hay algo que tenés que elaborar. Y mientras eso no suceda, tu inconsciente, mi querida Milagros, no te va a dejar en paz.

***

Era verano, hacía 32 grados y la frente me goteaba desde que había salido de la ducha.

Entré en ese salón acompañada por Marilina. Me había puesto un pantalón negro bien sueltito y una musculosa de seda color gris oscuro. Un buen par de aros me daban la elegancia que no tenía, y una campera de cuero, totalmente fuera de lugar, ayudaba a disimular los kilos de más.

Hay dos partes de mi cuerpo que me obsesionan por su tamaño desproporcionado: los brazos y la papada.

Por haberme visto en fotos, era consciente de que el micrófono en la mano me obligaba a apoyar el brazo contra mi cuerpo, lo cual lo presionaba y aumentaba aún más el volumen que tenían en estado de reposo. La papada era más difícil de ocultar. Si bien sobresalía en los momentos en que me ponía de perfil, lo cierto es que siempre existía alguna parte del público que estaba condenada a ver esa zona de mi cara.

Intentá levantar la cara durante la charla y así se estira un poco, me aconsejó Marilina

Pero ya había hecho la prueba en una conferencia anterior y de propina me llevé un dolor en las cervicales que me dejó en la cama durante cuatro días seguidos.

—Ya está, Mari. Es lo que hay. Además, son todas mujeres. La verdad es que me da igual. Encargate de las fotos, que eso es lo que queda de recuerdo en mis redes sociales.

—OK, OK. Vos, relax.

Di dos pasos y sentí cómo se me iluminaba la cara. Sentadas, en una mesita, había dos personas. Frente a mí tenía la cara de él y de espalda veía el pelo de ella. No sé por qué motivo, pero no los supuse pareja ni nada por el estilo. Estaban bastante separados y se los veía conversar de una forma particular. Hermanados. Cómplices. Amigos. No lo tenía en claro. Pero novios seguro que no eran.

Cuando pasé por al lado, la escuché a ella casi susurrando: *es ella*. Él le sonrió y me miró sin disimulo.

—Hola, buenas tardes —saludé.

—Hola —respondió él, mientras ahora la que sonreía era ella.

—¿Los conocés? —me preguntó Marilina.

—No. Si recién llego. Pero me estaban mirando y saludé. Nada más —respondí un poco a la defensiva.

—Debe ser unas pocas veces que te vi saludar a alguien. Por eso pregunté.

***

La sala estaba llena y la gente, muy atenta. Mis dos colegas dieron sus presentaciones en tiempo y forma. Muy serios para mi gusto, pero estuvieron bien. El público formuló dos o tres preguntas a cada uno, y luego llegó el momento de mi presentación.

Frente a mí estaban ellos dos en primera fila. Ella le decía cosas al oído cada vez que yo relataba alguna parte de una de mis novelas. Él sonreía y asentía con la cabeza.

Hablé como la profesional que soy, como si nada pasara, pero dentro de mí tenía doce millones de mariposas chocando contra las paredes de mi estómago. Las hijas de puta hacían ruido. Querían salir.

Tranquilas, chicas. Están enloquecidas, me decía mentalmente mientras me acariciaba la panza como queriendo enviarles un poco de calma.

El público hizo sus intervenciones, contesté las preguntas que pude y, ante la mano de Marilina haciendo señas, di por terminada la conferencia de manera impecable.

Me tomé una copa de agua mientras llevaba mis cosas al lugar destinado a la firma de los libros, volví a tocarme la panza y sonreí.

Y yo que pensé que estaban muertas…

***

—Mili, hay cuatrocientas veinte personas en tu fila. Están contadas. Te pido por favor, firmá sin demasiada ceremonia porque no nos vamos más. Las fotos se las toman al final. Vos dejame a mí y no me contradigas con las acciones como solés hacer.

—Está bien, está bien. Voy al baño y empezamos.

Era cierto. La fila daba vuelta el anfiteatro, si no me apuraba, iba a estar por lo menos cinco horas con la cabeza gacha y una sonrisa impostada. Me cuesta no sonreír. El problema es la factura que me pasa la mandíbula horas después.

Empecé a sacar las cuentas mentalmente, olvidando dónde estaba. Los ojos mirando hacia arriba, como si tuviera una calculadora en la frente, me acompañaban en los cálculos.

Si por persona estoy por lo menos 30 segundos, entonces ¿30 por 420 son… 1200 horas? No, no. Algo estoy haciendo mal. Menos mal que me dediqué a escribir. Voy de nuevo.

No me alcanzaban los dedos, los ojos, ni la cabeza. Siempre fui muy mala para las matemáticas, pero esta vez, además de las cuentas, no estaba segura de estar haciendo el proceso correcto. Ya fue. Que sea lo que Dios quiera.

Al final de la fila. La puta madre, estás al final de la fila. Te vi.

Entré rápido en el baño, cerré la puerta con una llave imaginaria. Me tiré al piso, revisé los baños, constaté que no hubiese piernas colgando y me levanté. Vacié la cartera arriba de una mesada. Perfume, rímel, labial, un poquito de base por acá, otro poquito por allá. Me cepillé los dientes. Me puse derechita, me acomodé la ropa, un poquito más de perfume y respiré.

Apuré mi llegada al recibidor donde se encontraba el escritorio preparado para mi firma y comencé.

No sé qué cuentas había sacado, pero tenía la sensación de que los segundos ni siquiera llegaban a nacer. Veía a la gente pasar en cámara rápida: una firmita, una sonrisa, libro cerrado y el que sigue. En media hora tenía liquidado casi todo el salón.

Marilina estaba sentada sacando fotos, pero la pobre no llegaba a focalizar el lente que ya tenía una cara nueva en el vidrio. Cada tanto la miraba, la veía sonreír y un dedo levantado me confirmaba que eso era lo que tenía que haber hecho en toda mi vida de escritora: firmar y callarme la boca.

Tenía el corazón en la garganta y las mariposas habían vuelto a despertarse. Mariposas de

mierda. Que alguien me saque estas mariposas, por favor. La ansiedad que tenía hacía de mi firma algo realmente ilegible. Era tal la adrenalina que me recorría el cuerpo que no podía detenerme a dibujar la letra.

Una adolescente. Siempre en esos momentos me convertía en una torpe adolescente. Sentía cómo daba gritos por dentro, manifestando una felicidad desmedida, y notaba que mi patética vida dejaba de serlo en un instante para estar profundamente agradecida al universo por ser una privilegiada.

Eso era un hombre en mi vida: el sentido de vivirla.

Miré hacia arriba para tomar el próximo libro y ahí estaba él, con mi libro en la mano y una sonrisa en la cara. También estaba ella al costadito. Para no ser ordinaria, la hice pasar primero.

Eran los últimos de la fila, tal como había divisado en mi caminata hacia el baño.

—¿Qué tal? ¿Tu nombre?

—Emilia. Y te amo. Sos lo más. Me salvaste noches enteras… Lo que me hiciste llorar, con *Flores en el barro*, no te lo puedo explicar. Era el relato de mi vida.

—¡Ay, gracias! Decime, Emilia —investigaba mientras firmaba—, ¿estás con tu hermano, son de acá?

—No, no es mi hermano. Somos de acá, sí.

—Ah, ¿es tu novio? —seguía con mi interrogatorio, mientras escribía la dedicatoria más larga del mundo.

—No, tampoco.

—Bueno —sonreí—. ¡Tu amigo!

—No, no. ¿Por qué? ¿Parecemos novios?

—Sí. Hacen linda parejita —mentí.

—Dice que hacemos linda parejita —le comentó a él girando la cabeza. Miré su reacción de manera inmediata, pero ni se inmutó.

—No. No, somos nada. Nos conocimos a través de tus textos. Y todas las noches le mando algún párrafo que haya leído. Sos nuestro lugar de encuentro —sonrió.

Qué mierda era esa relación. ¿Un taller literario de dos personas por teléfono? ¿Tan difícil era mi pregunta? ¿Más complicada no me la podías hacer? Es simple. El parentesco, querida. El parentesco que los une.

—Bueno, gracias por venir, Emilia —sonreí mientras cerraba el libro.

Le pidió a él que nos sacara una foto, le avisó que se iba al baño y por fin se fue.

Él agarró una silla, se sentó al lado mío, me dio el libro en la mano y me dijo: *Alejandro. Me llamo Alejandro. Y vos sos una grosa. ¿Conocías Chile?*

***

Cenamos en el restaurante de al lado con mis dos colegas y sus respectivos editores, gente del consulado, Marilina y yo.

Alejandro me había dicho que era la noche de los museos en Chile, eso significaba que estaban todos los museos abiertos. No sé si había sido un intento de invitación o si simplemente me estaba notificando.

—¿Es muy grande Santiago? —pregunté

—Y… depende para qué —contestó mi colega Patricio.

—No, lo que pasa es que me dijeron que hoy es la noche de los museos y tal vez…

—Olvidate, un embole. Y además, si estás a pata, no lo podés hacer.

Renuncié a cualquier intento de buscar al príncipe que me había dejado el zapato arriba de mi escritorio hacía menos de una hora. Saludé a todos con la mano y un *nos vemos mañana en el desayuno* coronó mi retirada. *Adiós*, contestaron en manada.

Adiós.

Marilina decidió quedarse un rato más con ellos. Llegué al hotel, que estaba frente al restaurante, me di un baño y me metí en la cama. Agarré el celular y, mientras bostezaba, me puse a ver las fotos que me había mandado Mari cuando estaba en la ducha.

Solamente diez fotos, casi idénticas, eran el recuerdo que me quedaba de esa noche.

—¿Qué es esto, Mari?

—Mili, por favor. Te conozco. Hacía tiempo no te veía con esa sonrisa.

—Me muero. Gracias. Se llama Alejandro —le respondí—. ¿Vos viste lo que era esa cara?

—Ja. Sí. claro que la vi. Divino. Mañana vemos cómo hacemos, ahora descansá.

***

Mi infancia fue una porquería.

Nací dos años después de la muerte de mi hermano José. Según me contaron mis padres, estaban los tres yendo a veranear a Mar del Plata. José, después de un largo rato, se había dormido en el asiento de atrás del auto. Mamá y papá aprovecharon ese momento de silencio para cebar unos mates y conversar. Había muchos autos en la ruta, como era de esperar en esas fechas, pero, como no tenían apuro, se lo tomaban con bastante tranquilidad.

Ellos no tenían apuro. Pero un Renault 9 rojo, que —como constataron las pericias— estaba a cinco autos detrás, pareció indicar que sí. El conductor quiso avanzar y, calculando mal la distancia, no llegó a ubicarse delante del auto de mi papá. En el intento se dio de frente con un

camión que venía en la mano contraria y en un segundo, la fatalidad.

El conductor del camión terminó en el hospital y murió en menos de veinticuatro horas. La familia que venía en el Renault falleció en el instante, al igual que mi hermano José, que, sin llevar puesto el cinturón de seguridad, se estrelló contra el parabrisas y dejó de respirar.

Mis papás decidieron acomodar la historia para el resto de nuestros familiares porque temían ser juzgados de irresponsables al dejar a un nene sin cinturón en el medio de la ruta.

Llevaron ese secreto hasta hoy y fue lo primero que me enseñaron que tenía que guardar. El secreto del accidente se perpetuaba en mí inconscientemente.

En cuanto a mí, decidieron darme el beneficio de saber la verdad a los 9 años. Edad en la que ellos consideraron que podía cargar con esa información, y además para que entendiera la causa de la vida que llevábamos.

El duelo de mis padres nunca terminó. Según entiendo, nunca empezó. Era tal la culpa que sentían que, no sé si de forma deliberada o inconsciente, decidieron dejar de vivir sin morirse.

En algún momento de poca lucidez planearon tener otro hijo. Intuían que, si alguien ocupaba el lugar que había dejado José, encontrarían una posible salida a tanto dolor y un motivo chiquito, al menos, para volver a desear. El llamado hijo arcoíris. El que viene a plantar una semilla en un campo vacío de esperanzas. El que es capaz de mostrar que, después de una tormenta, el mundo puede volver a llenarse de colores. De imágenes bellas. De rayos de sol.

Así nací yo. Como un objeto de reemplazo que nunca logró cumplir con los objetivos de mamá y papá. Nunca fui ese arcoíris. Tan solo fui la prolongación de un dolor imposible de calmar. Mi luz no fue lo que esperaban que fuera. Eso fui.

Un intento fallido. Un fracaso.

Si bien ellos estaban presentes física y económicamente, no lo estaban emocionalmente. Yo tenía lugar en su vida diaria, pero no en su vida afectiva.

El dolor que sentían por la muerte de José era más fuerte que el amor que sentían por mí.

Papá trabajaba todo el tiempo fuera de casa. Cuando volvía, cenaba, me daba un beso en la frente, me contaba un cuento sin gesticular y, mientras caminaban sus pies pesados hacia la pared donde estaba la luz de mi cuarto, cumplía con el mismo ritual: frenaba, sostenía la pared con la mano derecha, respiraba hondo y hacía un leve movimiento intentando sacar una leve sonrisa sobre su hombro.

—Hasta mañana mi amor, cuidá a tu mamá que no está bien. ¿Sabés?

—Mmmj —respondía yo, moviendo la cabeza como los perritos decorativos que van en los autos.

—Sos una buena hija —respondía la espalda de papá, mientras desaparecía por la puerta de mi habitación—. Una buena chica.

Mi mamá se la pasaba en la cama y solo se levantaba pocas veces, en general, para ir al psiquiatra a buscar las pastillas que le recetaba, pero que no le hacían efecto.

Yo me acurruqué en mi propia vida y traté de hacer el menor ruido posible para no generar un solo disgusto a esas dos almas en pena que la vida había castigado.

No tuve toboganes, ni hamacas, ni fiestitas de cumpleaños. Tampoco amiguitas durmiendo en casa. Disfrutar estaba mal visto con semejante cruz. Un lujo que no nos correspondía.

Comprendía a la perfección, a pesar de mi corta edad, e intentaba esmerarme todo lo posible para lograr que ellos me vieran y calmaran ese desgarro que vivían por dentro. Pero eso no sucedía y, a pesar de esforzarme para ser una buena chica, ese milagro, que esperaban que cumpliera, no pasaba.

Milagros… Solo pude portar el nombre. Pero nunca las expectativas.

Sin embargo, el terror que tenía a que mamá un día se quitara la vida no me permitía abandonar la lucha. No quería quedarme sin ellos. Veía en sus ojos lo que significaba la muerte de un ser querido y, de solo imaginarme estar en ese lugar, lloraba de manera intermitente y a mares.

Mamá cada tanto se levantaba de la cama, me abrazaba fuerte fuerte y me pedía perdón.

—Perdón, mi amor. Perdón. Hago lo puedo.

—Ya sé, mamá. Quedate tranquila que yo estoy bien.

Y de alguna manera encontré mi forma de estarlo. O por lo menos de actuarlo.

Salía de casa y simulaba que todo estaba perfecto. Siempre contenta. Siempre alegre. Siempre con una sonrisa en la cara. Me hice una especialista en esconder mis emociones. En silenciarlas. En asesinarlas.

Aunque no quisiera, no encontraba más opción que mentir.

Tenía mis excusas para mis amigas cada vez que querían conocer mi habitación.

Como en el colegio era una alumna excelente, no necesitaban más que de la firma de mamá y papá a la entrega de los boletines. Firma que me salía a la perfección.

En cuanto a las veces que fui abanderada y ellos se ausentaban, les explicaba a las maestras y, de más grande, a las profesoras, que los dos trabajaban y que no podían faltar, pero que el festejo lo hacíamos en casa, con familiares y amigos del barrio. No quería preocupar a nadie. No quería ser el problema de nadie. Lo más desapercibida que podía pasar mi vida, mejor. Pero, sobre todo, tenía que mostrar un falso estado de bienestar y perfección si pretendía que nadie más me rechazara. No necesitaba la pena de los demás. Todo lo contrario.

Era una impostora. Una actriz.

Cada vez que volvía de la escuela, me sentaba en la mesa de la cocina, donde el cuerpo de mamá me esperaba para mirarme comer el sándwich que me había preparado. Me preguntaba cómo me había ido casi como un ritual.

¿Cómo te fue, mi amor?

Yo, mientras intentaba encontrarle la mirada perdida en el accidente de mi hermano, le contestaba que bien, que había aprobado, que me habían felicitado, que había salido mejor compañera, abanderada. Pero nada alcanzaba para traerla de regreso.

Ella hacía un gran esfuerzo para que yo pudiera verle una sonrisa melancólica en medio de la cara. Ese paisaje y una mano que me pasaba por la mejilla eran su intento de acompañarme.

Te felicito, mi amor. Sos una buena chica. Levantaba el plato, el vaso y volvía a acostarse.

La encargada de la cena era yo, mientras que papá colaboraba con el lavado de los platos. Pocas palabras durante la comida y la tele de fondo eran el entorno en el que fui creciendo.

Ellos me necesitaban a mí, y eso estaba más que claro. Como yo no tenía adultos a la vista, mi vara de referencia para tomar decisiones era yo misma, tuviera la edad que tuviera. Lo único que me guiaba en cada elección era la conciencia plena y absoluta de saber que la única persona que estaba para hacerse cargo de las consecuencias era yo.

Eso lo hizo muy fácil para mí, porque no tomé demasiados desafíos. Sin un claro discernimiento de lo bueno y lo malo, siempre fui a lo seguro y, para que fuera seguro, solo tenía que ser una buena chica.

Mi carrera fue una belleza que festejaba yo sola. Y mi escritura, mi lugar de retirada. El lugar donde había aprendido a mecerme yo sola como un bebito recién nacido.

De esa forma crecí. Esforzándome para ser la más querida, la más reconocida, la más valiosa. De adulta canalizaba mis ansiedades irresueltas con algunas compras compulsivas, con pastillas para dormir y con oscilaciones de peso, que intentaba regular muchas veces con alguna sustancia mágica para adelgazar. Todas esas pequeñas conductas adictivas, según las llamó mi psicólogo, no hacían más que poner de manifiesto el hambre de amor que no podía colmar.

Sé que soy una excelente persona, pero con un vacío imposible de llenar. Crecí sin el respaldo de mis viejos. Si me llegaba a caer, no tenía quién me atajara. No tenía más seguridad que la que me daba el éxito de mis libros y mis clases como docente en la universidad. No dudaba ni por un minuto de que mis papás me quisieran, sé que es así. Pero está claro que no fui suficiente como para convertirme en el milagro que ellos esperaban de mí.

Mi presencia en este mundo no bastó en esta vida para hacerlos feliz.

Por suerte fui construyendo grandes amistades y también, cada tanto, formaba relaciones buscando el amor que me faltaba. Sin embargo, lo único que encontraba era todo lo contrario. Parecía increíble, pero sabiendo perfectamente lo que necesitaba, iba para el lado contrario. No, no me gusta sufrir. No soy masoquista. Es que cuando uno tiene hambre, evidentemente no elige bien la comida, y lo que me ubicaba en esas relaciones nada tenía que ver con la búsqueda de un sufrimiento.

Yo no buscaba en lugares donde estaba lo que quería. Buscaba en lugares donde sabía desplegar las herramientas que había adquirido desde chiquita. Eran lugares que me resultaban cómodos. Conocidos.

Familiares.

***

Eran las diez de la mañana. Marilina me esperaba en el desayuno con un papel en un sobre y una cara de feliz cumpleaños que no podía disimular.

—Abrilo, tarada.

—Ay, ¿qué es?

Alejandro Mendoza
56 9 7154 5883

—Marilina, por favor. ¿Cómo hiciste?

—Fácil. Revisé el listado de los 1506 participantes de la conferencia. Había solamente 34 varones. Y tuviste la suerte de que uno solo se llamara Alejandro.

—Pero ¿y el teléfono?

—Lo piden por cualquier cosa que haya que notificar, no entendés nada.

—Me muero. Me muero, boluda. ¿Y qué? ¿Qué le digo? Quedo como una desesperada. No quiero quedar así.

—Bueno, desesperada estás…, pero intentá aguantar hasta llegar a Buenos Aires y ahí le mandás un mensajito. Fijate qué onda.

—Te amo, amiga, lo sabés, ¿no? —la abracé por encima de la mesa.

—Sí. Lo sé. Me gusta ver cómo te convertís en una pendeja en un instante —sonrió, mientras se sacaba el pan con mermelada que le acababa de tirar arriba de la pollera.

—Ahora desayuná, que a las siete de la tarde tenemos que estar en Viña del Mar para tu próxima charla. Mañana tempranito nos vienen a buscar para llevarnos al aeropuerto.

—Te amo, boluda.

—¡Coméee!

***

5 de enero de 2017

Hola, Alejandro. Soy Milagros Alarcón. Disculpame el atrevimiento, pero hace unos días recibí las fotos de la conferencia. Pensé que te gustaría tenerlas. ¡Te las paso!

Hola, Milagros, ¡¿cómo estás?! Ja. Se entusiasmó el fotógrafo parece. Están buenas. Gracias por

mandármelas.

Sí, sí. No sé qué le pasó. Igual hay miles, pero seleccioné las que estabas vos. En cuanto a tu número de teléfono, te quería decir que…

¡No pasa nada! Estaba a punto de salir a ver a un amigo que toca en una banda. Pero todavía tengo un rato. Contame.

No, no. Te dejo tranqui. Hablamos mañana. No te quiero interrumpir.

No, pero es que también quiero hablar con vos. Charlemos y cuando me tenga que ir te aviso. No hay drama. ¿Qué andás haciendo?

Yo bien. Un poco cansada. Recién llego a casa. Fui y vine para todos lados, me estaba por sentar a escribir y me acordé de que tenía estas fotos y me decidí a mandarlas. ¿Tus cosas?

Siempre hago lo mismo. Me corro de la escena de manera inmediata. Creo que mi vida es un embole y, además, a los fines de conocer a alguien, no me motiva estar hablando de lo que yo ya sé. Me aburre escucharme a mí misma. Ya me conozco la historia y también sé con detalles lo que hice en el día. En cambio, el otro es un desconocido para mí. Lo quería escuchar. O al menos leer.

Alejandro no tenía reparos en hablar de sus cosas.

Estaba separado hacía ocho años. Tenía una hija que era la luz de sus ojos. Era dueño de un local de ropa en Santiago. Le gustaba compartir el tiempo con amigos, jugar al fútbol, hacer deportes y cada tanto fumarse unos porros. *La noche me encanta,* me repitió más de dos veces. *Es mi perdición.* Su mamá estaba casada con Julio, alguien a quien él quería mucho, y a su papá hacía mil años que no lo veía. *El loco se enamoró, se separó de mi vieja, se fue a vivir a Brasil y nos clavó a mi hermano y a mí. El capo no volvió más. Un genio.*

En cuanto a la separación, supe que lo pasó bastante mal y que, si bien hacía muchos años que se habían separado, no lo había podido superar.

Me la mandé, me la mandé y perdí la familia que estábamos construyendo. No me lo perdono. Ese es el problema. Que toda mi vida quise no repetir la historia de mi viejo, y estoy acá, solo, viendo a mi hija tres veces a la semana. Y no me acostumbro. No lo acepto.

Pero ¿la engañaste?

La volví loca. Esa es la verdad. Fue una etapa muy dura de mi vida. Estaba muy metido en la noche, hacía cualquiera, hasta que un día se cansó. Con toda la razón del mundo, se cansó. Y yo

soy un tipo que no supera las cosas. Me estanco. Y me tiré mal. Estuve dos años tratando de salir. Pero bueno, Milagros, qué se le va a hacer. Acá estoy. Haciéndome cargo de las consecuencias y mirando para adelante.

¿Y la chica que estaba con vos, quién es?

Pregunté, totalmente incoherente con el momento del diálogo que estábamos teniendo.

¿Emilia? Una amiga. En realidad, tenemos una historieta pero no va. Ella está casada, el tipo es millonario, y nada, está del otro lado del muro para mí. Yo soy de barrio. No necesito mucho más que a mis afectos para ser feliz. Intentamos dejar de vernos un par de veces, pero nos queremos mucho. Como amigo, digo. El flaco me da lástima, te juro, eso es lo único que me pone mal. Pero bueno. Es algo que tiene que resolver ella. No yo. Hablando de Emilia, ni le digas que estamos hablando porque te ama. Se llega a enterar y me mata.

Pero si me decís que no tienen nada serio…

Sí, pero es loca. Haceme caso. Es recelosa.

OK, igual no tenía intenciones de contarle. Solo te mandé unas fotos donde estabas vos. Nada más. ¿No se te hace tarde?

Sí, ya se me hizo tarde. Pero estoy hablando con Milagros Alarcón, no me lo puedo perder. Además, te toca contarme vos. No me dijiste nada.

Acá estoy, atenta.

Empezamos a hablar a las ocho de la noche y cortamos a las dos de la mañana. En menos de siete horas ya sabía todo lo necesario para borrar su número de teléfono, junto cualquier tipo de ilusión.

Alejandro estaba hecho pelota. Con una infancia atravesada por el abandono de su padre, desde chico empezó a drogarse. Era un divorciado con un duelo sin superar. Le gustaba la noche más que la comida. Le dolían los domingos tanto como ver a su hija crecer y despegarse de él. Tenía una relación con una mina casada, que seguramente era una relación tóxica. Su autoestima estaba por el piso y, según me adelantó, su negocio estaba en la lona. Y, por supuesto, no me olvidaba de un dato que supe de entrada: vivía en otro país.

Pero, lejos de disiparse, mi deseo se intensificaba cada vez que encontraba alguna oposición o dificultad para concretarlo.

Sabía que era difícil. Las palabras de Ernesto resonaban en mi cabeza como un mantra, pero,

por algún motivo, no podía renunciar al intento. Esfuerzo. Solo tenía que dedicarme y poner esfuerzo.

Ser una buena chica.

***

A pesar de las contingencias, seguimos conversando diariamente durante largos días. Empatizamos e intimamos de manera inmediata. Al mes quise revertir la historia de mi vida. Tomé coraje y le escribí bien temprano.

> Mi amor, avisame cuando te pueda llamar o, si no podés, te dejo un audio y, cuando te desocupes, me llamás.

> ¡Mili! Buen día, amor. Dejame un audio, dale, mejor. Tengo gente en el negocio. Te escucho y te llamo.

> OK. Ahí voy. Mirá, quiero ser honesta porque creo que somos adultos y tenemos la confianza para ser sinceros. La historia es así. Me gustás. Me encantás, y lo sabés, pero mi intención no es tener una relación de este tipo. Estaba pensando que, o bien tomamos el compromiso de llevar esto adelante y vemos cómo podemos ir organizando la relación o, si no, creo que deberíamos cortar acá. Ninguno de los dos está para invertir tiempo en algo que no va a suceder. Y yo tengo todas las pilas puestas, pero necesito que también las tengas vos. Sé que es difícil, pero al fin y al cabo solo nos separa una cordillera.

Más allá de mi ansiedad, estaba contenta por el gran paso que había dado. Había jugado todas las cartas, y era la primera vez en mi vida que le demostraba a alguien que lo que yo quería ya no se negociaba. Me estaba comportando como una mujer segura. Con dignidad.

Cuatro horas después, el sonido del teléfono me anunciaba que tenía un audio de Ale.

> Entiendo lo que me decís. Quiero que sepas que las dudas que tengo no son por vos, sino por mí. Tengo mucho miedo de desilusionarte. Que me salga mal y volver a sufrir. Tampoco tengo muy en claro si voy a poder manejar el tema del consumo, pero no me puedo perder esta mujer. Vos estás loca, Milagros. Mirame a mí y mirate a vos. ¿Estás segura?

Se rio tímidamente. Hizo un silencio que me comió el estómago y por fin respondió.

> Pero ¡sí, claro que sí!

Terminé de escucharlo y me llevé el celular al pecho. Emocionada. Feliz. Con taquicardia.

Contenta. Muy pero muy contenta. Y escribí.

A la noche te llamo, mi amor. Estoy feliz.

Yo también estoy flasheado. Un locurón todo esto. Besitos, amor.

***

Lo primero que decidimos fue que viajara yo. Él tenía una hija y además estaba a cargo de su negocio. Tampoco estaba en una buena situación económica para viajar todos los fines de semana, tal como estábamos arreglando.

Yo tenía muchas más libertades. La escritura me permitía trabajar en cualquier lado y, mientras me fuera un viernes a la noche y regresara los lunes a la mañana, no tenía problemas con mis clases en la facultad. También pensé en los fines de semana que tuviera que viajar por alguna presentación. Él podría acompañarme y por supuesto que se lo hice saber. Pero no estuvo de acuerdo.

Te agradezco, pero ni loco agarro un viaje con guita que no es mía. Además, hay fines de semana que la tengo a Sofía. No me los quiero perder. Te dije, estoy bastante enquilombado.

Bueno, no te preocupes por eso. Yo arreglo con Marilina para que me organice la agenda en función de los días que la ves, después me los pasás y yo lo arreglo. ¿Te parece? Y en cuanto a los viajes, no seas tarado, Alejandro. Yo voy a parar en tu casa cuatro veces al mes, y no creo que me cobres el alquiler. Cuando vengas a Argentina, ¿te vas a pagar un hotel?

Eso es otra cosa. Mientras pueda, prefiero hacerme cargo de mis cosas y, si no las puedo pagar, no las haré.

OK, mi amor, como digas. Mañana averiguo los horarios de los vuelos y te aviso a qué hora del viernes llego.

Y terminé la frase con lo único que no tenía que volver a decir: *quedate tranquilo, mi amor, que yo te voy a ayudar.*

***

Hago memoria y no tengo forma de explicar lo que sucedió después.

El segundo fin de semana en Santiago me alcanzó para volver a la Argentina solo con las

intenciones de resolver algunas cuestiones laborales, de vivienda, y para llevarme toda la ropa que entrara en dos valijas.

Tomé licencia en la universidad sin goce de sueldo por un año, le dejé la llave a una amiga que se ofreció a quedarse en casa a cuidarme el gato, regar las plantas y, de paso, quedarse unos días hasta que se resolvieran las cosas con su marido. Con Marilina las cosas se pusieron un poco más complicadas.

—Tenés que entregar un libro en cinco meses, Milagros, ¿qué decís? Lo viste tres veces en tu vida. Te juro que no lo creo.

—Pero entendeme, por favor, estoy renganchada. Quiero vivir esto. Me lo merezco, ¿no te parece?

—Ya viviste ESTO. Con otras caras, otros nombres y un poco más cerca de tu casa. ¿Querés que te lo recuerde?

—No. Esta vez es diferente. Alejandro es un divino. Creeme, confiá en mí.

—Un drogadicto no puede ser un divino, disculpame que te lo diga así. Pero sos drogadicto o sos un divino. Elegí.

—No es un drogadicto. Consume muy de vez en cuando. Casi nunca. Además, me dijo que estaba yendo a terapia hace tiempo para trabajar este tema justamente. No hables al pedo.

—Milagros, por favor, estás en la cima de tu carrera, tenemos doce presentaciones en cuatro meses…

—No te estoy pidiendo que las canceles a todas, pero dejame por lo menos tres fines de semana libres. No estoy planeando mi muerte, Marilina. Me voy para intentar algo serio con Alejandro.

—¿Y por qué no te lo llevás a él y ya está?

—No es un paquete, tiene una vida, ¿sabés? No puede.

—¿Y lo tuyo como se llamaría? ¿Cómo que no puede? Vos estás dejando tu vida por un flaco, ¿y el señor no puede resignar un fin de semana? ¿Es joda?

—No tiene un mango, Marilina. No quiere ir con mi plata. No quiere dejar de ver a la nena…

—¿Algún inconveniente más presenta el pretendiente? ¿Cuál sería el esfuerzo que le correspondería a él en toda esta historia? Digo, como para equilibrar la balanza un poco, nada más.

—Marilina, voy a parar en su casa. Me presenta a su hija. A su familia. Cortó la historieta con la piba esa que estaba en el salón.

—Me alegro que te valore tanto como para no esconderte. Buen dato.

—No seas sarcástica, porque no me gusta. Pensá lo que quieras. Soy adulta y no estoy jodiendo a nadie.

—¿Estás segura?

—No sé a qué viene esa ironía.

—Hacé memoria, amiga. Porque si alguien, siempre y de manera inevitable, termina jodida, esa sos vos.

—Te dije que esta vez era diferente. Cortala.

—¿Le avisaste a Ernesto? ¿O tenés miedo de que entierre el título en el fondo de tu casa?

—Estás imposible, Marilina. Te juro. No le avisé. No es mi papá. Lo llamo desde allá y le voy a plantear que tengamos sesiones online.

—Como digas. Ojalá me equivoque esta vez.

—Ojalá, Marilina. Ojalá

***

La vida con Alejandro era una aventura muy diferente en comparación a la mía. Si bien él trabajaba de ocho de la mañana a cuatro de la tarde, nada en nuestra convivencia estaba enmarcado en una rutina. Como era el dueño, pero a su vez tenía un socio y dos empleados, su presencia no era imprescindible. De hecho, más de una vez decidía cortar con mi escritura para llegar de sorpresa con unas medialunas, pero me encontraba con su ausencia, y la palabra confusa de los empleados, o de Nico, su socio, que, acompañándome en la frustración, me decían que acababa de irse a hacer unos trámites. Rápidamente me acostumbré a no preguntar a qué hora volvía, porque nadie, ni siquiera él, lo sabía.

Le hacía un llamadito para avisarle que había ido.

Ay, no, mi amor, avisame, así no te comés el garrón de ir y que no esté, ya te dije como soy.

Si te digo, no resulta una sorpresa. Además, no me cuesta nada. Mientras camino, voy conociendo el lugar.

Su vida transcurría entre el trabajo, el gimnasio y sus amigos. A la noche venía a casa, se pegaba un baño y solíamos tener un lindo reencuentro donde los dos nos contábamos nuestros días.

A Ale le gustaba cocinar. Decía que yo y la cocina éramos su cable a tierra. Así que le daba ese placer, sin ningún tipo de problema, y mientras preparaba algo rico e improvisado, yo me encargaba de poner la mesa.

Abría un vinito, le gustaba poner música de fondo, y si bien ese tipo de rock no era de mi preferencia, no decía nada, porque al fin y al cabo era su casa y yo, una recién llegada.

La cena era amena hasta la segunda copa, que ya empezaba a ponerlo bastante cachondo. De a poco dejaba de escuchar lo que le contaba para empezar a mimarme y decirme cosas sin ningún tipo de pudor al centro de los ojos. Yo me moría de vergüenza, me ponía colorada, pero también

me hacía reír. Me sacaba de la intelectualidad de un segundo a otro y me gustaba deambular por esas zonas.

Hacer el amor con él era increíble. Me llevaba a lugares donde nunca había estado y su falta de inhibición descomprimía la mía. Era un sexo mezclado. Amor, transgresión, barro, cielo, descontrol y un abrazo final donde se unían dos niños necesitados de contención y seguridad, abrazo que disfrutábamos hasta quedarnos dormidos.

Así iba transcurriendo mi vida en Chile. En el día bastante sola, la verdad, y en la noche junto a él.

La hija de Alejandro se llevaba muy bien conmigo, al igual que toda la familia. A sus amigos, yo los veía poco, porque las reuniones las hacían en la casa de Gustavo, su mejor amigo.

Según me contó Alejandro, antes el quincho de su casa era la casa de los pibes —sus amigos —, pero desde que estaba yo, pidió cambiar de posta para no molestarme.

—Pero a mí no me molesta, si igual están atrás. No quiero ser una interferencia en tu vida.

—No pasa nada, no quiero bardear con vos.

Esos encuentros eran cotidianos, pero Alejandro solo iba los jueves porque ese día no estaba con Sofi, y prefería disfrutar el tiempo con ella. De vez en cuando íbamos a comer afuera, me llevaba a conocer barcitos, lugares típicos de la ciudad. Mientras que los fines de semana me llevaba a conocer pueblos cercanos, donde parábamos en alguna casita frente al mar.

Nada tenía un orden ni una organización previa.

—Linda, armamos el bolso y salimos de acá, ¿te parece?

—¿Adónde querés ir? ¿Dormimos afuera? ¿Vamos solos?

—Lo vamos viendo, por las dudas llevá ropa para dos días. De última desarmamos las cosas y no pasa nada.

Me costaba ese estilo de vida porque yo soy muy estructurada y necesito tener las cosas más claras. Tampoco me gustaba parar en cualquier lado, sinceramente. No teníamos por qué hacer una vida tan despojada de todo, si teníamos la posibilidad de disponer de un poco más de comodidades. Pero el orgullo de él no permitía que pagara un hotel. Como él no podía subir las expectativas, yo tenía que bajar las mías para así poder encontrarnos.

Alejandro era divertido, gracioso, desfachatado, carismático. Se hacía querer por todos. Saludaba a cualquier ser humano que se cruzaba, sin importar quién era. Hablaba con el gerente de un banco de la misma forma que le hablaba al limpiavidrios que le cuidaba el auto cuando íbamos a ver algún recital o algún evento en el club de su barrio.

Le gustaban los animales. El aire libre. Disfrutar de las cosas simples de la vida. Esas, las que están a disposición cuando uno sale de su casa.

Nadar en el mar, preparar una fogatita en cualquier lugar donde estuviera habilitado, mirar las estrellas, colgarse mirando el cielo. Lo simple.

Era el hijo de todas las madres de sus amigos. Todas lo llamaban Alejandrito y lo trataban

como a uno más de la familia. A veces me daba la sensación de que era un perrito herido buscando el afecto de todo el mundo. A pesar de su seguridad aparente, cada vez que hablábamos profundo solía recalcarme lo poco que se quería. *No me gusta dar lástima, ni llevar conflictos a mis amigos. Es la vida que me tocó y punto.*

Era muy lindo. Muy. Perfecto, diría yo. Una sonrisa que le decoraba la cara y le marcaba dos hoyuelos en cada mejilla le daba un toque especial. Su andar era todo un espectáculo. Caminaba como si le estuviera rompiendo la cara al mundo que tanto criticaba. Suelto, despojado. La espalda derecha y un poco inclinada hacia atrás, los brazos que le bailaban al costado del cuerpo y el movimiento de las piernas formaban una verdadera coreografía.

Jean suelto, cinturón, una remera y zapatillas. Anteojos de sol. No usaba perfume. Solo desodorante, pero le duraba el día entero. Un buzo cangurito en el asiento trasero del auto. Caramelos en la guantera, para ponerse en la boca después de fumarse un cigarrillo. Y una botellita de agua siempre a mano. Eso era todo lo que necesitaba.

Cada vez que salíamos, yo sentía que todos los ojos estaban puestos en él, pero no me importaba, porque él me agarraba la mano, ensanchaba la espalda y me presentaba a todo el mundo.

Ella es Milagros: mi mujer.

***

Estaba deslumbrada. Lo admiraba. Me sentía contenta, pero honestamente lo veía poco. La mayor parte del día lo pasaba sola. Quizá esperaba que pudiéramos compartir más tiempo que las noches juntos, no lo sé. Una caminata al parque. Cine. Una librería. Shopping.

No tengas expectativas de esas conmigo, linda. Detesto ir de compras. No necesito nada más de lo que tengo. Pero hacé la tuya. No dependas de mí.

Mucho no me costaba estar sola. Me gustaba y, de hecho, lo estuve toda la vida. Pero quería compartir más tiempo con él, se trataba de eso. Además, desde que había llegado ahí, toda nuestra vida giraba en torno a la suya, pero cuando yo se lo decía, me contestaba siempre lo mismo: *Linda, hacé lo que quieras y tengas ganas. Yo no te pido nada. Sos libre, manejate.*

No se trataba de libertad. Se trataba de amor. Entiendo que el amor da espacios de libertad, pero también creo que podríamos compensar las cosas de vez en cuando. Quizá estaba equivocada, pero Marilina me decía que yo tenía razón.

—Ya bastante dejaste en Argentina como para empezar a dejar en Chile en menos de dos meses.

—Sí, pero no conozco a nadie. Ya voy a arrancar.

—Y cuando él se va, ¿vos qué hacés?

—Nada. Lo espero. Nos acostamos tarde, así que mi rutina cambió un poco. Me despierto tipo diez de la mañana y, en general, él ya se fue. A veces escribo. A veces leo. Me acuesto a dormir

la siesta. Ordeno la casa. No sé. Una vez por semana viene la madre a visitarme. Comparto unos mates con Sofía. Camino…

—Guau… ¿Cuándo cumpliste 75 y no me enteré? ¿Dónde están todos tus cursos de inglés, de oratoria, tus clases de yoga, de meditación, la salida con las chicas, tus clases en la universidad… tu vida anterior?

—Bueno, Marilina. Me estoy acomodando.

—Sí, ya veo cómo.

—¿Cómo?

—Debajo de él, Mili, debajo de él.

—Bueno, amiga, hablemos mañana. Este sábado nos vemos y hablamos mejor.

—Esperá. ¿Lo llamaste a Ernesto?

—Lo llamé, sí.

—¿Y? ¿Se suicidó?

—Chau, Marilina. Hasta mañana.

***

Estuve preparando todo el día la conferencia del sábado. Me gusta tener las cosas terminadas por lo menos dos días antes. Soy bastante obsesiva con esas cosas y me gusta anticiparme a cualquier contratiempo que pueda afectar mi trabajo.

Como siempre, Alejandro se había ido antes de que yo me despertara. Cuando fui a la cocina a prepararme unos mates, vi una notita que decía:

> Linda, no me esperes a cenar que salgo con los chicos. Hoy cumple Pablo.

Puse la pava y le hice un llamadito, pero no me contestó. Le dejé un mensaje en el WhatsApp.

> Te llamé, mi amor. Leí tu mensaje. Cuando puedas, hablamos.

Me puse a trabajar, las horas pasaban y no sabía nada de Alejandro. Me fijé en el teléfono y me había leído, pero no dio señales de vida. Me preocupé y le volví a dejar un mensaje.

> ¿Estás bien? ¿Pasó algo?

> Hola, linda, ahí te llamo.
> Tuve un día de locos, perdón. Me colgué mal. Algunos quilombos en el laburo. Después me fui a buscar a Sofi, y ahora lo estoy pasando a buscar a Facundo para ir a comprar las cosas para hoy a la noche.

Ah… sí, me sorprendió, porque ayer estuvimos todo el día juntos y me resultó raro que se te hubiera pasado.

No, no es raro. Me pasa seguido. Igual pintó el mismo lunes, pasa que se me pasó contarte. Sorry.

Bueno, dale. No pasa nada. Te llamo después para ver como la estás pasando y me decís si te espero despierta.

Na. Vos dormite que mañana tenés que trabajar.

¿Vos no?

Sí. Pero le avisé a Nico que llegaba más tarde, por las dudas.

OK. ¿Son todos varones?

Obvio, linda. Si no, te hubiera dicho que vinieras. Asadito, unos vinitos y Julián lleva la guitarra, vamos a bardear un poco. Ja.

No tomes mucho que después tenés que manejar. Te amo. Disfrutá.

Vos despreocupate linda, que me sé cuidar solo. Yo también te amo. Descansá.

***

Más allá de lo que me dijo Ale, quise esperarlo despierta. Habíamos hablado tipo nueve de la noche y me dijo que estaban por prender el fuego. Pensé que, entre una cosa y la otra, tipo dos de la mañana llegaría. Aproveché para darme un baño, ordené nuestra habitación, que estaba bastante desastrosa. Preparé la comida y, después de cenar, me puse a escribir.

Ya eran las dos de la mañana y Alejandro no había llegado. Supuse que se había quedado sin batería, porque me daba directamente el contestador. Me preparé un rico café como para despabilarme un poco y lo esperé en el sillón. Hasta que, evidentemente, me dormí.

Un rayo de sol me despertó. Me di cuenta de que ya era el día siguiente. Fui al dormitorio, a la cocina, miré por la ventana y el auto de Alejandro no estaba.

No estaba porque nunca volvió.

Empecé a llamarlo de forma ininterrumpida, pero el contestador atajaba mis mensajes. Dejé mensajes cada media hora, hasta que el contestador se agotó: *la casilla está completa. Inténtelo más tarde.*

Pensé lo peor. Lo peor del mundo. No tenía el teléfono de ninguno de los amigos que estaban

en esa fiesta. No sabía la dirección de Pablo, porque no sabía ni que existía.

Llamé a la madre, a Sofia y a Nico, pero ninguno de ellos tenía novedades de Alejandro. Sin embargo, ninguno, ni siquiera la hija, mostraba signos de preocupación.

Mili, mi amor, quedate tranquila, hija. Ale es así. No le pasó nada, te lo aseguro, me contestó Liliana, la mamá.

—Ni idea. No dio señales de vida, se debe haber quedado a dormir allá —me contestó Nico.

—No, no. ¿Qué decís, Nico? Me hubiera avisado.

—Estaría copeteado, Mili, no te preocupes. O capaz se quedó sin batería.

—Sí, sí. Bueno, bueno, gracias igual. Si lo ves, avisame, por favor.

—Dale, tranquila.

—Sofi, buen día, ¿cómo estás? ¿Sabés algo de tu papá?

—No, no. A esta hora no me llama nunca. Hoy es miércoles, ¿no? Quedamos en ir a merendar juntos, así que hasta la tarde no lo veo. ¿Le digo algo?

—No. A esa hora ya lo voy a haber visto. Gracias.

***

Alejandro llegó a las ocho de la noche. Yo no tenía ojos de todo lo que había llorado. Sin una caloría dentro del cuerpo y con el teléfono pegado en la mano, me encontró sentada en el sillón, como una madre a la que le secuestraron al hijo y espera la peor noticia del mundo.

—¿Qué hacés acá? ¿Por qué tenés esa cara, Milagros? ¿Me podés explicar el quilombo que hiciste que me llamaron hasta los bomberos para preguntarme si estaba bien?

Me puse a llorar como una nena. Me tapaba la cara para que no me viera con esa congoja que me hacía temblar el cuerpo entero.

—Qué pasa, linda, por favor. Mirá cómo estás, pimpollo. No pasa nada.

—Pensé que te habías muerto, Alejandro. Pensé que te había pasado algo. ¿Tanto te molestaba avisarme que estabas bien? ¿Qué se supone que tengo que hacer? Estoy acá, sola. Esperándote. No me contestás. No me llamás. No sé dónde mierda estás. ¿Tan egoísta podés ser?

—Pero, linda, si te avisé que estaba con los pibes. Te dije que no te preocuparas, que hicieras la tuya.

—¿Qué sería hacer la mía con un novio muerto?

—Tonta. Vení para acá. Estoy bien. No estoy muerto, o más o menos —se rio—. Sos exagerada, ¿eh? Perdón, la próxima vez te llamo, así te quedás tranquila, ¿está bien? La bardeamos un poco nada más y me quedé dormido en lo de Pablo sin darme cuenta. Agendate los contactos de los pibes así tenés dónde llamar. Boba. Sos linda, ¿eh? Vení, vení para acá. Soy un colgado, perdoname. Tenés razón.

—¿Qué significa eso?, ¿podés ser específico?

—¿Qué cosa?

—Que bardearon…

—Y nada, linda. Estaban todos tomando y como un boludo, me prendí.

—Pero ¿cuántos vinos se tomaron?

—No. Alcohol no, linda. Alcohol no.

Salí de debajo de su cuello, lo miré a los ojos y le dije:

—¿Me estás diciendo que tomaste cocaína?

—Me pegó mal. No va a volver a pasar. Te lo prometo. Me pego un baño y me acuesto, que estoy matado. Soy un boludo. Venía bien. Última. Te juro que primera y última.

—¿No vas a cenar?

—No, no. Comé vos. Comí con Sofi unos tostados y me llené. Yo me pego una ducha y te espero en la cama.

—¿Comiste con Sofi?

—Sí, Mili. Comí con Sofi. Cómo estamos hoy, eh… Te espero en la cama y prometo compensarte.

—Ah, ¿sí? Mirá que te vas a tener que esforzar… Estoy enojada.

—Y a mí me encanta esforzarme para ver gozar a mi mujer. Mirá cómo me ponés.

—¿Cómo te pongo?

—Tocá.

***

Al día siguiente me llamó Marilina para avisarme que se había pasado la conferencia para el fin de semana siguiente, porque dos disertantes se habían bajado por temas de salud.

Como éramos cuatro, decidieron prorrogar la fecha una semana más, así podíamos ofrecer una conferencia acorde a las expectativas que habíamos generado, tanto en la gente que nos iría a escuchar como en los organizadores del evento.

Contesté que sí, que no tenía problema. De hecho, me daba un poco de respiro y, como ya tenía la presentación terminada, me daba tiempo para recuperarme anímicamente y seguir trabajando en mi novela.

Nos quedamos todo el día juntos. Haciendo el amor. Durmiendo. Mirando pelis. Y todo eso de forma reiterada y en ese orden.

Esa noche, mientras pedíamos una pizza, le comenté a Alejandro el cambio de planes, lo que lo puso muy contento, y me invitó a pasar el fin de semana con él y Sofia, en una casa en medio del campo que pertenecía a la familia de su hermano. Acepté la propuesta. También iban a estar su hermano y su cuñado, lo cual me parecía un buen plan.

Cómo me gusta verte sonreír, mi amor. Cómo me gustás, linda, decía al aire mientras

caminaba hacia la ducha, moviendo el cuerpo, soltando el cuerpo, agitando el cuerpo.

Cómo me gustaba, por favor. Cómo me gustaba esa libertad, esa transgresión, esa espontaneidad. Esa seguridad que su ego no tenía, pero su cuerpo manejaba a la perfección.

No podía disimular lo que me generaba su presencia. Era pura adrenalina. Placer. Deseo. Realmente me enloquecía. Era inevitable tener un subidón de energía cada vez que lo tenía cerca. No sé cómo explicarlo. Es algo que se siente en el cuerpo. Que te pide el cuerpo. Que necesita el cuerpo.

Una droga, supongo.

Del lado opuesto estaba todo el bajón que sentía cuando no sabía nada de su paradero. Cuando se iba. Cuando armaba otros planes. Cuando sabía que iba a demorarse. O, lo que es peor, cuando no tenía la menor idea de qué estaría haciendo.

Abstinencia, supongo.

***

Fuimos el fin de semana tal como habíamos quedado. Nos pasamos de asado en asado, caminatas, sol, aire libre y juegos de mesa. En los momentos en que Ale se iba a pescar o a jugar un fulbito con su hermano, lo extrañaba como si se hubiera ido a la luna, pero mataba el tiempo de espera recostada en una hamaca paraguaya y trataba de concentrarme en mi lectura.

Decidimos quedarnos tres noches. Las mismas noches de siempre. Llenas de amor, de pasión, de locura, de sentirme viva. Después de hacer el amor, íbamos afuera, nos acostábamos en el pasto que recorría el lago del lugar y nos colgábamos mirando las estrellas. Él prendía un porro, que nunca me quiso dejar probar, y nos quedábamos ahí hasta que se nos diera la gana.

Los momentos que estábamos juntos me sentía plena. No quería nada más que eso. Y cuando él se iba, pensaba en el momento de volver a vernos.

Mi espera se hacía difícil, porque cada vez que él estaba en otro lado, sentía que me estaba dejando. Era como volver a esa casa de mi infancia no infancia, donde la tristeza era insoportable. Si bien nada pasaba, era eso justamente lo que me apagaba.

El vacío.

Apaciguaba un poco la ansiedad con algún que otro llamado o mensaje que me acortara las tardes. Y como mi inspiración no estaba en su mejor momento, dormía más que lo que escribía. Sin él, todo se enlentecía, pero cada vez que escuchaba la llave sentía que el alma volvía a mi cuerpo y la alegría regresaba de manera inmediata.

Marilina se volvió un agente policial y empecé a evitarla. Quería explicaciones. Detalles del día. Me apuraba con las entregas de los capítulos. Insoportable. Realmente insoportable.

Alejandro volvió a ofrecer el quincho de casa para las juntadas, porque yo le había aclarado que no tenía ningún problema. Además, sentía que era una forma tener las cosas bajo control.

Pero recuerdo que cada una de esas noches me arrepentía, no lo suficiente como para pedirle que no lo hiciera más.

Ruido es todo lo que recuerdo. Ruido de música, ruido de guitarra, ruido de risas, ruidos y ruidos que solían apagarse un poco alrededor de las tres de la mañana, en que, si bien ninguno se había ido a ningún lado, de repente todo se convertía en otra cosa.

La música cambiaba. Los olores cambiaban. Ellos cambiaban.

Me levantaba al día siguiente y, además de tener a Alejandro acostado en la cama, siempre había alguno tirado en el sillón.

No me gustaba en absoluto, pero era un permiso que le daba una vez a la semana y, en el fondo, prefería tenerlo ahí, vigilado, y no pensar que estaba durmiendo en un auto o reventado en la cama de alguien que no sabía quién era.

El control a mí me daba calma. Por lo menos, así fue al principio.

***

En el negocio las cosas no estaban del todo bien. Eso repercutía en el estado anímico de Alejandro. Volvía a casa irritado. Con más ganas de acostarse que de comer. Fumaba como un escuerzo, lo que me ponía de muy mal humor, porque no soporto el olor a cigarrillo y mucho menos en la habitación. Discutíamos todos los días por lo mismo y, al final, él resolvió fumar en la otra habitación y volver cuando ya tenía sueño, así no me molestaba.

Sofia percibía el ambiente que había en casa y suspendía los encuentros con más frecuencia. Eso angustiaba a Alejandro, pero lejos de ponerse las pilas, se hundía cada vez más. Así iba sumando motivos para sumergirse en el alcohol o irse con los amigos.

Las peleas entre nosotros se intensificaron y parecía que la situación me retenía cada vez más. Él había retomado su adicción a las drogas de manera cotidiana y yo me había vuelto adicta a él.

Los momentos en los que estaba sobrio pedía disculpas, promesas y ayuda.

Me daba el celular, la plata y me pedía tiempo para demostrarme que podía mejorar. Yo le creía porque necesitaba creerle. En ese momento no podía vivir sin él.

En cada discusión intentaba dejarlo. Preparaba el bolso, un discurso bien elaborado y la coherencia tomaba la voz. Pero ni bien cruzaba la puerta, me imaginaba que, si conmigo estaba así, sin mí iba a perderlo todo y la culpa no me dejaba partir.

Volvía.

Volvía, una y otra vez.

Alejandro oscilaba entre momentos de abstinencia y momentos de divague absoluto. Cuando estaba bien, era la misma persona que había conocido aquel día en ese bendito evento: fresco, alegre, divertido, cariñoso. El hombre que quería como padre de mis hijos. En tanto, los momentos en los que recaía, se volvía el ser más despreciable de mi vida.

Lo odiaba con la misma intensidad con la que lo amaba.

Pero seguía. Seguía a su lado, esperando ese momento en que mis esperanzas volvían a alimentarse y la vida recuperaba un sentido. Mi memoria se volvía selectiva y desechaba los malos momentos que me hacía vivir en un solo segundo.

No era que los negaba. Los olvidaba.

Mi vida estaba al servicio de la suya.

Hacía rato que no escribía. Hacía rato que no abría la computadora. Hacía rato que no leía.

Los llamados con Marilina eran cada vez más espaciados. Mi estado anímico era otro. Mi identidad era otra. Lo único que hacía era estar pendiente de la vida de Alejandro.

Los dos éramos adictos. Él a las drogas y yo a él.

***

Alejandro retomó la terapia. Yo lo acompañaba y seguía al pie de la letra las indicaciones que nos daban en el grupo de parejas.

Al principio todo iba bien. Él mostraba voluntad y sacrificio. Pero el miedo a que pudiera recaer me volvió totalmente controladora. Él me repetía una y otra vez que lo dejara en paz, que yo no era su mamá.

Si salía, rastreaba su celular, revisaba sus redes sociales y de vez en cuando lo perseguía.

Las discusiones eran tremendas, pero el reencuentro era igual de pasional. Muchas veces terminé pensando que las discusiones tenían esa parte positiva y era ese momento mágico donde volvíamos a concluir que nada dentro de nosotros había cambiado. Nos amábamos, y eso quedaba claro.

En ese preciso y corto momento sentía que daba una pitada más a su cuerpo y mi vida volvía a latir.

Le daba todo. Estaba para él. Le busqué terapeutas que abandonaba antes de empezar. Ocupé el lugar de él en el negocio los días que no se podía ni levantar.

Sus amigos se volvieron mis enemigos. Los odiaba, empecé a odiarlos. No los quería ver en mi casa ni que me contara cuando fuera a la casa de ellos.

¿No te das cuenta de que te estás matando y que ellos están ahí para ver cómo te lastimás? Esos no son amigos. Amigos son los que te cuidan. Los que te dan buenos consejos. Los que te quieren ver mejor y no peor.

Cerraba la puerta y se iba.

Días de espera. Noches en vela. Llamados que no contestaba.

Llanto. Miedo. Angustia, estaba viviendo un infierno. Un verdadero infierno. Pero dejar no era una opción para mí. No iba a bajarme del barco.

No iba a abandonarlo.

***

Después de dos días sin verlo, sin saber nada de él, de permanecer en la cama como una planta que había olvidado regar, escuché el ruido de la llave de la casa.

—Milagros, linda. Vení, por favor, salí de esa cama y hablemos.

—¿Qué pasa, Alejandro? No me asustes. ¿De qué tenemos que hablar?

—Tenemos que parar. Te estoy destruyendo, loca, ¿no te das cuenta? Mirá cómo estás. Soy un hijo de puta. Un mal tipo. Un enfermo. Vos podés estar con quien quieras. Con alguien que te haga bien. Con alguien que esté a tu altura. Andate linda, así como estoy no tengo nada para dar. No puedo ser quien querés que sea. No puedo. Tengo que recuperarme, ¿entendés? Soy tóxico, loca. Soy tóxico.

—Está bien. Me parece una buena decisión. Yo te voy a acompañar. Como lo hice siempre. Estoy acá. No te quiero perder. No te voy a dejar. Te amo. Y amar es quedarse.

—Milagros, yo también te amo. Pero no te quiero.

—Es ilógico lo que decís. Acabas de decirme que me amás o estoy loca.

—Sí, pero también te dije que no te quiero. No te quiero en mi vida. No tengo nada para dar. ¿No te das cuenta de que me estoy autodestruyendo? ¿Que si no me tengo un poco de cariño a mí, no puedo cuidar a nadie? Mirá cómo estás. Mirame a mí.

—Mi amor. No. Yo no te voy a dejar. No te voy a soltar la mano. Conozco tu otra versión y…

—No hay otra versión. Soy las dos cosas juntas. ¿Lo podés entender? Y no te pido que me dejes. Te estoy dejando yo.

—No digas eso. Alejandro, escuchame…

—No, Milagros. Te enfermé. Quiero que vuelvas a escribir. Que vuelvas a sonreír. Que vuelvas a dar clases.

—¿Qué querés decir?

—Que te tenés que volver. Mañana me lo vas a agradecer. Ahora odiame. Pegame. Insultame. Lo que necesites, pero después volvé a tu vida. Por favor. No puedo hacer nada por vos.

***

Claro que había escuchado. Pero mi cabeza solo filtraba lo que necesitaba oír para quedarme.

Me había convertido en un diablo encaprichado. Mi obstinación no tenía límites. Un berrinche infantil en el cuerpo de un adulto que pasó de etapa evolutiva estando verde.

—No logro entender cómo esta entrega incondicional y desmedida no resulta suficiente para que no te quedes.

—Tengo todas las estrategias frustradas y, sin embargo, el solo hecho de pensar en retirarme

me asfixia. No puedo. No puedo vivir sin vos. Es tal la desesperación que me provoca la idea que no me interesa el motivo por el que te quedes. ¿Conveniencia? ¿Necesidad? ¿Comodidad? ¿Lástima? ¿Agradecimiento? No me importa. Mientras te quedes conmigo, tengo la esperanza de lograr que me quieras. No me voy a ir. Me necesitás.

—Milagros, por favor. Escuchate. Estás totalmente loca. Bastante tengo con lo mío como para hacerme cargo de lo tuyo. Sacate la mochila, por favor, porque no es tu culpa. Vos sos hermosa. Una mina impecable. No tengo nada para reprocharte. No te falta nada. El problema soy yo. ¿No lo ves? No puedo hacerme esto y hacerte esto. Ya lo pasé con la mamá de Sofia. Sabía que no podía. Lo intenté. Pero no puedo. Te juro que no puedo.

—Pero ¿hay algo que te falte? Te pido perdón si hice algo mal. Dame la oportunidad de demostrarte que puedo tolerar un poco más. Creeme, viví cosas peores y las saqué adelante. No me digas que no. Una vez más, por favor. No puedo entender que prefieras transitar esto solo y sin mi ayuda.

—No te pido que lo entiendas. Te pido que lo aceptes. No puedo. Hoy elijo recuperarme a mí. Y vos deberías hacer lo mismo con tu vida. Haceme caso, linda, por favor. Vos estás despegada. Yo soy un fracaso. Andate. Hacelo por vos, por favor.

***

—Me duele el mundo, Marilina. Me duele el mundo, amiga.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? Por favor. No te puedo escuchar así.

—Porque me ibas a cagar a pedos. Porque todos opinan, Marilina. Por eso decidí esconder lo que pasa en esta relación. Es fácil criticar, juzgar, o tratarme de tarada porque ya me explicaron más de una vez lo que yo ya sé. Pero ellos no saben que el amor y la razón están en calles enfrentadas. Todos son jueces intentando eximirme de una culpa que no pienso delegar. Mientras la culpa sea mía, tengo el control de la situación. Pero no lo entienden. En esa culpa mantengo la ilusión de que, cambiando algo nuevo, las cosas pueden mejorar. Pero insisten en tirarme arriba los daños que me provoca quedarme. Sé que no son malintencionados, pero son ignorantes. La realidad con la que peleo todos los días no es la realidad de la que me hablan. Esa que está en la calle. En el sentido común de las cosas. Esos ejemplos en los que avalan su discurso a mí no me sirven para nada. Yo peleo con otra cosa. La guerra con la que batallo todos los días es con mi realidad interior: es mi historia la única que explica este miedo a la soledad. Y vos lo sabés, Marilina, lo sabés. No puedo tolerar un abandono más. Simplemente no puedo. No concibo un final. Por eso no puedo darme por vencida. Ojalá alguien entendiera que lo que está en juego es mi propia existencia. Sin él no soy nadie. Todo este tiempo la vida de los dos giró en torno a la suya y lo único que tengo en la mía es un gran vacío imposible de llenar. Ya viví toda mi vida con ese agujero en el pecho. No quiero volver a pasar por ahí. Me resulta inconcebible dejarlo ir.

Lo más parecido a la muerte. Perdón si me volví un fantasma para vos. Pero si me vieras, no me reconocerías.

—Sí, claro que te entiendo. Pero me parece que no te dio demasiadas opciones. Él tomó una decisión y no te queda otra que respetársela. Salvo que decidas atrincherarte dentro de su casa, te sugiero que agarres un par de trapos, te subas al avión y te vengas acá.

—Mari… Otra vez fracasé. No puedo hacer feliz a nadie, amiga. Me tengo que morir y volver a nacer.

—Mirá, Milagros, yo no soy psicóloga, pero no necesito un título para decirte lo que te voy a decir. Tratá de calmarte y escuchame una última cosa. ¿Está bien?

—Sí. Escucho.

—Estás en Chile. En la casa de Alejandro y tenés 35 años. No tenés que hacer nada para hacer feliz a nadie. No llegaste a su casa para salvarlo. Acá no existe la muerte de José, ni el abandono de tus viejos. La única que quiere que Alejandro esté bien sos vos. Cuando él lo decida, tomará sus propias decisiones. Esta vez no tenés que ser la chica buena. Ni cuidar a nadie. Esta vez tenés que cuidarte vos. Quererte vos. Salvarte vos.

—Morirme quiero. Morirme. No me quiero salvar. Sin él no existo. No entendés. Nada quedó de mí. Nada.

—Mili, amiga, preparate los bolsos. Yo me tomo el primer avión y te volvés conmigo. Algo vamos a hacer. ¿Sí? Además me enteré de que Ernesto no se suicidó. Todavía lo tenés a él.

—Tarada, me hacés reír y se me caen los mocos. Te quiero. Gracias. Y perdoname.

—Estás disculpada para siempre conmigo. Ya tenés demasiado castigo con el que te das a vos misma.

***

Los primeros días en Buenos Aires fueron horribles.

No me dolía que no estuviera Alejandro conmigo. Me dolía que se hubiera ido. Ojalá no lo hubiera conocido. Del mismo modo que habría dado lo que fuera por no haber nacido.

Pero ahí estaba otra vez. Creyendo que, si daba lo suficiente, podía cambiar al otro. Darle felicidad al otro. Salvar al otro. Y así, probablemente así, el otro podría llegar a quererme como no pudieron hacerlo mamá y papá.

Pero no. Otra vez le vi la cara al abandono. Otra maldita vez.

Ernesto tenía razón. Siempre la tuvo.

Mi esfuerzo por complacer al resto del mundo hizo que creara vínculos falsos, mentirosos. Relaciones artificiales que intentaban anestesiarme de un dolor anterior. *Mucho más doloroso*, decía Ernesto. *Algo que evidentemente te duele mucho más que estas relaciones patológicas.*

Esos vínculos me daban una nueva oportunidad de recrear situaciones de mi infancia que no

cumplieron con mi objetivo y, de alguna manera, sentía que la vida me estaba dando una vuelta más en calesita y que esta vez tenía que hacer lo posible para arrancar de una buena vez esa maldita sortija.

—Pero no funciona así, Milagros. Lo que pasó allá quedó allá y, si hay que resolverlo, no va a quedar otra opción que visitar el pasado, meter la mano en el fango, dejar de esquivar el verdadero duelo y reconstruir la identidad de esa niña dañada. ¿Me comprendés? Hasta que eso no suceda, vas a repetir historias, simplemente porque no es la vida la que te las pone, sos vos las que las buscás. Quizá no te des cuenta, pero no cualquiera se hubiera fijado en Alejandro por más que la vida lo hubiera puesto en el camino. Vos lo hiciste por una sola razón. En Alejandro viste una nueva oportunidad de ganarte el amor de tus padres. Y para eso, diste tu vida. Escondiste lo que te pasaba. Te entregaste al deseo y a la necesidad del otro y, cuando quisiste darte cuenta, no quedaba nada de vos más que el amor que creías sentir.

—Lo siento. No estoy loca. No invento. Lo siento.

—No digo que estés loca. No me cabe duda de que te enamoraste. Lo que estoy tratando de decirte es que eso que diste no fue genuino. Fueron todos intentos desesperados de que Alejandro no te dejara. Claro que lo querías. Pero lo que no podías soportar era que él te abandonara. Y en esa aventura te abandonaste a vos misma. Y ese es el camino que tenemos que reconstruir. Recuperar la validación desde adentro. No desde afuera. Porque, aunque creas que es importante, no lo es. La autoestima se construye de adentro hacia afuera. Y es adentro donde hay que volver.

—Pero no sé cómo se hace, Ernesto. No lo sé. Siempre crecí con la idea de ser poco valiosa para el otro. Si mis papás no pudieron quererme, ¿quién va a quererme, Ernesto? Hay algo malo en mí. Tiene que haber algo malo para que tus papás no te quieran, ¿entendés? Por eso me esfuerzo. Por eso doy, doy y doy. Porque supongo que si me esmero lo voy a conseguir. En ese momento era chiquita. No tenía las herramientas. Pero ahora…

—Pero ahora te estás comportando como esa chiquita. Con las mismas herramientas. Mirando en cada Alejandro que te vas chocando a tu papá y a tu mamá, creyendo que estás dándote una nueva oportunidad. A esa chiquita hay que ir a buscar y dejarla crecer. Es momento de crecer, Milagros. De recuperar la identidad que nunca pudiste construir de manera saludable. De aprender a valorarte vos. A quererte vos. A cuidarte vos. Como esos papás no pudieron hacerlo. Y no porque vos hayas venido fallada. No, Milagros. No porque no te lo hayas merecido. No, Mili. No pudieron porque no estuvieron ahí para poder hacerlo.

—¿Y me tengo que morir y volver a nacer en otra familia?

—No. Con que mates a ese falso yo que construiste y vuelvas a nacer es suficiente. Tenés que abandonar la carrera que creíste que tenías que correr. No más esfuerzos. Simplemente ser vos.

—Es que no sé quién soy yo. Siempre fui un intento de ser lo que el otro necesitaba. Una buena chica, como me decían mamá y papá.

—Ese es el viaje que nos espera. Conocerte. ¿No es precioso? ¿No es mucho más apasionante

que querer ir rescatando gente que no quiere ser rescatada? Si me dejás, me postulo como tu partero. Lo único que necesito es que te des tiempo para madurar tus emociones antes de volver a relacionarte con otro. Necesito que te encargues de vos. Que nos encarguemos de vos.

—¿Y después?

—¿Después? Cuando vuelvas a nacer, vas a conocer el nuevo después.

—Ernesto…

—Milagros…

—No, nada. Que sí. Que te dejo. Quiero que me ayudes a nacer otra vez. Pero tengo miedo de que me duela.

—¿Conocés a algún bebé que venga al mundo sin llorar?

—Ja. No.

—Bueno. Bienvenida al mundo. Después de llorar lo que tengas que llorar, te prometo que te van a florecer los párpados.

Nos dimos un abrazo. Y mientras me miraba a los ojos, me susurró al oído: *infancia no es destino, querida Milagros.*

Infancia no es destino…



77

Ese nombre

Voy a tirar la mitad de las cosas que arrastro y ocupan espacios sagrados.

Entonces pondré solo cosas hermosas a mi alrededor.

Y todo lo que huela serán las flores que ponga en cada hueco del ambiente que me rodea.

Y la gente que me acompaña tendrá el nombre de seres queridos.

Y su correspondencia me hará sentir acunada sin necesidad de recurrir a fotos de un pasado que no conservo.

Y los libros que decoren mi biblioteca serán solo aquellos que tienen un valor para mis sentidos.

Y entonces el sol ingresará por las mañanas apagando las luces artificiales que dañan mis pupilas.

Y el frío, la excusa para ir en búsqueda de mis leñas y darle vida al fuego que me enciende por dentro.

Y el agua, mi lugar de retirada.

Y mis manos tocarán tierra solo para plantar las semillas que decida regar.

Y mi teléfono solo tendrá los nombres de la gente que pertenece a mi alma.

Y mis pertenencias materiales, solo las que necesito.

Y mi cuerpo, el templo donde pueda ingresar con caricia propia cada vez que necesito sanar.

Y mi amor solo permanecerá intacto y disponible para aquellos que sepan recibirlo.

Y mi energía estará destinada a los sueños que hice a un lado por pesadillas que no me dejaban dormir.

Y mi calma, el vehículo en el que me muevo.

Y el pasto, la cama donde me recueste cada vez que necesite descansar.

Y tu voz, el sonido desinteresado donde pueda ir a tocar la boca cada vez que necesite restaurar mi alma. Palabras tiernas cargadas de honestidad.

Placebo que mate el ruido que confunde.

Y mis límites serán el territorio que vaya conquistando y plantando la bandera de la libertad.

Y todo eso, que me acompañe, que huela mientras respiro con una sonrisa a cuestas, que sienta como una mano en cámara lenta apoyada en mi latido, que ingrese a mi cuerpo y rompa las jaulas en donde lo fui poniendo empujada sin conciencia, tendrá un nombre.

Todo eso tendrá un nombre.
Que arrasará con la palabra culpa.
Y matará la angustia que sobra.
Que busco.
Que no me sirve y me duerme.
Y ese nombre será Vida.
Así es.
Se llamará vida.
Y será la mía.

Final

La mayoría de las veces, los profesionales de la salud mental encontramos las raíces de nuestros problemas vinculares en la infancia. Es decir que, conociendo nuestra biografía, podemos inferir los motivos que nos llevan a elegir relaciones afectivas donde la experiencia del amor está contaminada por el sufrimiento.

Vemos de manera cotidiana que hay gente que se queda golpeando una puerta detrás de la cual solo la esperan ansiedad, tristeza, angustia, depresión, duda y malos tratos.

Personas que siempre terminan por enamorarse de aquellos que no están disponibles por la razón que sea: porque son adictos, mentirosos, infieles, manipuladores, perversos, casados, infantiles, narcisistas, muertos, en fin. Todas posibles parejas que implican un mismo desafío personal: el intento de querer cambiarlos.

Muchas veces uno se encuentra con ese otro que denuncia que no está preparado, que no quiere, que no es el momento, que no tiene ganas, que no puede sostener un vínculo sano y, sin embargo, ni siquiera su palabra resulta suficiente para renunciar a la ilusión.

¿Qué ilusión? La ilusión que nos dice que nuestro amor va a producir el milagro.

Por eso, queremos curarlos, protegerlos, repararlos, entenderlos, mejorarlos, acomodarlos, perdonarlos, ayudarlos, justificarlos, todo lo que sea posible por una sola razón: para que puedan estar con nosotros.

Por supuesto que al principio todo forma parte de una motivación inconsciente. Sin embargo, una vez que pudimos hacerla consciente tampoco alcanza para retirarnos de esos lugares o, lo que es aun más llamativo, no resulta suficiente para no volver a ingresar antes de empezar a padecerlos.

Es que la razón camina por una vereda y la emoción por otra. A veces, y en el mejor de los casos, logran darse la mano, y otras, y en su mayoría, la espalda.

Una y otra vez nos damos de cara con pacientes, amigos o con el mismo espejo que nos escucha decir: “Ya lo sé”. Entiendo todo, pero no puedo.

No puedo.

No puedo.

Y ahí es donde me interesa ingresar. Meterme en la respuesta real con la que nos confrontamos cuando intentamos despegar con monólogos interminables a nuestros seres queridos del infierno en el que ellos mismos eligieron arder.

¿Qué es lo que no pueden? ¿Qué es lo que verdaderamente no pueden hacer?

¿Qué es lo que esconden la tolerancia, el amor incondicional, el aguantar lo inaguantable, el sostener lo insostenible, el perdonar lo imperdonable?

¿Por qué siguen alimentando una esperanza que el otro se encarga de dinamitar sin pena ni gloria?

¿Por qué la ilusión es más fuerte que la imposición de la realidad?

¿Qué es lo que espera el que espera?

Que alguien le dé la certeza de que romper la relación no va a doler tanto como quedarse.

Certeza que no existe porque, paradójicamente, el peaje que tiene la liberación del sufrimiento conlleva dolor.

Por supuesto que va a doler. Los duelos por definición duelen.

Pero ¿por qué algunos están dispuestos a atravesar ese viaje y otros no se creen capaces de hacerlo?

Evidentemente el problema que subyace a estas encrucijadas está en la autoestima de quien las vivencia. Cada uno elige cómo va a posicionarse en su vida. Es decir, de acuerdo a su amor propio. A la valoración que tenga de sí mismo. Al autorrespeto. Al autocuidado. A sus esfuerzos por empoderarse. Al deseo de evolucionar más allá de las espinas que vea en cada rosa. En definitiva, a su resiliencia.

Permanecer en una relación nociva para nuestra salud psicofísica lastima, pero claramente, si alguien se queda ahí, supone que estando solo, la herida será mucho peor.

El otro, y esto es lo revelador, en definitiva nos evita contactar con nosotros mismos, y cuanto más entretenidos sean los problemas que me genera, más alejado de mí me voy a encontrar.

Dicho esto, se entiende que evadirnos a nosotros mismos es la meta a cumplir.

Estoy cambiando un dolor por otro que supongo menor.

La buena noticia es que si bien la autoestima empieza a forjarse en nuestros primeros años de vida, de acuerdo a la devolución que hacen nuestros padres con sus miradas, sus palabras, su presencia, su ausencia, su disponibilidad para querernos, sus estados anímicos, su amor propio, ya sabemos hoy que de ninguna manera la infancia es destino. Y eso que seguramente fracasó en la constitución de nuestra subjetividad en aquellos momentos, por los motivos que fueran, hoy puede repararse.

Por eso, en el camino de sanación que todo proceso de duelo conlleva es fundamental trabajar de manera constante en el fortalecimiento de la autoestima.

Todo eso que estamos dispuestos a brindarle al otro, para generarle el deseo de estar con nosotros, tenemos que traerlo de regreso a casa.

A veces resulta difícil porque la fortaleza que nos falta es la que necesitamos para arrancar.

Pero cuando vemos todo lo que somos capaces de dejar en esos vínculos sabemos que no es que no la tengamos, sino que es cuestión de redireccionarla al lugar de donde partió.

Si está es porque existe.

Mientras no haya amor propio, seguiremos buscando en lugares donde obtengamos lo que consideremos que merecemos. Y cuando uno piensa que no merece, termina eligiendo el dolor, antes que nada.

Autoestima. El foco está en la autoestima.

Hasta no sanar las heridas del desamor que traés adentro, seguirás buscando relaciones, parejas, vínculos, donde podrás hacer y y atravesar todo tipo de experiencias, es cierto. En ese esfuerzo por lograr obtener lo que te falta adentro podrás desplegar cualquiera de tus estrategias, cualquiera. Pero no vas a poder manifestar el amor que decís sentir mientras el otro te diga que no.

Nadie ama solo en una relación saludable. Y si de todas maneras elegís quedarte, que sepas que el costo que vas a pagar se llama dolor.

En definitiva, el amor es un ensayo. Si hay algo que lo define es la incertidumbre. Y como en todo ensayo que se vale de la prueba y el error, nos puede faltar un montón de cosas para que salga bien. Pero lo que no puede faltar nunca es la correspondencia.

Nunca.

Ciertamente, donde no seas sanamente correspondido podrás experimentar con todo.

Hacer de todo.

Intentarlo todo.

Cederlo todo.

Resignarlo todo.

Perderlo todo.

Darlo todo.

Claro que sí. Muchas cosas serán posibles. Pero ahí, justamente ahí, NO AMARÁS.

Agradezco a mis hijos, Pedro, Fran y Juanse, por haberme acompañado en este nuevo viaje.

Escuchando, sugiriendo y aconsejando con toda su niñez, cada vez que necesité una opinión pura. Limpia. Inocente.

De las mejores.

Y también a ustedes, Juan y Ana, por ser apoyo y sostén en todos y cada uno de los momentos que me hizo falta un padre.

Gracias. Siempre.

LORENA PRONSKY



Relaciones dependientes, no correspondidas, patológicas o violentas. Vínculos que disparan contra nuestra autoestima o la del otro, y nos muestran que hay lugares donde amar resulta un acto imposible. Historias de las que nos resistimos a retirarnos, aunque quedarnos nos lastime.

(Des)amores que nos golpean, que nos dañan, pero que por alguna potente y misteriosa razón permanecen en nuestra vida. Patrones que se repiten, con un mismo principio y un mismo final. En contra de nuestro propio deseo.

¿Cuáles son los motivos que nos llevan a habitar una y otra vez esos espacios de dolor, a encaminarnos al mismo inexorable destino de frustración y padecimiento?

En estas páginas Lorena Pronsky nos propone una búsqueda, un camino. Nos invita a averiguar quiénes somos, qué nos lleva a incurrir reiteradamente en comportamientos y zonas que nos hacen daño. Indagar, tratar de entender; conocer nuestra propia verdad para hacer posible un ejercicio saludable del amor.

Mientras esto no suceda, el final de tu cuento, hagas lo que hagas, intentes lo que intentes, siempre será el mismo.
Ahí, justo ahí, **NO AMARÁS.**



LORENA PRONSKY

Nació en La Plata en 1976 y estudió en la Facultad de Humanidades de la Universidad Católica de su ciudad. Licenciada en Psicología desde 2003, posee una destacada experiencia en el área de la psicología clínica y en el tratamiento de adicciones.
Rota se camina igual, su primer libro, resonó en miles de lectores, transformándose en pocas semanas en un éxito. *Curame*, el segundo, confirmó que su voz potente y original se había ganado un espacio indiscutido entre el público. Con *Despierta* se consagró como la referente de miles de lectores que buscan mejorar sus vínculos y así sanar su vida.
Dicta conferencias en distintos puntos de la Argentina y el exterior.

Instagram: @lorenapronsky
Facebook: CurameLorenaPronsky

© Alejandra López

Lorena Pronsky

Despierta



Otro título de la autora en penguinlibros.com

Pronsky, Lorena
No amarás / Lorena Pronsky. - 1ª ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Javier Vergara Editor, 2021.
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-950-15-3193-0

1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863



Ilustración de cubierta: Ash Galzerano @ashgalzerano.art
Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial / Agustín Ceretti

© Lorena Pronsky, 2021

Edición en formato digital: diciembre de 2021
© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.
Humberto I 555, Buenos Aires
penguinlibros.com

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-950-15-3193-0

Conversión a formato digital: Libresque

Facebook: penguinlibrosar
Twitter: penguinlibrosar
Instagram: penguinlibrosar

Índice

No amarás
Dedicatoria
Epígrafe
Nota de la autora
1. Sara
2. Vida
3. Envidia
4. Intento
5. Golpe
6. La lógica del desamor
7. Recordar para poder olvidar
8. Encontrar
9. Quién pudiera
10. Narcisismo
11. El enojo
12. Ya no duele
13. Dueña
14. Errores
15. Miedo
16. Menos la vida
17. Ayuda
18. Obsesión
19. Callate la boca, mamá
20. Loca
21. Ruinas
22. Consuelo

23. Manipulación
24. Autoengaño
25. Marchar
26. Algo sano
27. Vulnerabilidad
28. Abuso
29. Saña
30. La duda
31. Escudo
32. Con los dedos muertos
33. Frustración
34. Revictimización
35. Jazmín
36. Dormir
37. Despertar
38. Perdón
39. Entender
40. La soga
41. Cambiar
42. Vampiro
43. Histeria
44. Resignación
45. Negación
46. Callar
47. Alucinamos
48. Cerco
49. Madera
50. Mienten
51. Deuda
52. Mentías
53. Nada
54. Ana
55. Para qué
56. Trampa
57. Roble
58. No me buscaste
59. Pienso

60. Plastilina
61. A verdad
62. Siempre juntos
63. A destiempo
64. Esto es un desastre
65. No me diste nada
66. No recuerdo
67. Imagina
68. Lo reprimido
69. Voló
70. Vacío
71. Triángulo
72. Inocencia
73. El día después
74. Se huele
75. Espera
76. Milagros
77. Ese nombre
Final
Sobre este libro
Sobre la autora
Otro título de la autora
Créditos